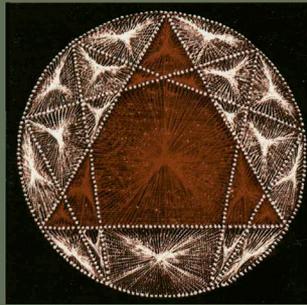


Don Richard Riso

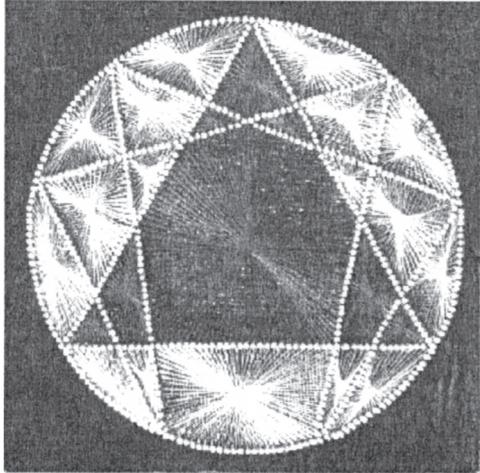
TIPOS DE
PERSONALIDAD

EL



ENEAGRAMA
para descubrirse
a sí mismo





TIPOS DE PERSONALIDAD
Using the Enneagram for Self-Discovery

Don Richard Riso



CUATRO VIENTOS EDITORIAL
Maturana 19, CP 8340608
Santiago, Chile

Este libro es traducción de
Personality Types: Using the Enneagram for Self-Discovery
© 1987, Don Richard Riso. Houghton Mifflin, Boston
© 1993, Editorial Cuatro Vientos, Santiago de Chile

Derechos reservados para todos los países de habla hispana.

2ª reimpresión, 1994
3ª reimpresión, 1995
4ª reimpresión, 1997
5ª reimpresión, enero 1998
6ª reimpresión, diciembre 1998
7ª reimpresión, 2000
8ª reimpresión, 2001
9ª reimpresión, 2002
10ª reimpresión, 2003
11ª reimpresión, 2004
12ª reimpresión, 2006
13ª reimpresión, 2009

Inscripción Registro Propiedad Intelectual N° 81.357
ISBN N° 956-242-005-1

Traducción: Francisco Huneeus
Digitación y corrección: Sandra Isella y Paulina Correa
Diseño portada: Claudia Gajardo
Imagen portada: Objeto artesanal realizado con alfileres e hilos por
Guillermo "Momonio" Borja, psicoterapeuta, en el Penal de Toluca, México.
Dibujos de texto: Mark S. Desveaux
Composición y diagramación: Computext Ltda.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser
reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya
sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

Editorial Cuatro Vientos
Maturana 19, CP 8340608, Santiago, Chile
www.cuatrovientos.cl

Don Richard Riso

T i p o s d e
PERSONALIDAD

El
ENEAGRAMA
para descubrirse
a sí mismo

Traducción
Francisco Huneus

CUATRO VIENTOS



EDITORIAL

ALGUNOS LIBROS DE ESTA EDITORIAL

- El Reencantamiento del Mundo*, por Morris Berman
Vivir mejor con menos, por Patrick Rivers
La profundidad natural en el hombre, por W. Van Dusen
Jaque a los economistas, por Robert Lekachman
Donde no hay doctor, por David Werner
Cuatro Vientos I - El pensamiento alternativo
Cuatro Vientos II - Educación Holística
El Zen y el arte de la mantención de la motocicleta, por Robert Pirsig
Energía Hidrógeno Solar, por J. O'M. Bockris *et al.*
Ausencia de lo Sagrado, por Jerry Mander
Gaia, la tierra viviente, por Lawrence E. Joseph
Para comprender el Eneagrama, por Don Richard Riso
Eros y Pathos, por Aldo Carotenuto
Phallos, Símbolo Sagrado de la Mascunilidad, por Eugene Monick
Lexicon Jungiano, por Daryl Sharp
Encuentro con mi padre, por Samuel Osherson
¿Y qué hay de los hombres?, por John Moore

Este libro está dedicado a aquellos que lo han hecho posible.
Ellos saben quienes son.
Ellos tienen mi más profundo agradecimiento y amor.

Yo soy un hombre;
nada humano es ajeno a mí.

Terence

AGRADECIMIENTOS

Escribir este libro no tomó mucho tiempo, pero en otro sentido, ha resultado muy demoroso hacerlo. Habría sido imposible sin las siguientes personas.

Hace unos doce años, cuando empecé a estudiar el Eneagrama, Tad Dunne, S.J., me sugirió que leyera la obra de Karen Horney, y Bob Fecas me alentó a seguir desarrollando las descripciones del lado sano de los tipos de personalidad. Ambas sugerencias han demostrado ser muy útiles.

Cuando comencé a dictar conferencias sobre el Eneagrama, el Reverendo Richard Powers fue extraordinariamente generoso al facilitarme los medios para ellas. Sin el toma y daca de las presentaciones públicas, yo dudo que hubiera sido capaz de obtener la clase de confirmación de la validez del Eneagrama que fue provechosa y necesaria en esa época. También cooperaron conmigo de un modo similar, pero en diferentes circunstancias, Karl Laubenstein, Steve Rodgers, Priscilla Rodgers, Richard Hunt, S.J., y los miembros de Ruah, en Cambridge, Massachusetts.

Muchos de mis amigos se han interesado en mi trabajo. Les agradezco por su entusiasmo, que nutrió mi frágil empresa en esos primeros años. El aliento de Ruben St. Germain, Bob Cabaj, Irwin Montaldo, Robert Moore, Chuck Webb, Rose Mary O'Boyle y Jeff Posner ha sido especialmente importante para mí. También me gustaría agradecer a Hugh P. Finnegan, Ann L. MacDougall, Diana A. Steele,

Erwin Mayr y Dick Kalb por leer los primeros borradores del manuscrito y comentarlos. Gracias también a Mark S. Desveaux por los dibujos de líneas y las maravillosas caricaturas de los tipos de personalidad, y a Gene Bagnato por mi fotografía.

Hay otras personas cuyos nombres, por razones enteramente personales, me gustaría citar aquí. Ellos son Beverly Moreno Pumilia, Jeff y Gertrude Moreno, Dominick y Virginia Riso, Agnes Bazzle, Hermana Thérèse de los Angeles, Harry Claypool, Rob Bliss, Charles Aalto, Terri Kyller, Brent BecVar, Bruce MacClain, John Lush, Lester Wolff, Philip Stehr, Louisa y Sandy Arico, Bill y Lynette Rice, Robert Drez, Hermano Brendan, S.C., y también August Coyle, Joseph Tetlow, Edward Romagosa, Youree Watson, Daniel Creagan, Pat Byrne y Peter Sexton —estos últimos de la Sociedad de Jesús.

Tengo que agradecer a una serie de personas de Houghton Mifflin, sin duda muchas más de las que nombro aquí. Mi primer editor, Gerard Van der Leun, que ya no está en Houghton. El me enseñó a decir más escribiendo menos. Después de su partida, tuve la suerte de que me asignaran a Ruth Hapgood, quien ha demostrado ser un haz de sabiduría, buen humor y paciencia. Le agradezco especialmente por su paciencia para dejar que este libro se hiciera realidad. Geraldine Morse, mi editora de manuscritos, mejoró mucho este libro, evitándome indecibles errores y vergüenza.

Sobre todo, mis agradecimientos a Austin Olney de Houghton Mifflin. Austin vio el potencial de este libro cuando el manuscrito era poco más que un borrador. Decir que él ha sido amable, cooperador y comprensivo, es decir demasiado poco. Este libro no estaría en sus manos ahora si no fuera por él.

A lo largo de los años, he recibido algunos de los mejores consejos —e innumerables ideas y sugerencias— de mi agente y abogado, Brian Lawrence Taylor, y de Patricia D. Walsh y James Peck, S.J. Su interés en mi trabajo ha sido más valioso para mí de lo que ellos imaginan. El hecho de que estas tres personas de extraordinaria inteligencia también creyeran en el Eneagrama, me ayudó a mantener el espíritu en alto en los momentos difíciles. Finalmente, mis más profundos agradecimientos a mi familia por todo lo que son. Ojalá fuera posible revelar todo lo que han hecho por mí, pero ni yo mismo lo he profundizado todavía. Tendrá que bastar el decir que sin su constante amor, ayuda y comprensión, este libro no existiría.

CONTENIDOS

Agradecimientos	xi
-----------------------	----

PARTE I

1 Comprendiendo los Tipos de Personalidad	3
2 Orígenes	11
3 Pautas.....	23

PARTE II

LOS NUEVE TIPOS DE PERSONALIDAD

La Tríada del Sentir

4 Tipo Dos: El Ayudador	47
5 Tipo Tres: El Buscador de Status.....	73
6 Tipo Cuatro: El Artista.....	99

La Tríada del Hacer

7 Tipo Cinco: El Pensador	127
8 Tipo Seis: El Lealista.....	153
9 Tipo Siete: El Generalista.....	179

La Tríada del Relacionarse

10 Tipo Ocho: El Líder	205
11 Tipo Nueve: El Pacificador.....	231
12 Tipo Uno: El Reformador	257

PARTE III

13 Pautas Avanzadas	285
14 La Teoría del Eneagrama.....	299
15 Epílogo: Una Nota Personal	323
Bibliografía.....	333
Créditos	337
Índice.....	339

Parte I

Conócete a ti mismo, presume que no es a Dios a quien
hay que estudiar;

El estudio adecuado de la humanidad es el hombre.

—Alexander Pope, *An Essay on Man*

(Un ensayo sobre el hombre)

CAPÍTULO 1

COMPRENDIENDO LOS TIPOS DE PERSONALIDAD

¿Para qué comprender los tipos de personalidad? Ya que todo el mundo es único, la idea de encasillar a la gente en categorías parece algo odioso. Y aun cuando los tipos de personalidad fueran de alguna manera teóricamente válidos, probablemente serían demasiado académicos para ser útiles en nuestra vida cotidiana o demasiado vagos para ser significativos —paquetes sorpresa a los que cualquiera podría atribuir cualquier cosa.

Estas son objeciones válidas, pero erran el tiro. Hay una serie de buenas razones para estudiar los tipos de personalidad; la más importante es que los seres humanos son inherentemente interesantes —y peligrosos. Nuestros congéneres nos llaman poderosamente la atención porque son con facilidad los objetos más cambiables, exasperantes, agradables y mistificadores que hay en el ambiente. Para la mayoría de nosotros sería imposible pasar un día sin entrar en contacto directo o indirecto con docenas de personas: familia, amigos, gente en la calle, en la oficina, en la televisión, en nuestras fantasías y en nuestros temores. La gente está en todas partes y tiene todo tipo de impacto sobre nosotros —para bien o para mal.

Gran parte del tiempo navegamos los bajos de la vida interpersonal sin sufrir quebrantos, pero es indudable que han habido momentos en que súbitamente nos percatamos de que en realidad no conocíamos a las personas que creíamos conocer. Incluso puede que hayan habido ocasiones en que nos dimos cuenta de que ni siquiera

nos conocíamos a nosotros mismos. La conducta de los demás —e incluso la nuestra— a veces es extraña y perturbadora. Cosas inusitadas siguen ocurriendo o parecen estar fuera de lugar. Algunas de estas sorpresas pueden ser gratas, pero otras resultan decididamente desagradables, con efectos calamitosos que se proyectan muy lejos en el futuro. Por esto es que, si somos demasiado irreflexivos respecto a los tipos de personalidad en que se expresa la naturaleza humana, corremos el riesgo del desastre. La persona que creíamos conocer, tal vez resulte un monstruo o irremediabilmente egocéntrica. Quizás descubramos que hemos sido utilizados en forma insensible o que nuestras legítimas necesidades han sido egoístamente ignoradas. A menos que tengamos introvisión, podemos ser objeto de terribles abusos. Lo opuesto también es cierto: a menos que tengamos introvisión, puede que pasemos por alto un diamante en bruto o nos precipitemos demasiado en retirarnos de una relación que de hecho vale la pena salvar. Sin introvisión, podemos salir heridos o ser imprudentes, y de todas maneras terminamos siendo infelices.

Por lo tanto, vale la pena tornarse más perceptivo, ojalá para evitar consecuencias dolorosas. El comprendernos a nosotros mismos y a los demás debiera hacernos más felices.

Sin embargo, el problema es que mientras todo el mundo quiere introvisión en los demás, pocas personas están dispuestas a mirarse con atención a sí mismas. Queremos saber qué hace funcionar a los demás, pero tememos descubrir algo perturbador acerca de nosotros mismos. La cultura competitiva de hoy en día ha cambiado el énfasis del antiguo mandato del oráculo de Delfos de “conócete a ti mismo” a “descubre cómo funciona el otro”. Nos gustaría poder ver a la gente como si tuviéramos visión de rayos X, mientras que al mismo tiempo no queremos que los demás conozcan nuestras debilidades y limitaciones. No queremos que nadie, incluyendo nosotros, nos vea como realmente somos. Desgraciadamente, se ha perdido algo necesario y valioso: el mirarnos a nosotros mismos con el mismo ojo objetivo con que vemos a los demás.

Tenemos todo al revés. Para corregir esto, debiéramos recordar el consejo de Kierkegaard. El sugirió que nos volváramos subjetivos hacia los demás y objetivos hacia nosotros mismos. Es decir, cuando juzgamos las acciones de los demás, deberíamos ponernos en su lugar, tratando de entender cómo ellos se ven a sí mismos y a su mundo. Y cuando nos juzgamos a nosotros mismos, deberíamos vernos como nos ven los demás, superando la facilidad con que encontramos circunstancias atenuantes para nosotros mismos. Desde luego, la sugerencia de Kierkegaard es muy difícil de poner en práctica. Tenemos que atravesar el amor a nosotros mismos y el autoengaño cuando nos

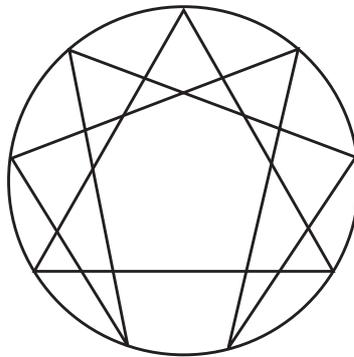
miramos, así como el cinismo y el estar a la defensiva cuando examinamos a otros. Debemos tener valentía hacia nosotros mismos y empatía hacia los demás.

¿Cómo podemos adquirir el conocimiento y la sensibilidad que necesitamos? ¿Cómo podemos empezar a comprender la vasta diversidad de personalidades humanas? ¿Cómo podemos desarrollar introvisión para poder llevar una vida más plena, más feliz?

La respuesta es paradójica: descubriremos que no podemos conocer realmente a nadie a menos que nos conozcamos a nosotros mismos, y no podemos conocernos a nosotros mismos hasta que no conozcamos a los demás. La solución a este problema aparentemente sin respuesta es que el comprendernos a nosotros mismos y el comprender a los demás son realmente dos caras de la misma moneda: comprender la naturaleza humana.

Ya que la naturaleza humana cubre un territorio tan vasto, sería útil tener un mapa preciso de ese territorio familiar aunque todavía inexplorado. Sería útil tener un medio confiable para trazar un mapa de quiénes somos y hacia dónde vamos, de manera de no perder nuestro camino.

Creo que el Eneagrama es el mapa de la naturaleza humana que la gente ha estado buscando por mucho tiempo. Aunque el Eneagrama es antiguo, es increíblemente contemporáneo porque la naturaleza humana no ha cambiado. El Eneagrama, que ha sido transmitido a nosotros por maestros del saber desconocidos de la historia, representa



El Eneagrama

un profundo conocimiento de la naturaleza humana, algo tan necesario ahora como lo fue en el pasado. Ha sido mantenido vivo porque funciona. El Eneagrama no se hubiera preservado en la tradición oral de Oriente si la gente no hubiera sentido que realmente valía la pena preservarlo. El objetivo de este libro es presentar al lector no especializado este notable sistema.

La psicología ha estado lidiando con el problema de descubrir una tipología funcional de la personalidad (un modo de clasificar la naturaleza humana) que sea precisa y práctica, teóricamente completa y elegante. Al menos a partir de Hipócrates en el siglo V a.C., los filósofos griegos reconocieron que los tipos de personalidad existen en una u otra forma. Sin embargo, nadie ha sido capaz de descubrir las categorías *fundamentales* que asume la naturaleza humana, los tipos básicos de personalidad en sí mismos.

Durante siglos se han propuesto distintas clasificaciones, aunque ninguna ha carecido de problemas, imprecisiones o contradicciones. Muchas tipologías no hacen justicia a la gran variedad de la naturaleza humana —emplean poquísimas categorías, son demasiado abstractas o se ocupan únicamente de diferentes tipos de neurosis y no de la conducta normal. No sólo el descubrir los tipos individuales de personalidad ha constituido un enorme problema conceptual, aún más difícil ha sido describir un sistema que indique cómo se relacionan los tipos entre sí, revelando así cómo cambia y crece la gente. El encontrar una tipología de personalidad que verdaderamente le haga justicia a la naturaleza humana, era un problema sin solución —hasta el descubrimiento del Eneagrama. Ese es el argumento de este libro.

Todo sistema psicológico tiene un principio organizativo. Si examinamos brevemente algunos otros sistemas, vemos, por ejemplo, que los tres diferentes tipos de carácter freudianos enfatizan la creencia de que la energía síquica se fija durante el desarrollo de la niñez temprana en torno a la boca, el ano o el falo. Estas fijaciones producen tipos orales, anales y fálicos, que corresponden a los tipos del Eneagrama. Otro enfoque freudiano de los tipos de carácter enfatiza el predominio del ego, el id o el superego en la personalidad. Esta es una aplicación más sofisticada de los conceptos de Freud, una que los teóricos han encontrado difícil de aplicar, aunque, como veremos, también se correlaciona con el Eneagrama.

La tipología de Jung describe ocho tipos basados en cómo la *actitud* psicológica de una persona, extraversión o introversión, se ve modificada por una de las cuatro *funciones* mentales básicas que postula Jung: sentimiento, pensamiento, sensación o intuición. Así, Jung describe un

tipo de sentimiento extravertido y un tipo de sentimiento introvertido, un tipo de pensamiento extravertido y un tipo de pensamiento introvertido, etc.

Karen Horney desarrolló descripciones del carácter basada en sus observaciones clínicas de las orientaciones interpersonales —una persona podría ser considerada como fundamentalmente “acercándose a los demás”, “apartándose de los demás” u “oponiéndose a los demás”. Ella no elaboró todos los subtipos dentro de estas tres categorías generales, pero si lo hubiera hecho, probablemente su sistema habría producido nueve tipos de personalidad, al igual que el Eneagrama (Habrá más sobre Freud, Jung y Horney en el capítulo Teoría, especialmente acerca de la correspondencia de sus tipologías con los tipos de personalidad del Eneagrama).

El principio organizativo del Eneagrama es sencillo: nueve tipos de personalidad resultan de tres tipos de personalidad en cada uno de tres grupos, o Tríadas. Las tres Tríadas del Eneagrama especifican si su orientación psicológica fundamental, que incluye rasgos positivos y negativos, tiene que ver con sus emociones (si es así, usted está en la Tríada del *Sentir*), con su capacidad de actuar (si es así, está en la Tríada del *Hacer*) o con la forma en que se relaciona con el mundo (si es así, está en la Tríada del *Relacionarse*).

Por ahora podemos caracterizar de manera muy sencilla los nueve tipos de personalidad resultantes; luego se sofisticarán más. En la Tríada del Sentir, los tipos son el *Ayudador* (el Dos: el tipo estimulante, posesivo, manipulador), el *Buscador de Status* (el Tres: el tipo ambicioso, pragmático, narcisista) y el *Artista* (el Cuatro: el tipo sensible, introvertido, depresivo). En la Tríada del Hacer vemos al *Pensador* (el Cinco: el tipo perceptivo, analítico, reduccionista), al *Lealista* (el Seis: el tipo comprometido, cumplidor, pasivo-agresivo) y al *Generalista* (el Siete: el tipo sofisticado, hiperactivo, excesivo). Y en la Tríada del Relacionarse encontramos al *Líder* (el Ocho: el tipo confiado en sí mismo, agresivo, confrontador), al *Pacificador* (el Nueve: el tipo receptivo, fácil de tratar, complaciente) y al *Reformador* (el Uno: el tipo racional, ordenado, perfeccionista).

Puede que usted encuentre su tipo de personalidad a partir de estas breves descripciones. Si no, no se preocupe. En el capítulo Pautas aprenderá a identificar su tipo de personalidad o el de otras personas. Ya que hay un capítulo entero sobre cada uno de los nueve tipos básicos de personalidad, hay mucho más con lo cual familiarizarse (Para obtener una idea rápida de los tipos de personalidad, diríjase a la Caricatura y al Perfil al comienzo de cada descripción. El Perfil presenta muchos de los principales rasgos de cada tipo). En las Pautas y en las Pautas Avanzadas, también habrá más acerca de las

tres Tríadas del Eneagrama y cómo ellas producen los nueve tipos básicos de personalidad y muchos subtipos.

Como usted podría esperar, el Eneagrama funciona en una forma complicada y sutil. El considerar su tipo de personalidad como resultado de una de las orientaciones fundamentales (sentir, hacer o relacionarse) es tan sólo un nivel posible de análisis con el Eneagrama. Al final de este libro, usted verá que podemos enfocar los nueve tipos de personalidad desde los puntos de vista freudiano, jungiano, horneviano u otros, porque el Eneagrama opera simultáneamente en distintos niveles de abstracción. Llena el vacío entre los enfoques de la personalidad que ponen énfasis en la psicología profunda y aquellos que ponen énfasis en la conducta. Las introyecciones que podemos obtener del Eneagrama van desde las generalizaciones más abstractas sobre la naturaleza humana hasta descripciones altamente específicas de cada tipo de personalidad. Y sin embargo, por complejo que sea el Eneagrama, paradójicamente, resulta fácil de comprender.

Además, si bien los nueve tipos de personalidad del Eneagrama forman categorías separadas, usted no debiera considerarlos como entidades blindadas. Descubrirá que el Eneagrama es abierto y extraordinariamente fluido, como los seres humanos. El movimiento y el cambio —el desarrollo ya sea hacia la integración o desintegración— son aspectos esenciales de este notable sistema. Y ya que las descripciones de los tipos de personalidad del Eneagrama van desde los niveles más altos de salud e integración hasta las etapas más bajas de neurosis, no sólo describen la conducta sino que también la predicen —algo que puede resultar extremadamente útil.

Ya que un libro introductorio debiera ser relativamente simple, es imposible presentar aquí todas las complejidades del Eneagrama. La mayoría de los aspectos teóricos más avanzados del Eneagrama han sido omitidos o tratados sólo brevemente.

También he omitido sugerencias específicas acerca de cómo se pueden utilizar cada una de las descripciones de personalidad. Aun así, los lectores interesados serán capaces de aplicar las descripciones a muchas situaciones diferentes de su vida. Por ejemplo, los psicólogos y psiquiatras podrán diagnosticar con mayor precisión los problemas de sus pacientes y éstos podrán ahorrar dinero y tiempo en terapia al obtener más rápidamente introyecciones acerca de sí mismos. El Eneagrama también dará a pacientes y terapeutas un lenguaje común con el cual podrán analizar sus problemas y progresos, no importando a qué escuela terapéutica se adscriban.

Los abogados podrán entender mejor a sus clientes, así como evaluar su credibilidad y capacidad de cooperar en asuntos legales.

El Eneagrama les ayudará particularmente en situaciones como divorcio y custodia de niños, donde los factores de personalidad son importantes. Los médicos tendrán más introversión con la cual aconsejar a sus pacientes, especialmente a aquellos cuyas dolencias físicas están complicadas por problemas psicológicos. Los sacerdotes pueden estar más sintonizados psicológicamente con otra gente en su trabajo pastoral. Si bien este libro no aborda la dirección espiritual como tal, hay áreas comunes entre lo psicológico y lo espiritual, ya que ambos participan en la formación de la persona total. Los profesores pueden tornarse más perceptivos de sus alumnos. Distintos tipos de personalidad tienen distintas aptitudes naturales, distintos enfoques de aprendizaje y distintos modos de interactuar con otros alumnos.

Los jefes de personal y los hombres de negocios pueden convertirse en mejores administradores al estar más conscientes de los tipos de personalidad de sus empleados. La satisfacción laboral y la productividad aumentan cuando los empleados sienten que la administración comprende sus necesidades personales y las toma en cuenta. Los ejecutivos de personal y aquellos a cargo de formar equipos eficientes para todo tipo de objetivos —desde la sala de directorio hasta la línea de ensamblaje— encontrarán valioso tener una mayor introversión de los tipos de personalidad de los individuos que consideran. El comprender los tipos de personalidad también puede ser útil para periodistas, políticos y publicistas. En resumen, el comprender los tipos de personalidad es útil para cualquiera que tenga una personalidad (¿y quién no la tiene?) o que esté interesado en la personalidad de otros (¿y quién no lo está?).

Pese a sus numerosas aplicaciones prácticas, éste es en realidad un libro que ha sido escrito para que usted, el individuo, lo utilice en su vida personal.

Sin embargo, yo diría que éste no es un típico libro de autoayuda: no promete milagros. Es imposible escribir un “libro de cocina” psicológico para convertirse en un individuo sano, satisfecho. Convertirse en un ser humano completo es, por definición, un ideal que nosotros anhelamos, un proceso que transcurre mientras estamos vivos. Los libros pueden brindar información y consejos útiles, pueden darnos nuevas introversiones, pueden estimular. Pero el conocimiento solo no basta para cambiarnos. Si así fuera, los eruditos serían las mejores personas, y nosotros sabemos, por experiencia propia, que esto no es así. El conocimiento sería una virtud, y no lo es. El saber más acerca de nosotros mismos es sólo un medio para alcanzar la meta de ser felices y llevar una vida plena, pero la posesión del conocimiento solo no nos puede dar virtud, felicidad o satisfacción. Los libros no pueden darnos respuestas a todos los problemas que enfrentamos, o infundirnos

el valor necesario si hemos de perseverar en nuestra búsqueda. Para estas cosas, debemos mirar tanto dentro como más allá de nosotros mismos.

Además, este libro no es, y no puede ser, la última palabra sobre el Eneagrama o los tipos de personalidad. Siempre habrá más que decir, nuevas conexiones que hacer y nuevas comprensiones que alcanzar. Tal vez los misterios de la síquis jamás puedan ser descritos plenamente, porque quizás nunca puedan ser comprendidos plenamente. ¿Cómo es que los seres humanos pueden pararse fuera de sí mismos para estudiar la naturaleza humana de una manera totalmente objetiva? ¿Cómo es que nunca podemos ser completamente subjetivos hacia los demás y objetivos hacia nosotros mismos, como sugiere Kierkegaard? Los mismos psicólogos que intentan describir la naturaleza humana son seres humanos sujetos a todas las distorsiones y autoengaños de los cuales los humanos son capaces. Nadie tiene una “visión divina” de toda la naturaleza humana, de modo que nadie puede decir con seguridad absoluta cuál es el significado de todo. Por esto es que siempre habrá un elemento de fe en la psicología, no necesariamente fe religiosa, de seguro, pero un conjunto de creencias acerca de los seres humanos que van más allá de lo que se puede demostrar científicamente.

Por esto es que la obtención de algún tipo de verdad final y objetiva acerca de nosotros mismos probablemente es imposible. Quizás más importante que llegar a respuestas finales, es ser buscadores. Mediante el proceso de buscar honestamente la verdad acerca de nosotros mismos, gradualmente nos transformamos de quienes somos en quienes podemos ser —en personas más plenas, afirmativas de la vida y autotrascendentes.

CAPÍTULO 2

ORÍGENES

Uno de los principales problemas con la introducción del Eneagrama es que sus orígenes exactos se pierden en la historia. Nadie sabe en forma precisa quién lo descubrió o de dónde provino. Algunos autores sostienen que el Eneagrama surgió entre ciertas órdenes de sufíes, secta mística del Islam que comenzó en los siglos X y XI; otros especulan que puede haberse originado en el 2500 a.C. en Babilonia o en otro lugar del Medio Oriente. Pero éstas son meras especulaciones.

Parece que los hombres siempre han estado en busca del secreto de la autorrenovación perpetua. Lo encontramos en una de las leyendas más antiguas preservadas por el hombre: en la historia del héroe sumerio Gilgamesh y su peregrinación en busca del secreto de la inmortalidad. Más o menos en la época en que se compiló esta epopeya de un canto anterior, hace unos 4.500 años, surgió en Mesopotamia una hermandad de sabios que descubrieron el secreto cósmico de la autorrenovación perpetua y lo transmitieron de generación en generación. Durante largo tiempo se conservó en Babilonia: hace 2.500 años fue revelado a Zoroastro, Pitágoras y otros grandes sabios que se congregaron en Babilonia en la época de Cambises (el rey persa que conquistó Egipto en el año 524 a.C.). Luego los custodios de la tradición migraron hacia el norte, y hace más o menos mil años llegaron a Bokhara (lo que ahora es Uzbekistán en la URSS) al otro lado del río Oxus.

En el siglo XV, matemáticos [islámicos] educados en sus escuelas descubrieron la significación del número cero y crearon el sistema decimal que ahora se utiliza en todo el mundo. En ese entonces se observó que cuando 1 se dividía por 3 ó 7, aparecía un nuevo tipo de número. Esto es lo que ahora llamamos decimal recurrente...

Estas propiedades fueron combinadas en un símbolo que demostró tener una significación increíble. Se podría utilizar para representar todos los procesos que se mantienen por autorrenovación, incluyendo, desde luego, la vida misma. El símbolo consiste en nueve líneas, y por lo tanto, se llama Eneagrama (J.C. Bennett, *Eneagram Studies* [Estudios del Eneagrama], 1-3)*.

Enea significa nueve en griego, de modo que *Eneagrama* es una palabra griega cuyo significado aproximado es “un diagrama de a nueve”. Una conjetura plausible acerca de sus orígenes es que el Eneagrama se basa en antiguos descubrimientos matemáticos —pitagóricos y neoplatónicos, o anteriores— y fue transmitido a Occidente con otros conocimientos griegos y árabes durante los siglos XIV o XV por los mahometanos. Se dice que había sido utilizado en esa época por los místicos islámicos, los sufíes, especialmente por la Hermandad Naqshbandi. Si el Eneagrama no apareció en su forma presente cuando los sufíes se encontraron con él, puede que lo hayan desarrollado conforme a descubrimientos en matemáticas arábicas y lo hayan utilizado para promover el autoconocimiento de individuos dentro de sus hermandades secretas y como un modo de establecer armonía en la sociedad en general.

Concluí... que este símbolo, y las ideas que representa, se originó con la sociedad Sarmán [o Hermandad “Sarmoun”, una escuela de sabiduría, según se cree, de Babilonia] hace más o menos 2.500 años, y fue revisado cuando el poder del sistema numérico arábigo se desarrolló en Samarkand en el siglo XV...

Hay innumerables posibilidades de interpretación de este notable símbolo. La más sencilla es numerando los puntos de la circunferencia del 1 al 9, lo que da los números del triángulo 3, 6 y 9 y el hexágono 1-2-8-5-7, que es la consabida secuencia recurrente que da el resto cuando un entero es dividido por 7. Esta propiedad surge únicamente en un sistema numérico decimal, lo que sugiere que fue descubierto sólo después que los matemáticos del Asia Central habían fundado la teoría moderna de los números

* Esta y todas las demás obras aparecen en la Bibliografía.

dándole al cero un símbolo separado. Considerando que la creencia de que el número siete es sagrado probablemente se remonta a la época sumeria, la forma del eneagrama posiblemente se desarrolló en Samarkand en el siglo XIV [sic]. Esto explicaría su ausencia en la literatura india o europea. Sin embargo, Curdjieff afirmó que era mucho más antiguo y se lo atribuyó a la Hermandad Sarmán. Ambas versiones pueden ser ciertas (J.C. Bennett, *Gurdjieff: Making a New World* [Gurdjieff: construyendo un mundo nuevo], 293-294).

No importa cómo o dónde fue utilizado por las hermandades secretas de los sufíes, el Eneagrama era totalmente desconocido en Occidente hasta hace poco. El mérito de transmitir el Eneagrama se le atribuye a George Ivanovitch Gurdjieff (ca. 1877-1949), aventurero, maestro espiritual y buscador de lo que podría llamarse conocimiento secreto práctico acerca de la naturaleza humana. A pesar de los numerosos libros escritos sobre su vida y las diversas investigaciones en las fuentes de sus enseñanzas, Gurdjieff aún sigue siendo un enigma: algunos piensan que fue poco más que un charlatán, mientras otros sienten que su importancia como guía espiritual y sicólogo práctico ha sido vastamente subestimada. Es difícil obtener la verdad de estas opiniones opuestas, ya que Gurdjieff mantuvo sus actividades en secreto, cultivando a propósito un aura carismática y misteriosa en torno suyo. Sin embargo, lo indudablemente cierto es que tuvo un profundo impacto en todas las personas que lo conocieron. Desde que murió, sus discípulos han estado reflexionando sobre él y el significado de su vasto y complejo sistema de pensamiento.

A pesar de que Gurdjieff fue poco claro respecto a cómo y dónde descubrió el Eneagrama, éste sin embargo se conoció en Europa en los años 20 porque él lo transmitió, primero en su escuela en las afueras de París, cerca de Fontainebleau, El Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre. El Eneagrama fue posteriormente transmitido, junto con el resto de las enseñanzas de Gurdjieff, por pequeños grupos privados de estudio en Londres, Nueva York y alrededor del mundo.

James Webb, en su autorizado libro *The Harmonious Circle* (El círculo armonioso) —sobre Gurdjieff y su grupo de discípulos cercanos—, intenta ordenar los datos acerca de la historia del Eneagrama.

El uso más importante que Gurdjieff hizo del simbolismo numérico es la figura del eneagrama, que él decía que contenía y simbolizaba su Sistema entero. Su eneagrama consiste en un círculo con la circunferencia dividida en nueve puntos que se unen para originar un triángulo y una figura irregular de seis lados. Gurdjieff

decía que el triángulo representaba la presencia de fuerzas superiores y que la figura de seis lados simbolizaba al hombre. También sostenía que el eneagrama era exclusivo de sus enseñanzas. “Este símbolo no se encuentra en ninguna parte en el estudio del ‘ocultismo’, ni en los libros ni en la transmisión oral”, relata [P.D.] Ouspensky que él dijo. “Aquellos que lo conocían [es decir, sus maestros sufíes] le dieron tal significación, que consideraron necesario mantener este conocimiento en secreto”...

Debido al énfasis que Gurdjieff puso en este diagrama, sus seguidores han buscado por todas partes el símbolo en la literatura oculta. [J.C.] Bennett sostiene que no se encuentra en ninguna parte; y si los discípulos de Gurdjieff en efecto han descubierto la figura, la han mantenido muy callada* (Webb, 505).

Quizás Gurdjieff fue de adrede poco claro respecto a los orígenes del Eneagrama, porque uno de sus métodos de enseñanza era hacer todo difícil para sus alumnos, de modo que descubrieran tanto como pudieran por sí mismos. Sea cual sea la verdad del asunto, a medida que Webb sigue examinando las fuentes históricas del Eneagrama, hace un interesante descubrimiento.

El eneagrama conforma el centro del magnífico frontispicio de la *Aritmología* publicada en Roma por el sacerdote jesuita Athanasius Kircher, en 1665. Kircher (1601-80) es una figura de gran relevancia para los orígenes de las ideas de Gurdjieff. El era un típico erudito renacentista y el prototipo del jesuita letrado de días postreros...

* Este no es lugar para una larga bibliografía sobre Gurdjieff o su obra; al lector interesado no le costará encontrar información acerca de él. Para un relato completo y crítico de Gurdjieff, véase Webb, *The Harmonious Circle*. También véase Kathleen Riordan Speeth, *The Gurdjieff Work* (La obra de G.), 9, para los orígenes sufíes del Eneagrama entre la Hermandad Naqshbandi; Speeth y Friedlander, *Gurdjieff, Seeker of the Truth* (G., buscador de la verdad), para un relato informativo de los viajes de Gurdjieff en el Cercano Oriente en busca de sabiduría; P.D. Ouspensky, *In Search of the Miraculous* (En busca de lo milagroso), 286-290; y Maurice Nicoil, *Psychological Commentaries on the Teaching of Gurdjieff and Ouspensky* (Comentarios psicológicos sobre las enseñanzas de Gurdjieff y Ouspensky), vol. II, 379 ff., para mayor información sobre el Eneagrama, su estructura y especialmente el significado esotérico de la secuencia numérica 1-4-2-8-5-7-1, y materias afines. Para un intento de aplicar el Eneagrama a otros tópicos que no sean la personalidad, véase Bennett, *Enneagram Studies*. Aquellos interesados en un punto de vista estrictamente gurdjieffiano encontrarán de gran interés este libro.

En la *Aritmología* hay una figura llamada “eneagrama” compuesta de tres triángulos equiláteros (Webb, *The Harmonious Circle*, 505-7).

A pesar de que Webb llama “eneagrama” a la figura de Kircher, es importante señalar que consta de tres triángulos equiláteros y no es el triángulo equilátero único con un hexágono dentro, de Gurdjieff. Esto hace una diferencia crucial, pero habiéndola notado, Webb encubre su significación.

Webb continúa con un análisis de la Cábala y el ocultista Ramon Lull, luego se aboca a una exposición de la cristiandad esotérica, el budismo esotérico, la restauración del ocultismo en el siglo XIX en Europa y Rusia, incluyendo el rosacruzismo, y a otros movimientos, todos los cuales, según especula Webb, e incluso en algunas oportunidades puede demostrar, tuvieron diversos grados de influencia sobre Gurdjieff. Pero al final de este largo análisis, que ciertamente está más allá del objetivo de este libro siquiera condensar, Webb parece haber perdido de vista sus intentos de explicar los orígenes del Eneagrama en el pensamiento de Gurdjieff, y ha proseguido con otras materias. Al final, entonces, la respuesta a los orígenes históricos del Eneagrama sigue siendo un misterio.

Y, en todo caso, el investigar las fuentes de Gurdjieff para el Eneagrama, si bien resulta históricamente interesante, es de alguna manera una digresión, ya que el delineamiento de Gurdjieff de las tres “distintas clases de hombre” es bastante diferente de mis descripciones de los nueve tipos de personalidad. He visto poco que sugiera que Gurdjieff desarrolló las descripciones de los nueve tipos de personalidad (Algunas descripciones seminales de éstos han provenido de Oscar Ichazo, Claudio Naranjo y los jesuitas, como veremos luego). Por lo tanto, si bien debemos atribuir a Gurdjieff el mérito de haber dado a conocer el Eneagrama en Occidente, cualquier otra cosa que digamos aquí acerca de su interpretación particular, nos apartaría mucho del tema*.

La descripción de los nueve tipos de personalidad presentada en este libro, deriva en parte del trabajo hecho en el Eneagrama por Oscar Ichazo, fundador del Instituto Arica. Aunque Ichazo concuerda con Gurdjieff en que el Eneagrama es antiguo, él sostiene que lo aprendió

* Para mayor información sobre la interpretación que da Gurdjieff a los tipos de personalidad, véase Webb, *The Harmonious Circle*, 139 ff., y Speeth, *The Gurdjieff Work*, 31ff.

de maestros sufíes en el Pamir en Afganistán, quienes le enseñaron sus secretos antes de que él conociera los escritos de Gurdjieff*.

Ichazo comenzó a enseñar el Eneagrama en el Instituto de Sicología Aplicada en La Paz, Bolivia, como parte de su sistema más amplio de desarrollo humano, y después, a fines de la década del 60, lo enseñó en Arica, Chile. Ichazo llegó a Estados Unidos en 1971, fundó el instituto Arica y siguió enseñando. Según su folleto, el Instituto Arica “enseña una ciencia de desarrollo humano que desarrolla sistemáticamente todo el potencial del ser humano. Sintetiza el misticismo oriental y las tradiciones psicológicas occidentales para presentar un cuerpo de teoría y método diseñado precisamente para tratar con las realidades y tensiones de nuestra sociedad tecnológica”. Entre los primeros que aprendieron el sistema de Ichazo, están los estadounidenses del Instituto Esalen en Big Sur, California, incluyendo a John Lilly, M.D., y al psiquiatra Claudio Naranjo, M.D.**.

La interpretación del Eneagrama que presento aquí, difiere del enfoque de Ichazo en una serie de puntos importantes, especialmente en mi intento de hacer más completas y útiles las “fijaciones del ego” (como Ichazo llama a los tipos de personalidad) y dar a los tipos de personalidad una coherencia más clara con la psicología moderna.

De hecho, el enfoque de Ichazo del Eneagrama y el mío son bastante diferentes. La interpretación de Ichazo incluye material sobre las fijaciones del ego, las “trampas” de cada fijación del ego, las “ideas santas”, las pasiones y virtudes, los centros del cuerpo (el Path, el Oth y el Kath —equivalentes, en forma aproximada, a la cabeza, el corazón y el estómago, respectivamente), los órganos y sistemas físicos del cuerpo y cómo se relacionan para lograr la iluminación, las “mentaciones” (modos simbólicos de pensar acerca del cuerpo), los signos astrológicos, los mantras y muchas cosas más que yo no abordo. Aquellos que deseen hacerlo, pueden encontrar grupos Arica en la mayoría de las ciudades grandes.

* Para mayor información acerca del enfoque de Ichazo sobre el Eneagrama, véase Sam Keen, “We have no desire to strengthen the ego or make it happy” (No deseamos fortalecer el ego ni hacerlo feliz), en *Interviews with Oscar Ichazo* (Entrevistas con O.I.), 8 ff.; Dorothy DeChristopher, “I am the root of a new tradition” (Yo soy la raíz de una nueva tradición), en *Interviews with Oscar Ichazo*, 144 ff.; John C. Lilly y Joseph E. Hart, “The Arica Training” (El entrenamiento A.), en *Transpersonal Psychologies* (Sicologías transpersonales), 333 ff. Este artículo es altamente recomendable para cualquiera que esté interesado en la interpretación que hace Ichazo del Eneagrama.

** Véase John Lilly, *The Center of the Cyclone* (El centro del ciclón), 126 ff., para una descripción de su encuentro con Ichazo.

Es una interesante coincidencia histórica que Athanasius Kircher, a quien James Webb atribuye gran influencia sobre Gurdjieff, fuera jesuita —y que el desarrollo del Eneagrama y su transmisión a miles de personas haya sido, en gran medida, obra de los jesuitas).

A comienzos de la década del 70, en el Instituto Esalen, Claudio Naranjo enseñó el material a varios sacerdotes jesuitas estadounidenses —más notablemente al Reverendo Robert Ochs. Tiempo después, los jesuitas empezaron a adaptar el Eneagrama a sus necesidades de orientación para los seminaristas y laicos con los cuales estaban en contacto. Antes de que los jesuitas se involucraran con el Eneagrama, a mi entender, las descripciones de los nueve tipos de personalidad eran transmitidas oralmente, de profesor a alumno. Las primeras notas breves sobre los tipos de personalidad se escribieron y distribuyeron recién en 1972-73, en seminarios informales en los centros teológicos jesuitas, especialmente aquellos de la Universidad de California, en Berkeley, y la Universidad de Loyola, en Chicago.

Cuando yo conocí el Eneagrama en 1974, en Toronto, Canadá, la esencia del “material jesuita” consistía en nueve bocetos impresionistas de una página acerca de los tipos de personalidad. Estas páginas contenían las semillas de este libro.

Al principio, fui escéptico respecto a lo que vi del Eneagrama. Como la mayoría de los principiantes, me disgustaba especialmente ser encasillado por otros que —demasiado rápido para mi gusto— me asignaban uno de los “números sufíes”. En esa época, yo era un seminarista jesuita que estudiaba teología en la Universidad de Toronto, y los demás jesuitas con quienes vivía se referían a los tipos de personalidad del Eneagrama como los números sufíes, y no como los tipos de personalidad Uno, Dos, Tres, etc. Utilizaban el Eneagrama para tener una ubicación rápida del otro, tal como podrían haber utilizado los signos astrológicos si es que se hubieran inclinado por esa antigua tipología.

Mi primera impresión fue que el Eneagrama, como muchas de las cosas que salían de California en la década del 70, era una moda y me resistí a ella. Pero cuando escuché a la gente hablar acerca de los números sufíes, empecé a intrigarme; pronto pude ver más allá del uso fácil del sistema hacia las genuinas introversiones que contenía.

Mi “conversión” al Eneagrama se produjo súbitamente. En el invierno de 1974 desperté una mañana antes del amanecer y, por ninguna razón especial, tomé el archivador en que había reunido información sobre el Eneagrama de otros jesuitas. Bajo las frazadas comencé a leer en serio, concentrándome por primera vez en los nueve bosquejos impresionistas de los tipos de personalidad. Pronto pude detectar mi propio tipo y luego empecé a obtener algunas introversiones

acerca de la personalidad de otros seminaristas, mi familia y amigos. Cuando finalmente me levanté, un par de horas más tarde, comprendí que en este sistema había más de lo que había pensado, y quise profundizar en él.

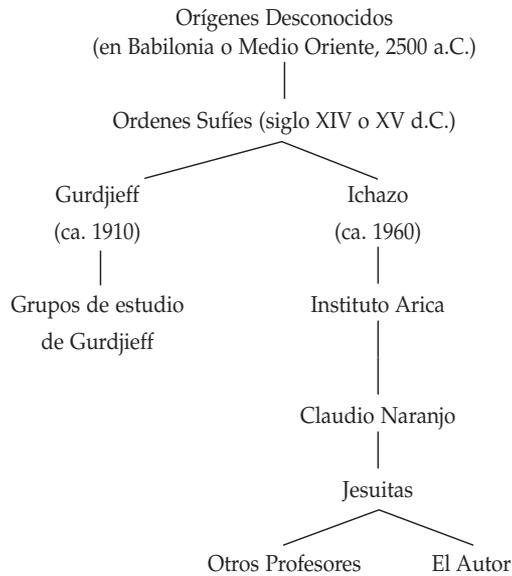
Aunque muchos de los detalles del Eneagrama como sistema psicológico no habían sido elaborados, de todas maneras pude intuir la exactitud esencial de los tipos de personalidad. El Eneagrama parecía categorizar a la gente en una forma que tenía sentido. Por primera vez en mi vida pude ver que realmente existen “tipos de personalidad” —que si bien las personas son únicas, también pertenecen a una clase mayor de la cual son ejemplos particulares, como distintos tipos de primates en el reino animal. Sentí que ya no estaba a merced de lo desconocido: podía ver más profundamente a la gente, entendiendo a qué tipo de personalidad pertenece un individuo. Esto fue una revelación.

Yo no estaba solo en mi entusiasmo por el Eneagrama. Cuanto más gente se familiarizaba con él, crecía el interés. Algunos jesuitas lo enseñaban informalmente a sus amigos y conocidos, mientras que otros empezaron a incluir presentaciones del Eneagrama en los programas que ofrecían en casas de retiro. El conocimiento del Eneagrama rápidamente comenzó a expandirse más allá de los jesuitas a otros círculos religiosos y no religiosos a lo largo de Estados Unidos, Canadá y Europa, especialmente entre grupos de potencial humano de la Nueva Era. Sin embargo, lo que aún faltaba era una concepción clara de cómo funcionaba el Eneagrama, así como una descripción precisa de los tipos de personalidad.

Ya que el Eneagrama parecía ser válido, pensé que debía ser consecuente con los hallazgos de la psicología moderna, pues ambos intentaban describir lo mismo: los seres humanos. Después de utilizar el Eneagrama en mi vida personal durante más o menos dos años, me convencí suficientemente de su validez y utilidad como para intentar interpretarlo conforme a la psicología moderna.

Pronto descubrí que el correlacionar los números sufíes jesuitas con la psicología sería difícil por una serie de razones. Como se ha visto, el desarrollo y transmisión del Eneagrama ha sido un asunto largo y misterioso. No había una sola fuente o tradición que consultar. En efecto, me di cuenta de que las tres principales tradiciones de transmisión del Eneagrama —Gurdjieff, Ichazo y los jesuitas— eran bastante diferentes. Además, cuando empecé a trabajar en el Eneagrama en 1975, se había escrito muy poco acerca de él, un hecho casi tan cierto hoy como lo era entonces.

Un diagrama de las líneas de transmisión que hemos visto hasta acá, puede ayudar a esclarecer la historia del Eneagrama.



La Transmisión del Eneagrama

El encontrar material sobre el Eneagrama no fue la única dificultad. A medida que los distintos profesores iban presentando el material, por lo general le añadían algo de su propia cosecha cuando lo transmitían a sus alumnos. Estos, a su vez, frecuentemente se convertían en profesores del Eneagrama y también le agregaban sus propias introyisiones. Para bien o para mal, el material estaba continuamente cambiando, y comenzaron a surgir muchas interpretaciones diferentes, aun dentro de la corriente de transmisión jesuita*.

Si bien algunas de estas adiciones representaron un avance en la comprensión de los tipos de personalidad, otras no. Por ejemplo, algunos profesores especifican ciertos colores y animales para simbolizar cada uno de los tipos de personalidad, un enfoque que podría ser poéticamente alusivo si no fuera por el hecho de que otros profesores

* Para una exposición del material jesuita tradicional del Eneagrama, véase Maria Beesing, OP., Robert J. Nogošek, C.S.C. y Patrick H. O'Leary, S.J., *The Enneagram: A Journey of Self-Discovery* (El E.: un viaje de autodescubrimiento). Este es el único otro libro que trata el Eneagrama como una tipología psicológica, aunque lo hace desde un punto de vista específicamente religioso y fue escrito para ser utilizado en talleres de Eneagrama en casas de retiro católicas. También debo decir que no concuerdo con muchas de las interpretaciones de los tipos de personalidad presentadas en este libro. Sin embargo, es una adecuada presentación del material jesuita tradicional como ha circulado en notas y talleres desde comienzos de los años 70.

cambian los colores y animales en forma arbitraria. Más importante aún, distintas interpretaciones se contradicen rotundamente acerca de cosas básicas, tales como las Direcciones de Integración y Desintegración, y lo más importante de todo, algunos profesores atribuyen mal rasgos de un tipo de personalidad a otro. El resultado es que gran parte de lo que se está enseñando sobre el Eneagrama es confuso: aún suena verdadero, pero no lo suficiente como para ser muy útil a la gente en su vida diaria.

Como si todos estos problemas no bastaran, el material tradicional del Eneagrama también tendía a ser negativo, focalizándose casi exclusivamente en los aspectos malsanos de cada tipo de personalidad. Desde luego, el comprender nuestras tendencias malsanas es extremadamente útil, porque lo negativo nos ocasiona más problemas a nosotros y a los demás que lo positivo. Pero pronto comprendí que si el Eneagrama se iba a convertir en algo útil para la gente, no debía ser tan negativo y deprimente. Los tipos de personalidad tendrían que describir a la persona entera, no sólo a los neuróticos.

Por lo tanto, decidí intentar desarrollar los rasgos sanos y promedio de cada tipo de personalidad. No me di cuenta de la monumental tarea que me había asignado. En efecto, el grueso de mi trabajo a lo largo de los años ha sido descubrir y clasificar los cientos, tal vez miles, de rasgos que caracterizan a los tipos de personalidad, y luego descubrir cómo calzan esos rasgos dentro de cada tipo para producir un todo unificado. Al atenerme al principio psicológico de que las neurosis resultan de distorsiones y conflictos en los modos *normales* de conducta, finalmente descubrí cómo los rasgos sanos, promedio y malsanos forman *un continuum de rasgos* para cada tipo. (Habrà más acerca del Continuum en el próximo capítulo, que presenta pautas para la teoría básica del Eneagrama).

En resumen, he conservado la esencia del Eneagrama —su descripción de los nueve tipos de personalidad— y a la vez me he mantenido escéptico a las muchas interpretaciones confusas y atribuciones equívocas que se han acumulado en torno a él. También he eliminado los elementos esotéricos que originalmente eran parte de la enseñanza tradicional, junto con cualquier interpretación que pareciera poco útil o imprecisa. No he conservado lo que no tenía sentido o no era de ayuda. Aun así, cuanto más removía las acreencias circundantes al Eneagrama, más obvio resultaba que esta tipología merecía ser más ampliamente conocida y utilizada.

Finalmente, en la actualidad no hay ninguna demostración científica de los nueve tipos de personalidad. Yo no he realizado ninguna investigación formal sobre ellos aparte de utilizar mi propia observación, intuición y lecturas durante los últimos doce años. Se ha dicho

que la psicología es tanto un arte como una ciencia, y mis intereses están más en el lado humanista de la verdad de la psicología que en su demostración científica.

Además, cada cuerpo de conocimiento tiene su propia clase de demostración. La demostración de la verdad de una proposición acerca del arte ciertamente es distinta de la de una proposición acerca de la historia, tal como la demostración histórica es diferente de aquella de la física y las otras ciencias exactas. Me parece que la demostración de la precisión del Eneagrama no radica tanto en su validación empírica —aunque estoy seguro que puede resistir un escrutinio científico— como en su capacidad de describir a las personas de una manera que profundiza su comprensión de sí mismas y los demás. En un último análisis, las descripciones de los tipos de personalidad en este libro tienen un dejo de verdad o no; el Eneagrama cobra sentido en su propia experiencia o no. Aquellos que se tomen el tiempo, se encontrarán en estas páginas. Usted vivenciará un shock de reconocimiento cuando descubra su propio tipo de personalidad —ésta es la más importante demostración de la precisión del Eneagrama.

Gurdjieff da algunos consejos bastante buenos acerca de todos los sistemas esotéricos. También se aplican a gran parte de la psicología —y, desde luego, al Eneagrama.

El hecho es que en la literatura oculta, mucho de lo que se ha dicho es superfluo e inexacto. Más vale que usted olvide todo esto. Todas sus investigaciones en esta área fueron un buen ejercicio para su mente; en eso radica su gran valor, pero sólo en eso. No le han entregado conocimiento... Juzgue todo desde el punto de vista de su sentido común. Hágase poseedor de sus propias ideas exactas y no acepte nada por fe; y cuando usted, su sí mismo, por vía de un acertado razonamiento y argumento, llegue a una convicción inquebrantable, a una comprensión plena de algo, habrá logrado cierto grado de iniciación (Citado en Webb, *The Harmonious Circle*, 500).

Vale la pena aplicar el consejo de Gurdjieff a este libro: “Hágase poseedor de sus propias ideas exactas y no acepte nada por fe”. Si el Eneagrama ha de tener valor en su vida, será porque usted lo ha trabajado y convertido en parte suya. Si se encuentra en estas páginas —si estas descripciones suenan verdaderas en su propia experiencia— entonces el esfuerzo invertido habrá valido la pena.

CAPÍTULO 3

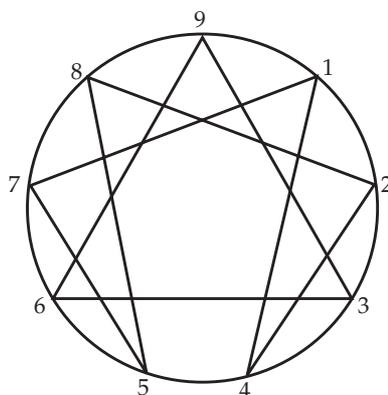
PAUTAS

Se necesita saber sólo un puñado de conceptos para entender cómo funciona el Eneagrama. Sin embargo, ya que se requieren muchas distinciones para describir los tipos de personalidad, la teoría del Eneagrama es, a final de cuentas, sutil y compleja. Este capítulo no se ocupa de todos los matices del Eneagrama; más bien, le presentará los puntos prácticos que debe conocer para leer las descripciones.

Las explicaciones de este capítulo se han mantenido a propósito tan simples como fue posible. Ellas lo introducirán a ideas más complejas que serán analizadas al final del libro en los Capítulos 13 y 14, Pautas Avanzadas y La Teoría del Eneagrama.

La Estructura del Eneagrama

Aunque a primera vista el Eneagrama puede parecer confuso, su estructura es en realidad sencilla. En la circunferencia del círculo hay nueve puntos equidistantes. Cada punto se designa con un número del uno al nueve, estando el nueve arriba, por convención y simetría. Cada punto representa uno de los nueve tipos básicos de personalidad. Se interrelacionan entre sí de ciertas maneras específicas, como lo indican las líneas interiores del Eneagrama. Si usted mismo dibuja el Eneagrama, esto le ayudará a comprender cómo se construye (vea página siguiente).



El Eneagrama

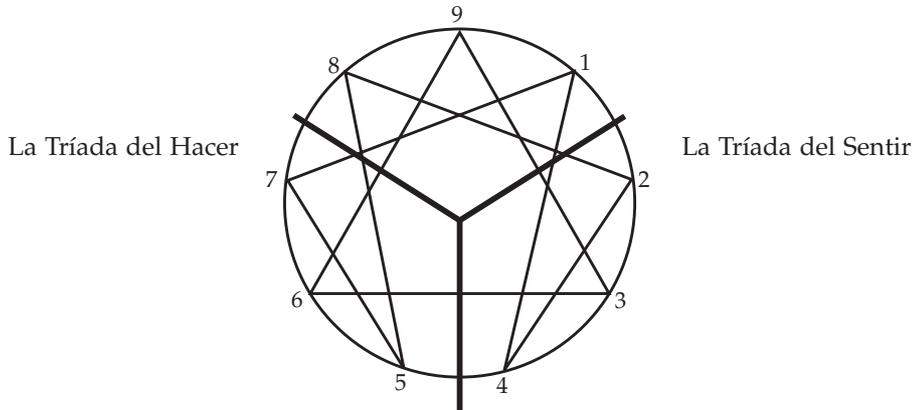
Nótese que los puntos Tres, Seis y Nueve forman un triángulo equilátero. Los seis puntos restantes están conectados en el siguiente orden: el Uno se conecta con el Cuatro, el Cuatro con el Dos, el Dos con el Ocho, el Ocho con el Cinco, el Cinco con el Siete, y el Siete con el Uno. Estos seis puntos forman un hexagrama irregular. En breve, analizaré el significado de estas secuencias de números.

Las Tríadas

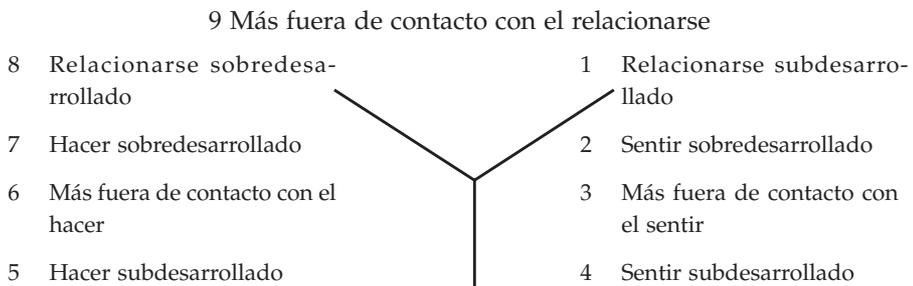
En el nivel más simple de análisis, el Eneagrama es una disposición de nueve tipos de personalidad *en tres Tríadas*. Hay tres tipos de personalidad en la *Tríada del Sentir*, tres en la *Tríada del Hacer* y tres en la *Tríada del Relacionarse*, como se indica a continuación. Cada Tríada consiste en tres tipos de personalidad que se caracterizan mejor por las ventajas y desventajas de esa Tríada. Por ejemplo, el tipo de personalidad Dos tiene fortalezas y debilidades particulares que comprometen sus sentimientos, razón por la cual es uno de los tres tipos de la Tríada del Sentir. Las ventajas y desventajas del Siete tienen que ver con el hacer, razón por la cual está en la Tríada del Hacer, y así para todos los tipos de personalidad.

Los tres tipos de personalidad de cada Tríada no son arbitrarios. Cada tipo resulta de una "dialéctica" que consiste en una tesis, antítesis y síntesis de la facultad psicológica que caracteriza a esa Tríada. En cada Tríada, uno de los tipos sobredesarrolla la facultad característica de la Tríada, otro tipo subdesarrolla la facultad y el tercero está más fuera de contacto con la facultad. Estas relaciones se ilustran abajo, al frente.

La Tríada del Relacionarse



Las Tríadas del Eneagrama



La Estructura Dialéctica de las Tríadas

Al girar en torno al Eneagrama, Tríada por Tríada, usted verá qué significa esto. Por ejemplo, en la Tríada del Sentir, el Dos ha sobredesarrollado sus sentimientos, expresando sólo sus emociones positivas mientras reprime las negativas. El Tres está más fuera de contacto con sus sentimientos, proyectando una imagen que sustituye los sentimientos genuinos. El Cuatro ha subdesarrollado la expresión personal de sus sentimientos, revelándose indirectamente a través de alguna forma de arte o de vivir estético.

En la Tríada del Hacer, el Cinco ha subdesarrollado su capacidad de hacer: sustituye el hacer por el pensar, girando incesantemente en torno a pensamientos cada vez más complejos y aislados. El Seis está más fuera de contacto con su capacidad de actuar por sí mismo sin la aprobación de alguna figura de autoridad. Y el Siete ha

sobredesarrollado su capacidad de actuar, tornándose hiperactivo y maníaco hasta perder el control.

En la Tríada del Relacionarse, el Ocho ha sobredesarrollado su capacidad de relacionarse con el ambiente, considerándose más grande que todos los demás. El Nueve está más fuera de contacto con su capacidad de relacionarse con el ambiente como individuo, ya que se identifica con otro, viviendo a través de alguna otra persona antes que independizarse. Y el Uno ha subdesarrollado su capacidad de relacionarse con el ambiente en el sentido de que se siente inferior al ideal que constantemente lucha por alcanzar.

Yo me refiero a los tres tipos de personalidad del triángulo equilátero —el Tres, Seis y Nueve— como los tipos “primarios” de personalidad, porque tienen los mayores problemas y son los más bloqueados de alguna manera con el sentir, el hacer o el relacionarse. Los seis tipos de personalidad restantes —el Uno, Cuatro, Dos, Ocho, Cinco y Siete en el hexagrama— son los tipos “secundarios”, porque están más mezclados y no tan fuera de contacto con el sentir, el hacer o el relacionarse. En las Pautas Avanzadas veremos más acerca de qué significa esto y por qué resulta tan importante hacer esta distinción.

Sea cual sea la Tríada en que esté el tipo básico de personalidad, todo el mundo tiene la capacidad de sentir, hacer y relacionarse con el ambiente. Nos convertimos en uno de los nueve tipos de personalidad porque nuestro desarrollo psicológico, comenzando en la niñez, ha dado más énfasis a una facultad que a las otras dos. Pero esto no significa que las dos facultades restantes no sean parte de nosotros. Lo son, y somos quienes somos porque las tres facultades operan en un equilibrio siempre cambiante para producir nuestra personalidad.

El enfocar su tipo básico de personalidad dentro de su Tríada es sólo el principio del proceso de autocomprensión. Sin embargo, hay muchos otros factores que también forman parte del cuadro, porque el Eneagrama es, en su forma más abstracta, un símbolo universal —un símbolo de cada uno de nosotros.

El Tipo Básico de Personalidad

La forma más simple de considerar el Eneagrama es como una configuración de nueve tipos de personalidad distintos, en que cada número del Eneagrama denota un tipo. Todo el mundo ha abandonado la niñez como un miembro único de *uno* de los tipos de personalidad, y sus potenciales psicológicos se han desarrollado o deteriorado desde ese punto de partida.

Los tipos de personalidad, y sus relaciones con los demás, se pueden representar esquemáticamente. Uno de los nueve puntos de

la circunferencia del Eneagrama denota un tipo de personalidad particular que lo caracteriza a usted más precisamente que cualquier otro. Este es su *tipo básico de personalidad*, el cual podrá identificar en breve.

Es usualmente aceptado por los psicólogos que la personalidad es en gran medida producto de la relación que un niño tiene con sus padres u otras personas significativas. Cuando el niño tiene 4 ó 5 años, su conciencia se ha desarrollado lo suficiente como para poseer un sentido personal del sí mismo. Aunque su identidad aún es muy fluida, un niño de esta edad está empezando a establecerse y encontrar modos de encajar por su propia cuenta en el mundo. Sin duda, hay factores genéticos que predisponen a un niño a tener (prácticamente desde el nacimiento) un cierto temperamento, como se denomina la base física de la personalidad. Sin embargo, la ciencia no ha podido decir con precisión qué genética está comprometida, y en todo caso, cada tipo básico de personalidad del Eneagrama representa el modo global en que el niño se ha adaptado consciente e inconscientemente a su familia y al mundo. En resumen, el tipo básico de personalidad que una persona tiene representa el resultado total de todos los factores infantiles que han participado en la formación de la personalidad del niño, incluyendo la genética. Ya que en las descripciones y en la Teoría hay más sobre los orígenes infantiles de cada tipo de personalidad, acá no entraré en detalles acerca de ellos.

Sin embargo, debiera recalcar varios puntos más sobre el tipo básico de personalidad en sí mismo. Primero, la gente no cambia de un tipo básico de personalidad a otro. Cada persona es un individuo único dentro de ese grupo mayor y, en un último análisis, sigue siendo ese tipo por el resto de su vida. En realidad, la gente sí cambia de muchas maneras a lo largo de su vida, pero su tipo básico de personalidad no se modifica.

Segundo, las descripciones de los tipos de personalidad son universales y se aplican tanto a hombres como a mujeres, ya que ningún tipo es inherentemente masculino o femenino. Las cuestiones acerca de los roles sexuales y las diferencias sexuales basadas solamente en lo biológico son importantes, pero están más allá del objetivo de este libro. En todo caso, gran parte de lo que asociamos con masculinidad o femineidad resulta de expectativas culturales y conductas aprendidas que no son inherentes a la naturaleza humana.

Tercero, no todo lo que hay en la descripción de su tipo básico será aplicable a usted todo el tiempo. Esto es porque la gente fluctúa entre los rasgos sanos, promedio y malsanos que constituyen su tipo de personalidad. Por ejemplo, si usted es fundamentalmente sano, los rasgos malsanos no serán aplicables, y viceversa. Sin embargo, al irse conociendo más objetivamente, reconocerá que todos los rasgos de su

tipo de personalidad son genuinas tendencias inherentes a usted mismo. Si fuera a tornarse sano o malsano, lo hará de la manera que lo predice el Eneagrama.

Cuarto, como hemos visto, el Eneagrama utiliza *números* para designar cada uno de los tipos de personalidad. Hay varias cosas que comprender acerca del uso de números. La razón principal para utilizarlos es que son indeterminados. Ya que tienen valor neutro, implican todo el rango de rasgos de cada tipo sin indicar nada positivo o negativo al respecto. El usar números es una forma imparcial y taquigráfica de indicar mucho acerca de una persona. A diferencia de los rótulos que se utilizan en psiquiatría, los números son útiles sin ser peyorativos.

En la terminología psiquiátrica, por ejemplo, los tipos de personalidad siempre se designan por sus características patológicas: el tipo obsesivo, el tipo depresivo, el tipo sicopático, el tipo antisocial, etc. Si bien el Eneagrama abarca los aspectos patológicos de cada tipo de personalidad, también indica los rasgos sanos y promedio —y claramente no es adecuado utilizar rótulos patológicos para la gente promedio o sana. Además, es más estimulante considerarse un Cinco, por ejemplo, que un tipo paranoide, o un Siete que un tipo maníaco-depresivo, etc., especialmente si uno es normal y no neurótico. En resumen, ya que el Eneagrama incluye más que las denominaciones psiquiátricas convencionales, es adecuado que sus categorías sean tan neutras e imparciales como sea posible. El uso de números cumple esta función.

Lo último que quisiera acotar con respecto a los números es que el orden numérico de los tipos de personalidad no es significativo. Un número mayor no es mejor que un número menor; no es mejor ser un Nueve que un Dos porque el nueve es un número más grande.

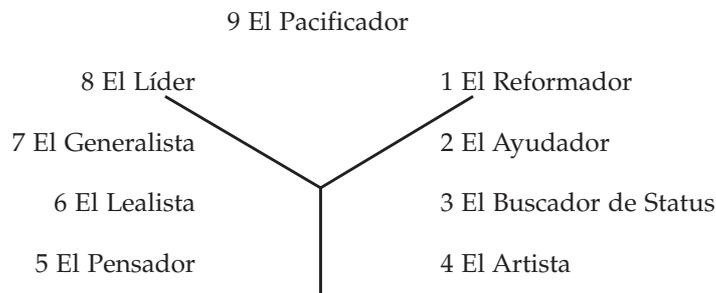
Quinto, ningún tipo de personalidad es inherentemente mejor o peor que cualquier otro. Cada tipo tiene sus fortalezas y debilidades particulares, y es extremadamente útil saber cuáles son. Si bien todos los tipos de personalidad tienen ventajas y desventajas, algunos tipos generalmente son más deseables que otros en una cultura o grupo determinado. Puede que usted no esté contento con su tipo de personalidad; quizás sienta que su tipo tiene alguna desventaja que le desagrada. Sin embargo, cuando aprenda más acerca de todos los tipos de personalidad, descubrirá que cada uno está limitado en formas particulares y cada uno tiene sus capacidades únicas. Si algunos tipos de personalidad son más estimados en la sociedad occidental moderna que en otras, se debe a las cualidades que la sociedad recompensa, no debido a un valor superior de esos tipos.

Por ejemplo, los tipos agresivos, seguros de sí mismos, extravertidos, son altamente valorados en nuestra sociedad competitiva, materialista,

orientada al éxito, mientras que los tipos introvertidos, orientados hacia la gente, calmados, tienden a ser considerados ciudadanos de segunda clase. Si usted siente que su tipo de personalidad está en este último grupo, recuerde que los tipos socialmente más deseables también tienen limitaciones, mientras que los tipos que reciben menos retribuciones sociales tienen virtudes que también los hacen valiosos. El ideal es convertirse en *su mejor sí mismo*, no envidiar las fortalezas y potenciales de los demás.

Identificando su Tipo Básico de Personalidad

El aplicar estos conceptos a usted mismo los concretará más. ¿Cuál de los siguientes nueve roles le calza mejor la mayor parte del tiempo? O dicho de otra manera, si usted fuera a describirse en una palabra, ¿cuál de las siguientes palabras lo caracterizaría mejor?



Ahora vamos a expandir estas descripciones de una palabra. Lea las siguientes descripciones de cuatro palabras para ver si aún se siente cómodo con el tipo con el cual se ha identificado tentativamente. Tenga presente que estos rasgos son meramente aspectos notorios y no representan el espectro completo de cada tipo de personalidad.

El *Dos* es cariñoso, generoso, posesivo y manipulador.

El *Tres* es seguro de sí mismo, competitivo, narcisista y hostil.

El *Cuatro* es creativo, intuitivo, introvertido y depresivo.

El *Cinco* es perceptivo, analítico, excéntrico y paranoide.

El *Seis* es amable, cumplidor, dependiente y masoquista.

El *Siete* es una persona realizada, impulsiva, excesiva y maníaca.

El *Ocho* es confiado en sí mismo, enérgico, combativo y destructivo.

El *Nueve* es pacífico, reasegurador, pasivo y negligente.

El *Uno* es una persona de principios, ordenada, perfeccionista y castigadora.

Ahora examinaremos las principales ventajas y desventajas de cada tipo para descubrir por qué cada uno está en la Tríada del Sentir, del Hacer o del Relacionarse. Aunque las siguientes breves descripciones aún son simples, vea si el tipo de personalidad que ha escogido tentativamente todavía le calza. Si no es así, considere la siguiente posibilidad más probable.

En la Tríada del Sentir: Tipos de Personalidad Dos, Tres y Cuatro

Estos tres tipos de personalidad tienen ventajas y desventajas en común que se relacionan con sus *sentimientos*. Cuando estos tipos son sanos, sus sentimientos son el foco de lo que es admirable en sus personalidades, permitiéndoles convertirse en individuos altamente valorados por sus cualidades interpersonales. Sin embargo, cuando son malsanos, sus emociones están en desequilibrio de una u otra manera.

Las fortalezas de los Dos sanos resultan de la capacidad de sustentar sentimientos positivos hacia los demás. Los Dos sanos son compasivos, generosos, amorosos y considerados; hacen grandes esfuerzos para ayudar a la gente. Sin embargo, los Dos promedio son posesivos y controladores. Desean ser queridos, pero se inmiscuyen demasiado en la vida de los demás. Y los Dos malsanos se engañan respecto a la presencia de sus sentimientos negativos, especialmente la agresión. Desean que los demás los consideren amorosos y buenos todo el tiempo, aun cuando manipulan a la gente y actúan con egoísmo.

Las fortalezas de los Tres sanos incluyen la capacidad de adaptarse a los demás. Los Tres sanos aprenden rápidamente qué los hará atractivos y deseables. Son capaces de motivar en los demás el deseo de ser como ellos, porque son genuinamente admirables en alguna forma socialmente valorada. Los Tres promedio, sin embargo, son los que están más fuera de contacto con sus emociones y con su individualidad. Son camaleones que proyectan una imagen que los demás van a aplaudir. Los Tres malsanos se tornan hostiles y extremadamente maliciosos si no obtienen la atención admirativa que desean.

Las fortalezas de los Cuatro sanos incluyen una autopercepción intuitiva. Los Cuatro sanos son muy directos, revelando y comunicando sus sentimientos en formas que permiten a los demás contactarse con sus propias emociones. Sin embargo, los Cuatro promedio se percatan demasiado de sus sentimientos, especialmente los negativos, retrayéndose de los demás y viviendo demasiado en su imaginación. Los Cuatro malsanos están extremadamente deprimidos y alienados de los demás, atormentados por dudas de su propia capacidad y odio

a sí mismos. Se tornan suicidas cuando ya no pueden encarar la realidad.

Los Dos, Tres y Cuatro tienen problemas comunes con la *identidad* y la *hostilidad*, que descargan ya sea sobre sí mismos o sobre los demás, dependiendo del tipo de personalidad.

En la Tríada del Hacer: Tipos de Personalidad Cinco, Seis y Siete

Estos tipos tienen ventajas y desventajas comunes que se relacionan con el *hacer*. Cuando estos tipos son sanos, su capacidad de lograr cosas es inigualada por los otros tipos de personalidad: frecuentemente son responsables de notables logros prácticos o científicos. Sin embargo, cuando son malsanos, su capacidad de actuar está en desequilibrio de una u otra manera.

Las ventajas de los Cinco sanos los hacen el tipo de personalidad más profundamente perceptivo. Los Cinco sanos son extremadamente conocedores de algún aspecto de su ambiente y son capaces de dar soluciones brillantes, originales e inventivas a los problemas. Sin embargo, los Cinco promedio desean total certeza antes de actuar, así que piensan tortuosamente todo antes de hacer cualquier cosa, atacándose más bien en el pensar que en el hacer. Como resultado de pensar demasiado, los Cinco malsanos se crean más problemas que los que resuelven porque se han aislado tan completamente de la realidad. Son incapaces de saber qué es real o irreal, verdadero o falso.

Las fortalezas de los Seis sanos incluyen la capacidad de establecer intensos vínculos emocionales con los demás. Cuando los Seis sanos actúan, resulta bueno para todos. Se comprometen con los demás, son amigos leales y fieles y buscan las mismas cualidades en los demás. Los Seis promedio, sin embargo, buscan demasiado fuera de sí mismos "permiso" para actuar de una figura de autoridad o sistema de creencias que les diga qué hacer. Inseguros de sí mismos a menos que la autoridad esté de su parte, de todas formas sienten que deben imponerse frente a la autoridad para demostrar su independencia. Los Seis malsanos sucumben a la angustia y a sentimientos de inferioridad e inseguridad, causando en forma autodestructiva precisamente las consecuencias que más temen.

Las ventajas de los Siete sanos incluyen la capacidad de hacer muchas cosas excepcionalmente bien. Los Siete sanos son muy entusiastas por el ambiente, volviéndose extremadamente versados en una amplia variedad de actividades. Sin embargo, los Siete promedio se exceden en todo en una interminable búsqueda de nuevas sensaciones, aunque,

irónicamente, cuanto más hacen, menos satisfechos están. Desean ávidamente más de todo para no sentirse privados. Los Siete malsanos se vuelven egocéntricos, exigiendo que los demás cumplan sus caprichos. Se convierten en escapistas disipados y pierden el control compulsivamente.

Los Cinco, Seis y Siete tienen problemas comunes con la *inseguridad* y la *angustia*, que manejan en diferentes formas, dependiendo del tipo de personalidad.

En la Tríada del Relacionarse: Tipos de Personalidad Ocho, Nueve y Uno

Estos tres tipos de personalidad tienen ventajas y desventajas comunes que comprenden el relacionarse. Cuando son sanos, estos tipos se relacionan excepcionalmente bien con su ambiente y con los demás, a menudo como líderes de una u otra clase. Sin embargo, cuando son malsanos, están en desequilibrio con la forma en que se relacionan con el mundo y los demás.

Las fortalezas de los Ocho sanos se basan en el considerarse más poderosos que el resto de la gente. Pueden utilizar su inmensa confianza en sí mismos, valentía y capacidades de liderazgo para inspirar a otros hacia grandes logros. Los Ocho promedio, sin embargo, tienden a dominar todo en el ambiente con demasiada agresividad, ya que sólo se ocupan de su propio interés y no respetan los derechos y necesidades de los demás. Los Ocho malsanos se relacionan con su ambiente como abusadores y tiranos, destruyendo cruelmente a cualquier persona y cosa que se interponga en su camino.

Las ventajas de los Nueve sanos se basan en la capacidad de identificarse íntimamente con una persona o creencia. La receptividad, optimismo y serenidad de los Nueve sanos son reaseguradores para los demás, permitiendo a éstos florecer porque los Nueve crean una atmósfera armoniosa para todo el mundo. Sin embargo, los Nueve promedio socavan su propio desarrollo (y su capacidad de encarar la realidad) idealizando demasiado al otro —ya sea una persona o una abstracción. Y los Nueve malsanos se tornan peligrosamente fatalistas y negligentes al aferrarse a lo que se ha convertido en poco más que ilusiones acerca de la realidad de la cual se han disociado.

Las fortalezas de los Uno sanos incluyen la capacidad de relacionarse objetivamente con el ambiente. Los Uno sanos son razonables, equitativos y concienzudos, guiados por principios que les dan una conciencia fuerte y un claro entendimiento del bien y el mal. Sin embargo, los Uno promedio están en desequilibrio con sus emociones, que tratan de controlar demasiado. Se esfuerzan por conseguir nada

menos que la perfección absoluta, encontrando difícil aceptar cualquier cosa tal como es, porque siempre puede ser mejor. Los Uno malsanos son intolerantes y farisaicos, obsesionándose con el mal que encuentran en los demás, mientras ignoran sus propias acciones contradictorias. Pueden ser crueles y despiadados con los demás.

Los Ocho, Nueve y Uno tienen problemas comunes con la *represión* y la *agresión*, que manejan en diferentes formas, dependiendo del tipo de personalidad.

Si aún no puede decidir cuál es su tipo de personalidad, al menos intente reducir las posibilidades a los dos o tres candidatos más probables. Su tipo básico finalmente debiera hacerse claro cuando lea las descripciones completas.

Un problema corriente es que las personas tienden a escoger el tipo de personalidad que les gustaría ser, y no el que en realidad son. Usted puede evitar esto intentado ser objetivo acerca de usted mismo, aunque ésta es una de las cosas más difíciles de lograr. Sin embargo, cuanto más comprenda las descripciones —y a usted mismo—, más verá que un tipo de personalidad lo describe realmente mejor que los demás. Dese tiempo para descubrir cuál es.

Puede que se encuentre respondiendo a uno o dos rasgos de cada tipo, viéndose en todos ellos pero en ninguno en particular. Aunque quizás vea un poco de usted mismo en todos los tipos, cuando lea la descripción de su propio tipo de personalidad, *usted lo sabrá*. Puede que sienta escalofríos en la espalda o una incómoda sensación en la boca del estómago. Este será su subconsciente diciéndole que algo está tocando un punto vulnerable.

Si bien las descripciones no son difíciles de entender intelectualmente, quizás sean difíciles de abordar emocionalmente. Algunas personas han descubierto que se angustian o deprimen cuando leen la descripción de su propio tipo. El verse revelado en estas páginas puede ser estimulante, pero también perturbador.

Si usted se angustia al leer la descripción de su tipo, quizás le sirva dejar el libro a un lado hasta que haya pensado qué es lo que encontró perturbador. Una de las cosas más útiles respecto a revisar las descripciones es que le ayudará a reconocer los cambios que necesita hacer en su vida. El modificarse toma tiempo y requiere de la buena voluntad para confrontar verdades desagradables acerca de uno mismo, pero es el único modo de liberarse de hábitos perturbadores y patrones de conducta contraproducentes. Y, como verá por usted mismo, el proceso de reflexionar sobre la descripción de su tipo de personalidad puede ser catártico: cuanto más revise este material y lo aplique a usted mismo, más liberador se vuelve el proceso.

El Ala

Ahora que usted ha identificado tentativamente su tipo básico de personalidad, podemos empezar a hacer algunas refinaciones. Es importante comprender que nadie es un tipo "puro" de personalidad. Todo el mundo es una mezcla única de su tipo básico y *una* de los dos tipos adyacentes a él en la circunferencia del Eneagrama. Uno de los dos tipos adyacentes a su tipo básico se denomina su *ala*.

Su tipo básico domina su personalidad global, mientras que el ala la complementa y le añade elementos importantes, a veces contradictorios. El ala es el "segundo lado" de su personalidad global, y debe tomarlo en consideración para entenderse a usted mismo o a alguien más. Por ejemplo, si usted es un tipo de personalidad Nueve, tendrá un ala Uno o un ala Ocho, y su personalidad global se puede entender mejor considerando los rasgos del Nueve en una mezcla única con los rasgos del Uno o del Ocho.

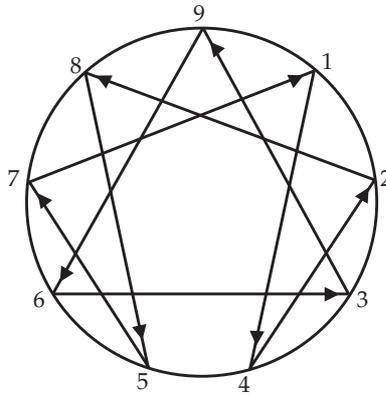
Obviamente, es necesario determinar su tipo básico de personalidad *antes* de poder determinar qué ala tiene. Y para determinar su ala, tiene que saber qué rasgos constituyen los dos tipos adyacentes a su tipo básico. El mejor modo de diagnosticar su ala es leyendo las descripciones completas de los dos tipos posibles y viendo cuál de ellos se aplica mejor a usted. Para ayudar a poner en marcha este proceso, al final de cada capítulo descriptivo he incluido un breve análisis de algunos de los principales rasgos de las dos alas.

Verá mucho más acerca del ala en las Pautas Avanzadas, ya que es uno de los principales elementos que explican por qué dos personas que tienen el mismo tipo de personalidad pueden, no obstante, ser muy distintas.

Direcciones de Integración y Desintegración

Otro importante concepto que usted debe entender es qué significan las líneas del Eneagrama. Los nueve tipos de personalidad no son categorías estáticas; son abiertas, lo que permite el crecimiento y deterioro psicológicos.

Los números del Eneagrama están conectados en una secuencia específica. La forma en que se conectan los puntos numerados es psicológicamente significativa, porque las líneas entre cada uno de los tipos denotan la Dirección de Integración (salud, autorrealización) y la Dirección de Desintegración (enfermedad, neurosis) para cada tipo de personalidad. En otras palabras, a medida que uno se vuelve más sano o malsano, puede moverse en distintas "direcciones", como lo indican las líneas del Eneagrama, *desde su tipo básico*.

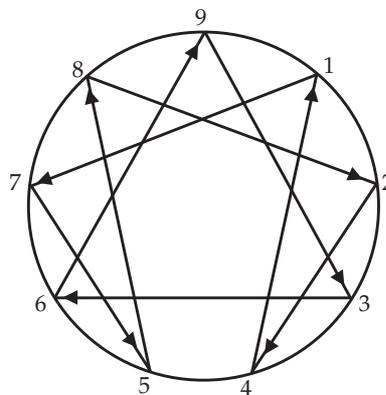


Dirección de Desintegración

1-4-2-8-5-7-1

9-6-3-9

La Dirección de Desintegración para cada tipo está indicada en el Eneagrama por la secuencia de números 1-4-2-8-5-7-1. Esto significa que si un Uno neurótico se deteriora más, irá al Cuatro; un Cuatro neurótico se deteriorará al Dos, un Dos neurótico al Ocho, un Ocho neurótico al Cinco, un Cinco neurótico al Siete y un Siete neurótico al Uno. Asimismo, en el triángulo equilátero, la secuencia es 9-6-3-9: un Nueve neurótico se deteriorará al Seis, un Seis neurótico al Tres y un Tres neurótico al Nueve. Usted puede ver cómo funciona esto siguiendo la dirección de las flechas del Eneagrama que aparece a continuación.



Dirección de Integración

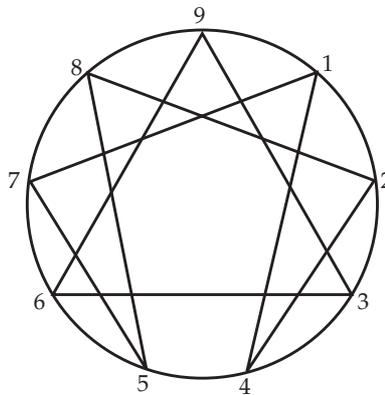
1-7-5-8-2-4-1

9-3-6-9

La Dirección de Integración está indicada para cada tipo por el *inverso* de las secuencias anteriores. Cada tipo se mueve hacia una integración

creciente en una dirección opuesta a su dirección malsana. Por lo tanto, la secuencia para la Dirección de Integración es 1-7-5-8-2-4-1: un Uno en vías de integración va al Siete, un Siete en integración va al Cinco, un Cinco en integración va al Ocho, un Ocho en integración va al Dos, un Dos en integración va al Cuatro y un Cuatro en integración va al Uno. En el triángulo equilátero, la secuencia es 9-3-6-9: un Nueve en vías de integración irá al Tres, un Tres en integración irá al Seis y un Seis en integración irá al Nueve. Usted puede ver cómo funciona esto siguiendo la dirección de las flechas del Eneagrama que aparece en la página siguiente.

Es innecesario tener Eneagramas separados para la Dirección de integración y la Dirección de Desintegración. Ambas direcciones se pueden indicar en un Eneagrama eliminado las flechas y conectando los puntos con líneas.



Dirección de integración
1-7-5-8-2-4-1
9-3-6-9

Dirección de Desintegración
1-4-2-8-5-7-1
9-6-3-9

Le servirá memorizar ambas secuencias de números para saber las Direcciones de integración y Desintegración de cualquier tipo de personalidad dado*.

Es importante entender que las Direcciones de Integración y Desintegración son metáforas de procesos psicológicos que le ocurren a

* Un modo fácil de memorizar ambas secuencias de números es recordar la secuencia malsana y luego invertirla para la sana. Un truco que le ayudará a recordar la secuencia malsana (1-4-2-8-5-7) es agrupar estos seis números en pares: cada par es aproximadamente el doble del par precedente. Así, el primer par (1-4 ó "14") cuando se duplica es "28", y cuando éste se duplica se convierte en "57" (En realidad es 56, desde luego, pero esto no le quita valor a la fórmula nemotécnica. Entonces: 14-28-57 ó 1-4-2-8-5-7).

todas las personas. No hay ningún movimiento literal en torno al Eneagrama; más bien, éste es un modo simbólico de indicar cómo un tipo específico de personalidad se integrará o desintegrará más allá del estado en que está.

Un breve ejemplo ilustrará lo que significan estos movimientos. En el tipo de personalidad Seis, una línea se dibuja al Nueve y otra al Tres. Esto significa que si el Seis fuera a tornarse sano y empezara a realizar sus potenciales, se movería al Nueve, la Dirección de Integración especificada por el Eneagrama, activando lo que el tipo de personalidad Nueve simboliza para el Seis. Cuando el Eneagrama predice que un Seis sano se moverá al Nueve, descubrimos que ésta es precisamente la clase de desarrollo psicológico que vemos en individuos que son Seis. Muchos de los problemas del Seis tienen que ver con la inseguridad y la angustia, y cuando el Seis se mueve al Nueve, se torna relajado, aceptante y pacífico. El Seis en el Nueve es más dueño de sí mismo y está menos angustiado que nunca antes.

A la inversa, la línea hacia el Tres indica la Dirección de Desintegración del Seis. Si un Seis se fuera a tornar no sólo neurótico sino que aún más malsano, lo haría "yéndose al Tres". La angustia del Seis lo ha vuelto extremadamente desconfiado de los demás, y sus sentimientos de inferioridad e inseguridad son desenfrenados. Un movimiento hacia el Tres indica la necesidad de un Seis neurótico de reforzar su autoestima con una extrema sobrecompensación narcisista. El Seis en el Tres atacará maliciosamente a la gente para demostrar cuán fuerte puede ser y para triunfar sobre cualquier persona que él piense que lo ha amenazado. En resumen, el Seis en el Tres se torna peligrosamente agresivo y sicopático.

Sea cual sea su tipo básico de personalidad, tenga conciencia de que los tipos en sus Direcciones de Integración y Desintegración influyen en usted. Para obtener un cuadro más completo de usted mismo (o de otra persona), no sólo debe tomar en consideración su tipo básico y ala, sino también los dos tipos en sus Direcciones de Integración y Desintegración. Los rasgos de esos *cuatro tipos* se mezclan en su personalidad total; una mezcla única de estos cuatro tipos le da el cuadro más amplio de usted mismo. Por ejemplo, nadie es simplemente un tipo de personalidad Dos. Cualquiera que sea un Dos tiene un ala Uno o un ala Tres, y la Dirección de Desintegración del Dos (Ocho) y su Dirección de Integración (Cuatro) también juegan un rol importante en su personalidad global.

Además tenga presente que es posible que una persona malsana manifieste algunos de los elementos de un movimiento en su Dirección de Desintegración antes de llegar a la etapa final de deterioro en la neurosis. Por ejemplo, un Seis promedio puede tener momentos de arrogancia

y desprecio por la gente como una sobrecompensación a crecientes sentimientos de inferioridad. Aunque la arrogancia y el desprecio son rasgos del Tres, aparecen como tempranas señales de advertencia en la conducta del Seis antes de que éste realmente se torne neurótico.

Si usted desea más información de la que he dado en estas breves descripciones de las Direcciones de Integración y Desintegración para cualquiera de los tipos de personalidad, puede leer la sección adecuada en la Dirección de Integración o Desintegración de cada tipo y hacer usted mismo la aplicación. Por ejemplo, para saber más sobre qué significa que un Dos se integre a Cuatro, lea la descripción del Cuatro sano con el Dos sano en mente. O si quiere saber más sobre qué está involucrado en un Nueve que se desintegra a Seis, lea la descripción del Seis malsano aplicando los rasgos al Nueve malsano, y así sucesivamente para todos los tipos. La idea básica es que cuando un tipo se integra, se apropia de los rasgos sanos del tipo en su Dirección de Integración, y cuando se deteriora, se apropia de los rasgos malsanos del tipo en su Dirección de Desintegración.

El Eneagrama es capaz de predecir rasgos integrados o desintegrados porque estos estados se prefiguran en la dinámica del tipo básico de personalidad del individuo. La Dirección de Integración para cada tipo de personalidad es un resultado natural de las cualidades más sanas de cada tipo, así es que se conecta con otro tipo por una línea en el Eneagrama para indicar esa interrelación. En cierto sentido, entonces, usted puede considerar que cada tipo de personalidad está afluyendo en el siguiente, porque el tipo en la Dirección de Integración indica un mayor desarrollo del tipo anterior, tal como el tipo en la Dirección de Desintegración indica su deterioro mayor.

Finalmente, la meta es dar la vuelta completa alrededor del Eneagrama, integrando lo que cada tipo simboliza y adquiriendo el uso activo de los potenciales sanos de *todos los tipos*. El ideal es convertirse en un ser humano equilibrado, que funcione plenamente, y cada uno de los tipos del Eneagrama simboliza distintos aspectos importantes de lo que necesitamos para conseguir este fin. Por lo tanto, el tipo de personalidad con que uno comienza la vida es, a final de cuentas, poco importante. Lo que importa es lo que uno hace con su tipo de personalidad y cuán bien (o mal) lo usa como punto de partida para su desarrollo hacia ser una persona más plena e integrada.

El Continuum de Rasgos

Hay una estructura global para cada tipo de personalidad. Como usted verá, el análisis de cada tipo comienza con una descripción de sus rasgos sanos, luego presenta sus rasgos promedio y después sus

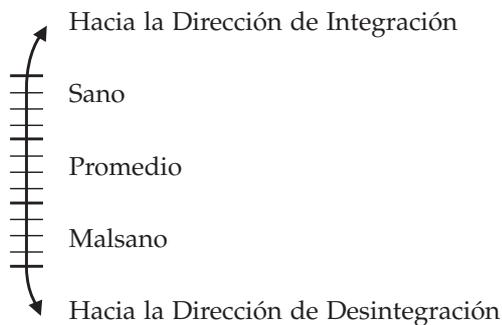
rasgos malsanos. Esa estructura es el Continuum de Rasgos que forma el tipo de personalidad.

Para entender en forma precisa a un individuo, uno debe percibir no sólo su tipo básico y *ala*, sino que también dónde se encuentra la persona en el Continuum de Rasgos del tipo básico de personalidad. En otras palabras, uno tiene que diagnosticar si la persona es sana, promedio o malsana. Esto es importante porque, por ejemplo, dos personas del mismo tipo básico de personalidad y *ala* serán, no obstante, significativamente diferentes si una de ellas es sana y la otra malsana. (También es importante dónde se encuentra una persona en el Continuum de Rasgos de su *ala*, pero ya que esto puede ser difícil de percibir, no lo voy a enfatizar acá).

El concepto de un “continuum” de la personalidad no es académico; es algo que utilizamos intuitivamente todos los días. Una de las cosas que sin duda hemos notado acerca de nosotros mismos (y los demás) es que constantemente estamos cambiando —a veces para bien, a veces para mal. El comprender el concepto del Continuum clarifica que cuando lo hacemos, estamos cambiando dentro del espectro de rasgos que constituyen nuestro tipo de personalidad. En el capítulo Pautas Avanzadas verá más acerca del cómo y el porqué nos movemos a lo largo del Continuum.

El Continuum de cada tipo básico de personalidad se puede considerar como lo indicamos más adelante en la ilustración del Continuum de Rasgos.

El Continuum comprende los *Niveles de Desarrollo*. Quizás le sirva pensar en el Continuum como la escala gris de un fotógrafo, que tiene graduaciones del blanco puro al negro puro con muchos matices de gris en medio. En el Continuum, los rasgos más sanos aparecen primero, a la cabeza, por así decirlo. Al descender por el Continuum, progresivamente pasamos por cada Nivel de Desarrollo que indica un cambio distinto en el deterioro de la personalidad hasta el negro puro de la neurosis al final.



El Continuum de Rasgos

En resumen, hay nueve Niveles de Desarrollo dentro de cada tipo de personalidad: tres en la sección sana, tres en la sección promedio y tres en la sección malsana. Los rasgos que aparecen en cada uno de los Niveles de Desarrollo no son arbitrarios; están ordenados en grupos en cada Nivel. Cuando lea la descripción de cada tipo de personalidad, en efecto estará viendo algunos de los rasgos más importantes de cada uno de esos grupos en cada Nivel a lo largo del Continuum desde la salud hasta la neurosis.

El Continuum permite comprender cada tipo de personalidad como un todo, proporcionando una estructura sobre la cual colocar cada rasgo sano, promedio y malsano. También vale la pena entender el Continuum, porque sólo desde su extremo sano somos capaces de movernos hacia la Dirección de Integración, tal como sólo desde su extremo malsano nos deterioramos hacia la Dirección de Desintegración. En otras palabras, debemos sanarnos antes de poder integrarnos más, al igual que tenemos que estar neuróticos antes de poder deteriorarnos hacia estados limítrofes, la sicosis o la esquizofrenia. No podemos simplemente saltar de la neurosis a la integración —o de la salud a la neurosis instantánea. La integración, como la desintegración, es un *proceso* que toma tiempo lograr. Podemos aprender a ser sanos al igual que, de diferentes maneras y por diferentes razones, aprendemos a ser malsanos.

La Iniciación

Ahora nos podemos abocar a las descripciones de los nueve tipos de personalidad, que se pueden leer en cualquier orden.

Podría ser útil comprender la organización de las descripciones. Cada capítulo empieza con una Caricatura y un Perfil del tipo, para dar a usted una impresión de sus rasgos más importantes. Los Perfiles son particularmente útiles, ya que le dan cincuenta o más adjetivos claves que puede utilizar como una lista de verificación para comprobar si el tipo de personalidad en consideración es aplicable a usted o a otra persona.

Enseguida viene una Visión General, un breve ensayo que presenta la dinámica psicológica principal del tipo que se describe. En la Visión General, usted verá cómo el tipo de personalidad se compara y contrasta con otros tipos en su Tríada, cuáles son sus orígenes infantiles, cómo se correlaciona con la tipología jungiana y otras, y lo más importante, los temas fundamentales que se desarrollarán en forma más sistemática en el análisis más largo que sigue. La Visión General se puede leer como un breve ensayo independiente sobre cada tipo o como una revisión después de haber terminado el análisis.

La descripción más sistemática —el análisis del tipo de personalidad— sigue a la Visión General. Comienza con los rasgos sanos, luego presenta los rasgos *promedio* y después los rasgos *malsanos*. En otras palabras, la descripción *se vuelve progresivamente más negativa* a medida que rastrea el deterioro del tipo a lo largo de los Niveles de Desarrollo.

El análisis termina con una discusión de lo que le ocurrirá al tipo si continúa en su dirección malsana en el Eneagrama —su Dirección de Desintegración— así como una descripción de lo que le sucederá si se mueve hacia una creciente salud —su Dirección de Integración. Después de estas dos secciones hay una breve descripción de los dos subtipos principales de cada tipo de personalidad —sus alas— con ejemplos de gente famosa, real o ficticia, y algunos pensamientos finales acerca del tipo como un todo.

Los ejemplos de gente famosa son conjeturas informadas que se basan en la intuición, observación y lectura. Se presentan para ilustrar la diversidad de los tipos de personalidad, sin ninguna insinuación acerca de su estado de salud o neurosis. Recuerde que cada una de estas personas puede haber sido sana, promedio o malsana en distintos momentos de su vida, y que cada una se puede haber movido en su Dirección de Integración o Desintegración. Sobre todo, recuerde que hay una gran diversidad individual, incluyendo inteligencia, talento y experiencia, entre aquellos que ilustran cualquier tipo determinado. Pero aun tomando en consideración estos diversos factores, he incluido a las personas famosas porque, al entender cómo ejemplifican los distintos tipos de personalidad, usted podrá ver lo que todas ellas tienen en común y la vasta gama de territorios psicológicos que cubre cada tipo. No hay dos personas que sean exactamente iguales, y sin embargo, hay profundas semejanzas entre todas las personas del mismo tipo de personalidad.

El último punto acerca de los capítulos descriptivos es que las citas entre paréntesis se incluyen para dar el sabor personal de cada uno de los tipos. A menos que así lo exprese, estas afirmaciones no son citas específicas.

Puede que usted descubra rápidamente su propio tipo y el de algunos amigos íntimos, o quizás encuentre difícil “categorizar” a la gente y no sepa por dónde comenzar. Ambos estados son normales. No siempre es evidente el tipo de alguien, y toma tiempo agudizar sus destrezas. Recuerde que usted es como un estudiante de medicina novato que está aprendiendo a diagnosticar una amplia variedad de condiciones, algunas sanas y otras malsanas. Se requiere de práctica para aprender a identificar los principales síntomas y aplicarlos a los síndromes adecuados.

También usted podría tener presente que si bien algunas personas poseen cierta aptitud para la introvisión psicológica, otras simplemente no. Si encuentra que su aptitud psicológica es subdesarrollada, no se desanime. Lea cuidadosamente las descripciones, retornando a ellas cuando necesite constatar algo o a medida que tenga nuevas introvisiones. Probablemente le sorprenderá cuán rápido mejora dicha aptitud.

En realidad no hay ningún secreto para aprender a “tipificar” a las personas. Usted debe aprender cuáles rasgos van con cada tipo y observar cómo la gente manifiesta esos rasgos. Esto es engañoso, porque, como verá, hay muchos subtipos y matices en los tipos de personalidad. Además, tipos diferentes a veces pueden parecer similares. Por ejemplo, varios de los tipos pueden ser mandones. Aun cuando se lleven dando órdenes a la gente, lo hacen de distintas maneras y por distintas razones. Los Ocho mandan a la gente de un lado a otro como si estuvieran diciendo: “¡Haz lo que te digo porque yo tengo poder sobre ti y te castigaré si me desobedeces!”. Los Uno mandan a la gente como si estuvieran diciendo: “No discutas conmigo: haz lo que te digo porque yo tengo razón”. Los Ocho apelan a su poder y capacidad para hacer daño en represalia por no salirse con la suya, mientras que los Uno invocan su infalibilidad para justificar el decir a la gente qué hacer. Bajo varias circunstancias, otros tipos también pueden ser mandones. Los Dos pueden ser dominantes, llevándose dando órdenes a la gente como si estuvieran diciendo: “En realidad tú no me quieres herir, ¿verdad? No hay razón para que no hagas lo que te pido”. Los Seis pueden exhibir una agresividad fanfarrona hacia la gente, y los Siete pueden mandar a los demás de un lado a otro exigiendo que éstos les den lo que quieren, etc.

Por esto es que uno no debiera localizarse en un solo rasgo aisladamente e intentar hacer un diagnóstico basado en eso. Es necesario ver cada tipo como un todo —su estilo global y enfoque de la vida y sus motivaciones básicas. Hay que reunir muchos elementos antes de poder tipificar a alguien con precisión.

Para bien o para mal, no existe ningún modo sencillo y automático de diagnosticarse a sí mismo o a los demás. Toma tiempo, se requiere de sensibilidad, la capacidad de observar y una mente abierta —desgraciadamente, más de lo que la mayoría de la gente está dispuesta a, o es capaz de, aportar a sus relaciones, a pesar de que estas cualidades son las mismas que uno podrá desarrollar con la ayuda del Eneagrama.

El objetivo final del Eneagrama es ayudarnos a cada uno de nosotros a convertirnos en personas que funcionen plenamente. Nos ayuda a vernos con mayor claridad para poder transformarnos en individuos

más equilibrados e integrados. Sin embargo, el Eneagrama no promete perfección, ni nos aconseja convertirnos en ascetas negadores del mundo. En el mundo real, la gente sana no vive en un constante estado de iluminación estilo Zen, ni tampoco logra ser una persona total —sea lo que sea que eso signifique. No importa cuán sanos o felices nos tornemos, siempre vamos a ser incompletos y limitados. En vez de escapar de la vida hacia el Nirvana o tratar de volvernos superiores a la vida en busca de una perfección imposible, debemos aprender a enfrentar el tremendo desafío de tornarnos y ser, plenamente humanos.

El alcanzar la meta de una vida plena, feliz, llena de experiencias bien aprovechadas, significa que cada uno de nosotros se convertirá en una paradoja: libres, pero restringidos por la necesidad; astutos, pero inocentes; abiertos a los demás, pero confiados en nosotros mismos; fuertes, pero capaces de ceder; centrados en valores supremos, pero capaces de aceptar la imperfección; realistas respecto a los sufrimientos que nos impone la existencia, pero llenos de gratitud por la vida tal como es.

El testimonio de los humanos más grandes que han vivido es que el modo de sacarnos el mayor partido es trascendiéndonos a nosotros mismos. Debemos aprender a movernos más allá del egocentrismo para hacer sitio dentro de nosotros mismos a los demás. Cuando uno se trasciende a sí mismo, ese hecho se verá confirmado por la calidad de su vida. Uno logrará —aunque sólo sea momentáneamente— una transparencia y un resplandor de ser que resultan de vivir tanto dentro como más allá de uno mismo. Esta es la promesa y lo estimulante de la autocomprensión.

PARTE II

LOS NUEVE TIPOS DE PERSONALIDAD



CAPÍTULO 4

TIPO DOS: EL AYUDADOR

PERFIL DEL DOS

Sano: Se vuelve desprendido, desinteresado y altruista, dando amor incondicional a los demás. Empático, compasivo, cariñoso, cálido y preocupado. Estimulante, generoso y dadivoso: una persona servicial, amorosa.

Promedio: Emocionalmente demostrativo, efusivo, amistoso, lleno de buenas intenciones respecto a todo. Se hace demasiado íntimo, envolvente y posesivo: la persona abnegada, maternal, a quien nunca le basta lo que hace por los demás. Engraido: siente que es indispensable, pero sobrestima sus esfuerzos en beneficio de los demás. Arrogante, con aires de superioridad.

Malsano: Puede ser manipulador y funcionar en beneficio propio, haciendo sentir culpables a los demás, endeudándolos con él. Se autoengaña respecto a sus propias motivaciones y conducta. Dominante y coercitivo: se siente con derecho a obtener lo que quiera de los demás. La "víctima y mártir": se siente objeto de abusos, amargamente resentido e iracundo, todo lo cual resulta en hipocondría y problemas sicosomáticos.

Motivaciones Claves: Desea ser querido, expresar sus sentimientos por los demás, ser necesitado y apreciado, obligar a los demás a responderle, vindicar lo que clama acerca de sí mismo.

Ejemplos: Madre Teresa, Mahatma Gandhi, Eleanor Roosevelt, Leo Buscaglia, Bill Cosby, Luciano Pavarotti, Sammy Davis, Jr., Mr. Rogers y el estereotipo de la Madre judía.

VISIÓN GENERAL DEL DOS

Ya que tiene tantas facetas, el amor es algo difícil de definir. Significa distintas cosas para distintas personas en distintas clases de relaciones. La palabra se puede utilizar para cubrir un sinnúmero de virtudes así como defectos. De todos los tipos de personalidad, los Dos piensan en el amor en términos de tener sentimientos positivos por los demás, de cuidar a los demás y de abnegación. Estos aspectos del amor son indudablemente partes importantes del cuadro. Pero lo que los Dos no siempre recuerdan es que, en su cúspide, el amor está más estrechamente alineado con el realismo que con los sentimientos. El amor genuino quiere lo mejor para el otro, aun cuando ello signifique arriesgar la relación. El amor desea que el amado se fortalezca e independice, aun cuando eso signifique que el Dos deba retirarse de la vida del otro. El verdadero amor jamás se utiliza para quitarle a los demás lo que no darían libremente. El amor sobrevive a una falta de respuesta, al egoísmo y a los errores, no importando quién sea culpable. Y no se puede revocar. Si eso ocurre, no es amor.

Los Dos creen profundamente en el poder del amor como fuente primaria de todo lo bueno en la vida, y de muchas maneras tienen razón. Pero lo que algunos Dos llaman "amor" y aquello que merece ese nombre, son dos cosas muy diferentes. En este tipo de personalidad vamos a ver los posibles usos más amplios del amor, desde un amor genuino, desinteresado, hasta las demostraciones efusivas aduladoras, destinadas exclusivamente a "agradar" al otro, hasta las manipulaciones de una madre judía (aunque uno no tiene que ser judío o madre para utilizar el amor para manipular a los demás). Entre aquellos que marchan bajo el estandarte del amor existe la mayor variedad de individuos, desde los ángeles más desinteresados hasta los demonios más llenos de odio. El comprender el tipo de personalidad Dos nos ayudará a entender cómo llegaron a ser así.

En la Tríada del Sentir

Aunque los Dos tienen fuertes sentimientos por los demás, tienen problemas potenciales con sus sentimientos. Tienden a sobreexpresar sus sentimientos positivos por los demás, mientras ignoran por completo los negativos. Se consideran amorosos, cariñosos, pero con demasiada frecuencia quieren a los demás sólo para recibir amor de vuelta. Su "amor" no es libre: va atado a expectativas de retribución.

Sin embargo, los Dos sanos son el tipo de personalidad más considerado y genuinamente amoroso. Ya que tienen fuertes sentimientos y se preocupan sinceramente por los demás, hacen grandes esfuerzos para ayudar a la gente, haciendo un bien verdadero y satisfaciendo necesidades reales. Pero si se tornan malsanos, los Dos se engañan respecto a la presencia y magnitud de sus sentimientos agresivos, no reconociendo cuán manipuladores y dominantes pueden ser. Como veremos, los Dos malsanos están entre los tipos de personalidad más insidiosos, porque son extremadamente egoístas en nombre del total desprendimiento. Hacen terribles males a los demás, mientras creen que son completamente buenos.

La esencia del problema es que ni siquiera los Dos promedio pueden verse como realmente son, es decir, como personas con motivaciones *mixtas*, sentimientos conflictivos y necesidades personales que quieren satisfacer. Más bien, se ven sólo en los términos más positivos, ignorando sus cualidades negativas a medida que gradualmente se engañan a sí mismos. Lo difícil de entender de los Dos es cómo pueden engañarse tan plenamente; lo difícil de tratar en ellos es la forma manipuladora en que empiezan a conseguir lo que quieren. Cuanto más empeoran, más difícil es cuadrar la percepción que uno tiene de ellos con su autopercepción totalmente virtuosa. Constantemente se exoneran y exigen que uno haga lo mismo —de hecho, exigen que uno acepte su interpretación de sus acciones contra el propio juicio de uno, y que a veces incluso es contraria a los simples hechos.

Los Dos corresponden al tipo de sentimiento extravertido de la tipología de Jung. Desgraciadamente, no es una de sus descripciones más lúcidas; sin embargo, vale la pena mencionar los siguientes rasgos.

Dependiendo del grado de disociación entre el ego y el estado momentáneo de sentimiento, las señales de autodesunión se evidenciarán claramente, porque la actitud originalmente compensatoria del inconsciente se ha transformado en una oposición abierta. Esto se manifiesta primero que nada en las demostraciones extravagantes de sentimiento, la conversación facilitada, las expresiones fuertes, etc., que suenan vacías: "La dama protesta demasiado". De inmediato se evidencia que alguna clase de resistencia está siendo sobrecompensada, y uno empieza a preguntarse si acaso estas demostraciones no resultarán bastante distintas. Y poco tiempo después, así sucede. Basta con una muy ligera alteración de la situación para producir enseguida precisamente la declaración opuesta sobre el mismo objeto (C.G. Jung, *Psychological Types* [Tipos psicológicos], 357-358).

Lo que Jung está describiendo es la ambivalencia de los sentimientos del Dos —la capacidad de cambiar desde sentimientos aparente y totalmente positivos a otros altamente negativos. Al rastrear el deterioro del Dos a lo largo de su Continuum de Rasgos, podemos ver que los Dos sanos realmente aman a los demás en forma genuina. Pero los Dos promedio tienen sentimientos encontrados: su amor no es en absoluto tan puro o desinteresado como ellos creen. Y en los Dos malsanos opera el opuesto del amor: el odio se alimenta de resentimientos quemantes hacia los demás. Jung se equivoca al decir que “basta con una muy ligera alteración de la situación para producir enseguida precisamente la declaración opuesta sobre el mismo objeto”, ya que el odio está en el otro extremo del espectro del amor genuino. Pero lo que sí es cierto es que paso a paso, a medida que los Dos se deterioran a lo largo del Continuum hacia la neurosis, esto es precisamente lo que ocurre.

Problemas con la Hostilidad y la Identidad

Los Dos, Tres y Cuatro tienen un problema común con la hostilidad, aunque la manifiestan de modos diferentes. Los Dos niegan tener algún sentimiento hostil, escondiendo sus agresiones no sólo de los demás, sino también de sí mismos. Como todo el resto de la gente, los Dos tienen agresiones, pero se protegen de darse cuenta de su existencia y magnitud porque su autoimagen les prohíbe ser abiertamente hostiles. Actúan en forma agresiva sólo si pueden convencerse de que sus agresiones son por el bien de alguna otra persona, y jamás por su propio interés. Los Dos promedio a malsanos temen que si fueran abiertamente egoístas o agresivos, su conducta negativa no sólo desmentiría su autoimagen virtuosa, sino que también alejaría a los demás. Por lo tanto, se niegan a sí mismos (y a los demás) que tienen alguna motivación egoísta o agresiva, mientras interpretan su conducta real de un modo completamente favorable para ellos. A la larga llegan a tener tanta práctica en esto, que se engañan totalmente respecto a la contradicción entre sus verdaderas motivaciones y su conducta real. Los Dos malsanos se tornan capaces de actuar en forma muy egoísta y muy agresiva, mientras que, en su mente, no son ni egoístas ni agresivos.

La fuente de su motivación es la necesidad de ser amados. Sin embargo, los Dos siempre están en peligro de permitir que su deseo de ser amados se deteriore en un deseo de controlar a los demás. Al hacer que los demás gradualmente dependan de ellos, los Dos promedio inevitablemente despiertan resentimientos en su contra mientras exigen que los demás confirmen cuán virtuosos son. Cuando se producen conflictos interpersonales, como inevitablemente ocurre debido

a sus intentos de controlar a los demás, los Dos promedio a malsanos siempre sienten que “más se peca contra ellos que pecadores son”. Se consideran mártires que se han sacrificado desinteresadamente sin ser apreciados por ello en lo más mínimo. Con el tiempo, sus sentimientos agresivos y resentimientos se manifiestan en quejas sicosomáticas y enfermedades físicas que obligan a los demás a cuidarlos porque se han convertido en inválidos —todo en nombre del amor.

El obtener el amor de los demás es importante para los Dos porque temen no ser queridos por sí mismos. Sienten que serán queridos sólo si pueden ganarse el amor siendo siempre buenos y sacrificándose constantemente por los demás. En resumidas cuentas, temen que los demás no los quieran *a menos que hagan que los demás los quieran* (Los Dos podrían ser brevemente caracterizados como individuos que, al temer no ser amados, se pasan la vida intentando que los demás los quieran). Naturalmente, eso crea una profunda fuente de agresiones ocultas, y si la gente no les responde como desean, los Dos promedio a malsanos se resienten cada vez más. Pero ya que no pueden admitir conscientemente sus sentimientos agresivos, los expresan indirectamente en una conducta manipuladora que ellos niegan. Uno queda perplejo al ver cuán mal los Dos malsanos tratan a los demás mientras justifican todo lo que hacen. Pero no importa cuán destructivas sean sus acciones, los Dos malsanos se convencen de que en el fondo no tienen otra cosa que amor y las mejores intenciones.

Una de las mayores ironías de todos los Dos es que, a menos que sean muy sanos, el foco de su atención está esencialmente en sí mismos, aunque no den esta impresión ni se consideren egocéntricos. No obstante las afirmaciones, incluso para los Dos promedio el bienestar ajeno no es fundamental. Más bien, lo importante para ellos y lo que siempre están buscando son sus sentimientos positivos acerca de sí mismos —como se ve reforzado por las reacciones positivas de los demás.

Por esto es que los Dos tienen un segundo problema en común con los Tres y los Cuatro: un problema con su identidad. El resto de la gente no ve a los Dos como realmente son, y lo más importante, los Dos no se ven a sí mismos como realmente son. Hay una disparidad cada vez mayor entre la autoimagen santa y el pecador real, entre las afirmaciones de profesar gran amor por los demás y lo que realmente se merecen.

Orígenes Infantiles

Cuando niños, los Dos tuvieron una relación ambivalente con su padre, o figura paterna, que fue crucial en el desarrollo de su personalidad. La ambivalencia que tienen hacia su padre, prepara el campo

para una orientación ambivalente hacia todas las personas que les puedan brindar el amor que desean. (En términos freudianos, los Dos tienen problemas de superego que también resultan de su orientación ambivalente hacia su padre).

La ambivalencia hacia su padre ayuda a explicar el hecho de que su autoestima es condicional. Los Dos no se aman incondicionalmente, como los Tres, pero tampoco carecen de autoestima, como los Cuatro. Más bien, su autoestima está basada en la condición de que sean absolutamente buenos. Deben considerarse buenos para poder mantener la autoestima y construir una identidad a la cual los demás vayan a responder con el amor que desean.

Aunque ciertamente no hay nada objetable con respecto a sentirse buenos cuando genuinamente lo son, sus problemas comienzan cuando necesitan sentir que son buenos todo el tiempo. Incluso cuando están lejos de ser buenos, los Dos *deben* considerarse buenos para los demás —en virtud de su virtud, por así decirlo. La ironía es que su necesidad de considerarse totalmente buenos nunca es más urgente que cuando son egocéntricos, manipuladores y asombrosamente coercitivos.

Por lo tanto, los Dos promedio a malsanos hacen todo lo posible para ser buenos en su propia mente —y para conseguir que los demás refuercen su evaluación sobre sí mismos. Por esto es que el autoengaño resulta tan importante para los Dos malsanos, y por esto es que se pueden tornar tan destructivos de la vida emocional de los demás mientras siguen absolutamente convencidos de su propia virtud.

Sin embargo, cuando son sanos, los Dos son capaces de ir más allá de las necesidades de su ego para volverse cariñosos, generosos y desinteresados, en el sentido más positivo de estas palabras. Pero en el extremo inferior del Continuum de la personalidad, el “amor” de los Dos malsanos no es más que un barniz que cubre el deseo de dominar a los demás. No sienten un cariño genuino por los demás, ni les preocupa su bienestar; sólo les interesa satisfacer sus necesidades neuróticas. Los Dos malsanos hacen el mal en nombre del bien, y ya no pueden detectar la diferencia.

ANALIZANDO AL DOS SANO

El Altruista Desinteresado

En su mejor estado, los Dos sanos son extraordinariamente generosos y altruistas, capaces de ofrecer a los demás un continuo amor verdaderamente incondicional, sin amarras. Su amor incondicional permite

a los Dos amar sin preocuparse de sí mismos y sin necesariamente ser amados en recompensa. “El obtener algo a cambio” por su amor, no es lo que les importa.

El amor verdaderamente incondicional es libre y liberador a la vez: los Dos sanos son libres de querer o no, y los demás son libres de responder o no. A los demás se les permite crecer en sus propios términos, aun cuando esto signifique un alejamiento. Los Dos sanos siempre recuerdan que es un inmenso privilegio el que los demás les permitan ser parte de sus vidas, un regalo que los demás les brindan, no algo que ellos pueden exigir legítimamente para sí mismos.

Los Dos muy sanos son todo lo altruistas que los seres humanos pueden ser. Tienen poca conciencia de su bondad, no permiten “que su mano derecha sepa lo que está haciendo la izquierda”. Tienen enormes reservas de benevolencia y están absolutamente encantados de la buena suerte de los demás. Su actitud es que el bien debe hacerse, no importa quién lo haga o quién reciba el reconocimiento. Los Dos muy sanos no se enfadan si otra persona se atribuye el mérito por algo que ellos han hecho. Se hizo el bien, otra gente ha sido beneficiada, y eso es lo único que importa.

En su mejor estado, por lo tanto, los Dos sanos son completamente desinteresados en el sentido más estricto de la palabra: no actúan por el propio interés. Sus intenciones y acciones están meramente dirigidas hacia el bien del otro, sin motivaciones ulteriores. Su desinterés permite a los Dos ver con claridad las verdaderas necesidades de los demás, sin que su ego nuble la imagen. Como resultado, pueden ser extraordinariamente directos en todas sus relaciones, porque ni su ego ni su propio interés se interponen en el camino.

La paradoja de los Dos muy sanos es que cuanto más brindan de sí mismos, más hay por dar. Cuanto más admirados son, más humildes se tornan. Cuanto más poder les da la gente en su vida, menos poder desean. Cuanto menos piensan en sí mismos, más los quieren los demás. Además, la virtud no es simplemente su propia recompensa: la retribución perdurable de la virtud es la felicidad. Los Dos muy sanos se alegran de ser buenos y están llenos de una alegría desbordante. Están entre los seres humanos más radiantes que uno puede esperar encontrar en la vida —irradian la inexpressible felicidad que proviene de ser verdaderamente bueno y hacer el bien por los demás.

Pocas personas alcanzan este nivel de amor altruista sostenido, y aquellas que lo hacen, no alardean al respecto. Estos pocos seres se acercan a ser santos, aunque son demasiado humildes para considerarse así. Les avergonzaría cualquier sugerencia de su santidad, porque, buenos como son, saben muy bien cuán frágil es su virtud. Aun así,

cuando están en su mejor estado, los Dos muy sanos nos obsequian con un ejemplo de las alturas que puede alcanzar la naturaleza humana. Han salido victoriosos en la infinita batalla de trascender el ego para hacer sitio dentro del sí mismo al otro. Han aprendido verdaderamente a amar.

La Persona Cariñosa

Aun cuando no vivan todo el tiempo en esta alta cumbre de altruismo desinteresado, los Dos sanos se mantienen personalmente preocupados por el bienestar ajeno. Al ser personas emocionalmente sintonizadas con los demás, son el tipo de personalidad más empático.

La empatía es la cualidad de poder sentir con otra persona, vivir sus sentimientos como si fueran propios. La empatía torna los sentimientos de los demás en sentimientos propios, sus necesidades en necesidades propias. Al ser altamente empáticos, los Dos sanos son capaces de ponerse en el lugar de los demás, sintiendo compasión y preocupación. Tienen la fortaleza para empatizar con aquellos que sufren. Por ejemplo, cuando escuchan acerca de un desastre en la televisión, se les parte el corazón por los afectados. Los problemas conyugales o laborales de sus amigos, los conmueven profundamente. El solo hecho de saber que alguien más sabe cómo uno se siente, que a veces llora con uno, se ocupa de uno, toma en serio sus necesidades y hará todo lo posible para ayudarlo, es en sí mismo una fuente de gran consuelo en los momentos difíciles.

Ya que sus emociones están tan intensa y positivamente comprometidas por los demás, los Dos sanos tienen conciencia de sí mismos como personas empáticas, cariñosas. Su corazón antes que su cabeza es su facultad principal, y ya que se guían por su corazón, no juzgan a los demás ni se preocupan por llevar la cuenta exacta del bien y el mal.

Los Dos sanos se consideran buenos porque, de hecho, lo son. Se ven a sí mismos como personas amorosas porque, de hecho, lo son. Son bien intencionados, sinceros y cálidos, y reconocen estas virtudes en sí mismos. Además, el darse cuenta de que sienten un cariño sincero por los demás, da a los Dos una gran confianza en sí mismos, permitiéndoles aventurarse ahí "donde los ángeles temen pisar". Sin embargo, su confianza no reside fundamentalmente en sí mismos, sino en el valor de la bondad en que ellos creen tan profundamente.

Huelga decir, pero los Dos sanos son extremadamente generosos. Una de las formas más importantes de su generosidad es su generosidad de espíritu, no fundamentalmente una generosidad material (ya que un Dos en particular puede ser pobre o de escasos medios), sino

más bien una actitud hacia los demás. Son caritativos y hacen una interpretación positiva de todas las cosas, enfatizando el bien que encuentran en los demás. En cierto sentido, éste es un don irracional porque va más allá de la razón: los Dos sanos no critican a los demás aun cuando existan defectos, no porque no los perciban (lejos de ello), sino porque se ven mucho más atraídos por lo positivo y desean apoyar esos valores. Son capaces de amar al pecador, no al pecado, una distinción salvadora.

El Ayudador Nutriente

A los Dos sanos les gusta expresar cuánto aman a los demás. Sus fuertes sentimientos positivos por los demás naturalmente los impulsan a la acción. Por lo tanto, en esta etapa la tónica es el servicio, y los Dos sanos se convierten en personas abnegadas que sienten gran satisfacción al ayudar a los demás de muchas maneras tangibles. Sirven a los que están necesitados y no pueden cuidarse a sí mismos, alimentando a los hambrientos, vistiendo a los desnudos, visitando a los enfermos, sirviendo como voluntarios de obras filantrópicas, utilizando cualquier medio que tengan a su disposición para ayudar a los demás.

Los Dos sanos auxilian a la gente, dando ayuda sustancial, aunque ello signifique hacer grandes esfuerzos cuando es inconveniente o difícil. Están excepcionalmente atentos a las necesidades materiales, psicológicas, emocionales o espirituales de los demás. Los Dos son extraordinarios en situaciones de crisis, porque los demás saben que pueden contar con su ayuda. Son el tipo de personas que uno sabe que puede llamar en medio de la noche para pedirles ayuda. Son generosos con su tiempo, su atención, su dinero y otros recursos —abnegados en el mejor sentido de la palabra. De hecho, la gente busca a los Dos sanos debido a su peculiar mezcla de preocupación personal y espíritu servicial.

Los Dos sanos tienen uniformemente buenos efectos sobre la gente porque su amor es tan particular: hacen que los demás sientan que alguien realmente se interesa por su bienestar. Adivinan el bien en los demás, y armados con este conocimiento, son capaces de estimular y alabar a los demás con sinceridad, levantar el ánimo e infundir confianza. Desarrollan la autoestima porque dan a las personas la atención y el aprecio que necesitan para estar bien.

Sin intentar hacerlo, los Dos sanos ejercen una enorme influencia sobre los demás, porque pocas cosas en la vida son tan poderosas como el infundir en los demás el sentimiento de que alguien bueno se interesa por ellos, cree en ellos y está de su parte. El esperar el bien

de la gente y apreciar lo que hace, fomenta la confianza en sí mismo y genera un clima de expectación que permite a los demás hacer cosas maravillosas.

Por esto, los Dos sanos son un arquetipo del buen padre, actuando como figuras parentales, en el mejor sentido posible, con todas las personas que se cruzan en su camino. Los buenos padres desean lo mejor para sus hijos. Buscan activamente su bienestar. De la misma manera, los Dos sanos buscan activamente el bienestar de los demás —nutriéndolos, estimulándolos y capacitándolos para crecer y descubrir sus propias fortalezas.

En resumen, son la personificación del ideal de la caridad en acción. Los Dos sanos pueden ser santos —o no tanto—, pero en cualquier caso, tratan de ser afectuosos, amorosos y serviciales. Este es su ideal, y en uno u otro grado, los Dos sanos lo consiguen.

ANALIZANDO AL DOS PROMEDIO

El Amigo Efusivo

Mientras los Dos sanos son genuinamente buenos, los Dos promedio hacen menos bien real al mismo tiempo que hablan más acerca de sus sentimientos y buenas intenciones. Se ha enganchado cierta contramarcha en su *siquis*, y la atención que previamente dirigían hacia los demás empieza a focalizarse sobre sí mismos. Su atención vira de hacer el bien real a tener buenos sentimientos, principalmente respecto a sí mismos. No reconocen cuán exagerados e histriónicos se están volviendo sus sentimientos o que empiezan a tener motivaciones ulteriores para lo que dicen y hacen.

La persona servicial y nutriente se ha puesto poco más que efusivamente comunicativa. Las declaraciones de sentimientos sentidos genuina y profundamente están a la orden del día. La empatía se ha deteriorado en un descarado “hablar con el corazón en la mano”, ya que los Dos promedio constantemente le cuentan a todo el mundo cómo se sienten. Son muy buenos para conocer gente, considerándola instantáneamente amiga antes que conocida. Son personas táctiles que frecuentemente dan a los demás un reasegurador apretón de manos o un abrazo por los hombros. Les gusta estar físicamente cerca; el besar, tocar y abrazar son extensiones naturales de su estilo comunicativo e histriónico.

Desde luego, el amor sigue siendo su valor supremo y quieren amar a toda la gente. El amor se convierte en su excusa, su razón de ser, toda su motivación, su única meta en la vida. Si hay un tipo

monótono respecto a cualquier cosa, éste es el Dos promedio hablando sobre el amor. Pero también es claro que cuando los Dos promedio hablan acerca del amor, se refieren a que su amor es la solución a las necesidades de uno.

Los Dos promedio están seguros de que tienen algo valioso para compartir con los demás: *ellos mismos* —su amor y atención. Están completamente convencidos de la sinceridad de su buena voluntad hacia todas las personas, interpretando en forma favorable todo lo que hacen. Sin embargo, no son tan buenos como sí impecablemente bien intencionados. Aquí está comprometido un incremento del ego, aunque se esmeran en no dejar que nadie lo note, especialmente ellos mismos.

En esta etapa, los Dos promedio son complacientes, satisfaciendo a los demás para que a cambio los amen, aunque los Dos promedio no quieran (o no sean capaces de) admitir esta motivación. Están convencidos de que simplemente quieren amar a los demás y expresar cómo se sienten. Pero cuando exageran su aprecio por los demás, el aprecio genuino se deteriora en una adulación cuyo objetivo no es el aprecio por el otro, sino que el adulator sea apreciado por su alabanza.

Con frecuencia la religión juega un papel importante en sus vidas. Es posible que los Dos promedio sean sinceramente religiosos y quieran hacer el bien por los demás debido a sus convicciones religiosas. Sin embargo, la religión también es muy compatible con la forma en que ellos se ven a sí mismos. La religión refuerza su autoimagen de ser gente bien intencionada y da credibilidad a sus afirmaciones de sinceridad. La religión también da a los Dos promedio un vocabulario y un respetado sistema de valores para hablar sobre el amor, la amistad, la abnegación, la bondad y lo que hacen y sienten por los demás —todos sus tópicos favoritos. La religión coloca a los Dos promedio al lado de los ángeles, de modo que poca gente, incluyendo, desde luego, a los mismos Dos promedio, se atreve a cuestionar sus motivaciones. La religión también atrae a su orgullo: a ellos secretamente les gustaría ser considerados figuras salvadoras y milagrosos. Tienen fantasías de que su amor conquista todo, de matar al otro con la bondad y de ganarse a los demás a través de la virtud absoluta —todos temas religiosos que hacen que los Dos promedio se sientan bien consigo mismos.

El aprecio genuino por los demás que encontramos en los Dos sanos, se ha deteriorado hacia el inicio de un egocentrismo que atrae la atención sobre sí mismo en formas sutiles. En todas las circunstancias, ellos aseveran la profundidad de sus sentimientos y cuán sinceramente bien intencionados son. Y mientras sus lindas palabras parecen estar dirigidas a los demás, los Dos promedio son de hecho

su propio público más atento. El escuchar sus bellos sentimientos los hace sentirse bien, y ya que son menos genuinamente serviciales con los demás, los Dos promedio tienen mucho tiempo para hablar sobre cómo se sienten. Les gusta compartir sus sentimientos, estimulando a los demás a revelar sus pensamientos más profundos y los detalles íntimos de su vida personal. Hablan sin cesar sobre sus amigos (y amistades) dando detalles embarazosamente explícitos. (“Hablemos de nosotros”. “¿Por qué te resistes a mí? ¿Ya no me amas?”).

Mucha gente gusta de la atención de los Dos promedio, y ellos lo saben. Su capacidad de prodigar alabanzas y adulaciones a las personas es una fuente de poder, especialmente sobre aquellas que están deseosas de aprobación. Sin embargo, la aprobación que ellos brindan tiene su costo.

El “Íntimo” Posesivo

Teniendo en cuenta sus talentos interpersonales, no es inusual que los Dos promedio reúnan en torno suyo a un grupo de gente que se vuelve cada vez más dependiente de ellos. A los Dos promedio les gustaría crear una familia extendida, o una comunidad, con ellos mismos al centro, para que los demás los consideraran figuras importantes en su vida. Envuelven a la gente, haciendo que los demás sientan que son parte de una familia y que están en deuda con ellos por haber sido invitados a unirse a ella.

En esta etapa son el tipo maternal a quien jamás le basta lo que hace por uno —la madre judía estereotípica—, a pesar de que los Dos promedio de todas las religiones y sexos son igualmente propensos a esta conducta. Siempre están alimentando a la gente, literal y emocionalmente, algo que tiene un poderoso efecto en los demás. Pocas cosas son tan cautivadoras como un interés aparentemente sincero en uno mismo, y los Dos promedio jamás son más eficientes que con aquellos que, por sus propias razones psicológicas, andan buscando el amor de una madre.

Los Dos promedio ven a todo el mundo como pobres niños deseosos de amor y atención, lo cual empiezan a embutir en los demás ya sea que lo busquen o no. Rondan e interfieren, dando consejos no solicitados, inmiscuyéndose en situaciones e imponiéndose sobre la gente —volviéndose pesados en nombre del amor abnegado. El problema es que son excesivamente abnegados, mártires que inventan necesidades que satisfacer para poder asumir una posición de mayor importancia ante los demás. En resumen, necesitan ser necesitados.

Se convierten en personas entrometidas, curioseando intrusamente en asuntos ajenos. Al adoptar el rol del padre amoroso incluso con sus

semejantes, los Dos se encargan de resolver los problemas de todo el mundo, desde actuar como casamenteros hasta encontrar un empleo o dar consejos sobre la decoración de un departamento. Ya que desean que los demás los necesiten (su amor, sus consejos, su aprobación, su guía), no dudan en meterse, por su propio bien, desde luego. Además, no tienen ningún reparo en hacer preguntas de marcado corte personal. Por lo general, la mayoría de la gente es demasiado vergonzosa (o demasiado dependiente de ellos) como para rechazar sus preguntas. El problema es que el flujo de información es unilateral: los Dos promedio siempre arrancan más datos a los demás que lo que ellos revelan de sí mismos. Después de todo, ellos no tienen problemas: están aquí para ayudarnos a resolver *nuestros* problemas.

Los Dos promedio se insinúan muy rápidamente en la vida de los demás; éstos invariablemente encuentran difícil apartarse. Desgraciadamente, los Dos promedio empiezan a imponer su propia compañía a los demás, quienes tienen que soportar el peso del amor del Dos —o más bien, la necesidad del Dos de sentirse querido. No es sorprendente que su tendencia a la intrusión tenga efectos negativos en la misma gente que ellos creen amar (El amor de la madre asfixiante sofoca). Pero ya que su amor es tan implacablemente abnegado, los beneficiarios se ven impedidos de reclamar acerca de la calidad de la ayuda del Dos.

Mientras se estén sacrificando por los demás, los Dos promedio sienten que tienen un derecho de propiedad sobre ellos. Se vuelven posesivos y extremadamente celosos de sus amigos —o protectores de su “propiedad”, ya que es difícil ver la diferencia. No presentan a sus amigos ni los estimulan a que se conozcan entre sí, porque temen que su influencia sobre ellos podría disminuir. Les gusta más cuando los demás están en crisis: no son realmente felices si a los demás les está yendo bien —o si la gente descubre que puede arreglárselas sin ellos. Los Dos promedio no saben soltar a las personas, problema que sólo empeora a medida que siguen deteriorándose hacia el estado malsano.

Es como si siempre estuvieran presidiendo un tribunal. A los Dos les halaga ser tratados como un gurú, alguien a quien los demás acuden en busca de consejos sobre todo tipo de asuntos personales. Naturalmente, esperan que los demás los mantengan informados acerca de todas las cosas significativas de sus vidas: quieren ser la mesa de control social por la cual debe pasar cada dato importante. Esperan respuestas tangibles de los demás como signos de éxito en sus relaciones. Esperan recibir llamadas telefónicas, invitaciones a cenar, tarjetas para cada ocasión imaginable, notas de agradecimiento, saber que la gente los extraña y quiere. Para no detener el flujo de respuestas, se mantienen en contacto con viejos amigos, gastando una considerable

cantidad de tiempo en conservar sus relaciones —en hacer saber a la gente que piensan en ella, se preocupan de ella, rezan por ella, etc. Así, si bien los Dos promedio aún pueden ser considerados, lo son en formas cada vez más superficiales: recuerdan cumpleaños y llaman frecuentemente por teléfono, pero empiezan a evitar el verse amarrados a las verdaderas necesidades de los demás, para poder influenciar a más personas.

Irónicamente, su exagerado involucramiento en la vida ajena cobra un precio a sus obligaciones genuinas, especialmente si tienen una familia propia. Un problema con superficies de compromiso. Se tornan veleidosos, no tanto porque dejen a una persona para comprometerse profundamente con otra, sino porque constantemente están buscando amor de otra fuente más. Ya que desean ser queridos y apreciados por todo el mundo, los Dos promedio están ampliando constantemente su círculo de amigos y conocidos, haciendo aún más por los demás e inventando más necesidades que satisfacer. Cuando los que dependen de ellos recurren a su ayuda, descubren que ya no están allí —se han largado a ayudar a alguna otra persona.

Los Dos promedio inevitablemente se sobrextienden, ayudando a demasiada gente, participando en demasiados comités, dando consejos a demasiados amigos, hasta que empiezan a sentirse agobiados y físicamente desgastados por su caridad. Pero les cuesta no estar tan comprometidos, ya que así es como mantienen su sentido del sí mismo. Además, sus cualidades histriónicas no han sido superadas, y como los Dos promedio se sacrifican por los demás, sienten que sufren debido a su bondad. Dramatizan cada aflicción y dolor, cada inconveniente y problema que su benevolencia les ha acarreado. Enfermedades, pequeños colapsos e hipocondría se convierten en parte del cuadro.

El hecho es que en esta etapa los Dos promedio no son tan amorosos como ellos creen. Tienen un ego fuerte, algo que probablemente no negarían. (Nunca han afirmado que no tienen ego, pero sí que siempre son bien intencionados y amorosos). También tienen impulsos agresivos sobre los cuales no pueden actuar directamente, así como necesidades personales. Ya que no pueden exponerse al riesgo de ser mezquinos y alejar a los demás, se convencen de que lo que hacen nunca es por sí mismos sino por todos los demás. (“Sólo lo estaba haciendo por ti, tratando de hacerte la vida más fácil”). Incluso los actos de bondad más simples y aparentemente más espontáneos se cargan con motivaciones ulteriores no reconocidas.

Desgraciadamente, los Dos promedio sienten que serán queridos sólo si están constantemente haciendo cosas por la gente —en efecto, sobornando a los demás para que los quieran. Desde luego, los Dos

desean una respuesta sincera, pero en lugar de permitir que los demás tomen la iniciativa, ceban la bomba para obtener el tipo de respuesta que quieren. La ironía es que cuando los Dos reciben la respuesta para la cual han manipulado, jamás saben si la habrían recibido sin sus propios esfuerzos, de modo que la respuesta no significa mucho. Esto origina una nueva angustia: ¿en qué medida son apreciados por sí mismos? Es un problema que los Dos se crean —y entonces empiezan a irritarse.

El “Santo” Engreído

Su punto de vista es comprensible: los Dos promedio sienten que han hecho muchas cosas buenas —han adquirido un sincero interés en la gente, se han sacrificado, se han ocupado de las necesidades de las personas— y simplemente quieren ser apreciados por ello. Les parece que los demás dan completamente por sentado los esfuerzos que han hecho. Sienten que nadie los valora, que los demás no piensan en sus necesidades ni se sacrifican como ellos lo han hecho. Los Dos sienten que los demás son ingratos y desconsiderados y hay que recordarles cuán buenos son ellos.

La razón de este tipo de conducta es que a los Dos les cuesta apreciarse —y mantener sus impulsos agresivos bajo control— a menos que su valor sea reforzado por los demás. La persona que antes era aparentemente tan orientada a los demás, en esta etapa se torna egocéntrica bajo un barniz de modestia calculada para llamar la atención. En esta etapa, los Dos ya son enteramente engreídos, considerándose altivamente indispensables para los demás, alabándose y tornándose insufriblemente autocongratulatorios —hablando modestamente acerca de sus numerosas virtudes.

La vanagloria es el pecado capital de los Dos promedio. Muy complacidos consigo mismos, jamás dejan pasar una oportunidad sin recordarle a los demás cuánto los ama la gente o cuántos amigos tienen y qué buenas obras han hecho. (“¡Imagínate que alguien como yo se haga amigo de alguien como tú! La gente me ha dicho que tienes suerte de tenerme como amigo”). Dejan caer los nombres de todas las personas que conocen, especialmente si son eminentes. (El dejar caer nombres impresiona a los demás con lo importantes que son los Dos como amigos, enviando el mensaje de que más vale que los demás los valoren, pues tantas personas ya lo hacen).

Los Dos presumidos bien pueden no estar conscientes de la magnitud de su orgullo. Les gusta impresionar a los demás como santos altruistas, llamando la atención sobre su virtud para que sus buenas obras no vayan a pasar inadvertidas —desde luego, en pos de la

edificación de los demás. Les gusta brillar ante los ojos de los demás, ser aclamados por sus virtudes y que les digan lo buenos que son, o aún más, oír que están hablando de ellos en los mejores términos. (Por supuesto, los Dos pueden proclamar sus pequeñas debilidades humanas, pero Dios ampare a aquel que los acuse de algún defecto serio). El hecho es que ya los demás se han transformado en meros apéndices de su ego, poco más que fuentes de satisfacción para su orgullo.

El sirviente se ha convertido en el amo. Lo que los Dos engreídos no ven es que esperan que los demás estén constantemente agradecidos de ellos: una interminable corriente de gratitud, atención y alabanzas debe fluir en su dirección. Esperan que los demás les hagan favores como signos de su importancia y que los recompensen —en efectivo o en especie— por sus previos sacrificios, reales o sólo sabidos de oídas. Al haber hecho una buena obra alguna vez en el pasado, los Dos engreídos sienten que el beneficiario está para siempre en deuda con ellos. El problema es que sobrestiman excesivamente lo que han hecho por los demás, mientras subestiman lo que todos los demás hacen por ellos. Lo que los demás encuentran especialmente irritante es que los Dos indispensables se atribuyen el mérito de todo lo positivo de sus vidas, como si ellos solos fueran responsables de cualquier éxito o felicidad que tengan los demás. Los Dos sienten que los demás no podrían haber hecho nada sin su ayuda. (“A mí me tienes que agradecer por eso”) y no dudan en decirlo.

Desgraciadamente, los Dos no ven que sus expectativas de aprecio son demasiado altas. Es seguro que se decepcionarán y enfurecerán si los demás no hacen nada menos que entregarles sus vidas. Pero esto crea un serio conflicto: se enfurecen con los demás si éstos no los quieren a cambio. Sin embargo, la reiteración de sus demandas para forzar a los demás a quererlos probablemente sólo vaya a alejar a los demás, haciendo que los Dos sientan aún más agudamente la amarga lanceta del rechazo porque se sienten tan importantes. Se dejan entrever resentimientos, que se convierten en el preludio de la manipulación, la coerción y la venganza.

ANALIZANDO AL DOS MALSANO

El Manipulador que se Engaña a Sí Mismo

A estas alturas, los Dos están empeorando bastante. Sus agresiones han sido fuertemente estimuladas, pero ya que éstas entran en conflicto con su autoimagen tan buena, los Dos no pueden expresar lo que realmente sienten. El resultado es que los Dos malsanos tienen que

expresar sus agresiones en forma indirecta, manipulando a los demás para conseguir la clase de respuesta amorosa que desesperadamente desean. Sin embargo, la ironía es que si manipulan a los demás, las respuestas que reciban jamás los dejarán satisfechos.

El no sentir que son amados no sólo lastima terriblemente a los Dos malsanos, sino que pone en tela de juicio todo su sistema de valores —el valor del “amor”. Si el amor no tiene el poder para conseguirles lo que quieren, ¿entonces qué cosa lo tiene? Habiendo querido y perdido, están furiosos al respecto. La respuesta es, desde luego, que lo que pasa por amor en los Dos malsanos no es amor sino una faramalla santurróna utilizada para manipular a los demás. Si bien aún usan el vocabulario del amor, sus palabras están a su servicio, diseñadas para conseguir algo de los demás sin parecer que lo están haciendo en forma tan directa. El juego se llama manipulación.

Los Dos manipuladores son los maestros de la culpa; pueden dirigir a los demás como a una orquesta, incrementando el nivel de culpa a un crescendo perturbador o aplacándolo a un susurro, si fuera necesario. Hacen rivalizar a la gente, o peor, son capaces de oponer a los demás contra sí mismos. Es chocante para la gente darse cuenta de cuánto la sacan de su propio centro las manipulaciones de los Dos malsanos. Hombres y mujeres adultos, cabezas de familias y corporaciones, son reducidos a desechos emocionales al ser manipulados para reclutar parte de sí contra ellos mismos. Pero al hacer que los demás desconfíen de sí mismos y se sientan culpables y confundidos, los Dos malsanos los despistan de sus propias manipulaciones.

Socavan a los demás mientras se presentan a sí mismos como “ayudadores” que pueden sanar el dolor que han ocasionado sutilmente. Con una mano pinchan insidiosamente lugares delicados, mientras con la otra hacen caricias; lo aplastan a uno y luego le levantan la confianza en sí mismo con falsos halagos; nunca le permiten a uno olvidar sus problemas, haciendo que el futuro se vea sin esperanzas, mientras prometen quedarse con uno para siempre; abren viejas heridas y luego corren a su lado para suturarlas. Se convierten en su mejor amigo e, inadvertidamente, en su peor enemigo.

Naturalmente, es por completo enervante tratar con los Dos malsanos. Se colocan en una posición moralmente superior, sea lo que sea que hayan dicho o hecho. Y al insistir en la pureza absoluta de sus motivaciones, ponen en tela de juicio las de los demás. Nadie puede cuestionar sus conductas o motivaciones sin que los Dos le adscriban cierta maldad. Incluso la evidencia tangible no tiene ningún efecto en ellos, ya que puede ser descartada como ajena a sus buenas intenciones. Siempre se puede contar con que los Dos malsanos se defiendan apelando a las buenas intenciones y a las leyes del corazón para

sancionar cualquier cosa que hagan. Utilizan racionalizaciones religiosas para eximirse de culpa o responsabilidad por sus acciones; hacen que el intento de otra persona de un análisis objetivo de una situación parezca fútil e inferior en comparación a su ética superior, que sigue una moralidad preeminente. Han convertido la sentencia “ama y haz lo que quieras” en un permiso para hacer todo lo que quieran en nombre del “amor”.

El autoengaño es el mecanismo de defensa que permite a los Dos malsanos evitar ver la discrepancia entre las virtudes que creen poseer y sus conductas reales. No importa cuán destructivos sean, los Dos malsanos son capaces, mediante el autoengaño, de interpretar positivamente cualquier cosa que hagan. En su mente, siempre siguen siendo seres humanos bien intencionados y amorosos. Su conciencia siempre está limpia.

Es importante entender que los Dos malsanos están en paz con ser manipuladores, porque no tienen que racionalizar actos individuales. Con ayuda del autoengaño han conseguido racionalizar su vida entera. Una vez que se han definido como buenos, son capaces de justificar cualquier cosa que digan o hagan sin sentirse culpables y sin sentir que ya no son buenos.

El liberarse de un Dos manipulador puede ser una experiencia extremadamente difícil y dolorosa, especialmente ya que el Dos no desea que esto ocurra. Si los Dos malsanos siguieran siendo ligeramente manipuladores, tal vez sólo agotarían a los demás. Desgraciadamente, su conducta puede empeorar muchísimo.

El Dominador Coercitivo

La posesividad que vimos en los Dos promedio, se ha deteriorado en una exigencia coercitiva de amor de los demás en sus propios términos —y para colmo, en términos neuróticos. Lo que surge es un delirante sentido de tener derecho, la sensación de que tienen el derecho absoluto de obtener lo que deseen de los demás. Desde su punto de vista, todos los demás les deben cualquier cosa que quieran, debido a los sacrificios que los Dos neuróticos insisten que han hecho en el pasado.

Como se creen santos, los Dos neuróticos son extremadamente difíciles de tratar —y un infierno para vivir con ellos. Están cansados de ser generosos. Ahora insisten en que los demás antepongan sus necesidades. Su ego, cuyas necesidades antes eran satisfechas indirectamente mediante varias clases de servicio a los demás, es lanzado al frente, haciendo vehementes exigencias a los demás.

Tienen el desalentador y frustrante don de disminuir a todos los demás en nombre del amor. Los Dos neuróticos pueden hacer las

afirmaciones más descalificadoras de los demás, tanto a sus espaldas como en su cara, y si fuera necesario, “por su propio bien”. Castigan a los demás retirando su amor. (“Bueno, ¡trata de arreglártelas sin mí!”). No dudan en hacer terribles predicciones acerca de las posibilidades que tiene uno sin ellos. (“No vas a ser feliz; te darás de narices en el suelo sin mí”). Al negar que obtienen satisfacción personal al decirle a la gente lo que piensan de ella, o al tener motivaciones ulteriores, se ven libres de hacer y decir cualquier cosa que les plazca.

Están furiosos con los demás, y se nota. El barniz de amor desaparece y los Dos neuróticos sueltan un torrente de amargas quejas acerca de cómo han sido tratados, cómo se ha deteriorado su salud y cuán poco se les aprecia. Incesantemente sacan cosas del pasado, insistiendo en cuánto nos han ayudado, cuán perdidos estamos sin ellos y cómo nos convirtieron en lo que somos hoy. (“Recuerdas lo que hice por ti? ¿Así es como me agradeces?”).

Si bien sus quejas incesantes y sus observaciones descalificadoras logran llamar la atención, es un tipo equivocado de atención —el resentimiento y la ira de los demás. Desde luego, los Dos malsanos tienen conciencia de esto y se convierte en una fuente de nuevas quejas. El círculo vicioso de recriminaciones continúa. Sin embargo, sienten que cualquier cosa ofensiva o dolorosa que puedan hacerle a los demás no los desprestigia, como seres humanos profundamente amorosos, sino que está justificada por el trato poco cariñoso que han recibido. Por lo tanto, pueden hacerle las cosas más terribles a la gente sin remordimientos de conciencia. (“Si uno juzga el amor por la mayoría de sus resultados, se acerca más al odio que a la amistad” —La Rochefoucauld).

En efecto, los Dos neuróticos desean tanto ser queridos que pueden intentar obligar a los demás a quererlos de las maneras más dañinas. Es posible que algunas formas de pedofilia y abuso sexual infantil tengan sus raíces aquí, y que los Dos, como grupo, figuren desproporcionadamente en esta clase de conducta destructiva. Vale la pena recordar que los Dos típicamente cuentan con la confianza y admiración de la familia y de los amigos. Pueden ser profesores, sacerdotes, parvularias o enfermeras —personas cuya palabra e integridad generalmente no son puestas en duda por nadie. Y, en esta etapa, ya que los Dos son neuróticos y con toda probabilidad carecen de relaciones íntimas satisfactorias con sus iguales, es posible que se aboquen a los niños para satisfacer sus necesidades emocionales y sexuales.

Además, dado que ya son extremadamente manipuladores y se engañan tanto, los Dos neuróticos son más que capaces de aprovecharse de la indefensión de los niños. De hecho, su indefensión es una de

las cualidades que atrae a los Dos hacia los niños; pueden consolar al mismo niño que han aterrorizado, desempeñando una vez más el papel de salvador.

La Víctima Sicosomática

Si el exigir amor de los demás no los ha llevado a ninguna parte, los Dos malsanos inconscientemente prueban otra vía. Desean más desesperadamente que nunca ser queridos, apreciados y que se les muestre preocupación. La enfermedad física parece ser un modo confiable de asegurarse que reciban el aprecio que han estado buscando. Una solución es convertirse en inválido: los demás no tendrán otra opción que cuidarlos. Si bien el ser cuidado no es lo mismo que ser amado, quizás sea lo más cerca que lleguen del amor.

Los Dos neuróticos intentan obtener el amor de los demás, lo que siempre ha sido su deseo fundamental, anhelando inconscientemente desmoronarse. Temen ser considerados responsables por sus palabras y actos. También temen que sus agresiones hayan revelado alguna hipocresía acerca de sí mismos que podría hacerlos poco queribles, su mayor temor. Por lo tanto, inconscientemente intentan escapar de la responsabilidad de su conducta destructiva pasada teniendo un colapso físico que, en cierto sentido, los exonerará de castigos ulteriores. Y, por lo menos en su mente, el sufrimiento físico va a demostrar en forma concluyente muchas de las afirmaciones más importantes que han hecho acerca de sí mismos: que han sido generosos, que han sido víctimas de la ingratitud de los demás, que se han desgastado por los demás, etc.

Su salud se quebranta porque, por muy formidables y voluntariosos que sean los Dos neuróticos, la tensión de vivir bajo enormes contradicciones se hace insoportable. La tensión de tratar de controlar y justificar su odio hacia los demás finalmente cobra su precio en forma física.

Las enfermedades sicosomáticas son producto del proceso conocido como reacciones de conversión histérica. En términos psicológicos, los Dos neuróticos son histéricos que convierten la angustia en síntomas físicos. Generalmente caen víctimas de una amplia gama de enfermedades misteriosas, incluyendo erupciones cutáneas, problemas gastrointestinales, artritis y presión alta —todas enfermedades en las cuales la tensión juega un rol importante. (Incluso los Dos promedio pueden desarrollar enfermedades misteriosas, sin embargo, cuando un Dos ya es plenamente neurótico, la lista de enfermedades se ha alargado y el ser inválido se ha transformado en un estilo de vida). Ya que los Dos se enferman con tanta frecuencia, los demás pueden sospechar

un placer masoquista en sus sufrimientos, pero hablando en términos estrictos, éste no es el caso. En realidad, ellos no disfrutaban de su sufrimiento, porque éste es real; más bien, disfrutaban de los beneficios que les brinda el sufrir. Karen Horney describe esto claramente.

El sufrimiento inconscientemente se pone al servicio de sostener derechos, lo que no sólo contrarresta el incentivo para superarlo, sino que también conduce a exageraciones inadvertidas del sufrimiento. Esto no significa que su sufrimiento sea meramente “simulado” con fines demostrativos. Lo afecta de una manera mucho más profunda, porque él debe demostrarse principalmente a sí mismo, para su propia tranquilidad, que tiene derecho a la satisfacción de sus necesidades. Debe sentir que su sufrimiento es tan excepcional y excesivo que le da derecho a tener ayuda. En otras palabras, este proceso hace que una persona realmente sienta su sufrimiento en forma más intensa que si no hubiera adquirido un valor estratégico inconsciente. (Karen Horney, *Neurosis and Human Growth* [Neurosis y crecimiento humano], 229).

El sufrimiento físico también es un permanente reproche que hace sentir culpables a aquellos que no han dado a los Dos neuróticos el amor y aprecio que siempre han querido. Es una interminable fuente de demandas de atención, cuidado, preocupación —de amor. El “santo” ha terminado agotando a todo el mundo. La persona más orientada a los demás aleja a la familia y amigos o hace que sus vidas se vuelvan insoportables.

DINÁMICA DEL DOS

Dirección de Desintegración: el Dos Va al Ocho

El problema esencial con los Dos promedio a malsanos es que no han abordado sus sentimientos agresivos. Incluso en las profundidades de su enfermedad y sufrimiento, los Dos neuróticos se dan cuenta de que aún están forzando la atención de los demás, y este pensamiento sigue enfureciéndolos. Quizás estén postrados u hospitalizados porque están físicamente enfermos, pero no se hallan alienados o disociados de la realidad.

Así, aun cuando el tener inconscientemente un colapso físico haya sido adaptativo (ya que la enfermedad y la incapacidad física les arrebataban la posibilidad de ser violentos con los demás), puede que esta forma de adaptación no dure mucho tiempo. Después de todo, tal vez

se recuperen y alguna otra cosa precipite un traslado al Ocho, la irrupción de sus sentimientos agresivos en una conducta seriamente destructiva.

Sin embargo, ya que aún son neuróticos, los Dos no están en condiciones de abordar constructivamente sus impulsos agresivos. Su amargura y rencor, sus deseos de venganza y vindicación están dirigidos hacia aquellos que han frustrado su deseo de ser queridos. Así que cuando se mueven al Ocho, los Dos neuróticos atacan a aquellos que no les han respondido como deseaban. El odio que han reprimido sale a borbotones y se expresa abiertamente contra aquellos que los Dos sienten que no los han querido lo suficiente en el pasado. El amor se convirtió completamente en odio, y el odio reprimido en violencia y destrucción.

Es probable que un Dos en el Ocho se ponga físicamente violento, e incluso asesino. Por lo general, las personas de su familia inmediata son las que corren mayor riesgo, precisamente aquellas por las cuales —están convencidos— sólo tenían buenas intenciones y perpetuo amor. El inválido, el mártir abnegado, el santo sufrido se convierte en un monstruo que sacrifica a los demás.

Dirección de Integración: El Dos Va al Cuatro

Cuando los Dos sanos van al Cuatro, se contactan con sus sentimientos, especialmente los agresivos, percatándose de ellos mismos como realmente son. Pasan de una renuencia a examinarse a sí mismos y sus motivaciones y siguen hacia un estado de autoconocimiento.

Los Dos en vías de integración aceptan la presencia de sus sentimientos negativos tan plenamente como aceptan los positivos. Esto *no* significa que se guíen por sus sentimientos negativos cuando están en el Cuatro, sino que están dispuestos a reconocer estos sentimientos en sí mismos. Ya que los Dos en el Cuatro se tornan emocionalmente honestos, son capaces de expresar toda la gama de sus emociones —no sólo su lado amoroso, aunque ciertamente aún está presente y es más genuino que nunca antes.

Por primera vez, los Dos en vías de integración se aceptan a sí mismos incondicionalmente, tal como aceptan incondicionalmente a los demás. Por lo tanto, es posible dar a los demás algo más profundo y personal de lo que jamás han hecho en el pasado. Y cuando son queridos por los demás, es mucho más satisfactorio porque éstos los aman enteros. Los Dos en vías de integración pueden justamente sentir que ya no son queridos sólo por lo que hacen por los demás sino por lo que son.

También existe la posibilidad de aprovechar sus sentimientos más plenos y auténticos en formas de creatividad. Se convierten en seres

humanos más profundos que intuyen los abismos de la condición humana. Cualquier cosa que den a los demás es ahora mucho más valiosa porque los Dos en vías de integración son seres humanos más genuinos, ya sea como artistas, padres o amigos.

PRINCIPALES SUBTIPOS DEL DOS

El Dos con un Ala Uno

Los rasgos del Dos y los del ala Uno tienden a estar en pugna entre sí: los Dos son emocionales, interpersonales e histriónicos, mientras que los Uno son racionales, impersonales y con dominio de sí mismos. La empatía y el interpersonalismo del Dos son contrapesados por la orientación más objetiva del ala Uno. Hay una fuerte conciencia y un deseo de guiarse por principios, de modo que una persona de este subtipo intentará tratar a los demás con imparcialidad, sin importar cuáles sean sus necesidades emocionales, aunque ya que el Dos es el tipo básico, probablemente sentirán conflictos entre la cabeza y el corazón. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a la Madre Teresa, Mahatma Gandhi, Eleanor Roosevelt, el Obispo Desmond Tutu, Danny Thomas, Alan Alda, Bill Cosby, Ann Landers, Florence Nightingale, Lewis Carroll, Melanie Hamilton Wilkes y Jean Brodie.

Las personas sanas de este subtipo pueden ayudar mucho a la gente, en parte debido a los principios del ala Uno. El enseñar a los demás, mejorar sus vidas y trabajar por una causa son rasgos notables. Muchas instituciones de caridad y organizaciones religiosas y filantrópicas probablemente son iniciadas por y están dotadas de este subtipo. Quieren dar el mejor servicio posible a los demás y lo hacen con menos consideración por sí mismos y más altruismo que el otro subtipo. Pueden ser excelentes profesores, ya que no sólo tienen una orientación objetiva e intelectual ante los hechos y los valores, sino que la calidez emocional para darle vida a las ideas. Como profesores y padres, también son muy estimulantes y apreciadores de aquellos que están a su cargo.

En los individuos promedio de este subtipo hay una tensión entre el personalismo y el idealismo. Como Dos, ellos empatizan con la gente, pero si tienen un ala Uno fuerte, sus ideales abstractos entran en conflicto con sus sentimientos, dificultándoles empatizar en forma sincera con los demás. Al menos alguna parte de ellos sigue siendo enjuiciadora, presta a hacer declaraciones morales. Las personas promedio de este subtipo pueden ser muy controladoras, tanto de los

demás como de sí mismas. Son egocéntricas, aunque esto está encubierto por sus ideales, especialmente el ideal del amor. Vemos más claramente las tendencias en conflicto de los dos subtipos en el deseo de ser importantes para los demás versus el deseo de ser razonables y objetivos. Las personas de este subtipo también son más propensas a la culpa y a la autocondena que los Dos con un ala Tres, ya que tienden a ser más altamente críticas de sí mismas cuando dejan de vivir de acuerdo a sus propias normas morales.

Los individuos malsanos de este subtipo son farisaicos, inflexibles y moralistas acerca de cualquier cosa que según ellos es lo correcto que hay que hacer. El fariseísmo y el deseo de justificarse se combinan con el autoengaño y la manipulación para producir un estado mental fuertemente enraizado que es muy difícil de cambiar. Las personas de este subtipo están prestas a condenar a los demás y son capaces de justificarse sobre bases morales. No pueden permitirse que se demuestre que están equivocadas o que son egoístas y niegan completamente sus sentimientos agresivos. La gente de este subtipo es propensa a la hipocondría —obsesiones y compulsiones localizadas en su cuerpo.

El Dos con un Ala Tres

Los rasgos del Dos y los del ala Tres tienden a reforzarse entre sí: ambos tipos se relacionan fácilmente con las personas. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Luciano Pavarotti, Sammy Davis, Jr., Leo Buscaglia, Doug Henning, Tommy Tune, John Denver, Pat Boone y Lillian Carter.

La gente sana de este subtipo es encantadora, amistosa y comunicativa. Disfruta de la atención de los demás, es segura de sí misma y exuda un aura de bienestar y sana autosatisfacción. En las personas de este subtipo hay calidez genuina y la capacidad de comunicar esta calidez a los demás. También tienden a ser más atractivas físicamente que los Dos con un ala Uno. Las cualidades sociales son más valoradas que las morales o las intelectuales.

En la gente promedio de este subtipo, vemos elementos de competitividad y el deseo de éxito y prestigio mezclados con los rasgos del Dos. Los Dos usan a los demás para validar su bondad, los Tres para validar su deseabilidad, especialmente la sexual. De aquí que encontremos una calculadora cohibición en los individuos de este subtipo. También tienen mucha conciencia de lo que los demás piensan de ellos y cómo se topan con los demás. El tener los amigos adecuados, dejar caer nombres y frecuentar gente es algo típico de ellos. También encontramos la tendencia a ser engreídos y narcisistas, aunque el cálculo de la autoimagen del Tres y la persona abnegada del Dos encubrirán esto en

cierto grado. La gente de este subtipo teme más ser humillada y perder status que sentirse culpable por la violación de ideales morales.

Si los individuos de este subtipo se tornan malsanos, pueden ser emocionalmente devastadores para los demás, ya que se vuelven manipuladores y explotadores, engañosos y autoengañosos, oportunistas y neuróticamente con derecho a obtener lo que quieran de los demás. La hostilidad hacia los demás puede ser extremadamente fuerte y consumidora: bajo su aparente encanto yace la maldad. Son potencialmente sicopáticos en la destructividad que son capaces de descargar sobre los demás. En ellos encontramos elementos de malicia y la tendencia a arruinar lo que no pueden tener, especialmente relaciones. Los Dos con un ala Tres son capaces de celos patológicos y violentos crímenes de pasión.

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Al mirar atrás, podemos ver que los Dos tienen conflictos entre su deseo de amar y su necesidad de ser amados, entre su autoestima genuina y su necesidad de manipular a los demás para sentirse bien consigo mismos. Lo triste del caso es que, parafraseando a Otelo, los Dos promedio a malsanos no han amado ni muy sabiamente ni muy bien. Pero, al menos a su modo de entender, han intentado amar a los demás. Ahí reside la nobleza de su meta y la tragedia de su fracaso en obtenerla.

La ironía es que los Dos neuróticos han causado precisamente lo que más temían: desean ser amados, pero terminan siendo odiados, o al menos no queridos por nadie. Una segunda ironía tragicómica reside en la probabilidad de que la única persona que quizás sea atraída a la poco envidiable posición de ocuparse de un Dos inválido y neurótico, puede ser otro Dos. Si el segundo Dos es manipuladoramente abnegado con respecto a la ayuda que brinda, puede que se produzca un patético duelo de voluntades entre estas dos agotadoras almas parecidas. El resultado es una macabra danza de la muerte.

Si sacamos una lección de este tipo de personalidad, es que los Dos pueden tener razón en su creencia acerca del valor del amor, pero no en su modo de amar a los demás. Si le imponen "amor" a la gente, los Dos inconscientemente demuestran que lo que introducen por fuerza en los demás no es amor, y por esa misma razón, está condenado al fracaso. Tan pronto como el ego se esconde detrás del "amor", el amor se tiñe y a la larga se corrompe —con todas las consecuencias que hemos visto en este tipo de personalidad.



CAPÍTULO 5

TIPO TRES: EL BUSCADOR DE STATUS

PERFIL DEL TRES

Sano: Guiado por normas propias y auténtico, todo lo que parece ser seguro de sí mismo, energético, adaptable, a menudo físicamente atractivo y popular. Ambicioso para perfeccionar el sí mismo, volviéndose sobresaliente, una especie de ideal humano que encarna cualidades ampliamente admiradas. A menudo los demás se ven motivados para desear ser como él de alguna manera positiva.

Promedio: Competitivamente preocupado por el prestigio y el status: carrera y éxito son cosas muy importantes. Se torna consciente de su imagen, profundamente preocupado de cómo aparece ante los demás. Pragmático, orientado a metas, eficiente. Calculador y desafecto bajo la fachada. Constantemente promoviendo, haciéndose aparecer mejor de lo que es. Narcisista, arrogante, exhibicionista, pretencioso. Emergen la hostilidad y el desprecio por los demás.

Malsano: Puede ser explotador y oportunista, haciendo todo para sí mismo. Mentiroso patológico, insincero y engañoso, traicionando maliciosamente a la gente. Se puede tornar vengativo, intentando arruinar lo que no puede tener. Tendencias sádicas, sicopáticas: sabotaje, homicidio, asesinato.

Motivaciones Claves: Desea ser afirmado, distinguirse de los demás, recibir atención, ser admirado e impresionar a los demás.

Ejemplos: Jimmy Carter, Brooke Shields, Bruce Jenner, Jane Pauley, Mary Lou Retton, Sylvester Stallone, Truman Capote, Tend Bundy e Iago.

VISIÓN GENERAL DEL TRES

Estados Unidos se está transformando rápidamente en una cultura “Tres”: narcisista, orientado a la imagen, enfatizando el estilo más que la sustancia, los símbolos más que la realidad. La búsqueda de excelencia está siendo reemplazada por la celebración de lo artificial a medida que todo es tratado como una mercancía —empaquetado, publicitado y puesto a la venta. La política está cada vez menos interesada en los principios o el uso del poder para el bien común, que en la exhibición de personalidades. La política sirve a las relaciones públicas, vendiendo candidatos con sus posiciones calculadas a un público que ya no puede distinguir entre un clon y una persona real.

Los medios de comunicación masiva, en especial la televisión, están fundamentalmente preocupados de llamar la atención para poder venderle algo al público. Los valores superficiales y el titilar engañoso de la industria del espectáculo se han convertido en las normas con que se miden todas las cosas. El único principio es la capacidad de obtener atención: lo que se nota y está en demanda tiene valor. La gente se ve tan seducida por este engañoso paquete, que a menudo no advierte que no contiene nada. Parafraseando a McLuhan, el paquete es el mensaje. Imágenes calculadas se disfrazan exitosamente de realidad, desde la cordialidad programada de las personalidades televisivas hasta la sinceridad ensayada de las candidatas de concursos de belleza.

El exhibicionismo y la autopromoción se tornan aceptables a medida que la gente hace cualquier cosa para hacerse notar en un mercado cada vez más competitivo. El ideal es ser un ganador —ser exitoso, famoso y célebre. La búsqueda de éxito y prestigio está en todas partes. Todos los días aparece un nuevo libro que nos dice cómo vestarnos, comer o relacionarnos para tener éxito. Se nos vende una fantasía narcisista: que seremos “alguien” si somos iguales a todos los demás, sólo que mejores. Si uno maneja su imagen en forma adecuada, también puede convertirse en una estrella —o en un dios.

El tipo de personalidad Tres ejemplifica la búsqueda de afirmación del sí mismo, un sí mismo que se vuelve más vacío a medida que su aparente perfección intenta conseguir más atención.

En la Tríada del Sentir

Los Tres, el tipo primario de personalidad en la Tríada del Sentir, están más seriamente fuera de contacto con su vida emocional. Como resultado, los Tres tienen un problema fundamental con su identidad. Hay una profunda escisión entre quienes parecen ser y quienes son, entre la imagen que proyectan a los demás y la realidad que hay detrás de ella. Con el tiempo, su imagen se convierte en su única realidad. Lo que los Tres promedio parecen ser, de una persona a otra y de un momento a otro, es lo que son. El gran problema para la gente de este tipo de personalidad es llegar a guiarse por normas propias, desarrollarse como personas conforme a sus sentimientos genuinos y dentro de sus propias limitaciones realistas.

Si son sanos, los Tres son dignos de la admiración de los demás porque se han esforzado por adquirir las cualidades y destrezas que ellos parecen personificar virtualmente en un grado ideal. De hecho, la arrolladora autoestima positiva de los Tres sanos tienen una base y con frecuencia son altamente respetados por los demás, tanto en su vida personal como en su carrera. Los Tres sanos son sobresalientes, estrellas de la naturaleza humana.

Sin embargo, los Tres promedio se vuelven intensamente competitivos con los demás por todas las formas de éxito y prestigio, ya que quieren mantener lo que han llegado a considerar como su superioridad natural sobre los demás. En lugar de desarrollarse, recurren a proyectar imágenes cuya intención es producir una buena impresión en los demás. Pragmáticos y calculadores, son capaces de cambiar su imagen para obtener lo que desean, alardeando e "inflándose" para provocar admiración.

Si se tornan malsanos, los Tres explotan a los demás para poder mantener lo que ha llegado a ser una superioridad espuria. Son extremadamente insinceros si están en peligro de perder en la competencia en la que siempre se ven sumidos entre ellos y los demás. Se ponen tan celosos que maliciosamente intentan arruinar a los demás para lograr el triunfo que su superioridad narcisista requiere.

Problemas con la Hostilidad y el Narcisismo

Al igual que los otros tipos de personalidad de esta Tríada, los Tres tienen un problema con la hostilidad, que se manifiesta como malicia vengativa hacia cualquier persona que sea más exitosa que ellos. Mientras los Dos y los Cuatro son indirectamente hostiles, los Tres promedio a malsanos son más abiertamente hostiles en una serie de formas, desde descalificar a los demás hasta sabotearlos o traicionarlos.

Al percibir lo maliciosos que pueden ser los Tres malsanos, los demás generalmente ceden ante ellos o los evitan en lo posible. Lo verdaderamente atemorizante respecto a la hostilidad de los Tres malsanos es cuán sicopáticos pueden llegar a ser si no se mantienen encima de los demás. Estos descubren con horror que los Tres malsanos pueden volverse muy agresivos si no consiguen la admiración ilimitada que buscan.

Los Tres promedio son el tipo de personalidad más narcisista. Mientras los Tres sanos poseen una dosis justa de alta autoestima, los Tres promedio construyen su identidad en torno a una autoconsideración cada vez más inflada: parecen estar totalmente enamorados de sí mismos. Pero, con mayor precisión, están más enamorados de su imagen inflada que de su sí mismo real. En lugar de quererse como realmente son, incluyendo la aceptación realista de sus limitaciones, aman una falsa fachada que tiene poca semejanza con la persona subdesarrollada que hay debajo.

Los narcisistas se interesan principalmente por sí mismos —y por los demás sólo en la medida que los ponderen. Son intensamente egocéntricos, con una limitada capacidad de empatizar con los sentimientos o necesidades de los demás. Por esto es que tienen poca capacidad de amar y por esto es que —una vez que se han vuelto narcisistas— los Tres promedio tienen poca capacidad de establecer relaciones duraderas y mutuamente satisfactorias. Las relaciones son unilaterales, porque ambas partes están enamoradas de la misma persona: el Tres.

Desde luego, su narcisismo los coloca en un conflicto constante con la gente. Ya que creen tanto en su superioridad, los Tres promedio son competitivos con las mismas personas de quienes desean admiración. Alardean como si los demás no fueran más que un público adorador siempre dispuesto a aplaudir cada una de sus jugadas; si los demás no aplauden, los Tres los descalifican o humillan. Peor, los Tres narcisistas añaden ofensa al daño exigiendo que las personas los admiren aun cuando sean despectivos con la misma gente de quien desean admiración.

El problema es que el narcisismo no es lo mismo que la autoestima genuina. A pesar de que los Tres promedio pueden verse fríamente reservados, no están realmente seguros de sí mismos, pues su autoestima no se basa en el desarrollo de sus capacidades reales, sino en su capacidad de captar la atención de los demás. Los Tres se sintonizan muy bien con las reacciones que la gente tiene hacia ellos y pueden responder proyectando cualquier imagen que necesiten en el momento. Pero ya que su repertorio de imágenes no tiene su correspondiente grado de realidad, todo lo que hacen se hace por show, no

porque estén personalmente comprometidos o profundamente involucrados con algo fuera de ellos mismos.

La ironía es que tras la fachada hay una dependencia de los demás profundamente oculta, una dependencia que no pueden reconocer debido a las exigencias de su narcisismo. Una vez que el narcisismo comienza a imperar, los Tres no pueden vivir con la gente ni sin ella, porque son hostiles hacia las personas de las cuales dependen y porque no son “nadie” sin la atención de los demás.

Orígenes Infantiles

Los Tres se desarrollan como lo hacen debido a su relación de la niñez temprana con su madre: se identificaron positivamente con su madre o un sustituto materno. Los Tres aprendieron de esta relación a abordar cada relación siguiente con las mismas expectativas inconscientes que tenían cuando su madre libremente los colmaba de atención. Esperan que el mundo los admire tan incondicionalmente como lo hizo su madre. Debido a la alta estimación de su madre, aprendieron a considerarse seres superiores, esperando que la vida sólo les pida que se presenten ante los demás para recibir admiración y refuerzo por su valor.

La mirada de admiración con que su madre los hizo sentirse importantes es, de una u otra forma, la mirada que siempre están buscando en los ojos de los demás. La admiración los hace sentirse vivos y valiosos; sin ella, se sienten vacíos y hostiles porque su sentido del sí mismo se ve peligrosamente amenazado. Desgraciadamente, sin embargo, al aprender a relacionarse así con la gente, los Tres no fueron estimulados a desarrollarse en forma realista.

Ya que la afirmación de su valor llegó con tan poco esfuerzo, los Tres no aprendieron a verse limitados de ningún modo. No desarrollaron un superego (o una conciencia). Más bien, las facultades que están extraordinariamente desarrolladas en los Tres son su id y su persona —la energía que son capaces de invertir en sí mismos y la imagen que resulta de tal inversión. Se consideran individuos con un potencial virtualmente ilimitado, y como resultado, es fácil para ellos tener expectativas grandiosas acerca de sí mismos. Precisamente debido a su enorme fe en su valor, puede que en efecto lleguen lejos; pero ya que tienden a permitir que sus expectativas se inflen, también quedan expuestos a las frustraciones que les crea la realidad, con todos los infortunados resultados que veremos.

En efecto, su desarrollo psicológico es un arma de doble filo: por una parte, permite que los Tres sanos a promedio viertan sus energías en conseguir sus metas a un grado no igualado por los otros tipos de

personalidad. Pero, por otra parte, su falta de conciencia y su noción inflada de sí mismos permiten que los Tres malsanos exploten sin remordimiento a los demás, porque no hay nada dentro de ellos que se los impida. Utilizan a las personas en forma desvergonzada, porque no consideran que sean reales o que tengan algún valor aparte de satisfacer su propio narcisismo.

Irónicamente, los Tres promedio a malsanos, si bien parecen ser tan superiores a todos los demás, son en realidad severamente limitados. A menos que se desarrollen sin considerar el aplauso de los demás, nunca sabrán qué es realmente ser ellos mismos, ni serán capaces de relacionarse con, mucho menos querer a, ninguna otra persona. Aunque las apariencias indican lo contrario, lejos de ser superiores, los Tres promedio están vacíos: impresionan porque su envase ha sido diseñado para impresionar. Saben pulsar los botones adecuados para ser admirados. Pero al buscar incesantemente admiración, se convierten en ídolos de sí mismos, adorándose y exigiendo que los demás hagan lo mismo. Si éstos no lo hacen, los Tres atacan con fiereza, revelando su verdadero carácter, no como dioses, sino como demonios.

ANALIZANDO AL TRES SANO

La Persona Auténtica

En su mejor estado, los Tres muy sanos trascienden su deseo de ser afirmados por los demás y se aceptan a sí mismos tal como son. Ya no los motiva la preocupación por lo que los demás piensan de ellos, ni el deseo de recibir aplausos o admiración. Más bien, los Tres muy sanos cambian su centro de gravedad para convertirse en personas autogeneradoras y guiadas por normas propias; al hacer esto, siembran las semillas de su propia interioridad, sus propios sentimientos, su propia identidad.

La autoaceptación les permite saber y vivir dentro de sus límites. Los Tres sanos ni se desaniman por sus limitaciones ni se sienten tentados a negarlas; no piensan que son superiores a los demás o que tienen cualidades especiales, si es que de hecho no las poseen.

La autoaceptación es un vital punto de partida que posibilita otras cosas. A diferencia de lo que leemos en algunos libros de autoayuda, el aceptarnos a nosotros mismos no significa abrazar nuestras neurosis y malos hábitos, celebrándolos como si fueran virtudes. Al contrario, la autoaceptación implica aceptar verdades dolorosas acerca de nosotros mismos. Nos ayuda a abandonar el mundo de fantasías

grandiosas y dejar de caer en la tentación de ser falsos respecto a nosotros mismos de cualquier modo. Dicho en forma más simple, la autoaceptación es el reconocimiento de que uno es un ser humano limitado. Al aceptarse a sí mismos, los Tres muy sanos se responsabilizan de desarrollarse como son, dentro de las limitaciones de sus talentos.

En esta etapa, los Tres sanos son modestos y directos respecto a sí mismos porque su energía está siendo invertida sólo en ser quienes son. Son genuinos y auténticos, ni más ni menos de lo que parecen ser. Su realidad y su imagen convergen, dándoles una base firme sobre la cual desarrollarse como personas. Sus sentimientos se originan desde adentro en lugar de ser estimulados por interacciones con los demás. El resto de la gente se torna real para los Tres sanos, porque ellos mismos se están tornando reales. Valoran a los demás antes que verlos como cifras para ser explotadas para su propia glorificación.

Si hay menos rasgos que mencionar de los Tres muy sanos que de los otros tipos de personalidad en el correspondiente grado de salud, es porque los Tres empiezan a desarrollarse como personas genuinas sólo cuando se han aceptado. Recién están comenzando a dar vida a la totalidad de sí mismos. Su desarrollo es interior y personal, cuestión de cambiar actitudes y profundizar valores antes que la conducta exterior. En cierta forma, los Tres muy sanos se pueden caracterizar por lo que no *son* antes que por lo que son: no son orientados a la imagen, ni narcisistas, ni explotadores, ni hostiles. Sin embargo, son individuos que aún están en potencial, a punto de lograr algo valioso de sí mismos.

La Persona Segura de Sí Misma

Aun los Tres sanos no son siempre tan sanos. En lugar de guiarse por normas propias, es más típico que ellos interactúen con los demás para defenderse de la angustia de verse rechazados. Conscientes de cómo los consideran los demás, los Tres sanos hacen grandes esfuerzos para asegurarse la afirmación adaptándose a las expectativas de los demás.

Ya que poseen los instintos sociales más sensitivos, los Tres sanos se adaptan extraordinariamente bien a los demás, respondiendo sin esfuerzo a la atención tal como las hojas giran para captar el sol. Cada cambio de emoción, cada variación de calidez o frialdad en los demás, se registra inmediatamente en la siquis del Tres, tal como alguien que se está asoleando puede detectar cuando la más tenue nube se interpone entre él y el sol. Cuando los Tres están sumidos en la atención de los demás, se iluminan positivamente.

La afirmación y la atención de los demás los hace sentirse vivos y bien consigo mismos.

La dinámica de su *siquis* es difícil de describir en forma precisa, porque continuamente se está produciendo una interacción sutil entre los Tres y las demás personas. La atención afirmativa de los demás hace que los Tres se sientan deseables, y ellos responden a la gente imitando los valores que ven en los demás. Estos, al verse reflejados en los Tres, siguen inundándolos de atención —y así la interacción se mantiene.

Esta interacción sutil comenzó en la niñez cuando, provistos de una alta autoestima por la afirmación de su madre, los Tres aprendieron a creer en su propio valor especial como personas. Incluso a temprana edad eran seguros de sí mismos, estaban convencidos de su propio valor, como si siempre se estuvieran diciendo: “Soy una persona valiosa y significativa”.

Su seguridad en sí mismos y sus sentimientos de deseabilidad hacen que los Tres sanos sean extremadamente atractivos, lo que estimula más interacciones y más afirmación de sí mismos. Los demás también se sienten atraídos hacia los Tres porque, como grupo, son físicamente más atractivos que cualquier otro tipo de personalidad —a menudo fueron niños bellos cuya madre virtualmente los adoraba. Pueden llegar a ser individuos hermosos, atléticos o dotados de otra manera con cualidades físicas sobresalientes que llaman la atención de los demás. Su atractivo físico les da otra razón para su alta autoestima y su seguridad en sí mismos. Por otra parte, los demás buscan a los Tres porque les gusta estar en su presencia: su belleza física es excitante, estimula un interés estético en ellos y frecuentemente también un interés sexual.

La deseabilidad y el atractivo (tanto físico como personal) son cualidades importantes para los seres humanos porque, a nivel biológico, debemos atraer a los demás para la propagación de la especie. Pero también somos criaturas sociales, y en cierta medida, todos necesitamos ser bien considerados por los demás para poder sentirnos bien con nosotros mismos. Y de todos los tipos de personalidad, los Tres sanos son los que mejor se sienten consigo mismos o los más adecuados para atraer la atención favorable de los demás.

El Ejemplo Sobresaliente

Así como los sentimientos negativos acerca de uno mismo se refuerzan entre sí, igual pasa con los sentimientos positivos. Ya que los Tres sanos se sienten bien consigo mismos, hacen cosas para aumentar su autoestima. Al haberse acostumbrado a recibir afirmación de los demás, empiezan a temer el ser comunes y corrientes. Como resultado,

los Tres sanos destinan tiempo y energía a desarrollarse, convirtiéndose en individuos que de alguna manera sobresalen.

Los Tres sanos son ambiciosos y están deseosos de perfeccionarse en una serie de formas: académica, física, cultural, profesional e intelectualmente. No ambicionan dinero, fama o posición social, sino que sacar más provecho de *sí mismos*. Hay mucho que admirar en los Tres sanos, porque realmente son la personificación de algo excelente. Son dignos de la admiración de los demás porque son sobresalientes, a menudo personas modelos en cualquier esfera de actividad a la que ingresen, ya sean las Olimpiadas, la carrera militar o la escuela de medicina. Son muchachos y muchachas, hombres y mujeres íntegramente estadounidenses que personifican los valores que la cultura admira. (Desde luego, puede que un Tres en particular no encarne los valores que uno personalmente admira o quisiera poseer, pero lo que él siempre personifica son aquellos valores afirmados por la cultura en conjunto). Así, los Tres son modelos vivientes de los valores de la cultura, los ejemplos mediante los cuales nos examinamos y juzgamos a nosotros mismos.

Ya que poseen cualidades sobresalientes, los Tres sanos también son capaces de motivar a que otra gente se desarrolle. Los demás ven en los Tres lo que ellos podrían ser si hicieran el esfuerzo de desarrollar su potencial como lo han hecho los Tres. Por otra parte, los Tres sanos están dispuestos a ayudar a los demás a lograr las cualidades que ellos personifican. Si son excelentes bailarines, entonces le enseñarán a uno a bailar; si son físicoculturistas, van a trabajar con uno en el gimnasio; si han ganado mucho dinero en la bolsa de valores, le ayudarán a uno a ingresar a ese mercado.

No todos los momentos están orientados hacia el desarrollo propio. Los Tres sanos son extremadamente simpáticos y vivaces; son altamente energéticos, joviales y traviosos, como animales sanos que juegan a la luz del sol. Su sentido del humor admite cierto grado de mofa de sí mismos, de deleite de sus propios defectos y pretensiones menores, lo que es tan cautivador como encantador. Estos rasgos, sumados a su atractivo físico y a otras cualidades admirables, resultan en que los Tres sanos sean socialmente muy populares, ya que su compañía es tan estimulante.

Casi toda la gente quisiera ser como un Tres sano, al menos en algún aspecto. ¿A quién no le gustaría ser atractivo y sentirse relajado consigo mismo y con los demás? ¿A quién no le gustaría ser seguro de sí mismo y tener la energía y motivación para aprovechar al máximo su potencial? ¿A quién no le gustaría complacerse en ser él mismo como tan evidentemente lo hacen los Tres sanos? Cuando son sanos, los Tres son verdaderas estrellas. Cuando uno está en su presencia, se da cuenta de que hay algo especial en ellos.

ANALIZANDO AL TRES PROMEDIO

El Buscador de Status Competitivo

Ahora se produce un cambio de actitud: los Tres empiezan a querer distinguirse de los demás. La diferencia entre los Tres sanos y los Tres promedio es que estos últimos desean establecer su superioridad sobre los demás mediante la competencia. El mostrarse superiores a los demás refuerza su autoestima, haciendo que los Tres se sientan más deseables y más dignos de atención y admiración.

Por ejemplo, puede que sean buenos nadadores o tenistas, pero comienzan a sentir que esto no basta, que deben vencer a todos los demás. Por lo tanto, los Tres promedio crean rivalidades donde no existía ninguna. Todo se convierte en un torneo —su apariencia, sus logros profesionales, su salario, su carrera, lo deseable de sus cónyuges, como si siempre estuvieran diciendo: “Mi fulano de tal es mejor que el tuyo”. Desgraciadamente, el crear competencias coloca a todas sus relaciones en un pie enteramente nuevo, porque empiezan a compararse constantemente con los demás.

Una de las consecuencias más importantes de esto es que todas sus actividades se orientan a ganar la competencia que siempre tienen presente. Los Tres promedio no se interesan en lo que tienen o hacen porque lo disfruten, sino porque los hace sentirse superiores a otra persona.

Como resultado de su competitividad, también comienzan, y empeoran progresivamente, los conflictos con los demás. Ya que a los Tres promedio les cuesta tener sentimientos positivos por cualquier persona con la que compiten, empiezan a tener problemas para entablar amistad con sus pares. La competitividad hace que los Tres promedio vean a los demás como amenazas y obstáculos a su propio éxito. Se sienten cómodos con la gente sólo si se sienten superiores a ella en algún aspecto, ya sea porque los demás tienen menos status que ellos o porque los Tres los han derrotado en algún tipo de concurso abierto o encubierto.

Los Tres promedio buscan el éxito con una eficiencia inigualada por ningún otro tipo de personalidad. (Podemos caracterizar en pocas palabras a los Tres promedio por las tres cosas que valoran más: éxito, prestigio y status). Para los Tres, el éxito significa ser el número uno, un ganador. Ciertamente, los Tres promedio trabajan duro para llegar y mantenerse arriba. Valoran la competencia profesional y aspiran a ser los mejores en lo que hacen, principalmente por el prestigio de estar en la cima de su profesión. Para los Tres promedio, la marca final del éxito es llegar a ser ricos y famosos, especialmente famosos.

La fama tiene para ellos un atractivo especial, porque significa ser conocidos por un gran número de personas. Con la fama, su existencia se afirma: no son unos don nadie.

En esta etapa son profesionales de carrera, ya que el éxito profesional es la vara con que miden su valor como personas. Planeando incansablemente jugadas dentro de su carrera, desean avanzar tan rápido como sea posible y están dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de conseguir el éxito que buscan. Se suben al carró rápido a cualquier costo, aun cuando ello signifique sacrificar matrimonio, familia o amigos. Para los Tres promedio es importante tener un título o una profesión de prestigio, porque refuerza su sentido de sí mismos como individuos exitosos. (Por la misma razón, su autoestima se ve muy amenazada si no tienen una carrera prestigiosa, y doblemente si están cesantes).

Depuradísimos buscadores de status, los Tres promedio son escaladores sociales para quienes es crítico tener los amigos y compañeros adecuados. Siempre están haciendo contactos y frecuentando gente para ascender en su carrera y aumentar su lustre social. Evalúan rápidamente a los demás según su valor de prestigio, como para preguntar: “¿Cuánto status tienes tú? ¿Vale la pena frecuentarte?”.

Es típico que también sean promotores de símbolos de status, creando nuevos valores sociales. Los Tres promedio le dan su status a las posesiones, adoptándolas y luego usándolas como base para competir con los demás. Por otra parte, la exclusividad es un muy importante aditamento a la competitividad, porque al excluir de su círculo social a las personas menos deseables, los Tres promedio se convierten en árbitros de quién está “in” o “out”. El status, entonces, es el juego de llevarle-la-delantera-a-otros jugado por aquellos que idolatran el éxito. Como árbitros autodesignados del status, los Tres tienen que asegurarse que cualquier otro que juegue el juego fracase, pero siga volviendo a intentarlo.

El Pragmático Orientado a la Imagen

Temerosos de lo que los demás puedan pensar de su status y prestigio, los Tres promedio en esta etapa aumentan la competencia con los demás, no perfeccionándose a sí mismos, sino que mejorando su presentación personal, su imagen. Desean producir una buena impresión, ya sea que la imagen que proyectan refleje o no quiénes son realmente. El estilo sobre la sustancia —qué llegada tiene uno ante los demás se convierte en algo de suma importancia.

El resultado es que los Tres promedio se vuelven menos deseables como seres humanos genuinos y más deseables como mercancías.

Los Tres orientados a la imagen corresponden (en parte) al tipo de personalidad descrito por Erich Fromm como la “orientación de mercado”.

La orientación de carácter que está enraizada en la experiencia de uno mismo como mercancía y del valor de uno como valor cambiario...

El éxito depende fundamentalmente de cuán bien una persona se venda a sí misma en el mercado, cuán bien haga llegar su personalidad a los demás, cuán bonito “paquete” sea... Un corredor de la bolsa, un vendedor, una secretaria, un ejecutivo de ferrocarriles, un profesor universitario o un administrador de hotel, cada uno debe ofrecer distintos tipos de personalidad que, pese a sus diferencias, deben cumplir con una condición: tener demanda...

La orientación de mercado... no desarrolla algo que está potencialmente en la persona (a menos que hagamos la absurda afirmación de que “nada” también forma parte del equipamiento humano); su naturaleza misma es que no se desarrolla ningún tipo de relacionamiento específico y permanente, sino que la cambiabilidad misma de actitudes es la única cualidad permanente de tal orientación. En esta orientación se desarrollan aquellas cualidades que se pueden vender mejor. No hay ninguna actitud en particular que sea predominante, sino el vacío que puede ser llenado más rápidamente con la cualidad deseada. Sin embargo, esta cualidad deja de serlo en el verdadero sentido de la palabra; es tan sólo un rol, el fingimiento de una cualidad, que será fácilmente intercambiado si hay otro más deseable. (Fromm, *Man for Himself* [Hombre para sí mismo], 76-77, 84).

Ya que los Tres promedio se consideran mercancías, la forma en que los demás los perciben a ellos y a su imagen, lo es todo. Según esta visión, no hay tal cosa como un valor intrínseco ni en sí mismos ni en los demás ni en el mundo —sólo la imagen cuya perfección buscan. Así, todo se deprecia porque el único valor que posee algo o alguien es si tiene demanda o no.

El problema es que ellos actúan según las necesidades de la imagen que están proyectando, no porque sinceramente crean en lo que dicen o hacen. Pueden proyectar un estado emocional sintetizado tras otro, todos igualmente convincentes. Pueden parecer sinceros, amigables, modestos, bondadosos, arrepentidos, virtuosos y veraces, aunque no lo sean. Puede que sólo hayan ajustado su imagen para cumplir con las exigencias del momento. Lo que parecen ser y lo que realmente son empiezan a ser dos cosas bastante diferentes. Así, en los

Tres promedio hay un elemento de falsedad, porque gran parte de lo que dicen y hacen no es un verdadero reflejo de lo que son. El “quiénes son” se va convirtiendo en algo cada vez más difícil de identificar.

Los Tres promedio saben empaquetarse. Como la coloración cambiante de un camaleón, una imagen es útil en la medida que le permita a uno calzar perfectamente en el ambiente. Su imagen les permite hacer exactamente eso, sólo que mejor: no sólo calzan en el ambiente, sino que la imagen perfecta que proyectan se convierte en la norma con que los demás se juzgan. La imagen asume una realidad propia una vez que los demás la aceptan como deseable.

Es importante enfatizar cuán sutiles pueden ser los Tres promedio en esto de proyectar una imagen creíble, y cuán difícil es para los demás detectar cualquier grado de falsedad involucrado, especialmente si un Tres en particular es inteligente y cultivado. Este tipo de personalidad de ninguna manera se limita a vacíos animadores de televisión, candidatas de concursos de belleza o yuppies “aclonados”. Los Tres promedio pueden encontrarse en todas partes y en todas las profesiones, desde MBA a agentes secretos de la Casa Blanca, desde figuras deportivas a políticos, desde artistas a reporteros.

La pista de que los demás están tratando con una imagen y no con una persona, es la aparente perfección del Tres promedio. Los Tres tienen muy buena llegada (es típico el señor simpático, compuesto, comedido), aunque de un modo ensayado y sintético. Son extremadamente suaves o relamidos, capaces de actuar a la perfección cualquier rol que estén representando. Además, están constantemente pendientes de si los demás se están tragando su actuación.

Es precisamente debido a que su conducta es tan perfecta que a los demás les cuesta detectar qué le falta a los Tres. Sin embargo, si los demás examinan muy a fondo, no van a encontrar nada esencial en los Tres promedio —no hay sentimientos genuinos, ni opiniones personales sostenidas con profundidad, ni idiosincrasia, ni pasión bajo esa superficie suavemente pulida. A pesar de que todo en ellos parece perfecto, las diversas imágenes no alcanzan a sumar una persona entera. Lo que falta es un sentido personal de compromiso. Los Tres promedio no están conectados consigo mismos, con sus propios sentimientos. Son como máquinas perfectamente diseñadas que funcionan exactamente como se espera, y por lo tanto, siguen teniendo demanda.

Como se podría esperar, hay dificultades con esta orientación. Los Tres promedio temen a la intimidad genuina, ya que alguien podría descubrir su vacío interior. Sin embargo, con su considerable encanto y capacidad de adaptarse a la gente, saben simular la impresión de intimidad, revelando aparentemente más de sí mismos de lo que de hecho hacen. Por esto es que a los Tres promedio típicamente les

interesa la credibilidad, si acaso las personas creen la imagen que están proyectando.

También temen a la intimidación porque, debajo de la imagen, sea cual sea, los Tres promedio son fríos y calculadores. Lo que dicen y hacen, sus opiniones y aparentes creencias, todo es pragmáticamente premeditado para causar efecto. Al haber vivido así toda su vida, los Tres promedio son en extremo convincentes.

Por otra parte, hay beneficios. El ser desafectos permite a los Tres ser extremadamente eficientes en el trabajo, extraordinariamente capaces de concentrar su energía en la obtención de metas profesionales. Como todos los tipos de personalidad, los Tres promedio hacen de la necesidad una virtud: ya que son poco emocionales, no tienen emociones fuertes que los amarren a algo o a alguien. Eficientes y orientados a metas, son buenos para resolver problemas prácticos, porque su pragmatismo les permite responder a situaciones sin estar limitados por principios o sentimientos abstractos. Pueden tomar cualquier lado de un asunto —y cambiarse al lado opuesto con una facilidad increíble— porque están libres de convicciones personales o lealtad con nada más allá de ellos mismos.

Son esencialmente técnicos que buscan una técnica precisa que puedan convertir en una fórmula para el éxito, ya sea en su carrera o en su vida personal. Los Tres promedio son maestros de la jerga, supremos manipuladores de símbolos que cumplan sus fines, ya sea para elegir un presidente, vender una pasta dental o autopromocionarse. Pero, a pesar de su encanto y conducta perfecta, hay algo reptil en ellos: su sangre fría tiene un borde amenazante.

Sin un sistema moral que los dirija, la única fuente de orientación para los Tres en este Nivel es “aquello que funciona”. Aunque están bien preparados para manejar problemas técnicos, los Tres promedio por lo general no son buenos líderes porque no tienen ninguna visión personal, poseen pocos valores genuinos y no sienten una verdadera preocupación por los demás. Desgraciadamente, sin embargo, los Tres son atraídos hacia posiciones de liderazgo debido al prestigio que esto conlleva. El resultado es que dirigen por seguimiento, diciendo a la gente lo que desea oír antes que lo que necesita hacer. Una vez que la imagen se vuelve realidad, adopta una falsa vida propia.

El Narcisista que se Autopromueve

Si a pesar de la excelencia de su imagen, los Tres promedio no reciben la afirmación que desean, pasan a un estado especial de autopromoverse para impresionar a los demás. Quieren que los demás los admiren y envidien, desean que todo el mundo piense que son

absolutamente extraordinarios en todos los aspectos, que lo tienen todo, que poco les falta para ser perfectos.

Aquí la tónica es impresionar a la gente con su superioridad completa. Empiezan a hacerse propaganda incansablemente, alardeando acerca de sus logros, dejando caer nombres importantes en forma pretenciosa, agrandando sus logros, haciéndose sonar como increíblemente maravillosos y haciendo que cualquier cosa que hagan parezca mejor que lo que cualquier otro hace —y mejor de lo que realmente es.

Todo lo que hacen en esta etapa es para mostrarse, conseguir que la gente les preste atención y los admire. Todas estas demostraciones tienen el siguiente subtexto: “¡Mírenme!”. Se convierten en farsantes desvergonzados, alardeando de su cultura, educación, status, cuerpo, inteligencia, carrera, cónyuge, conquistas sexuales, ingenio —cualquier cosa que ellos creen que vaya a producir admiración. Su único tema de conversación es ellos mismos, su primer, último y único amor. Actúan como si los demás estuvieran, o debieran estar, cautivados por todo lo que dicen y hacen: los demás debieran sentirse honrados de conocerlos.

Es obvio que los Tres narcisistas son arrogantes, presumidos y altamente impresionados consigo mismos. Se consideran innatamente superiores a los demás, como si siempre estuvieran diciendo: “Yo soy mejor que tú”. El sentirse superiores a los demás les asegura que no serán rechazados por nadie, y si por alguna razón lo son, el rechazo no les molestará, ya que sienten que aquellos que los rechazan son inferiores y de todas maneras no cuentan. En resumen, miran a los demás sólo para ver si los están mirando a ellos.

En esta etapa, los Tres promedio empiezan a sobrevenderse, haciendo algunas afirmaciones extraordinarias acerca de sí mismos. Esta autoinflación narcisista indica un grado de disociación desde su sí mismo real, con todas sus limitaciones reales, a afirmaciones acerca de un sí mismo glorioso que no existe. Aquí de hecho hay menos de lo que se aparenta, aunque es difícil de percibir, pues su propaganda comercial por lo general es bastante convincente. Sin embargo, aunque parezcan ser sobresalientes, quizás los demás comiencen a sentir que son demasiado buenos como para ser de verdad así: gran parte de lo que dicen acerca de sí mismos simplemente no es creíble.

El verse bien, literal y figurativamente, siempre ha sido extremadamente importante para los Tres, pero el atractivo físico nunca es más importante que cuando son abiertamente narcisistas. Asumen poses, exhibiendo una “actitud” como una forma de ser exclusivos (e inalcanzablemente mejores que cualquier otra persona) y de llamar la atención (sin que parezcan hacerlo constantemente). Hombre o mujer,

los Tres en este Nivel son exhibicionistas y seductores, utilizando su atractivo sexual para aumentar su deseabilidad. Son típicas las demostraciones sexuales hipermasculinas o hiperfemeninas —el ser un potro o una reina de belleza. Desde luego, no todos los Tres son físicamente atractivos. Sin embargo, las cualidades físicas les resultan importantes, y aquellos que no son atractivos pueden sustituir tales rasgos narcisistas de autoengrandecimiento por una confianza en la inteligencia y la habilidad, el dinero y el éxito, la fama y el prestigio para impresionar a los demás.

El narcisismo es esencialmente pasivo y la sexualidad de los Tres también tiene un elemento pasivo: su ego se siente satisfecho cuando se les admira. Los Tres narcisistas quieren que los demás los deseen, aunque a ellos no les interesa satisfacer a nadie, ni sexual ni psicológicamente.

La pasividad narcisista se evidencia de otras maneras. Al haberse ganado a los demás, los Tres narcisistas se tornan arrogantemente complacientes. Por don de Dios, no tienen que esforzarse hacia metas reales. Pueden dejarse llevar por la vida, confiando en su atractivo sexual y encanto. Cualquier energía que pudieron haber puesto en cultivar relaciones, se detiene: al haber cautivado o seducido a los demás, ahora los Tres pueden darlos por sentado. O pierden todo el interés en los demás: al haber hecho una conquista, dejan botada a la gente una vez que reciben el refuerzo de su narcisismo que buscaban. También les gusta frustrar a los que intentan acercarse a ellos, como para decir: “Me puedes mirar pero no tocar. Puedes adorarme pero no poseerme”.

También se producen conflictos con los demás por sus pretensiones, porque los Tres empiezan a creer en su propia inflación, exagerando sus logros a extremos ridículos. (“Mi descubrimiento va a ganar el Premio Nobel”. “En la inauguración de mi primera exposición, se venderá todo”). El problema es que cuanto más pretensivos son, más fácilmente se ofenden cuando alguien les indica cuán poco realistas se han vuelto sus evaluaciones de sí mismos o sus expectativas de éxito. La ironía es que, debido a sus expectativas grandiosas, de hecho se están predisponiendo a las decepciones. Y cuanto más narcisistas son, más rápidamente se van a sentir menospreciados por los demás. Precisamente cuando su narcisismo está más inflado, son muy quisquillosos respecto a su propio valor, una señal segura de que el narcisismo no es lo mismo que la autoestima genuina.

En efecto, si su narcisismo no es reforzado constantemente, los Tres promedio comienzan a ponerse hostiles, perdiendo rápidamente cualquier sentido del humor acerca de sí mismos que pudieron haber tenido antes. Se tornan despreciativos y sarcásticos con respecto a

todos los demás. So pretexto de ser honestos con los demás, los Tres descalifican a la gente para quedarse arriba, al menos en su propia mente. Los pocos amigos que aún conservan, van a recibir un tratamiento dudoso; son ignorados, dejados plantados sin disculpas y se les hace sentir inadecuados e inferiores de muchas maneras diferentes. Una sonrisita arrogante lo dice todo.

ANALIZANDO AL TRES MALSANO

El Oportunista Explotador

El fracaso es una de las perspectivas más humillantes para los Tres. Si siguen extendiéndose demasiado y no pueden cumplir sus afirmaciones, van a intentar mantener su inflada autoestima explotando a los demás.

Según los Tres malsanos, para seguir proyectando una autoimagen superior, es necesaria alguna clase de explotación. Irónicamente, al excederse en los límites de sus talentos, han llegado a ser superiores no sólo a todos los demás sino también a sí mismos. O aterrizan y reconocen sus limitaciones o toman de los demás lo que necesitan para mantener su superioridad.

Su temor al fracaso, y por lo tanto a la humillación, hace que los Tres malsanos estén muy dispuestos a ser deshonestos para obtener lo que necesitan para mantener al menos la ilusión de superioridad. Ya hemos visto que son pragmáticos y no tienen principios aparte de aquello que funciona en su favor. Ahora vemos las consecuencias: mienten acerca de su currículum, se atribuyen el mérito por el trabajo de otros o plagian para hacerse parecer más sobresalientes de lo que son. Los Tres malsanos están decididos a no ser perdedores, no importando quién deba pagar el precio de su éxito.

Están dispuestos a traicionar, mentir, cambiar sus "lealtades" o aprovecharse de los demás para quedarse arriba. Ya que jamás han desarrollado una conciencia, no se sienten culpables de explotar a los demás. En términos coloquiales, los Tres malsanos son trafagones, individuos resueltos a triunfar, oportunistas que se aprovechan de las situaciones —siempre en perjuicio de los demás. Su falta de afecto también es particularmente valiosa ahora: pueden utilizar a las personas en forma insensible sin la más leve consideración por su bienestar ("¿De qué me sirve esto? ¿Cómo puedo utilizar esto para mí mismo?").

Los demás, que a veces quizás tengan conciencia de su oportunismo, generalmente temen confrontarlos al respecto. Los Tres

malsanos cuentan con que los demás no se atrevan a decir o hacer nada acerca de su conducta por temor a la venganza. Su falta de decencia le dificulta a los demás defenderse de los Tres, porque presienten que los Tres malsanos llegarán a límites más bajos que los que ellos están dispuestos a descender.

El explotar a la gente revela el desprecio que los Tres malsanos sienten por los demás. Ya que no estiman que las demás personas sean reales o tengan valor sin consideración a ellos mismos, el utilizar a la gente no es un problema moral para ellos —porque no tienen moral. Los demás son meros proveedores de atención y admiración, “suministros narcisistas”, objetos que ellos usan para engrandecerse a sí mismos. Por esto es que no hay absolutamente nada recíproco en una relación con los Tres malsanos. Conservarán una relación mientras obtengan lo que desean, pero van a abandonar a alguien sin pensarlo dos veces, especialmente si aparece en el horizonte alguien más deseable. Una de las señales de que, pese a las apariencias, algo anda mal con los Tres malsanos, es precisamente su falta de relaciones a largo plazo. Derrochan una gran cantidad de amigos y conocidos, explotando a la gente y abandonándola una vez que obtienen lo que desean.

Pero, ¿por qué los Tres malsanos se aprovechan con tanta frecuencia de los demás? La respuesta está en la fuerza de los deseos narcisistas que los Tres despiertan en los demás. Estos inadvertidamente dan a los Tres poder sobre ellos hasta el punto de que a ellos mismos les falta una verdadera autoestima. Equivocadamente piensan que los Tres de alguna manera los dotarán de lo que parece ser su ilimitada autoestima. Esto nunca ocurre. Los Tres malsanos toman cualquier cosa que los demás tengan que ofrecer y los dejan decepcionados y abandonados. Lo triste es que los Tres no tendrían poder sobre los demás si éstos no se lo dieran.

Desgraciadamente, los Tres siguen siendo altamente funcionales aun cuando sean malsanos. (Es axiomático que los Tres siempre parezcan ser más sanos de lo que realmente son). Incluso un Tres neurótico no parece serlo. Los Tres no se deprimen, no se angustian, no entran en conflictos emocionales, no se incapacitan ni se autodestruyen. Al contrario, deprimen a los demás, los hacen sentirse angustiados y en conflicto, los incapacitan y los llevan a actos autodestructivos. Siempre son los demás los que sufren, no ellos. Los Tres son capaces de abandonar una relación como si nada hubiera ocurrido, y en lo que a ellos respecta, nada ha ocurrido. Al igual que los tiburones, están extremadamente bien adaptados a su ambiente. Y como los tiburones, hieren y matan a sangre fría y siguen en movimiento.

El Traidor Malicioso

Los Tres malsanos desean explotar a los demás sin que se exponga su oportunismo. De otra forma, ya no parecerían superiores, pues tendrían que reconocer sus deudas y dependencias. Serían humillados si los demás supieran sus limitaciones. Además, es probable que fueran castigados por explotar a los demás en forma oportunista. Como resultado, los Tres malsanos no dejan huellas, volviéndose astutos e insinceros, ocultando en lo posible sus verdaderos motivos y acciones.

La capacidad de proyectar una imagen, que vimos en los Tres promedio, es utilizada más que nunca. Los Tres malsanos ahora se tornan completamente engañosos para poder sostener cualquier deshonestidad de la que sean culpables sin parecer deshonestos. (“La cara falsa debe esconder lo que el corazón falso conoce” —*Macbeth*, I, vii, 82). La imagen que ahora proyectan aún es convincente, pero debajo de ella, se han vuelto extremadamente traicioneros. Los demás casi siempre descubren qué tipo de personas son los Tres neuróticos sólo después que ya han sufrido su daño.

Solapados y falsos, los Tres neuróticos van a apuñalar a la gente por la espalda sin pensarlo dos veces. No dudan en arruinar reputaciones, generar problemas, traicionar a amigos o defraudar en otras formas la confianza que los demás han depositado en ellos. No guardan secretos, difunden falsos rumores acerca de los demás y hacen que la gente se pelee. Sabotean aquello por lo que los demás han trabajado y hieren a los que aman, porque el ver su caída les provoca placer. (“No basta con que yo triunfe, sino que los demás deben fracasar” —Oscar Wilde).

Huelga decir que los Tres neuróticos son mentirosos patológicos. Les gusta mentir aun cuando nada significativo dependa de ello, porque les da un refuerzo narcisista. Pueden mentir sólo por diversión, jugando despreciativamente con la gente. Las mentiras exitosas demuestran su superioridad y la estupidez de los demás. Sin embargo, muchas veces sus mentiras están lejos de ser insignificantes, ocasionando enormes daños, pérdidas financieras o tormentos emocionales a los demás. No importa —a los Tres malsanos les gusta ocasionar problemas. El ver a la gente retorcerse de dolor los hace sentirse bien.

Mientras que en el pasado han surgido momentos de hostilidad de vez en cuando, su hostilidad ha llegado a convertirse en una malicia irracional, producto de los celos extremos que sienten hacia cualquier persona que tenga algo que ellos deseen. Pese a su desprecio por la gente, los Tres neuróticos están secreta e intensamente celosos de los demás precisamente porque éstos han logrado metas valiosas en lugar de pasarse la vida persiguiendo ilusiones narcisistas. Por lo tanto,

cualquiera que sea auténtico o capaz de sentir o que ame y sea amado —en resumen, cualquier ser humano normal— es una amenaza a su superioridad y blanco de su malicia. La malicia puede llegar a niveles delirantes cuando los Tres neuróticos se obsesionan por arruinar a los demás para poder salir triunfantes. Es su lado oscuro, oculto, que no pueden mostrar a los demás.

El Sicópata Vengativo

Los Tres neuróticos secretamente temen que los demás sean, y siempre vayan a ser, superiores a ellos. En esta etapa, van más allá del engaño hacia una absoluta vengatividad, que en realidad dice: “¡Voy a ganarte cueste lo que cueste!”. Y si no tienen nada que perder, los Tres neuróticos no se detendrán ante nada. Ya que no tienen la capacidad de empatizar con las personas, nada les impide dañarlas seriamente. En efecto, el dañar a los demás es esencial si han de seguir sintiéndose superiores.

La necesidad de un triunfo vengativo se manifiesta entonces principalmente en impulsos a menudo irresistibles y en su mayoría inconscientes de frustrar, burlar o derrotar a los demás en las relaciones personales...

Mucho más frecuentemente, el impulso hacia un triunfo vengativo es oculto. En efecto, debido a su naturaleza destructiva, es el elemento más oculto en la búsqueda de gloria. Quizás sólo se evidencie una ambición más bien frenética. Solamente en el análisis somos capaces de ver que la fuerza motriz que hay detrás de ello es la necesidad de derrotar y humillar a los demás mostrándose superior a ellos. (Karen Horney, *Neurosis and Human Growth*, 27-28).

En esta etapa son sádicos, diabólicamente sádicos. Caen al nivel inhumano del sicópata, ignorando los límites normales de conducta, actuando sus fantasías más crueles de venganza. Al no tener ningún freno interno sobre su conducta, hacen todo lo que puedan hasta que su furia se extingue, los demás se arruinan o alguien los detiene.

Además de crímenes como asalto, vandalismo y sabotaje, los Tres sicopáticos son totalmente capaces de asesinar. Probablemente, los Tres son el tipo de personalidad predominante que se convierte en asesinos masivos o terroristas que atacan a las personas al azar. Son capaces de matar con el mismo remordimiento que una persona normal tiene al aplastar un vaso de plástico. Quizás su conducta sicopática parezca inmotivada debido a lo azaroso de su violencia, como en el caso de un

francotirador que dispara a la gente apostado en una ventana. Pero desde el punto de vista del sicópata, el crimen es motivado por la constante necesidad de recuperar superioridad al destruir a otros.

También vale la pena indicar que las víctimas de los sicópatas varones son frecuentemente mujeres, y ya que los Tres se identificaron con su madre, esto encaja en el patrón. La alta estimación de su madre inadvertidamente les enseñó a ser narcisistas, y si su narcisismo se ve frustrado, su furia se dirige contra su madre o sustituto materno. La violación, la tortura y la mutilación sexual son resultados frecuentes.

Pese a su falsedad e insinceridad, los Tres sicopáticos pueden tenderse ellos mismos una trampa, pues parte de su necesidad de triunfo vengativo incluye el deseo de que sus víctimas sepan quién las victimó. Su necesidad de atención y afirmación, que hemos visto de etapa en etapa en distintas formas, se convierte en su némesis. Sin embargo, a los Tres sicopáticos no les importa. La condena y notoriedad públicas les brindan la atención que añoran: el ser temidos o despreciados afirma que ellos existen como "alguien".

DINÁMICA DEL TRES

Dirección de Desintegración: El Tres Va al Nueve

El problema fundamental con los Tres es que están fuera de contacto con sus sentimientos. Un traslado al Nueve complica e intensifica cabalmente este problema, resultando en un súbito colapso de sus defensas neuróticas. Se deterioran hacia un estado cuasi-sicótico, hacia un mundo de sueños del cual los Tres piensan que no van a despertar. Todo se torna irreal, incluyendo los horribles actos que pueden haber cometido contra los demás. Ya no se sienten enfurecidos, hostiles o vengativos. Cuando van al Nueve, los Tres neuróticos inconscientemente se disocian tan completamente de los únicos sentimientos que tienen, sus sentimientos hostiles, que no sienten absolutamente nada. No están deprimidos sino "muertos", abatidos, sin energía o interés en nada, ni siquiera en sí mismos.

Cuando los Tres deteriorados llegan a estar tan despersonalizados, se evidencia la magnitud de su verdadera autoalienación. Las ilusiones infladas con que su narcisismo les permitió mantener su sentido del sí mismo se han derrumbado, exponiendo su vacío. Ya no tienen interés en sí mismos, pueden engordar y sumirse en un estado vegetativo. Los Tres deteriorados alcanzan una especie de unidad consigo mismos, pero es la falsa unidad de la sicosis. También pueden empezar a vivenciar momentos de angustia, posiblemente por primera vez en su vida.

Si no pueden escapar de la angustia al obtener apoyo de los demás, los Tres desintegrados pueden deteriorarse aún más hacia múltiples personalidades fragmentadas. Este es el último giro irónico para los individuos que han confiado en proyectar múltiples imágenes de sí mismos. Probablemente, sus múltiples personalidades sean reflejos más reales, es decir, más precisos, de sí mismos que las falsas imágenes que previamente han mostrado a los demás.

Dirección de Integración: el Tres Va al Seis

El ir al Seis es atemorizante para los Tres, porque al hacerlo se comprometen con otra persona, exponiéndose al temor de ser rechazados. La intimidad genuina con los demás es especialmente amenazante para los Tres, porque los demás probablemente verán a través de su imagen la realidad subyacente, una realidad que aún puede estar un tanto subdesarrollada.

Sin embargo, cuando los Tres sanos van al Seis, se comprometen con algo o alguien fuera de sí mismos, dándose cuenta de que su valor no disminuye al ser parte de algo mayor que ellos. Los Tres en vías de integración descubren que mediante su compromiso con algo fuera de ellos, paradójicamente empiezan a crecer como personas dentro de sí mismos. El identificarse con otros permite que algunos valores sólidos echen raíces.

Su compromiso con los demás también permite a los Tres hacer lo que tanto temen: exponer ante otra gente lo subdesarrollados que son. Pero ya que lo hacen dentro de una relación comprometida, descubren que aún son aceptados, y por ende, tienen una base sólida sobre la cual comenzar a desarrollarse. (Respecto a esto, una conversión religiosa puede ser extremadamente útil). Lo que también ayuda a los Tres sanos a ir al Seis y permanecer allí, es la experiencia de enamorarse de alguien que sea claramente superior a ellos. Si los Tres pueden admirar a y sentirse amados por otro con el cual no compiten, la relación tiene una verdadera posibilidad de perdurar. Una vez que los Tres han establecido una relación comprometida, ésta les extrae cualidades que bien pueden ayudarlos a mantenerse sanos.

Cuando se mueven al Seis, los Tres ya no se preocupan de impresionar a los demás con su prestigio, éxito o status, ni se engrandecen a costa de los demás. Utilizan sus talentos para afirmar el valor de los demás antes que el suyo. Por último, al reconocer la existencia de valores más allá de sí mismos, los Tres en vías de integración desarrollan su conciencia. Reconocen que hay límites a su conducta y límites a lo que pueden esperar de sí mismos, de los demás y de la vida.

PRINCIPALES SUBTIPOS DEL TRES

El Tres con un Ala Dos

En general, los rasgos del Tres y los del ala Dos se refuerzan entre sí. Los Tres con un ala Dos tienen extraordinarias habilidades sociales: les gusta estar entre la gente y se complacen en ser el centro de atención; a menudo son extremadamente simpáticos, sociables y muy populares. También están entre las personas físicamente más atractivas de todos los tipos, algo que aumenta considerablemente su deseabilidad social, así como el electo estimulante que tienen en los demás. Ejemplos notables del Tres con un ala Dos incluyen a Burt Reynolds, Elvis Presley, Price Andrew, Jack Kemp, Brooke Shields, Christopher Reeve, Cybill Shepherd, Vanna White, Mark Spitz, Bruce Jenner, Mary Lou Retton, Jane Pauley, Richard Gere, Philip Michael Thomas, Arnold Schwarzenegger, Ted Bundy, Gary Gilmore, Hedda Gabler y Lady Macbeth.

Dependiendo de cuán operativa sea el ala Dos, los Tres sanos de este subtipo poseen cierto grado de calidez y sentimientos positivos hacia la gente —los Tres, desde luego, no son completamente desafectos. Les importan aquellas pocas personas de las cuales están cerca. Pueden estimular y apreciar a los demás, y sus sentimientos pueden verse afectados y heridos. Los Tres con un ala Dos generalmente desean una particular clase de afirmación de los demás: además de recibir atención, desean ser queridos. Esto los estimula a ser más sensibles a las necesidades y deseos de los demás.

Los Tres promedio de este subtipo son capaces de proyectar sus sentimientos, o la ilusión de sentimientos, según sea el caso. Con frecuencia, los actores, modelos y cantantes pertenecen a este subtipo. Además de existir una cualidad histriónica aquí, empiezan a emerger elementos de posesividad, el deseo de controlar a los demás, y engreimiento. A los individuos de este subtipo les preocupa mucho lo que piensan de ellos los demás: la competitividad, el compararse con los demás y el éxito en sus relaciones son especialmente importantes. No sólo desean una relación envidiable con su cónyuge, desean que éste sea un gancho, sexual y socialmente deseable, uno que los refleje bien. Es típico que los hijos también sean extensiones narcisistas del sí mismo, así como la casa, los pasatiempos, los lugares de veraneo y otros valores de su vida. El narcisismo de este subtipo es más abierto que el de los Tres con un ala Cuatro. El exhibicionismo y la seducción también son más pronunciados en las personas de este subtipo.

Los Tres malsanos de este subtipo no sólo son engañosos respecto a obtener lo que quieren de los demás, sino que también pueden

engañarse a sí mismos. Pueden ser manipuladores y sentirse con derechos, lo que despierta su apetito de venganza hacia aquellos que no les dan la atención y el amor que exigen. Tanto el Tres como el ala Dos tienen un problema con la agresión: los Dos se sienten agresivos cuando los demás no los aprecian, y los Tres son hostiles cuando hay cualquier menosprecio a su narcisismo. Esta combinación produce gente particularmente hostil si no está arriba. Los celos que vemos en los Tres malsanos también están presentes en los Dos malsanos, motivando que estas personas obliguen a los demás a brindarles lo que desean. Los Tres con un ala Dos se tornan maliciosos hacia los demás, incluso sicopáticamente destructivos. Son sicópatas encantadores, hombres y mujeres atractivos que parecen haber tenido todo a su favor hasta que súbitamente se volvieron violentos, por lo general hacia la gente de la cual están más cerca pero que, por alguna razón, ha frustrado sus necesidades narcisistas.

El Tres con un Ala Cuatro

Los rasgos del Tres y los del ala Cuatro producen un subtipo complejo cuyos rasgos a menudo están en conflicto entre sí. El Tres es esencialmente un tipo "interpersonal", mientras que el Cuatro evita el contacto con los demás. En la medida que el ala Cuatro sea operativa, alguna gente de este subtipo se parece más a los Cuatro que a los Tres: pueden ser personas calladas, bastante reservadas, de gestos apagados, y tener intereses artísticos y sensibilidad estética. Ejemplos notables del Tres con un ala Cuatro incluyen a Jimmy Carter, Gary Hart, Bryant Gumbel, Chris Wallace, Sting, Mick Jagger, Sylvester Stallone, Henry Winkler, Michael Tilson Thomas, Dick Cavett, Truman Capote, Andy Warhol, Somerset Maugham e Iago.

Los Tres sanos con un ala Cuatro tienen cierta intuición que pueden dirigir tanto hacia sí mismos como hacia los demás. Ya que también forma parte del cuadro cierta autopercepción, los individuos de este subtipo tienen más potencial para obtener autoconocimiento y desarrollar su vida emocional que los Tres con un ala Dos. Pueden tener sensibilidad artística, aunque es más probable que ella esté al servicio de su personalidad que al servicio de la creatividad en sí. Las personas de este subtipo son seguras de sí mismas y sobresalientes en algún aspecto, pero también introspectivas y sensibles.

Sin embargo, ya que el Tres es el tipo básico, los Tres promedio con un ala Cuatro aún serán competitivos con los demás y estarán interesados en el éxito y el prestigio, aunque en formas más sutiles que el otro subtipo. Su imaginación va a desempeñar un rol más activo, y sus sentimientos, tal como son, probablemente se focalizarán en

objetos estéticos antes que en personas. Ya que los Tres con un ala Cuatro por lo general son físicamente menos atractivos que aquellos con un ala Dos, la inteligencia típicamente será enfatizada en su autoimagen y tratos sociales. Las personas de este subtipo tienden a ser más pretenciosas que las del otro subtipo, dando gran importancia a sus ideas y exigiendo que los demás hagan lo mismo. También son más reservadas y conscientes de cómo las tratan los demás. Los sentimientos narcisistas de superioridad y arrogancia se mezclan con los sentimientos de exención y autoindulgencia del Cuatro. Pueden ser farsantes sutiles, pero de todas maneras farsantes.

Los Tres malsanos de este subtipo alternan entre el narcisismo del Tres y las dudas del Cuatro de su propia capacidad. Ya que el Tres es el tipo básico, el narcisismo y las fantasías grandiosas son la regla. Cuando están decepcionados, los individuos de este subtipo reaccionan con la depresión y el autodesprecio del Cuatro, aunque sus períodos de autoacusación serán relativamente breves. (Quizás las personas de este subtipo sean mal identificadas como maniaco-depresivas, ya que sus estados de ánimo pueden cambiar rápidamente, un elemento que los Tres con alas Cuatro tienen en común con el desorden maniaco-depresivo. Sin embargo, el problema fundamental aquí no es la angustia sino el narcisismo y la falta de realización de sus expectativas grandiosas). Es posible que la gente de este subtipo también sea autodestructiva y suicida si se ve constantemente frustrada por la realidad.

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Al reflexionar sobre los Tres, vimos que sólo en su estado más sano logran verdadera autenticidad. Incluso en las otras áreas sanas del Continuum, los Tres desarrollan sólo una parte de sí mismos, como los fisiculturistas que se focalizan en el desarrollo de una sola parte de su físico en lugar de buscar un equilibrio global. Si bien las cualidades que los Tres sanos desarrollan son reales, ellas son partes, no la totalidad, de sí mismos. En los Tres promedio vimos el sobredesarrollo de una parte mucho más insustancial de sí mismos, su imagen, que sirvió a su autoglorificación narcisista. Y vimos que los Tres malsanos explotan y arruinan a los demás antes que desarrollarse de cualquier manera real.

Ya que los Tres son tan expertos en proyectar impresiones favorables de sí mismos, no es visible que efectivamente son seres humanos muy poco desarrollados. La ironía es que cada vez son más dependientes de los demás para afirmar su valor, precisamente cuando cada vez hay menos valor que afirmar en ellos.

La última ironía es que los Tres malsanos inadvertidamente han causado lo que más temían. Temen ser rechazados, pero debido a su narcisismo, explotación y malicia, terminan siendo rechazados. La persona tan deseosa de ser afirmada por los demás es despreciada como algo menos que humano. Gran parte de lo que los demás admiraban resulta ser un frente falso, una fachada, que se ha derrumbado, revelando su vacío interior.



CAPÍTULO 6

PIPO CUATRO: EL ARTISTA

PERFIL DEL CUATRO

Sano: Se torna inspirado y creativo, expresando lo universal de la condición humana. Intuitivo y reflexivamente percatado de sí mismo. Se revela a sí mismo, directo, emocionalmente honesto: serio y gracioso, sensible y emocionalmente fuerte.

Promedio: El artista y romántico, que adopta una orientación imaginativo-estética hacia la vida, expresando sentimientos personales mediante algo hermoso. Se ensimisma, se pone introvertido, malhumorado y melancólico. Se siente diferente a los demás, exento de vivir como los demás. Se tiene lástima y es autoindulgente, promoviendo ilusiones acerca de la vida y del sí mismo. Decadente, un soñador: poco práctico, improductivo, incapaz y melindroso.

Malsano: Puede alienarse de sí mismo y de los demás, autoinhibitorio y deprimido: bloqueado y emocionalmente paralizado. Despreciativo de sí mismo, atormentado por autorreproches, odio a sí mismo y pensamientos mórbidos. Desesperado, se siente desesperanzado y se vuelve autodestructivo, posiblemente abusando del alcohol o drogas para escapar. En casos extremos: colapso emocional o suicidio.

Motivaciones Claves: Desea comprenderse, expresarse en algo hermoso, retraerse para proteger sus sentimientos, cuidar necesidades emocionales antes de atender a cualquier otra cosa.

Ejemplos: Tennessee Williams, Rudolf Nureyev, María Callas, Ingmar Bergman, J.D. Salinger, Franz Kafka, Marcel Proust, Virginia Woolf, Blanche DuBois y Laura Wingfield.

VISIÓN GENERAL DEL CUATRO

En todas las clases de artista creo que uno puede detectar un dilema inherente, que corresponde a la coexistencia de dos tendencias, la necesidad urgente de comunicar y la necesidad aún más urgente de no ser descubierto. (D.W. Winnicott, citado en Anthony Storr, *The Dynamics of Creation* [La dinámica de la creación], 58).

¿Qué manera más productiva de restablecer el equilibrio que representar el mundo interno de uno en una obra de arte y luego persuadir a otra gente que lo acepte, si no como real, al menos como altamente significativo? Parte de la satisfacción que una persona creativa obtiene de sus logros puede ser la sensación de que, finalmente, alguna parte de su vida interna, que nunca había recibido reconocimiento antes, está siendo aceptada. Además, ya que el arte se convirtió en un asunto individual antes que en una labor de artesanos anónimos, por lo general se reconoce que el trabajo creativo es especialmente apto para expresar el estilo personal de un individuo (el cual, desde luego, está estrechamente relacionado con su mundo interno). El valor que le asignamos a la autenticidad a menudo se exagera; pero hay un sentido en que se justifica. Por bueno que pueda ser un cuadro o una obra musical, considerado bastante aparte de su creador, es importante el hecho de que sea o no otra expresión de la personalidad de un determinado artista. Porque es o no una adición a nuestro conocimiento de ese artista; una revelación más de esa cosa misteriosa, indefinible y fascinante: su personalidad. (Anthony Storr, *The Dynamics of Creation*, 58).

Probablemente, la naturaleza de la creatividad siempre seguirá siendo misteriosa, porque su base es irracional —en los sentimientos y el inconsciente de aquellos que crean— y porque, como señala Winnicott, parte de la motivación para crear es mantenerse escondido, no ser descubierto por los demás. Pero las motivaciones dadas para el trabajo artístico —comunicar y esconder el sí mismo— son sólo dos motivaciones posibles que una persona puede tener para crear. Sin embargo, estas dos motivaciones son especialmente adecuadas para el Cuatro, el temperamento artístico entre los tipos de personalidad.

Desde luego, los miembros de cualquier otro tipo de personalidad pueden convertirse en artistas en el sentido de ganarse la vida produciendo obras de arte, como sea que eso se defina. Pero sólo los Cuatro se abocan al arte y a la creatividad como formas de comunicar y ocultarse de los demás. Los Cuatro andan en busca de sí mismos. El arte es el medio fundamental que tienen para encontrarse, así como su modo de relatarle al mundo lo que han descubierto.

En la Tríada del Sentir

El Cuatro es el tipo de personalidad que enfatiza el mundo subjetivo de los sentimientos, en la creatividad y el individualismo, en la introversión y el ensimismamiento, y en el autotortura y el odio a sí mismo. En este tipo de personalidad vemos artistas creativos, estetas románticos y sonadores retraídos, gente con intensos sentimientos que se siente distinta a los demás porque la autopercepción le impide salirse de sí misma.

De todos los tipos, los Cuatro son los más percatados de sí mismos, y ésta es la base de lo más positivo y negativo de ellos. El constante conflicto que vemos en los Cuatro está entre en su necesidad de percatarse de sí mismos, para poder encontrarse y, al mismo tiempo, su necesidad de moverse más allá de la autopercepción, para no verse atrapados en la cohibición. La tensión entre la autopercepción y la autotranscendencia se puede resolver en la creatividad. En el momento creativo, los Cuatro sanos aprovechan sus emociones sin constreñirlas, no sólo produciendo algo hermoso sino descubriendo quiénes son. En el momento de inspiración, paradójicamente, son más ellos mismos y están más liberados de sí mismos. Por esto es que todas las formas de creatividad son tan valoradas por los Cuatro, y por esto es que en su estado inspirado, la creatividad es tan difícil de sostener. Los Cuatro se pueden inspirar sólo si primero se han trascendido a sí mismos, algo que resulta extremadamente amenazante a su autopercepción. En cierto sentido, entonces, sólo aprendiendo a no buscarse, se van a encontrar y renovar en el proceso.

Sin embargo, el problema con los Cuatro promedio es que intentan comprenderse examinando con introspección sus sentimientos. Al adentrarse en la búsqueda del sí mismo, se cohiben tan agudamente que sus estados emocionales subjetivos se convierten en la realidad dominante para ellos. Y ya que incluso los Cuatro promedio están tan comprometidos con sus emociones, por lo general no expresan directamente sus sentimientos. Más bien, los comunican indirectamente a través del arte, si tienen el talento y la formación para hacerlo.

Por lo tanto, la dirección global de su personalidad es hacia adentro, hacia un creciente ensimismamiento, porque los Cuatro sienten que son distintos a los demás y quieren saber por qué se sienten así. Sin embargo, irónicamente, intentan descubrir su lugar en la vida retrayéndose de ella para poder rastrear el laberinto de sus emociones. Pero el resultado de su retraimiento es que incluso los Cuatro promedio tienen notables dificultades para lidiar con la vida, mientras los Cuatro malsanos tienen algunos de los problemas emocionales más graves de todos los tipos de personalidad.

En los Cuatro sanos, sin embargo, la rica vida del inconsciente se hace accesible y toma forma. Más que cualquier otro tipo de personalidad, los Cuatro sanos son el puente entre lo espiritual y lo animal de la naturaleza humana, porque tienen tanta conciencia de estos dos lados de sí mismos. Sienten en sí mismos las profundidades a las que pueden descender los seres humanos, así como las alturas a las que se pueden elevar. Ningún otro tipo de personalidad tiene habitualmente tanta conciencia de los potenciales y predicamentos de la naturaleza humana: los seres humanos son animales espirituales que ocupan un lugar inquietante entre dos órdenes de existencia. Los Cuatro sienten ambos lados de su naturaleza potencialmente conflictiva y sufren intensamente o quedan extáticos a causa de ellos. Por esto es que, en su mejor estado, los Cuatro sanos crean algo que puede conmover profundamente a los demás, porque han sido capaces de contactarse con los abismos ocultos de la naturaleza humana sumergiéndose profundamente en el propio. Al hacerlo, se trascienden a sí mismos y son capaces de descubrir algo universal acerca de la naturaleza humana, fusionando conflictos personales y sentimientos divergentes en el arte.

Pero, como todo el resto de la gente, la mayoría de los Cuatro no vive en la cima de su potencial. En respuesta a la angustia, se vuelcan hacia adentro, cohibiéndose, especialmente respecto a la negatividad que descubren en sí mismos. A fin de contrarrestar sus sentimientos negativos, utilizan su imaginación para hacer más soportable su vida. Como resultado, los Cuatro promedio empiezan a retraerse de la vida cotidiana. Se ensimisman y no aprenden a relacionarse con la gente o a manejarse en el mundo práctico. Se sienten como afuerinos, un tanto dañados y diferentes a los demás, incapaces de traspasar la barrera de la cohibición que los separa de una interacción fácil con el mundo.

Y si son malsanos, sus sentimientos negativos se alimentan de sí mismos, porque los Cuatro se han cerrado a cualquier otra influencia. Los Cuatro malsanos están tan completamente alienados de los demás, e irónicamente, incluso de sí mismos, que abandonan la esperanza de encontrar una salida a su terrible cohibición. Se dan cuenta de que su búsqueda del sí mismo los ha llevado a un mundo de fantasías e ilusiones fútiles. Al comprender muy claramente lo que se han hecho

a sí mismos, y temiendo que sea demasiado tarde para hacer algo al respecto, los Cuatro malsanos se odian y se atormentan, volviéndose contra sí mismos para destruir aquello en que se han convertido.

Problemas con la Identidad

A los Cuatro les cuesta trascender la cohibición porque desean precisamente lo opuesto: tomarse más conscientes de sí mismos para poder encontrarse y llegar a un firme sentido de identidad ordenando sus sentimientos. Pero al tomarse más cohibidos, los Cuatro se sumergen cada vez más en sentimientos no resueltos, contradictorios e irracionales que ellos quieren ordenar antes de atreverse a expresarlos.

El autodescubrimiento es una motivación extremadamente importante para los Cuatro, porque ellos nunca sienten que su sentido del sí mismo es lo bastante fuerte como para sostener su identidad, especialmente si necesitan imponerse. Ya que sus sentimientos cambian tan fácilmente, su sentido de identidad no es sólido, confiable, ni está en sus manos. Se sienten indefinidos e inseguros de sí mismos, como si fueran una nube hinchada que quizás produzca algo de gran poder o meramente se disipe con la próxima brisa. Los Cuatro nunca saben cómo los afectará el momento siguiente, de modo que les resulta difícil contar consigo mismos. Algo falta en el sí mismo, algo que ellos no pueden señalar pero que sin embargo sienten que les falta.

La dificultad es que los Cuatro promedio quizás no sepan cuáles son sus sentimientos hasta haberlos expresado personal o artísticamente. Pero si expresan todo lo que sienten, temen que quizás revelen demasiado, exponiéndose a la vergüenza o al castigo. Por otra parte, al no expresar sus sentimientos, los Cuatro promedio arruinan la posibilidad de descubrirse al verse atrapados en un continuo ensimismamiento. Se percatan de que están conscientes de sí mismos—su conciencia está plagada de poco más que fantasías y recuerdos, finalmente llevándolos a ilusiones, remordimientos y una vida inútil.

Orígenes Infantiles

Cuando niños, los Cuatro no se identificaron ni con su madre ni con su padre. (“No soy como mi madre; no soy como mi padre”). Generalmente tuvieron una infancia infeliz o solitaria como resultado de problemas conyugales, divorcio o enfermedad de sus padres, o simplemente por conflictos de personalidad dentro de la familia. Al faltarles modelos de rol positivos, los Cuatro, cuando niños, se volcaron hacia sus sentimientos e imaginación como principales fuentes de información acerca de sí mismos para poder construir su identidad.

Desde la niñez, los Cuatro se sintieron esencialmente solos en la vida. Les parecía que, por razones que no podían entender, sus padres los habían rechazado o, al menos, no se interesaron mucho en ellos. Por lo tanto, los Cuatro sintieron que algo debía andar profundamente mal en ellos, que de alguna manera eran defectuosos, porque sus padres no les daban el tipo de atención nutricional que como niños necesitaban. Como resultado, se volcaron hacia sí mismos para descubrir quiénes eran.

El *autoconocimiento* se convirtió en su meta más importante, el medio por el cual esperaban calzar en el mundo. Los Cuatro pensaban que si podían descubrir quiénes eran, no se sentirían tan profunda y esencialmente distintos a los demás. Sin embargo, en lugar de crearse a sí mismos mediante la introspección, los Cuatro irónicamente se ven atrapados en la cohibición. Su cohibición los aliena, haciéndolos sentirse vulnerables y despertando sus agresiones contra sí mismos y los demás, especialmente contra sus padres. Pero ya que también se sienten impotentes para expresar sus agresiones o hacer cualquier cosa respecto a su condición, se retraen de sus padres y de los demás, volcando sus agresiones contra sí mismos.

Problemas con la Hostilidad y la Desesperación

Como los Dos y los Tres, los otros dos tipos de personalidad de la Tríada del Sentir, los Cuatro tienen un problema con la hostilidad. Dirigen su hostilidad hacia sí mismos debido a su temor inconsciente de que algo anda fundamentalmente mal en ellos. Ya que sienten que sus padres los desatendieron, los Cuatro han aprendido, en efecto, a dudar de sí mismos y de su valor. Enojados consigo mismos por ser defectuosos, los Cuatro se inhiben y se castigan de las muchas maneras que ya veremos.

En un nivel profundo, inconsciente, los Cuatro también son hostiles hacia sus padres porque sienten que éstos no los nutrieron adecuadamente. Los Cuatro sienten que no fueron bienvenidos al mundo; se sienten fuera de lugar, indeseados —y están profundamente enojados con sus padres por hacerles esto. Sin embargo, la ira hacia sus padres es tan profunda que los Cuatro no pueden permitirse expresarla. Temen a su propia ira, y entonces la reprimen, tratando ellos mismos de llegar a un acuerdo con ella.

A medida que la percatación de su hostilidad y sentimientos negativos los desgasta gradualmente, los Cuatro promedio a malsanos se sumen cada vez más en dudas de su propia capacidad, depresión y desesperación. Pasan la mayor parte del tiempo buscando valor para seguir viviendo pese a la abrumadora sensación de que su defecto

esencial es tan profundo que no se puede sanar. De hecho, la sensación de desesperanza es la corriente contra la cual constantemente deben nadar. Y si la contracorriente de desesperanza es demasiado fuerte, los Cuatro malsanos sucumben a un colapso emocional o cometen suicidio, porque abandonan la esperanza de liberarse de ella.

Tan pronto como los Cuatro se dedican a la búsqueda del sí mismo retrayéndose de la vida, están yendo en la dirección equivocada. Por muy necesaria que les parezca esta búsqueda, deben convencerse que la búsqueda directa del sí mismo es una tentación que a la larga lleva a la desesperación.

Por otra parte, lo que determina la salud de los Cuatro sanos no es el haberse liberado de una vez por todas de la turbulencia de sus emociones, sino el haber encontrado un modo de dejarse llevar por esa corriente a otro destino. Los Cuatro sanos han aprendido a sostener su identidad sin consideración exclusiva a sus sentimientos. Al superar la tentación de retraerse de la vida para buscarse a sí mismos, no sólo se salvarán de su propia destructividad, serán capaces de crear algo hermoso y bueno. Si aprenden a vivir así, los Cuatro pueden estar entre los tipos de personalidad más vivificantes, sacando bien del mal, esperanza de la desesperanza, sentido de lo absurdo, y salvando lo que parecía estar perdido.

ANALIZANDO AL CUATRO SANO

El Creador Inspirado

De todos los tipos de personalidad, los Cuatro muy sanos están más en contacto con los impulsos de su inconsciente. Han aprendido a escuchar sus voces internas mientras permanecen abiertos a las impresiones del ambiente. Más importante, son capaces de actuar sin cohibición, y si tienen el talento y la formación, son capaces de dar a sus impulsos inconscientes una forma objetiva en una obra de arte digna del nombre.

Al haber trascendido la cohibición, los Cuatro sanos tienen libertad para tornarse creativos en el sentido radical de ser capaces de traer algo nuevo al mundo. Desde luego, los momentos profundamente creativos vienen y van, porque la creatividad es difícil de sostener. Sin embargo, en su mejor estado, los Cuatro son capaces de mantener la creatividad porque han trascendido su cohibición, abriéndole camino a la inspiración. Sacan inspiración de las más variadas fuentes, filtrando la materia prima de la experiencia a través del inconsciente. Al hacerlo, los Cuatro inspirados son como las ostras, que transforman

todas sus experiencias, incluso las dolorosas, en algo hermoso. En su inspirada obra creativa, los Cuatro sanos se convierten en manantiales de revelación para los demás, como si fueran conductos a través de los cuales lo sublime pasa hacia el mundo.

Su creatividad es paradójica, porque los Cuatro son capaces de expresar lo personal universalmente, en algo que tiene resonancia y sentido más allá de lo que se proponen cuando crean. Al abrirse a sus profundidades ocultas, los Cuatro son capaces de expresar algo verdadero sobre todo el mundo. Sin embargo, les resulta difícil explicar de dónde ha provenido su creatividad. Gran parte de su conocimiento acerca de sí mismos y los demás tiene la cualidad de ser una inspiración, algo que les llega espontánea, completa y misteriosamente, y más allá de su control consciente.

El ser creativo no se limita a los artistas, sino que es una importante cualidad que todo el mundo debiera tratar de despertar dentro de sí mismo. La forma más importante de creatividad es la autocreación: el renovar y redimir al sí mismo trascendiendo el ego. Es el proceso de convertir todas nuestras experiencias, buenas y malas, en algo más para nuestro crecimiento como personas. (“Ser el tipo de persona en quien nada se pierde” —William James).

[Otto] Rank no glorificaba al artista como tal, sino más bien al individuo creativo, cuyas expresiones variaban con las condiciones culturales en que se encontraba... De hecho, sostenía Rank, el artista creativo aún está buscando en el arte un refugio que sería mejor abandonar y retornar a la vida real. Una vez que lo hace, se convierte en el hombre nuevo a quien el psicoanálisis está intentando crear. (Reuben Fine, *A History of Psychoanalysis [Historia del psicoanálisis]*, 271).

Al actuar en el momento de inspiración que no es primariamente un momento de sentimiento, los Cuatro paradójicamente se crean y se descubren en lo que traen al mundo. El problema con su identidad empieza a resolverse. Los Cuatro saben quiénes son no por sus padres, sino por lo que descubren en su creatividad. Por esto es que los Cuatro en su estado más sano no son meros artistas, como dice Rank, sino individuos creativos, vivificantes, que también pueden ser artistas. Ser capaz de renovar el sí mismo constantemente es la forma suprema de creatividad, una especie de “fabricación de alma”, que requiere de un estado superior de integración que el pintar, escribir o danzar. Este es el estado que los otros tipos de personalidad pueden aprender de los Cuatro sanos, y el estado que los Cuatro constantemente ambicionan.

El Intuitivo Percatado de Sí Mismo

Incluso los Cuatro relativamente sanos no viven siempre en un nivel tan alto de conciencia. Cuando se retraen del momento inspirado, creativo, para reflexionar sobre él o para gozar de su creatividad, pierden la no-cohibición necesaria para sostenerlo. La creatividad inspirada sólo se puede mantener en el acto mismo, al seguir trascendiendo la cohibición. Así, tan pronto como se tornan conscientes de sí mismos, los Cuatro pierden la cualidad espontánea de la inspiración, percatándose de sí mismos y volviéndose introspectivos.

Como vimos en la Visión General, una de sus motivaciones básicas es comprender quiénes son, ya que no fueron adecuadamente reflejados por sus padres. (“¿Quién soy yo? ¿De qué se trata mi vida?”). Prestan atención a sus sentimientos para ver qué pueden descubrir acerca de sí mismos a partir de esta fuente siempre presente de autoconocimiento.

Sin embargo, la percatación de sus sentimientos crea el problema de distanciarse automáticamente de su ambiente incluso a los Cuatro sanos. La vida se convierte en una especie de teatro donde, para bien o para mal, son tanto espectadores como actores. Aun cuando la autopercatación permite a los Cuatro sanos utilizar la distancia que sienten entre sí mismos y todo lo demás como un marco para comprenderse más claramente, la autopercatación también les dificulta ser asertivos o mantener actividades prácticas. Además, se dan cuenta de que no hay ningún lugar donde puedan esconderse. Los Cuatro se ven forzados a reconocer las inquietantes realidades acerca de sí mismos, los demás y la vida, porque la autopercatación los sensibiliza con respecto al mundo y a su subconsciente. Sin embargo, los Cuatro sanos no temen lo que les dicen sus sentimientos, aun cuando éstos puedan ser dolorosos y perturbadores.

Los Cuatro no sólo son sensibles a ellos mismos, sino también a los demás, porque son intuitivos. La intuición da a los Cuatro la capacidad de comprender cómo los demás conciben, sienten y ven el mundo. La intuición no es una especie de inútil telepatía secundaria, sino un medio de percibir la realidad mediante el inconsciente. Es como recibir un mensaje en una botella que ha sido arrojada a orillas de la conciencia.

La autopercatación es la base psicológica de la intuición. Los Cuatro están conscientes de sí mismos, del mundo y de los demás, vía el inconsciente. Y esperan descubrir su propia dimensión viendo cómo sus experiencias los afectan. (O dicho en forma más poética: “Noto el eco que cada cosa produce al ir golpeando mi alma” —Stendhal).

Los Cuatro corresponden al tipo intuitivo introvertido de Jung.

La intuición introvertida está dirigida hacia el objeto interno, un término que justamente se podría aplicar a los contenidos del inconsciente...

Aunque su intuición puede ser estimulada por objetos externos, no se ocupa de las posibilidades externas, sino de aquello que el objeto externo ha liberado dentro de él...

De esta manera, la intuición introvertida percibe todos los procesos de fondo de la conciencia con casi la misma claridad que la sensación extravertida registra los objetos externos. Para la intuición, por lo tanto, las imágenes inconscientes adquieren la dignidad de cosas. (C.C. Jung, *Psychological Types*, 398-399).

Ya que la parte más rica de su vida consciente está fuera de su control, incluso los Cuatro sanos se percatan de que no están completamente en control de sí mismos. Sus intuiciones van y vienen como fantasmas que no pueden ser convocados a voluntad. Además, sus intuiciones pueden ser inquietantes, haciéndolos percatarse de sentimientos que son difíciles de identificar o resolver. A los Cuatro también les cuesta expresar racionalmente las intuiciones —precisamente porque éstas son irracionales y tienen raíces inconscientes. Para bien o para mal, sus intuiciones los hacen conscientes de un interminable flujo de sentimientos positivos y negativos acerca de sí mismos y del mundo. Por lo tanto, a los Cuatro les toma tiempo identificar y comprender sus intuiciones, y necesitan reunir valor para aceptar lo que éstas les dicen.

El Individuo que se Revela a Sí Mismo

Los Cuatro sanos necesitan expresar lo que sienten para poder saber qué les están diciendo sus intuiciones acerca de sí mismos. Son el tipo de personalidad más directo, revelándose a los demás con franqueza y autenticidad. No usan máscaras, que escondan sus dudas y debilidades, ni tampoco se engañan respecto a sus sentimientos e impulsos por muy impropios o poco halagadores que éstos sean. Los Cuatro sanos revelan gustosamente a los demás sus defectos e irracionalidades, ya que sienten que estas cosas no son meras consecuencias de quienes son, sino que reflejan su esencia. Sería deshonesto comunicarse con los demás si no comunicaran la totalidad de sí mismos, lo bueno junto con lo malo, las dudas junto con las certezas. Hay algo muy humano en esto: lo suyo es una autenticidad y profundidad de sentimientos, una buena voluntad para conmovirse, incluso a expensas del dolor, si eso es lo auténtico que hay que hacer.

Los Cuatro sanos se preocupan de ser sinceros consigo mismos como individuos, aun a riesgo de ser censurados por aquellos que valoran

la tradición o la convención por sobre la autorrealización. La honestidad emocional que encontramos en los Cuatro sanos bien puede enajenar, o al menos avergonzar, a los demás, quienes desearían que los Cuatro no fueran tan francos respecto a sí mismos. Pero lo que los Cuatro sanos brindan a la sociedad es el ejemplo de su humanidad, el mensaje de que todos somos valiosos porque somos individuos.

Así, tal como los Cuatro sanos quieren ser sinceros consigo mismos, también quieren que los demás lo sean. (“Y, sobre todo, esto: sé sincero contigo mismo, y de ello se seguirá, como la noche al día, que no puedes ser falso con nadie” —*Hamlet* I, iii, 78-80). Son respetuosos de la individualidad de los demás, sensibles a sus sentimientos, considerados con su privacidad y necesidades. Los Cuatro gustosamente permiten a los demás encontrar su propio camino en la vida sin intentar controlarlos, razón por la cual son buenos padres, amigos, escuchadores y terapeutas. Consideran a los demás como “otros”, no como funciones de sí mismos o como objetos útiles para su propia satisfacción.

Ya que los Cuatro sanos tienen conciencia de sí mismos como individuos, poseen un agudo sentido de su peculiar otredad, así como de la otredad de todas las cosas. Aunque no se sienten solos, comprenden que están solos en la vida, una conciencia individual. Desde este punto de vista, los Cuatro sanos no son meros individualistas sino existencialistas, conscientes de su existencia como individuos.

Si bien hay cierta seriedad en todo esto, los Cuatro sanos no son serios respecto a todo. Tienen un rico sentido del humor porque ven el agudo absurdo de gran parte de la conducta humana a la luz de los asuntos más amplios de la vida. Los Cuatro sanos tienen una especie de doble visión sobre la naturaleza humana: al mismo tiempo, pueden ver al demonio y al ángel, lo sórdido y lo noble en los seres humanos, especialmente en ellos mismos. La irónica yuxtaposición de tales opuestos es tan curiosa como profundamente conmovedora. Las incongruencias de la condición humana hacen que los Cuatro sanos muevan la cabeza con regocijo, y en ninguna parte tienen más conciencia de las incongruencias humanas que en sí mismos.

ANALIZANDO AL CUATRO PROMEDIO

El Artista Imaginativo

Al temer no ser comprendidos, o que sus sentimientos sean heridos si se expresan en forma demasiado directa, los Cuatro buscan otros modos de encargarse de sus sentimientos, confiando en expresiones

artísticas de sí mismos. La actividad artística de algún tipo les da un medio de revelarse y comunicarse sin exponerse directamente.

Desde luego, no todos los Cuatro promedio son artistas y, ciertamente, no todos los artistas son Cuatro. Sin embargo, ya que el revelar sus sentimientos sigue siendo esencial para su salud emocional, cualquier actividad artística en que se involucren los Cuatro promedio será especialmente valorada, porque el arte se convierte en un sustituto de sí mismos, un medio de expresar el sí mismo mediante una especie de suplente del mundo.

Si son artistas profesionales, deben haber descubierto cuál es el medio más adecuado a sus talentos; también deben haber aprendido su oficio para poder expresarse adecuadamente. Si los Cuatro no son artistas profesionales, o si están en profesiones que no permiten una salida artística de autoexpresión, típicamente considerarán su trabajo sólo como una forma de mantenerse, mientras su verdadero interés está en otra parte —en la belleza y en algún tipo de autoexpresión estética. Si se les concediera un deseo, los Cuatro promedio que no son artistas elegirían convertirse en pintores, cantantes, bailarines, poetas, novelistas, escultores, escritores o algún otro tipo de artista.

Si no tienen la capacidad de hacer obras de arte, los Cuatro promedio tratan de embellecer su ambiente, por ejemplo, decorando su departamento con gusto, coleccionando arte o vistiéndose bien. Los Cuatro se sienten poderosamente atraídos por la belleza, sea en personas o en cosas, porque los objetos estéticos estimulan sus sentimientos y refuerzan su sentido del sí mismo. Además, los objetos estéticos simbolizan la perfección y totalidad que a los Cuatro les gustaría encontrar en ellos mismos. Habiendo percibido que algo falta en el sí mismo, intentan reemplazar esta pérdida interna aumentando el impacto de la belleza sobre sus emociones. Son románticos, que idealizan la belleza.

Sin embargo, los Cuatro promedio usan su imaginación para intensificar sus emociones, trasladando cada vez más su atención desde la realidad a medida que rehacen el mundo en sus fantasías. Quieren ser arrastrados por grandes pasiones, añoranzas líricas y emociones tormentosas que, por la exaltación, mantienen vivo el sentido del sí mismo. La imaginación romántica puede extenderse en la naturaleza, Dios, el sí mismo, el otro o alguna combinación de éstos, buscando presagios y significados, fascinada con la muerte y lo efímero de todas las cosas. Pero ya que los Cuatro promedio la utilizan con tanta frecuencia, su imaginación se vuelve poderosa y seductora, una interminable fuente de solaz y satisfacción.

Los Cuatro también se sienten poderosamente atraídos por aquellos que estimulan sus sentimientos y sentido de belleza. Sin embargo,

empiezan a relacionarse con la gente en su imaginación como si los demás fueran objetos estéticos que hay que contemplar como obras de arte antes que como personas por derecho propio. Los Cuatro también se apasionan fácilmente con los demás, sosteniendo largas conversaciones imaginarias con sus amantes y amigos. Se representan escenas de amor y añoranza, cortejo y romance, posesión del otro en éxtasis sexual y las amargas penas de separarse de la persona amada.

Desgraciadamente, la mayor parte de sus relaciones ocurre casi exclusivamente en su imaginación, sin que los demás jamás tengan conciencia de su atención o del grado de su ardor. Al usar su imaginación, los Cuatro promedio aumentan el impacto emocional de las relaciones, convirtiéndolas en algo extremadamente excitante, mientras se ahorran los problemas de autoexposición y rechazo. Naturalmente, este enfoque de la gente está lleno de dificultades, una de las cuales es que los demás inevitablemente resultan ser distintos de lo que los Cuatro imaginaban.

Si bien no hay nada de malo en ser imaginativo, una vez que echa raíces el deseo de intensificar las emociones en fantasía, las cosas empiezan a desequilibrarse porque los Cuatro promedio se relacionan más con sus fantasías que con la realidad. La intuición que vimos en los Cuatro sanos se ha deteriorado en un ilimitado uso de la imaginación como un modo de fabricarse experiencias que ellos realmente no tienen.

El Introverso Ensimismado

Si por alguna razón los Cuatro promedio son incapaces de expresarse, se retraen completamente del ambiente antes que arriesgarse a los problemas emocionales involucrados en comunicar algo de sí mismos a los demás. Se preocupan de ellos mismos, queriendo ser dejados solos para poder encarar sus sentimientos, incluyendo aquellos generados por su imaginación, *antes* de intentar expresarse otra vez.

En esta etapa, los Cuatro promedio son callados, tímidos y extremadamente reservados —afuerinos melancólicos, dolorosamente cohibidos. Ya que están confundidos respecto a sus sentimientos, los Cuatro no se sienten seguros de sí mismos. Les cuesta conocer gente, hablar de cosas triviales o trabajar con alguien más. Su necesidad de retraerse sólo hace que los Cuatro promedio se sientan socialmente ineptos e incómodos cerca de los demás, no tanto porque no les guste la gente —muy por el contrario, añoran tener relaciones íntimas e intensas—, sino porque están tan cohibidos que no pueden funcionar bien.

Naturalmente, la vida social los agobia. El tratar con la gente amenaza su equilibrio emocional. Es típico que los Cuatro promedio ni siquiera intenten ser sociables o amistosos, especialmente con las personas que no conocen bien. En cambio, proyectan un aura de silencio y retraimiento. Mientras los demás pueden pensar que son misteriosos, o quizás místicamente profundos, los Cuatro en este Nivel son simplemente introvertidos y están intentando disimular sus crecientes vulnerabilidades emocionales tras la protectora bruma del misterio. Si alguien ha herido sus sentimientos y ellos se han retraído a lamerse sus heridas, su retraimiento es el acto más agresivo que los Cuatro promedio se permiten, una negación de su presencia ante el otro, aunque los Cuatro se sienten muy molestos si el ofensor no se da cuenta de que han hecho esto.

Muchos de sus problemas se producen porque los Cuatro promedio toman todo en forma personal. Deben interiorizar sus experiencias —sentir sus sentimientos— para que sus experiencias tengan sentido para ellos. Pero al interiorizar todo, los Cuatro promedio se tornan vulnerables e incómodamente cohibidos —hipersensibles. Por ejemplo, una respuesta hostil de una camarera puede arruinarles el día, y un comentario perspicazmente crítico de un amigo puede convertirse en una espina clavada durante meses. Si alguien los molesta u hostiga en sus defensas, los Cuatro promedio se sienten heridos en lo vivo y no saben cómo responder. (“¿Qué quiere decir fulano de tal con eso?”). Simplemente no pueden ser sueltos o espontáneos, pues su creciente ensimismamiento no lo permite.

Ya que internalizan todas sus experiencias, todo parece estar conectado con todo lo demás. Cada experiencia nueva los afecta, juntando significados asociados hasta que todo se satura, se llena de asociaciones privadas. Si son sanos, esta riqueza de conexiones emocionales alimenta su creatividad, porque sus experiencias internalizadas y aumentadas se ponen a disposición como inspiración. Pero el resultado irónico del ensimismamiento es que los Cuatro promedio pierden contacto con sus emociones. Se sienten confundidos, amorfos, no anclados a nada permanente dentro de sí mismos.

Antes que ayudarlos a ordenar sus sentimientos, el retraimiento hace que los Cuatro promedio se sientan más inadecuados. Empiezan a dudar de su capacidad para mantener contacto con el ambiente o para defenderse adecuadamente, ya que se sienten tan vulnerables y atormentados. Se vuelven en extremo conscientes de no calzar en el ambiente con la facilidad que los demás parecen hacerlo. Están sólo a un paso de “Por qué me siento así?” a “Qué me pasa?”. Los asaltan dudas de su propia capacidad y también problemas con la autoestima.

Mientras los Cuatro sanos pueden estar bastante cómodos cuando están a solas, los Cuatro promedio a menudo se sienten solos. Sienten que, en el mejor de los casos, los demás sólo los toleran (rara vez les tienen un verdadero afecto), y cualquier problema en sus relaciones inevitablemente resultará en rechazo, algo que sólo va a confirmar sus mayores temores acerca de sí mismos. Su evaluación de su situación social puede ser o no precisa, pero los Cuatro promedio se dan pocas oportunidades para descubrirlo.

Más bien, meditan amargamente sobre sí mismos. Y ya que son emocionalmente vulnerables a los desprecios reales o imaginarios, se ponen en extremo malhumorados y temperamentales. Los estados de ánimo se transforman en la condición previa de cada acción, porque los Cuatro promedio examinan constantemente con introspección sus sentimientos para ver cómo se sienten antes de hacer cualquier cosa. Posponen el escribir cartas, ir de compras o buscar trabajo hasta que están con el ánimo adecuado. Pero ya que los Cuatro jamás saben cuándo van a estar con el ánimo adecuado, las cosas no se realizan o se llevan a cabo contra una resistencia interna, sin producir placer.

Este no es un modo satisfactorio de vivir, incluso para los Cuatro. Sin embargo, siguen retrayéndose porque sienten que algo dentro de ellos —aunque no están seguros qué es— los está llamando a alejarse del ambiente. Es como si los hubieran herido físicamente y se estuvieran desangrando. Antes de poder hacer cualquier otra cosa, los Cuatro sienten que deben recibir los primeros auxilios que necesitan. Antes de poder prestarle atención a cualquier otra cosa, deben atender a cierto desorden interno.

Desgraciadamente, cuanto más tiempo se ensimisman, más les cuesta a los Cuatro promedio captar el sí mismo esencial o descubrir qué está ocasionando su dolor, el cual sólo los provoca para continuar su búsqueda del sí mismo. Ellos no ven eso al retraerse del mundo, han perdido la perspectiva de sí mismos. Giran en círculos interminables, percatándose más de quienes *no* son en lugar de quienes son —una ironía para el tipo de personalidad cuyo programa de vida ha sido comprenderse a sí mismo.

El Esteta Autoindulgente

Cuanto más tiempo permanecen ensimismados, más dificultades prácticas y emocionales se crean inadvertidamente los Cuatro. No han desarrollado sus destrezas sociales y profesionales, y su autoestima ha sufrido un constante autocuestionamiento. Se sienten vulnerables e inseguros de sí mismos. En resumen, los Cuatro promedio se sienten diferentes a los demás porque, al retraerse del ambiente, se han vuelto diferentes. Y ya que son diferentes, sienten que tienen necesidades que

deben ser satisfechas de modos inusuales. Por lo tanto, desean compensarse por lo que les falta, cediendo a sus deseos. Sienten que son excepciones a la regla, que están exentos de expectativas, totalmente libres para “ser ellos mismos”. El resultado es que se tornan completamente indisciplinados, deleitándose con cualquier placer emocional y material que puedan brindarse.

Anteriormente, los Cuatro promedio pueden haber atraído el interés, e incluso cierta simpatía, de aquellos que encontraron cautivadoras, o al menos intrigantes, su reserva y cohibición. Otros pueden haber sido conmovidos por su timidez y vulnerabilidad. Pero ahora el cuadro ha cambiado. Los Cuatro autoindulgentes provocan la hostilidad de los demás porque son tan perversamente voluntariosos. No tienen ningún sentido de responsabilidad social; no se puede contar con ellos para nada; y se resisten a todas las obligaciones, irritándose si los acontecimientos o la gente los fuerzan a algo. Se enorgullecen mucho de conservar la libertad para hacer las cosas a su manera, en su momento, o no hacerlas en absoluto. (“Hago lo que quiero hacer cuando quiero hacerlo”).

Ya que se sienten diferentes a los demás, se sienten especiales y exentos de vivir como el resto de la gente, libres de cualquier obligación a seguir las convenciones normales de la vida social. (“¡Yo no puedo trabajar en una fábrica!”). Sienten que todo es permisible debido a sus necesidades emocionales: su tiempo es suyo y toman a mal cualquier intrusión. Se resisten a todo, desde tener un empleo a utilizar una autodisciplina sana o cooperar con los demás, si piensan que hacer alguna otra cosa los hará sentirse mejor consigo mismos. Pero antes que verse fortalecidos por su autoindulgencia, los Cuatro promedio se debilitan más. Por definición, la autoindulgencia no satisface necesidades reales, sólo deseos transitorios. Sin embargo, ya que los Cuatro autoindulgentes a menudo viven solos, no tienen que preocuparse de que otras personas conozcan la máxima magnitud de su indulgencia o los censuren por ello.

Al insistir en la libertad de hacer lo que les plazca, se tornan cada vez más exquisitos y totalmente poco prácticos, manifestando un desprecio afectado por la realidad. Los melindres y poses sustituyen la autoexpresión genuina, dándole a algunos Cuatro un cierto afeminamiento dramático. Si aún son artistas, su arte se torna tan autoindulgente y autorreferente como ellos. Y ya que son indulgentes consigo mismos, por lo general no trabajan seriamente en nada, cayendo más bien en el erotismo y fantasías enervantes, agitadas. Poesía brillante, música desconsoladora y portentosas novelas de invierno emanan de su imaginación —siempre y cuando no intenten ponerlas por escrito.

En esta etapa, los Cuatro promedio aún tienen suficiente auto-percatación como para saber que están fallando en muchos aspectos importantes de la vida, especialmente en sus relaciones. En consecuencia, se tienen lástima. Quizás se conviertan en hipocondriacos menores, preocupándose de sí mismos —ya que nadie más lo hace. La autocompasión está entre los rasgos menos atractivos, pero los Cuatro promedio se abandonan a ella en exceso porque les permite racionalizar lo que quieren. Les permite sentir que la vida les debe algo. Pueden deleitarse en su trágica existencia sin tratar de cambiar o negarse cosas.

El revolcarse en sus sentimientos da a los Cuatro autoindulgentes algo que hacer, un modo de ocupar su tiempo. Sin embargo, el problema es que sus placeres imaginarios jamás pueden ser satisfactorios porque siempre son irreales. No obstante, la imaginación es tentadora porque mantiene sus sentimientos en un nivel de frenesí. Al entregarse a sus fantasías, se mantiene vivo su sentido del sí mismo, mientras la vida se les va en esto.

Para compensar su falta de logros, los Cuatro en esta etapa típicamente se entregan a la sensualidad como un modo de mitigar la creciente infelicidad de su sí mismo demasiado sensible. Pueden tornarse sexualmente licenciosos, participando en actividades sexuales anónimas por relajación, contacto humano pasajero y excitación. O pueden perderse en fantasías sexuales, sumiéndose en ensoñaciones eróticas antes que hacer esfuerzos reales por algo. Quizás se masturben con frecuencia, lo que resulta ser virtualmente un símbolo de su autorreferente estilo de vida interior. Pueden obsesionarse con aquellos de los cuales se han enamorado en su imaginación, suministrándose una infinita fuente de dolor y placer, deseo y frustración, sentimientos violentos e inútiles. O pueden dormir excesivamente o abusar de los alimentos, las drogas y el alcohol.

Su dependencia de su imaginación ha llevado a los Cuatro a un estado sobremaduro y desagradable. Sus emociones son demasiado exuberantes, como si fueran raras orquídeas que han estado en un invernadero toda su vida —el invernadero del ensimismamiento. En esta etapa, los Cuatro promedio son decadentes, al menos según la opinión de los demás. Naturalmente, los Cuatro no se consideran así —simplemente se están compensando por sus numerosas carencias.

Desde luego, no pueden admitir que tienen carencias, porque ellos mismos se han privado del contacto con la realidad. Lo triste es que ahora ya han abandonado la búsqueda del sí mismo y sustituido la satisfacción de los deseos propios por el descubrimiento de una identidad que se está tomando cada vez más nebulosa.

ANALIZANDO AL CUATRO MALSANO

El Depresivo Alienado

Como acabamos de ver, los Cuatro autoindulgentes se consideran exentos, libres de vivir en un mundo de autosatisfacción. Andando el tiempo, esto crea una nueva fuente de angustia: el temor de que quizás pierdan la posibilidad de lograr sus esperanzas y sueños, especialmente su esperanza de autorrealización. Realizarse es lo que los Cuatro siempre han querido, pero si ocurre algo que les hace sentir que ese sueño se ha perdido, súbitamente se sienten escindidos de sí mismos. Algo que han hecho o dejado de hacer, ahora recae sobre ellos y de pronto “se meten en una espiral” hacia algún núcleo de sí mismos, choqueados y para protegerse de pérdidas aun mayores.

Los Cuatro malsanos están enojados consigo mismos por lo que se han hecho. Se dan cuenta de que han malgastado un tiempo precioso, perdido oportunidades, y se han quedado atrás de los demás en casi todos los aspectos —personal, social y profesionalmente— y se sienten agudamente avergonzados. Envidian a los demás —todas las demás personas parecen ser felices, realizadas y exitosas en los numerosos aspectos en que los Cuatro sienten que no lo son. Ven, con gran dolor, que el retraerse en el ensimismamiento no ha resultado ser un modo de encontrarse a sí mismos. Más bien, las cosas han salido mal: están malgastando su vida, y lo saben. Se sienten terriblemente confundidos y agobiados con dudas de su propia capacidad. Se sienten fracasados —no han logrado nada que valga la pena y temen no hacerlo jamás.

Los Cuatro malsanos inconscientemente se impiden tener cualquier tipo de deseo significativo, porque no quieren ser heridos nunca más, especialmente al tener deseos y expectativas para sí mismos. El resultado es un repentino bloqueo total de todos los sentimientos, como si súbitamente se les hubiera ido la vida. Cualquier satisfacción que antes pueden haber encontrado en su trabajo creativo, cualquier esperanza que pueden haber tenido, desaparece repentinamente. Al instante se convierten en personas fatigadas, apáticas, alienadas de sí mismas y de los demás, sumiéndose en la parálisis emocional, incapaces de funcionar en absoluto.

El esforzarse en cualquier forma les resulta extraordinariamente difícil. No pueden resignarse a sentarse frente a una tela o una máquina de escribir hasta que vuelvan a fluir sus jugos creativos; tampoco pueden llamar a un amigo o ir al cine. El buscar un empleo o encontrar un terapeuta es algo imposible. Tienen ganas de quedarse

en cama todo el día, y a menudo lo hacen. Irónicamente, los Cuatro malsanos ya no pueden ser autoindulgentes aun cuando quisieran, porque simplemente no pueden resignarse a comprometerse con nada.

Aunque estén enojados consigo mismos, los Cuatro malsanos temen expresar su ira por miedo de que las cosas empeoren. Si están enojados con otra persona —un romance fracasado, por ejemplo— por frustrar sus expectativas, los Cuatro malsanos se enfurecen de tal forma que no pueden soportar estar en la misma habitación con la persona antes amada, el objeto de tan recientes obsesiones eróticas. Están tan enojados que se reprimen de mostrar reacciones de cualquier tipo, hasta donde sea posible. (Los demás, sin embargo, pueden apreciar que se ven desolados, suspiran profundamente y están a punto de llorar).

Los Cuatro malsanos todavía tienen autopercepción y se dan cuenta de que están deprimidos y a punto de deprimirse aún más. Saben que sólo a duras penas serán capaces de evitarse el hundimiento emocional. Se está apagando una luz interior, una luz que ellos temen que jamás se pueda volver a encender. Todo parece ser fútil y mortecino.

La Persona Emocionalmente Atormentada

Deprimidos y alienados de sí mismos y de los demás, los Cuatro malsanos van de mal en peor. Temen que debido a su depresión e incapacidad para funcionar, estén condenados. Su desilusión consigo mismos se intensifica en un corrosivo odio a sí mismos.

Los Cuatro neuróticos se vuelven contra sí mismos con un autodesprecio absolutamente despiadado, viendo sólo lo peor en ellos. Se castigan por todo: los errores que han cometido, el tiempo que han malgastado, su indignidad para ser amados por cualquier persona, su inutilidad como seres humanos. Se ven atrapados en las garras de pensamientos obsesivamente negativos, y sus implacables autorreproches se convierten en una forma de pensamiento delirante en que ningún rayo de esperanza puede penetrar.

Las fantasías mórbidas se transforman en obsesiones. Están convencidos de que son parias en la vida, víctimas de sacrificio, sufriendo incesantemente por lo que sus padres les han hecho y por lo que ellos mismos se han hecho. Se sienten patéticos, justamente rechazados por todo el mundo. También se sienten culpables de existir: no han aportado nada, y la gente estaría mejor sin ellos. Su odio a sí mismos es como un acelerador electrónico que convierte incidentes de virtualmente ninguna importancia en fuerzas formidables, haciendo trizas cualquier poquito de autoestima que perdure.

Los Cuatro malsanos no sólo están convencidos de que son total y permanentemente defectuosos, sino también de que los demás los desprecian tanto como ellos mismos se desprecian. No tienen absolutamente ninguna confianza en sí mismos y ninguna razón que les dé esperanza de poder adquirir alguna. Dentro de ellos se ha abierto un abismo de oscuridad, como un hoyo negro que deja escapar cualquier vida que tengan. Están extremadamente perturbados, pero son incapaces de liberarse de las autoacusaciones y sentimientos de desesperanza que los invaden. Pueden estar sentados solos durante horas, apenas respirando y sin embargo violentamente atormentados. Pueden estallar en llanto e incontrolables sollozos, y luego volver a retraerse en silencio e intenso sufrimiento interior.

Todo se convierte en una fuente de tormento para ellos: la vida entera se transforma en un insoportable recordatorio de su alienación de ella. Si otrora fueron artistas, su obra inconclusa se mofa de ellos; si alguna vez estuvieron enamorados de alguien, su fracaso en el amor se mofa de ellos; si otrora tuvieron una familia o un empleo, sus fracasos también se mofan de ellos.

Desgraciadamente, muchas de sus autoacusaciones tienen una base real. Debido a su ensimismamiento y autoindulgencia, los Cuatro han perdido muchas oportunidades de hacer algo positivo con su vida. En verdad, ellos mismos son responsables de crearse su angustia, y lo saben —por esto es que sus autoacusaciones calan tan hondo. Pero antes que expiar verdaderamente la culpa castigándose, su odio a sí mismos sólo destruye cualquier recurso interno que aún posean. Su única salida es deshacerse totalmente de su conciencia atormentada.

La Persona Autodestructiva

Si las condiciones no mejoran, su desesperación se agudiza tanto que los Cuatro neuróticos van a intentar destruirse, de una u otra forma. Cuando se desesperan, lo único que queda por ver es la forma que adoptará su desesperación —se matarán directa o indirectamente, a través de drogas, alcohol o algún otro medio.

A otros tipos de personalidad les cuesta comprender que, debido a su odio a sí mismos, los Cuatro neuróticos se sientan escindidos de la vida misma. Todo en el mundo —toda cosa positiva, hermosa, buena y por la que vale la pena vivir— se ha convertido en un reproche a ellos, y no pueden soportar la idea de vivir así por el resto de su vida. Deben hacer algo para escapar de su aplastante cohibición negativa. En esencia, los Cuatro neuróticos deben deshacerse de sí mismos, ya que se sienten derrotados por la vida y no ven forma de volver a ella.

Los Cuatro neuróticos en verdad creen que son casos perdidos, así que un intento de suicidio está destinado a ser exitoso. No es un grito pidiendo ayuda: es una forma de escapar. Los Cuatro desesperados abrazan la muerte como una solución final al actual problema de su vida. La muerte es una bienvenida oportunidad de fusionarse con la nada, una esperanzadora aniquilación de su dolorosa cohibición.

El suicidio no sólo constituye un modo de escapar de su intenso sufrimiento mental, sino que también es un reproche a los demás por no ayudarlos lo suficiente, por no entender sus necesidades, por no ocuparse de ellos. Desde el punto de vista de los Cuatro, la falta de amor y comprensión de los demás los ha llevado a quitarse la vida. El suicidio es el último acto de retraimiento, un acto agresivo mediante el cual los Cuatro causan sufrimiento a los demás sin tener que ser agresivos o culpables o tener que enfrentar las consecuencias.

El suicidio también tiene otro atractivo: es lo único en la vida sobre lo cual los Cuatro desesperados aún sienten que tienen algún control. Al contemplar el suicidio, sienten que siguen siendo dueños de algo, aun cuando sólo sea la posibilidad de decirle no a la vida, de negarse a seguir estando atormentados. El mero pensamiento de que, si lo desearan, podrían ponerse término a sí mismos, es una fuente de alivio.

Antes de llegar a esta etapa, los Cuatro indudablemente han pensado muchas veces en el suicidio. El peligro es que cuando más piensan al respecto, más pueden entusiasmarse con la muerte como una solución a sus problemas. Cuando están desesperados, al haber ensayado el suicidio tantas veces en su imaginación, pueden actuar sin ninguna consideración o aviso a los demás.

DINÁMICA DEL CUATRO

Dirección de Desintegración: El Cuatro Va al Dos

Si los Cuatro neuróticos no cometen suicidio, probablemente intentarán liberarse de su aplastante odio a sí mismos en otra forma. Su movimiento hacia el Dos es una metáfora de su deseo de escapar de sí mismos tornándose dependientes de alguien que les dé el amor y la comprensión que les ha faltado.

Aunque por lo general se aíslan de la gente, los Cuatro promedio, y especialmente los malsanos, siempre han necesitado a los demás, y su paso hacia el Dos es un reconocimiento irónico e involuntario de esto. Los Cuatro son atraídos hacia el Dos porque necesitan superar su alienación de sí mismos y de los demás, encontrando a alguien que los

ame. Al hacerlo, los Cuatro malsanos esperan que, andando el tiempo, serán capaces de amarse y realizar lo bueno que hay en ellos. Sin embargo, desgraciadamente, los Cuatro neuróticos son casi completamente incapaces de establecer y mantener una relación genuina con alguien. Están demasiado perturbados emocionalmente y se desprecian demasiado como para funcionar, mucho menos para ser capaces de amar de verdad a otra persona.

Más bien, cuando los Cuatro neuróticos van al Dos, pueden tener algún tipo de colapso nervioso, obligando indirectamente a que alguien los cuide, pero no necesariamente la persona amada de sus fantasías. El producir lástima es un sustituto de ser amado. También puede que se vean sin recursos económicos, y por lo tanto, esperen vivir de otra persona en algo que es poco más que una existencia parásita y una extensión del sentimiento de exención que ya hemos visto. Además, ya que están abatidos, los Cuatro deteriorados también se sienten exentos de que los demás depositen expectativas en ellos, incluso la expectativa de que se mejoren.

Irónicamente, lo más probable es que los Cuatro en el Dos empiecen a odiar a la misma persona de la cual se han vuelto dependientes, pues su dependencia es un constante recordatorio de sus defectos y falta de autoestima. Los conflictos aumentarán cuando los Cuatro alternen entre intensos sentimientos de agresión hacia sí mismos y agresión hacia el otro. Sin duda, los demás también se enfurecerán con los Cuatro deteriorados, porque muchos de sus problemas fueron ocasionados o enormemente agravados por sus propias acciones. Ellos mismos se han buscado su infortunio, y ahora los demás sienten que se les está obligando a ayudarlos a deshacer lo que los Cuatro se han hecho a sí mismos tan perversamente.

Los Cuatro deteriorados no pueden escapar al hecho de que es fútil intentar encontrarse a través de otra persona, pues ellos aún se odian. Por lo tanto, es probable que destruyan la misma relación de la cual dependen tan desesperadamente. El pronóstico para los Cuatro deteriorados es en verdad bastante sombrío: si no reciben ayuda profesional adecuada, a la larga podrán enloquecer, cometer suicidio, o ambas cosas.

Dirección de Integración: El Cuatro Va al Uno

Los Cuatro sanos se realizan focalizándose en algo objetivo, algo más allá de sus sentimientos y fantasías. Cuando los Cuatro sanos van al Uno, se mueven del mundo de la subjetividad al mundo de la objetividad, del ensimismamiento a la acción por principios. Han encontrado el valor para actuar sin referencia a sus sentimientos y así se han

liberado del despiadado tironeo del ensimismamiento. Ya no están controlados por sus sentimientos sino por sus convicciones, guiándose por principios antes que por estados de ánimo.

Los Cuatro en el Uno reconocen que hay valores a los cuales es necesario someterse. Gustosamente se autodisciplinan, trabajando constantemente en pos de la realización de su potencial para poder contribuir al mundo. Irónicamente, los Cuatro en vías de integración encuentran la libertad que han buscado al desear hacer lo que debe hacerse en lugar de hacer lo que les plazca en una búsqueda mal orientada del sí mismo. Al ser parte del mundo, encuentran un contexto en el cual descubrirse a sí mismos.

Y como obtienen satisfacción de la realidad, ya no se ven tentados a ser autoindulgentes, ni se consideran distintos a los demás. Más bien, los Cuatro en vías de integración se someten tanto a la realidad como a los dictados de la conciencia, poniéndose límites gustosamente, superando así la tendencia a liberarse de las obligaciones sociales y morales. Al igual que los Uno sanos, los Cuatro en vías de integración son excelentes profesores, objetivos respecto a sí mismos, y no obstante, ya que son Cuatro, pueden sacar a la luz del día las riquezas del mundo subjetivo. Su intuición se ve reforzada por un excelente juicio, la introversión personal por la razón.

Finalmente, ya que los Cuatro en vías de integración se han trascendido a sí mismos, lo que crean es objetivo, algo de lo cual pueden aprender qué es cierto acerca de sí mismos. Los Cuatro en vías de integración son capaces de contemplar su creación, sea ésta una obra de arte, un acto de caridad o una relación exitosa, no sólo aprendiendo quiénes son, sino que dándose razones para una autoestima genuina. Aprenden que en la medida que su creación es buena, la persona que la creó también debe serlo.

PRINCIPALES SUBTIPOS DEL CUATRO

El Cuatro con un Ala Tres

Los rasgos del Cuatro están en cierto grado de conflicto con los rasgos del ala Tres: los Cuatro son introvertidos, retraídos, vulnerables y percatados de sí mismos, mientras que los Tres son extravertidos, populares, bien defendidos y carecen de autopercatación. La búsqueda del sí mismo del Cuatro está en marcado contraste con la capacidad del Tres para proyectar imágenes simuladas a los demás sin consideración al sí mismo real. El temor del Cuatro a exponerse (en cierto sentido, un temor al éxito) es el opuesto del exhibicionismo y deseo

competitivo de éxito del Tres. La cohibición introvertida del Cuatro contrasta con el encanto y otras destrezas sociales extravertidas del Tres.

Por incompatibles que sean estos dos tipos componentes, de todas maneras ambos están preocupados de asuntos de autoestima: el Cuatro tiende a tener una baja autoestima, el Tres una alta autoestima. Ambos conjuntos opuestos de rasgos pueden coexistir en la misma persona, aunque con dificultad. Ejemplos notables del Cuatro con un ala Tres incluyen a Tennessee Williams, María Callas, Rudolf Nureyev, Frédéric Chopin, Marcel Proust, Martha Graham, Paul Simon, Harold Pinter, Lawrence Olivier, Robert De Niro, Walt Whitman, Albert Camus, E.M. Forster, Gustav Mahler, Peter Ilich Tchaikovsky, Charles Ryder y Blanche DuBois.

Debido al ala Tres, los individuos sanos de este subtipo pueden ser sociables, ambiciosos y versados, especialmente en las artes. Están en contacto con quienes son y quienes están llegando a ser, pero con una dimensión más extravertida, energética. Las personas de este subtipo por lo general también son ambiciosas, físicamente atractivas y poseen cierto sentido social, lo que equilibra la tendencia del Cuatro a retraerse de los demás. Son adaptables, sensibles a los demás y tienen buen sentido del humor.

La gente promedio de este subtipo puede ser ayudada a salir de su ensimismamiento mediante una preocupación por lo que los demás piensan de ella. Ya que los individuos de este subtipo tienen la capacidad de proyectar una imagen favorable, son capaces de esconder su verdadera condición emocional más eficazmente que el otro subtipo: quizás los demás no se den cuenta de cuán vulnerables o emocionalmente perturbados pueden estar. Los Cuatro con un ala Tres son competitivos y les interesa lograr una posición en el mundo, pero le temen al éxito, a la autoexhibición y a la posible humillación. Sin embargo, en la medida que el ala Tres sea operativa, este subtipo también tiene tendencias narcisistas (deseos exhibicionistas de atención y admiración) que pueden servir de motivaciones parciales de su conducta. Y en la medida que sus necesidades narcisistas no sean satisfechas en la realidad, sus deseos de triunfo pueden jugar un rol en su vida de fantasía y convertirse en un punto focal de decepciones.

Ya que las personas malsanas de este subtipo siguen siendo fundamentalmente Cuatro, ellas dirigen sus agresiones principalmente contra sí mismas. Se autoinhiben y alienan de los demás, se deprimen, se desprecian, etc. Sin embargo, en la medida que el ala Tres juegue un rol en la personalidad global, habrán momentos en que actúen como Tres malsanos. Los individuos de este subtipo pueden ser

hostiles y maliciosos; su envidia secreta de los demás se verá reforzada por los celos del ala Tres. También pueden estar presentes la capacidad de explotar a los demás, el oportunismo y la falsedad, aunque estos rasgos aumentan su vergüenza y culpa si han de sucumbir a ellos. La malicia vengativa que encontramos en los Tres, rara vez es puesta en acción por este subtipo. Sin embargo, si alguna vez lo es, el castigo que se apliquen los neuróticos de este subtipo será aún más severo que el dolor que le ocasionen a otra gente. Son posibles los crímenes pasionales y el suicidio.

El Cuatro con un Ala Cinco

Los rasgos de los Cuatro y de los Cinco tienden a reforzarse mutuamente. Ambos son tipos retraídos: los Cuatro se retraen para proteger sus sentimientos, los Cinco para proteger su seguridad. Los Cuatro con un ala Cinco le prestarán notablemente más atención al ambiente, especialmente a las demás personas. Aquí hay una profundidad e intensidad intelectual que no se encuentra en el otro subtipo, pero también la correspondiente inseguridad social. Ejemplos notables del Cuatro con un ala Cinco incluyen a Virginia Woolf, Franz Kafka, Ingmar Bergman, Saul Steinberg, J.D. Salinger, Bob Dylan, Søren Kierkegaard, Hermann Hesse, William Blake y Hamlet.

Es probable que los individuos sanos y talentosos de este subtipo sean los más profundamente creativos de todos los tipos, porque combinan intuición con introvisión, sensibilidad emocional con comprensión intelectual, a menudo con resultados asombrosamente originales, e incluso proféticos. Los Cuatro con un ala Cinco brillan más que los Cuatro con un ala Tres, pero a riesgo de consumirse con mayor rapidez.

La gente promedio de este subtipo no sólo tiende al ensimismamiento, sino a la especulación filosófica y religiosa. Su mundo emocional es la realidad dominante, pero con un fuerte matiz intelectual. Los individuos de este subtipo tienden a ser solitarios extremos, más carentes de conexión social que el otro subtipo. Así, sus expresiones artísticas sustituyen más completamente a la persona que en los Cuatro con un ala Tres. Frecuentemente, estas personas también tienen una cualidad ultramundana, etérea; son en extremo independientes y poco convencionales hasta el punto de la excentricidad. También tienden a ser reservadas, a estar intensamente absortas en sus pensamientos y a ser deliberadamente enigmáticas en su autoexpresión. Sus ideas creativas también pueden ser un tanto inusuales, posiblemente incluso surrealistas. A los miembros de este subtipo les importa poco comunicarse con aquellos que no pueden entenderlos. Más bien,

están interesados en expresar su visión interna, sea ésta sublime o aterradora, sombría o lírica.

Las personas malsanas de este subtipo habitan un mundo interior especialmente estéril y aterrador. Hay un elemento de resistencia interna de negación del sí mismo, e incluso de negación de la vida, a todo lo que esté fuera del sí mismo, realzando aún más todos los problemas existenciales del Cuatro. Ya que el Cuatro es el tipo básico de personalidad, los Cuatro con un ala Cinco se ven asaltados por dudas de su propia capacidad, depresión, alienación de los demás, inhibiciones en su trabajo y desprecio de sí mismos. En la medida que el ala Cinco juegue un rol en la personalidad global, los Cuatro malsanos de este subtipo también se resistirán a ser ayudados por alguien, aumentando así su alienación de los demás. También tienden a proyectar sus temores en el ambiente, lo cual resulta en pautas de pensamiento distorsionado que pueden incluir elementos de sospecha, paranoia y fobias. Los individuos de este subtipo no sólo están sometidos al tormento de su odio a sí mismos, sino que ven muy pocas cosas positivas fuera de sí mismos y se tornan muy pesimistas acerca de la aparente falta de sentido de la vida. De todos los tipos de personalidad, las personas de este subtipo son potencialmente las más aisladas de sí mismas y de la realidad. Son propensas a las formas depresivas de esquizofrenia.

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Al reflexionar sobre su deterioro, podemos ver que los Cuatro neuróticos irónicamente han causado su mayor temor: que son defectuosos de una manera permanente. Lo lamentable es que quizás no siempre hayan sido tan defectuosos como sienten que son, sino que se han vuelto profundamente defectuosos debido al odio que se tienen. Han creado una profecía autocumplida y sufren las consecuencias.

Desde nuestra perspectiva presente, también podemos ver que uno de los errores más importantes que cometen los Cuatro es igualarse con sus sentimientos. La falacia es que para comprenderse a sí mismos, deben comprender sus sentimientos, especialmente los negativos, antes de actuar. Los Cuatro no ven que el sí mismo no es igual a sus sentimientos o que la presencia de sentimientos negativos no excluye la presencia del bien en ellos mismos. Sin embargo, al deteriorarse, lo malo expulsa a lo bueno: sus sentimientos negativos acerca de sí mismos gradualmente borran cualquier sentimiento positivo que pudieran haber desarrollado.

Los Cuatro deben confiar en que, pese a su falta de un claro sentido de sí mismos, con toda seguridad se descubrirán al actuar positivamente hacia los demás. Deben amar a los demás aunque no sientan que han sido amados adecuadamente. Cuando amen a los demás, los Cuatro empezarán a descubrir quiénes son, y la autoestima vendrá por añadidura. También descubrirán que ya que pueden amar, deben haber aprendido a amar en alguna parte. Tal vez lo que se les ha dado, después de todo, ha sido suficiente.



CAPÍTULO 7

TIPO CINCO: EL PENSADOR

PERFIL DEL CINCO

Sano: Se convierte en un visionario, comprendiendo profundamente el mundo, descubriendo algo nuevo; posiblemente un genio. Observa todo con extraordinaria perceptividad e introvisión. Es capaz de concentrarse y enfrascarse mentalmente: se vuelve erudito, un experto. Innovador, desarrolla ideas extremadamente valiosas y originales.

Promedio: El intelectual, se torna analítico, especializado, haciendo una ciencia de las cosas: en la investigación y el saber. Desapegado, le gusta especular sobre ideas abstractas y desarrollar interpretaciones complicadas de la realidad. Comienza a interpretar todo según una teoría regalona, volviéndose reduccionista, descabellado, excéntrico, imponiendo ideas sobre los hechos. Interpretaciones iconoclastas, extremistas, radicales.

Malsano: Puede recluirse y aislarse de la realidad. Cínico y hostil, rechaza vínculos con los demás. Obsesionado con ideas extrañas, amenazantes, se pone paranoide y cae víctima de grotescas distorsiones y fobias. Es corriente la locura con tendencias esquizofrénicas.

Motivaciones Claves: Quiere entender el ambiente, adquirir más conocimientos, interpretar todo como un modo de defender al sí mismo de las amenazas ambientales.

Ejemplos: Albert Einstein, Sigmund Freud, Friedrich Nietzsche, D.H. Lawrence, Emily Dickinson, Simone Weil, Jean-Paul Sartre,

Jacob Bronowski, James Joyce, Charles Ives, Bobby Fischer y Ezra Pound.

VISIÓN GENERAL DEL CINCO

La conexión entre genio y locura ha sido debatida durante largo tiempo. Estos dos estados son realmente polos aparte, los extremos opuestos del espectro de la personalidad. El genio es alguien que funde conocimiento con introversión de la naturaleza del mundo, alguien que tiene la capacidad de ver las cosas con una claridad absoluta y una comprensión asombrosa. Lo que separa al genio del loco es que el genio, además de introversiones extraordinarias, tiene la capacidad de verlas correctamente, dentro de su contexto. El genio percibe pautas que de hecho existen —mientras que el loco impone pautas, proyectando una idea errónea en todas las circunstancias. A veces puede parecer que el genio está fuera de contacto con la realidad, pero sólo porque él opera a un nivel más profundo. Sin embargo, el loco está verdaderamente fuera de contacto con la realidad, teniendo sólo delirios para sustituirla.

El Cinco es el tipo de personalidad que mejor ejemplifica estos extremos. En el Cinco vemos al genio y al loco, al intelectual y al académico, al chiflado moderadamente excéntrico y al paranoide delirante profundamente perturbado. Entender cómo estos estados tan distintos son parte del mismo tipo de personalidad, es entender al Cinco.

En la Tríada del Hacer

Los Cinco son miembros de la Tríada del Hacer. Su problema potencial con el hacer resulta del hecho de que ellos enfatizan el pensar sobre el hacer, enfrascándose intensamente en sus pensamientos. Los Cinco piensan tanto que su mundo mental se torna ultra-absorbente, llegando virtualmente a la exclusión de todo lo demás. Esto no quiere decir que los Cinco no hagan nada en absoluto, sino que se sienten más a gusto en su mente, analizando en forma abstracta su ambiente, que en el mundo de la acción.

Los tres miembros de la Tríada del Hacer —los Cinco, Seis y Siete— centran su atención en el mundo que está afuera de ellos. Quizás esto parezca contradecir la afirmación de que los Cinco se enfrascan en sus pensamientos, pero en realidad no es así. Los Cinco centran su atención en el mundo externo por una serie de razones, una de las más importantes es que el material sobre el cual reflexionan proviene de sus percepciones sensoriales —de cuya precisión nunca

pueden estar completamente seguros, pues no están seguros de qué hay afuera de ellos. Lo único que saben con certeza es sus propios pensamientos. Por lo tanto, el foco de su atención está hacia afuera, en el ambiente. La fuente de muchos de sus problemas es su necesidad de descubrir cómo sus percepciones del mundo calzan con la realidad, para poder actuar en él —y *hacer* cosas con certeza.

Problemas con la Seguridad y la Angustia

Al igual que los otros dos miembros de la Tríada del Hacer, los Cinco promedio tienden a tener problemas con la seguridad porque temen que el ambiente sea impredecible y potencialmente amenazador. Los Cinco se protegen siendo extraordinariamente observadores, para poder anticipar problemas en el ambiente, especialmente problemas con otras personas. Su curiosidad, su introvisión, su necesidad de encontrarle sentido a sus percepciones —y en definitiva, sus tendencias paranoides— son intentos de defenderse de peligros reales o imaginarios.

Cuando los Cinco son sanos, observan la realidad como es y son capaces de comprender de un vistazo fenómenos complejos. En su búsqueda de seguridad, sin embargo, las percepciones de incluso los Cinco promedio tienden a distorsionarse. Llegan a conclusiones prematuras acerca del ambiente, al proyectar sus interpretaciones defectuosas en él. Comienzan a reducir la complejidad de la realidad a una sola idea que lo abarca todo, para poder defenderse al tener todo entendido. Y si se tornan malsanos, los Cinco son el tipo de personas que llevan sus ideas excéntricas a extremos tan absurdos que se obsesionan con nociones completamente distorsionadas de la realidad. Finalmente, los Cinco malsanos se ponen paranoides, completamente aterrorizados por las amenazadoras visiones que han creado en su mente.

Su problema con la angustia, uno de los problemas comunes de los tipos de personalidad de la Tríada del Hacer, se relaciona con su dificultad para percibir objetivamente la realidad. Temen permitir que cualquier persona o cosa influya sobre ellos o sus pensamientos. Temen ser controlados o poseídos por otra persona. Irónicamente, sin embargo, incluso los Cinco promedio no se muestran reacios a ser poseídos por una idea, siempre y cuando esa idea haya sido originada por ellos. No se debe permitir que nada influya en su pensamiento por miedo de que su sentido del sí mismo se vea disminuido, aunque al confiar exclusivamente en sus propias ideas, sin probarlas en el mundo real, los Cinco a la larga se desconectan de la realidad.

El resultado de esto es que los Cinco promedio a malsanos no están seguros si sus percepciones del ambiente son válidas o no. No saben qué es real y qué es producto de su mente. Proyectan sus

pensamientos angustiosos y sus impulsos agresivos en el ambiente, atemorizándose de las fuerzas hostiles que parecen estar dirigidas contra ellos. Gradualmente se convencen de que su peculiar, y cada vez más paranoide, interpretación de la realidad es tal como son las cosas realmente. Al final, se aterrorizan tanto que no pueden actuar aunque estén consumidos por la angustia.

La base de su orientación hacia el mundo es el pensamiento; el tipo de personalidad Cinco corresponde al tipo de pensamiento introvertido de Jung.

El pensamiento introvertido está fundamentalmente orientado por el factor subjetivo... No conduce de una experiencia concreta de vuelta al objeto, sino que siempre al contenido subjetivo. Los hechos externos no son el objetivo y origen de este pensamiento, aunque a menudo al introvertido le gustaría hacer que su pensamiento pareciera así. Comienza con el sujeto y conduce de vuelta al sujeto, por mucho que pueda introducirse en el ámbito de la verdadera realidad... Los hechos son reunidos como evidencia de una teoría, jamás por su propio valor. (C.C. Jung, *Psychological Types*, 380).

Aunque corresponden al tipo de pensamiento introvertido de Jung, quizás los Cinco sean mejor caracterizados como un tipo de pensamiento subjetivo, porque el objetivo de su pensamiento no es introvertido (es decir, dirigido hacia sí mismos); más bien, está dirigido hacia el ambiente, el cual los Cinco quieren comprender por razones defensivas. El ímpetu de su pensamiento proviene, como dice Jung, del "factor subjetivo", de su necesidad de saber qué hay afuera de ellos, como también de su angustia cuando no entienden el ambiente. Por esto es que el pensamiento es el método que los Cinco usan para calzar en el mundo y, paradójicamente, para defenderse de él.

Uno de los resultados del modo de pensar de los Cinco es que incluso los Cinco sanos no están muy profundamente enraizados en la experiencia. Son el tipo de personas que adquieren gran kilometraje intelectual a partir de muy poca experiencia, porque siempre encuentran algo de sentido donde los demás ven poco o nada. Esto puede llevar a grandes descubrimientos. Sin embargo, cuando dejan de observar el mundo y centran su atención en sus interpretaciones de él, los Cinco empiezan a desconectarse de la realidad. En lugar de mantener la mente abierta mientras observan el mundo, se enfrasan demasiado en sus propios pensamientos. Todo lo que no coincida con sus ideas, simplemente no es percibido o es rechazado, con serias consecuencias para ellos mismos.

Orígenes Infantiles

Como resultado de sus experiencias infantiles, estos niños se tornaron ambivalentes hacia ambos padres. Quizás éstos los hayan nutrido en forma errática, hayan sido emocionalmente perturbados o alcohólicos, o se hayan visto atrapados en un matrimonio sin amor, y por lo tanto, no hayan sido fuentes confiables de amor y seguridad. El resultado es que estos niños se tornan ambivalentes no sólo hacia ambos padres sino hacia el mundo.

Como resultado de su ambivalencia, los Cinco aprenden a vivir en un estado de constante vigilancia hacia su ambiente. Ya que temen ser controlados por los demás, aprenden a observar a sus padres y al ambiente en general, para poder prever los acontecimientos y tomar medidas de protección en la debida forma.

Sin embargo, el conflicto siempre presente que los Cinco inadvertidamente crean es que necesitan entender el ambiente y, al mismo tiempo, defenderse de él. Tal como aman y odian a sus padres, aman y odian al ambiente, sintiéndose tironeados entre su deseo de identificarse con él y estar separados de él. Los Cinco intentan resolver su ambivalencia no identificándose con ninguna otra cosa que no sean sus pensamientos acerca del mundo que los rodea. Sienten que sus pensamientos son “buenos” (es decir, correctos, y con los cuales se pueden identificar tranquilamente), mientras que la realidad externa es “mala” (y por lo tanto, debe ser observada con vigilancia, para poder repelerla en cualquier instante).

Aunque siguen encontrando fascinantes y necesarios a sus padres, al mundo y a otras personas, los Cinco también sienten que deben mantener a distancia a todas las cosas y a toda la gente por miedo de verse en peligro de ser poseídos por alguna fuerza externa. Así, precisamente por su modo de pensar —su estilo cognitivo—, los Cinco establecen un estricto dualismo entre ellos y el mundo: consideran que todo está esencialmente dividido en dos áreas fundamentales —el mundo interno y el mundo externo, sujetos y objetos, lo conocido y lo desconocido, lo peligroso y lo seguro, etc. Esta aguda división entre ellos como sujetos y el resto del mundo como objetos, tiene tremendas ramificaciones a lo largo de su vida.

Problemas con el Desapego y la Paranoia

Cuando son sanos, los Cinco no tienen que desapegarse del ambiente, porque se sienten lo bastante seguros como para observar la realidad tal cual es. Pero al deteriorarse por el Continuum hacia el estado malsano, sus percepciones se focalizan más intensamente en lo que

parece ser amenazador y peligroso en el ambiente. Como resultado de su hipervigilancia a las amenazas, su mundo mental se llena de angustia. Irónicamente, sin embargo, los Cinco deben tener “peligro” en su mente para sentirse seguros: cuanto más paranoides se tornan, más completamente defendidos intentan ser.

A la larga, ya que invariablemente se focalizan en lo amenazador, los Cinco convierten sus proyecciones aterradoras en su *única* realidad, y al hacerlo, vuelcan su mente contra sí mismos —literalmente asustándose “fuera de su mente”. Se vuelven completamente indefensos en contra del ambiente, el cual encuentran sumamente peligroso porque su mente así lo ha tornado. Se ponen tan paranoides que les cuesta enormemente pedirle ayuda a alguien. Sin embargo, a menos que los Cinco paranoides puedan comunicarse con alguna persona, tienen pocos medios para volver a contactarse con la realidad.

Si viven así por largo tiempo, sus procesos mentales se tornan tan delirantes y aterradores que ellos deben separarse no sólo del mundo sino que incluso de sus propios pensamientos. Los Cinco neuróticos se vuelven esquizoides, separándose en forma inconsciente de su fecunda mente para poder seguir viviendo. Al retraerse del horror, se sumen en el vacío —y en aún más horror.

ANALIZANDO AL CINCO SANO

El Visionario Pionero

En su estado más sano, los Cinco tienen la paradójica capacidad de penetrar profundamente la realidad mientras la comprenden ampliamente. Son capaces de tomar las cosas en conjunto, percibiendo pautas donde los demás sólo ven confusión. Son capaces de sintetizar el conocimiento existente, conectando fenómenos que antes nadie sabía que estuvieran relacionados, tales como el tiempo y el espacio, las estructuras de la molécula de ADN, o la relación entre la química del cerebro y la conducta.

Los Cinco más sanos no se aferran a sus propias ideas acerca de cómo funciona el mundo. Más bien, abarcan tan profundamente la realidad que son capaces de descubrir verdades no previstas a las cuales no podrían haber llegado por la mera teorización. Hacen descubrimientos precisamente porque están dispuestos a no conocer las respuestas por algún tiempo, manteniendo la mente abierta mientras observan la realidad.

Ya que no imponen sus pensamientos sobre la realidad, los Cinco sanos son capaces de descubrir la lógica interna, la estructura y las

pautas interrelacionadas de todo lo que observan. Como resultado, tienen pensamientos claros en asuntos oscuros y son capaces de predecir acontecimientos, a menudo mucho antes de que los demás puedan verificarlos. Los Cinco que operan en la cumbre de sus dones quizás parezcan ser profetas y visionarios, aunque la explicación es más sencilla. Poseen previsión porque ven el mundo con extraordinaria claridad, como un tejedor que conoce el diseño de un tapiz antes de terminarlo.

El resultado es que trascienden el pensamiento racional para revelar la realidad objetiva, y al hacerlo se mueven hacia lo inefable, a un nivel de comprensión donde las palabras, las teorías y los símbolos son dejados atrás. Perciben el mundo en toda su complejidad y simplicidad, con una visión que parece provenir de más allá de ellos mismos. Se asemejan más a los contemplativos que a los pensadores.

Los Cinco muy sanos y dotados describen en forma tan perfecta la realidad que sus descubrimientos parecen simples, e incluso obvios, como si cualquiera los hubiera podido hacer. Pero las introversiones del genio son obvias sólo a posteriori. Es un gran logro el haber dado el salto de lo conocido a lo desconocido y describir lo desconocido tan clara y precisamente que el descubrimiento calza a la perfección con lo que ya se conoce.

Así, los Cinco muy sanos son pioneros intelectuales que abren nuevos dominios de conocimiento. Un Cinco individual, si está suficientemente dotado, bien puede ser un genio de proporciones históricas, capaz de hacer asombrosos descubrimientos intelectuales para la humanidad. Un genio de este calibre puede entender por primera vez en la historia cómo funciona el mundo. Quizás los individuos menos dotados sientan la excitación del genio cuando entienden por primera vez el cálculo o cómo usar un computador. Su comprensión es nueva para ellos y puede ser emocionante. Los demás sólo pueden imaginar cuán excitante debe ser para alguien descubrir algo totalmente nuevo —cuando el descubrimiento es nuevo no sólo para ese individuo sino para todo el mundo.

El Observador Perceptivo

Aunque los Cinco no son siempre tan sanos, aún están extraordinariamente conscientes del mundo que los rodea, sus glorias y horrores, incongruencias e inagotables complejidades. Son el tipo de personalidad mentalmente más alerta, curioso respecto a todo. A los Cinco sanos les gusta pensar por el puro placer de hacerlo; el poseer conocimientos —saber que saben algo y ser capaces de darlo vuelta en su

mente— es extremadamente placentero para ellos. El conocimiento y la comprensión les causan regocijo.

Dada la suficiente inteligencia, los Cinco sanos penetran lo superficial, llegando a niveles profundos con gran rapidez. Sus introversiones pueden ser brillantes porque tienen la misteriosa capacidad de ver el meollo de las cosas, notando la anomalía, el curioso pero hasta ahora inadvertido hecho o elemento oculto que da la clave para comprender el todo. Ya que ven el mundo con una introversión infalible, siempre tienen algo interesante y valioso que decir. El acto de ver es virtualmente un símbolo de toda su orientación psicológica. Si algo puede ser visto, es decir, aprehendido por los sentidos o por la mente, los Cinco sienten que se puede entender. Una vez que algo es comprendido, puede ser dominado. Entonces los Cinco pueden actuar con la certeza que desean.

Nada se les escapa a los Cinco sanos, porque no sólo observan pasivamente el mundo, sino que se concentran en él, advirtiendo cómo las cosas van juntas para formar pautas y tener sentido. La gente y los objetos son percibidos en detalle, como si los Cinco estuvieran enfocando una lupa sobre el ambiente. Ya que su mente es tan activa y encuentran tan interesante todo lo que los rodea, los Cinco nunca se aburren. Les gusta aprender lo que no saben y entender lo que no es obvio. No importa cuánto sepan, siempre quieren aprender más, y ya que el mundo es prácticamente infinito en su complejidad, siempre hay más que saber.

Los Cinco sanos también son capaces de percibir mucho más que los demás porque tienen la capacidad de mantenerse concentrados; no se distraen con facilidad. Se enfrasan rápida y profundamente en el objeto de su escrutinio, para poder entender cómo funciona —por qué algo es como es. Su curiosidad intelectual los lleva a hacer todo lo posible por descubrir más acerca de aquellas cosas que han captado su atención. Son trabajadores increíblemente constantes que atacarán un problema durante años hasta resolverlo o hasta que se aclare que es insoluble. También son muy buenos conceptualizadores, haciendo las preguntas fundamentales adecuadas y definiendo los límites intelectuales apropiados a los problemas en que están enfrascados. No intentan hacer lo imposible, sólo entender lo que han entendido antes.

Los Cinco sanos quieren poseer conocimientos del mundo objetivo, y sin embargo, el mismo acto de investigar las cosas le añade inmediatamente un elemento subjetivo al proceso. (La física ha enseñado una verdad psicológica: que la presencia del observador cambia aquello que está siendo observado). Además, aunque la necesidad de entender el ambiente es sana, el deseo de poseer tantos conocimientos como sea posible refleja una disposición a temer lo desconocido.

Incluso en esta etapa, los Cinco sanos están sometidos a cierta dosis de angustia por el ambiente si no lo entienden. (Y, desde luego, como no pueden entenderlo hasta que lo abordan, se ven atrapados en un problema complejo). Por lo tanto, el hábito de observación refleja no sólo una curiosidad desapasionada sino una necesidad profundamente personal.

El Experto Erudito

Al observar el mundo y tener introvisión de él, los Cinco sanos acumulan conocimientos. Ahora quieren aplicar sus ideas en el ambiente. Más que a cualquier otro tipo de personalidad, a los Cinco sanos les gusta utilizar sus conocimientos para ver cómo calzan con la realidad y cómo pueden afectarla.

La gente de este tipo de personalidad posee conocimientos expertos en varias disciplinas intelectuales, ya sea en las artes (por ejemplo, ópera francesa del siglo XVII o jeroglíficos egipcios) o en las ciencias (cómo construir un computador o poner un satélite en el espacio). Generalmente, los Cinco sanos son bastante versátiles, poseedores de conocimientos en un amplio rango de disciplinas intelectuales y expertos en todas ellas. Los Cinco sanos saben de qué están hablando y comparten sus conocimientos con los demás, enriqueciendo a toda la sociedad con su erudición. Precisamente debido a que sus introvisiones son tan certeras es que tanto los Cinco sanos como sus ideas son especialmente valiosos para el resto de la sociedad. ¿Dónde estaríamos sin los computadores y los antibióticos, los sofisticados medios de comunicación y las innovaciones tecnológicas de todo tipo que conforman el mundo moderno?

A veces, el producto de su pericia son ingeniosas invenciones y maravillas tecnológicas que brindan resultados altamente prácticos. Otras veces, quizás pocas cosas resulten de sus ideas originales, aunque más adelante esas ideas también pueden tener aplicaciones prácticas. Lo que no es práctico en una era, en otra a menudo se convierte en el puntal de una rama de conocimiento o tecnología totalmente nueva, tal como la física que hizo posible la televisión y el radar.

Ya que los Cinco entienden las cosas en forma tan perceptiva, sus profundos conocimientos les permiten llegar al meollo de las dificultades, para poder explicarle claramente los problemas, y posibles soluciones, a los demás. A los Cinco sanos les gusta compartir sus conocimientos, porque a menudo aprenden más cuando discuten con alguien sus ideas. Por esto es que los Cinco sanos son estimulantes profesores, colegas y amigos. Su entusiasmo por las ideas es contagioso, y les gusta fertilizar sus propias áreas de pericia con las de otros intelectuales y

pensadores, o en realidad, con cualquier persona que sea tan interesante, curiosa e inteligente como ellos.

Por mucho que les guste rodearse de gente que pueda entender y apreciar sus introversiones, los Cinco sanos son extremadamente independientes. Por lo general, el aprender y el pensar son aventuras solitarias en las cuales es mejor embarcarse solo. Ya que jamás saben a dónde los llevarán sus descubrimientos, los Cinco valoran muchísimo su independencia; están dispuestos a ser tan heterodoxos como lo requieran sus investigaciones, dedicándose a sus intereses y descubrimientos sin considerar las sanciones de los demás o de la sociedad. No temen desafiar los dogmas existentes, si fuera necesario.

Sus innovaciones pueden ser revolucionarias, derribando anteriores modos de pensar. Debido a la naturaleza de sus intereses y al alcance de su intelecto, los Cinco sanos nos dan poderosas ideas que literalmente pueden cambiar el curso de la historia.

ANALIZANDO AL CINCO PROMEDIO

El Especialista Analítico

La diferencia esencial entre los Cinco promedio y los Cinco sanos es que aquéllos empiezan a temer que no saben lo suficiente como para actuar o divulgar sus ideas o descubrimientos. Sienten que tienen que estudiar más, hacer más investigaciones y experimentos, enfrascarse aún más profundamente en su tema. (“Cuanto más sabe uno, más sabe que no sabe”). Por lo tanto, se tornan altamente analíticos y especializados, dividiendo la realidad en pedazos cada vez más pequeños, para poder estudiarla más a fondo. En resumen, los Cinco sanos poseen conocimientos, mientras que los Cinco promedio andan en busca de ellos.

Los Cinco promedio analizan todo en gran detalle, desarmando las cosas, literal o intelectualmente, para descubrir cómo funcionan. Adoptan un enfoque empírico, cuantificando las cosas, intentando ser objetivos para poder alcanzar cierto conocimiento. Pero al hacerlo, inadvertidamente empiezan a sacar las cosas de su contexto, ya no mirando el conjunto.

Al cuantificar y analizar todo, los Cinco promedio tienden a hacer una ciencia de cualquier cosa en que estén interesados, ya sea historia, lingüística, equipos estereofónicos, zapatillas de carrera o la sociología de las familias de simios. Aquí es donde vemos el comienzo de su tendencia a abstraerse de la realidad, interesándose sólo en aquellos aspectos que captan su atención. Aun así, de ninguna manera están

fuera de contacto con la realidad en un sentido malsano. Sin embargo, están estrechando el foco de sus percepciones para poder dedicarse más a fondo a sus intereses intelectuales.

Desde luego, muchas cosas del mundo físico se pueden medir con precisión: la distancia a la luna, la velocidad de una bala, las profundidades variables del océano. Sin embargo, el problema con el enfoque empírico es que elimina cualquier cosa que las herramientas de un determinado análisis no puedan medir. Lo que no se puede medir objetivamente, no es verificable, y por lo tanto, no es científico, y por ende, no es cierto. (Sin embargo, muchas de las cosas más valiosas en la vida no se pueden medir en forma empírica. El amor, por ejemplo, no se puede calibrar o pesar en una balanza. En cambio, si los Cinco promedio estudian científicamente el amor, miden cosas como el contacto ocular, el pulso cardíaco y la química del cerebro, todo lo cual puede ser cuantificado).

En su búsqueda de conocimientos, los Cinco promedio tienden a especializarse en algún campo, profundizando en un conjunto de conocimientos técnicos no comprendidos por la mayoría. (Como especialistas, están orgullosos de y se complacen en poder decir, en efecto: "Yo sé algo que tú no sabes"). Quizás algunos Cinco se especialicen dentro de una disciplina académica, analizando estructuras genéticas, la matemática de la formación de copos de nieve o las pautas migratorias de las aves en el delta del Amazonas. Quizás otros se especialicen en áreas menos académicas, convirtiéndose en especialistas en antigüedades, filatelia o jazz. En todo caso, su enfoque es el mismo: reunir y analizar datos para adquirir más conocimientos.

Es típico que los Cinco promedio sean aficionados a los libros. Frecuentan librerías, bibliotecas y cafés complaciendo a intelectuales que discuten de política, cine y literatura hasta altas horas de la noche. Les encanta el saber y se fascinan con los accesorios técnicos mediante los cuales adquieren conocimientos. Y si bien gastan dinero en obtener cualquier herramienta que necesiten para dedicarse a sus intereses intelectuales, ya sean manuscritos medievales o equipo computacional, los Cinco promedio generalmente son reacios a gastar dinero en sí mismos o en su propia comodidad, porque se identifican con su mente, no con su cuerpo.

Por lo general, incluso a aquellos Cinco que no son científicos les gusta pensar que su enfoque de la realidad es científico, o al menos rigurosamente intelectual. Cada tipo de personalidad se apoya en su punto más fuerte, y el intelecto es el don de los Cinco y lo que privilegian en su desarrollo. Como grupo, los Cinco son el tipo de personalidad más inteligente, llenando las matrículas de las escuelas de

ingeniería y las nóminas de laureados con el Premio Nobel. Ya que ser un Cinco es una orientación psicológica hacia la vida, y no una mera cuestión de poseer capacidad intelectual, hay Cinco que no son extraordinariamente inteligentes. Sin embargo, el utilizar la mente es la forma en que los Cinco encuentran su lugar en el mundo y así adquieren seguridad y autoestima. (Quizás las búsquedas intelectuales también hayan sido fomentadas por un niño “patito feo” para compensar defectos físicos y sociales). En todo caso, los Cinco promedio se consideran pensadores e intelectuales, porque viven más en su mente que en el mundo de la acción o de la utilidad práctica.

El Teórico Intensamente Enfrascado

Si sus métodos científicos y analíticos fracasan o no dan respuestas con la suficiente rapidez como para satisfacer sus necesidades emocionales, los Cinco promedio se tornan inseguros acerca de lo que significan sus ideas, mientras aumenta su necesidad de certeza. Surgen nuevas preguntas cuyas respuestas los Cinco no conocen. Como resultado, recurren a la especulación e interpretación antes que a la observación e investigación, enfrascándose más intensamente en sus ideas y menos en la realidad.

Este es un punto crítico en su desarrollo. Antes que investigar el mundo objetivo, los Cinco promedio en esta etapa empiezan a preocuparse de sus propias interpretaciones de él, desapegándose mentalmente del ambiente al enfrascarse más intensamente en un pequeño aspecto de él.

Más que cualquier otro tipo de personalidad, los Cinco promedio personifican la famosa sentencia de Descartes, “Pienso, luego existo”. Pueden caracterizarse en pocas palabras como una mente incorpórea porque, en lo que a ellos respecta, el cuerpo es un mero vehículo de la mente. En este nivel no prestan mucha atención a su estado físico, excepto cuando obstaculiza su pensamiento. Se enfrasan tan profundamente en proyectos, que se olvidan de comer, dormir o cambiarse de ropa. A menudo tienen la apariencia del proverbial profesor distraído o del desastrado metafísico alemán. No importa. Para ellos, la vida de la mente, la excitación de buscar y poseer conocimientos, es lo que cuenta.

Se sumergen en complejos rompecabezas intelectuales y sistemas enmarañados —elaborados e impenetrables laberintos mediante los cuales se pueden aislar del mundo mientras lo abordan intelectualmente. Se enfrasan en sistemas de pensamiento altamente detallados y complejos, sumiéndose en teorías oscuras, ya sea que éstas se relacionen con las regiones abstrusas de materias académicas

tradicionales tales como astronomía, matemática o filosofía, o con tópicos esotéricos como la Cábala, astrología y lo oculto. Siempre están fascinados con juegos intelectuales (tales como ajedrez o Calabozos y Dragones), convirtiendo áreas de estudio en una especie de juego, y viceversa.

El problema es que cuando los Cinco especulan y teorizan, dando vuelta las ideas en su mente, examinándolas desde cada ángulo, elaborando perpetuamente nuevas interpretaciones, pierden el bosque por los árboles. Con cada nueva conjetura, no tienen la certeza de que sus especulaciones sean finales: todo sigue pendiente en el aire, en una nube de posibilidades. Por ejemplo, cuanto más escriben, más compleja se torna la exposición hasta que es virtualmente incomprendible. Por brillantes que sean, los Cinco promedio no publican fácilmente sus ideas, porque no pueden llevarlas a término.

Además, todas las ideas les parecen igualmente plausibles a los Cinco, ya que pueden dar un argumento convincente para casi cualquier cosa que piensen. Cualquier cosa pensable parece posible. Cualquier cosa pensable parece real. Son intelectual y emocionalmente capaces de abrigar cualquier pensamiento nuevo, aun los horripilantes o extraños, pues el especular sobre nuevas posibilidades es virtualmente lo único que hacen. Sus ideas, sin embargo, comienzan a carecer de una conexión directa con el mundo externo. (Los problemas de epistemología no sólo les fascinan; los Cinco promedio inadvertidamente los viven). Pero el establecer una relación entre sus ideas y la realidad ya no es la función primaria del pensamiento de los Cinco promedio. Más bien, la especulación sostiene al sentido del sí mismo manteniendo activa la mente.

Además, por todo el tiempo que gastan en pensar, los Cinco promedio no se comunican claramente con los demás, pues sus procesos de pensamiento son tan complejos e intrincados. Entran en demasiados detalles; sus ideas se tornan altamente condensadas. El flujo de la conciencia emana en elaborados monólogos, dificultándole a los demás seguir su curso de pensamiento. Se van por la tangente, saltando de un punto a otro sin indicar los pasos intermedios de su lógica. Una observación perceptiva acerca de la Novena Sinfonía de Beethoven puede ser seguida por una disquisición sobre la sordera y la necesidad de miniaturizar más la electrónica si la Star Wars va a funcionar. Sus monólogos bien pueden ser fascinantes y posiblemente asombrosos por la amplitud de su rango intelectual; sin embargo, sus monólogos también pueden ser extraños y tediosos debido al gran esfuerzo mental que se requiere para seguirlos. Tampoco está siempre claro si vale la pena hacer este esfuerzo, aunque los Cinco promedio piensan que todo lo que dicen es tan interesante para los demás como para ellos.

Para bien o para mal, son individuos extremadamente intensos, como si su sistema nervioso estuviera afinado en un tono más alto que el de los otros tipos de personalidad. Los Cinco parecen carecer de la capacidad de reprimir los impulsos inconscientes que surgen en su mente, alimentando su intenso enfrascamiento en sus percepciones, su trabajo y su relación con los demás.

Por esto es que, al preocuparse más de sus especulaciones, los Cinco promedio se desapegan cada vez más de todo lo que los rodea por la ultra-consumidora intensidad de sus procesos mentales. Se enfrasan más en sus ideas que en la realidad objetiva. Incesantemente generan teorías tanto para separarse del mundo como para mantenerse comprometidos con él. Así, a medida que los Cinco descienden por los Niveles hacia el estado malsano, irónicamente se mueven en sentido contrario a su genuina capacidad de observación, viviendo aún más completamente en su mente —y hasta tal punto, fuera de contacto con la realidad. Pierden perspectiva, encontrando causas y significados ocultos en todas partes.

Ya que ven implicaciones ominosas en casi todo, los Cinco promedio típicamente se fascinan con el poder. Sienten que el conocimiento es poder y que al poseer conocimientos, estarán seguros porque perciben más que los demás —y por ende, pueden protegerse. Se ven atraídos por áreas de estudio que se relacionan con alguna forma de poder, ya sea en la naturaleza, en la política o en la conducta humana. Sin embargo, los Cinco también son ambivalentes respecto al poder y recelosos de los que tienen poder sobre ellos. Sienten que cualquiera que tenga poder, puede usarlo en contra suya, dejándolos en control de los demás, uno de sus más profundos temores.

Cuanto más desapegados son los Cinco promedio, más ambivalentes son hacia casi todo el mundo —les atrae la gente, pero desconfían de ella. Desean descubrir qué hace funcionar a los demás, tal como analizan otros objetos de interés intelectual. (“Lo que acabas de decir fue *tan* revelador —tienes mucha ira guardada contra las mujeres, ¿verdad?”). Pero por lo general evitan comprometerse profundamente con los demás, porque la gente es impredecible. El compromiso emocional despierta fuertes sentimientos que los Cinco promedio encuentran difíciles de controlar: las pasiones inundan con demasiada facilidad su mente. Pero ya que los Cinco también tienen fuertes impulsos sexuales, no pueden evitar completamente el compromiso, por mucho que quieran. Así, los Cinco encuentran infinitamente fascinantes a las personas y a las relaciones, pero continúan temerosos.

Por lo tanto, es típico que los Cinco promedio sean solteros o tengan relaciones tormentosas con la mayor parte de la gente. La intimidad

con los demás se complica tanto, resulta tan compleja y agotadora, que dejan de intentar contactarse con los demás y se recluyen, sumergiéndose aún más completamente en su trabajo e ideas. No desean que nadie sea lo suficientemente íntimo de ellos como para controlar sus pensamientos, su único dominio.

Por esta razón, los Cinco promedio también son los agnósticos y ateos naturales entre los tipos de personalidad, porque Dios, como persona omnisciente y omnipotente, es una idea intolerable. No pueden resignarse a creer en algo o alguien que no pueden entender. Tampoco desean que Dios tenga acceso a su mente. Los Cinco quieren ser omniscientes —no les agrada la idea de que Dios pudiera serlo. Además, el problema del mal es un enorme obstáculo: el horror e inseguridad del mundo es tan evidente para los Cinco, que cualquier Dios que permitiera que el mundo sea como es, debe ser sádico, un dios perverso, un Dios con el cual se niegan a comprometerse.

El Reduccionista Extremo

Andando el tiempo, las complejidades que los Cinco crean en su mente les ocasionan nuevos problemas, y más complicados. Nada es claro o cierto; aumenta la angustia.

Para tener certeza a fin de que puedan actuar si tienen que hacerlo, los Cinco promedio empiezan a forzar sus conclusiones. La mente busca el orden, y si luego de mucha especulación, los Cinco promedio no lo perciben, su mente impone un orden propio. Como resultado, inadvertidamente proyectan sus percepciones en el ambiente, convenciéndose totalmente de la verdad de una idea en particular que parece tener la clave de toda comprensión. Se mueven de “¿Qué ocurriría si?” a “¡Es así!”.

De este modo, deducen más cosas de las que realmente hay, tornándose reduccionistas, eliminando toda complejidad al quedarse con una explicación que lo abarca todo. En esta etapa, los Cinco reducen todo a un denominador común más bajo de lo necesario, explicando todo como si fuera sólo una variación de otra cosa. Así, sus teorías siempre se confirman. La incertidumbre cesa.

Los reduccionistas son pensadores que no pueden esperar hasta encontrar la respuesta correcta. Ya que se focalizan tan intensamente en una cosa, todo lo demás se desenfoca, especialmente el cómo esa “cosa” calza en un cuadro más grande. Irónicamente para aquellos tan dados al pensamiento complejo, los Cinco reduccionistas sobresimplifican la realidad. Por ejemplo, al descartar la flor, los Cinco reduccionistas se focalizan en el limo del cual surgió, como si el botón más brillante fuera “sólo” barro en un estado alterado de manera

insignificante; el pintar es sólo el deseo de desparramar heces; Dios es sólo una proyección del padre en el cosmos; ya que los seres humanos tienen algunas cosas en común con las máquinas, ellos son sólo máquinas biológicas, etc. El resultado es que sus ideas mezclan introversiones legítimas con interpretaciones extremas, mientras los mismos Cinco no tienen forma de saber cuál es cuál.

Un cierto extremismo es tan típico de su estilo social como de su punto de vista intelectual. En asuntos políticos o artísticos, los Cinco reduccionistas son por lo general radicales que pueblan la vanguardia. Les encanta llevar las ideas a límites extremos —por su valor de shock, para desafiar lo que convencionalmente se ha pensado o hecho, o para desbaratar y demoler opiniones populares. (Y aun cuando no sean tan correctas como los Cinco creen, sus ideas provocativas virtualmente obligan a los demás a reaccionar a ellas, iniciando así un debate). Como acérrimos inconformistas y disidentes, se rebelan contra todas las convenciones, reglas y expectativas sociales, ya sea que éstas involucren feminismo, política, crianza de niños, liberación sexual o todas ellas en una combinación peculiar. Tienen un hacha que afilar. La comprensión ha sido abandonada en favor de la polémica.

La naturaleza subjetiva de su pensamiento introvertido ahora es evidente a medida que sus ideas se tornan descabelladas y extravagantes. No importa, los Cinco en este Nivel siempre encuentran corroboración para todo lo que piensan, aunque los simples hechos no lo confirmen.

Un elemento irracional —una especie de perversa resistencia a la realidad— ha teñido sus procesos de pensamiento. Los Cinco reduccionistas no están locos, aunque sus ideas son extrañas y extremadamente heterodoxas. Sin embargo, la sana originalidad se ha deteriorado en una peculiar excentricidad; el genio se ha convertido en poco más que un chiflado. (Pueden creer que la educación mixta causa degeneración moral o que la altura de la Gran Pirámide tiene poderes curativos). Pero sus ideas extremas son tan parte de su sentido del sí mismo, que los Cinco las defenderán a toda costa, sosteniéndolas con tesón e intentando demoler todos los contraargumentos. Contenciosos y pendencieros, también se preocupan de establecer su prioridad intelectual y proteger sus ideas, amenazando con pleitos si creen que alguien les ha robado una de sus brillantes teorías.

No obstante, aunque muchas de sus ideas sean radicalmente extremas y reduccionistas, los Cinco promedio no están necesariamente por completo fuera de foco. Por lo general son demasiado inteligentes como para no tener algo interesante que decir. El problema es saber cuáles de sus ideas son valiosas y cuáles no.

ANALIZANDO AL CINCO MALSANO

El Nihilista Aislado

La necesidad de mantener la certeza sobre su interpretación de la realidad arma el escenario para que los Cinco se vuelvan extremadamente hostiles hacia cualquier persona que esté en desacuerdo con ellos. Sus agresiones despiertan cuando la gente cuestiona sus ideas —o peor, si sus ideas son ridiculizadas o descartadas. Para mantener su identidad, que está tan unida a sus ideas, los Cinco malsanos toman la ofensiva: se debe desacreditar a los individuos, demostrar que sus ideas son inservibles, sus soluciones a los problemas una ilusión, su mundo una felicidad engañosa. Así, los Cinco malsanos inadvertidamente inducen a que los demás los rechacen, y luego se tornan hostiles y nihilistas respecto al valor de todas las relaciones. Pero al hacerlo, se aíslan profundamente y se ponen en extremo cínicos respecto al valor de relacionarse con alguien.

De hecho, su necesidad de rechazar lo que los demás creen es tan fuerte que se complacen en desbaratar cualquier cosa positiva en la vida, intentando demostrar la virtual imposibilidad de las relaciones humanas y la podredumbre total de la esencia de la naturaleza humana. Los Cinco malsanos encuentran deleite en rebajar lo que consideran las ilusiones burguesas por las cuales los demás viven tan cómodamente y de las cuales ellos no han caído víctimas debido a su mayor honestidad intelectual.

Como de costumbre, aquí está operando una verdad a medias. Aun cuando los demás pueden estar viviendo demasiado cómodamente por su propio bien, aun cuando algunas personas pueden engañarse a sí mismas, aun cuando algunas familias y algunas relaciones pueden estar teñidas por la hipocresía, los celos y las luchas de poder, ello no significa necesariamente que el cinismo sea la mejor respuesta. Los Cinco malsanos lanzan al bebé junto con el agua de la tina: la fe, la esperanza, el amor, la generosidad, la amistad —cosas en las cuales les cuesta muchísimo creer debido a su temor al compromiso con los demás. El apego a los demás es demasiado amenazante en esta etapa, así que los Cinco malsanos deben justificar su aislamiento tornándose nihilistas y cínicos respecto a todas las relaciones —de hecho, respecto al valor de la humanidad misma.

Tal como un potente chorro de agua de una manguera para incendios puede refrenar a una turba, la intensidad de su mente, sobrecalentada por sus impulsos agresivos que brotan, rechaza todo lo que podría influir en ellos. Su severísima hostilidad está dirigida particularmente hacia la gente, porque los Cinco malsanos deben

mantener su aislamiento para que nadie influya en ellos. Si bien por lo general no son violentos, los Cinco malsanos pueden despotricar y bramar, escribir largas diatribas y denuncias o súbitamente retraerse a un pertinaz y odioso silencio. Ya que la mayor parte de la gente repulsa este tipo de conducta, su aislamiento rápidamente se profundiza, que es exactamente lo que los Cinco malsanos desean. Pero, a causa de eso, son víctimas de distorsiones cada vez peores en sus procesos de pensamiento. Desde luego, los demás reaccionan a su mordaz desprecio y los descartan como enfermos o contraatacan. Las agresiones —y el temor— se siguen intensificando.

Los Cinco malsanos se cuecen en sus sentimientos de desprecio por todo. Desgraciadamente, si bien la hostilidad mantiene vivo el sentido del sí mismo, también llena su mente de odio. Y al desvalorar todo y rechazar todos sus lazos con el ambiente, los Cinco malsanos están peor que meramente aislados; están llenos de agresiones que no se pueden descargar porque ellos no desean entrar en conflictos violentos con los demás. Así, los Cinco malsanos están en un terrible dilema: se obsesionan con sus agresiones, pero son incapaces de guiarse por ellas porque temen las consecuencias. El resultado es que no actúan; más bien, hierven.

El Paranoide Delirante

A los Cinco malsanos les gustaría destruir todo, así de detestable se ha vuelto el mundo ante sus ojos. La ironía es que comienzan a pensar que toda la gente los odia a *ellos* y más bien quiere destruirlos a *ellos*. El resultado es que los Cinco neuróticos se ponen paranoides, proyectando sus sentimientos hostiles en el ambiente.

Como resultado de proyectar sus temores y agresiones en los demás, los Cinco neuróticos se aterrorizan por lo que encuentran. Todo el mundo y todas las cosas parecen peligrosos. La mera coincidencia se transforma en un hecho convincente para ellos. Incluso las afirmaciones más inocentes confirman su paranoia. Piensan que un desconocido que camina hacia ellos en la calle es un policía que viene a arrestarlos, un espía que los tiene bajo vigilancia o un loco a punto de atacar. Las conexiones mentales se confunden; relacionan cosas que no tienen ninguna base en la realidad, pero los Cinco neuróticos están absolutamente convencidos de que se relacionan. Infelizmente, sus delirios sólo logran que sus temores sean mucho más desgastantes. La mera excentricidad se ha deteriorado en verdadera locura —delirios paranoides insanos.

Los delirios paranoides de persecución pueden alternarse con delirios compensatorios de grandeza y delirios de referencia, la noción de que están siendo observados por alguien importante —Dios o

extraterrestres, por ejemplo—, dándole a los Cinco neuróticos un sentido de importancia. Pueden pensar que son grandes inventores, Napoleón o Juana de Arco. También se pueden mezclar elementos paranoides con los delirios de grandeza: el FBI los anda buscando porque ellos son los únicos que saben acerca de investigaciones sobre un dispositivo nuclear antigravitacional. O los elementos paranoides solos pueden dominar su pensamiento delirante: se convencen de que su teléfono está intervenido, su correspondencia está siendo leída por la CIA, su comida está envenenada, sus amigos están tramando algo contra ellos. Sin embargo, más que nunca, los Cinco paranoides piensan que están más conectados con la realidad que cualquier otra persona. Ellos son los únicos que saben lo que realmente está ocurriendo.

Lo que empieza a atemorizar incluso a los Cinco neuróticos es que sus pensamientos parecen tener vida propia. Sus pensamientos son incontrolables, asustándolos cuando no quieren ser asustados. Su mente corre en forma descontrolada y se aterrorizan por temores de los cuales posiblemente no pueden escapar, porque, después de todo, sus temores se originan en ellos mismos. Tal como el Dr. Frankenstein, están en peligro de ser destruidos por los procesos a los cuales ellos mismos han dado vida.

A medida que sus temores se expanden e intensifican, ellos envuelven y distorsionan más la realidad hasta que hacer cualquier cosa se torna imposible, porque todo está cargado de aterradoras implicaciones. Así, los Cinco neuróticos pueden empezar a verse incapacitados por fobias. Los objetos inanimados adquieren una apariencia siniestra —el cielo raso está a punto de caerse sobre ellos, su sillón puede tragarlos, la televisión les está ocasionando cáncer cerebral. Quizás también experimenten alucinaciones —escuchando voces o teniendo percepciones visuales excesivamente distorsionadas. Empiezan a vivenciar su cuerpo como algo extraño, que se está volviendo contra ellos tal como ha parecido hacerlo el ambiente. Los Cinco neuróticos no pueden descansar, dormir o distraerse, porque deben estar atentos y porque no pueden desconectar su mente. Como resultado, se agotan físicamente, lo cual sólo complica sus problemas.

La vida se hace insoportable: parece que ven demasiado, como si les hubieran extirpado los párpados. Pero la verdad es que su mente los está devorando. El mundo se llena de terror porque su mente está llena de terror.

El Esquizoide Vacío

Por último, los Cinco neuróticos “resuelven” inconscientemente el problema de cómo controlar su mente, en especial la angustia producida

por su desgastante paranoia, dividiendo inconscientemente la conciencia en dos partes. Los Cinco neuróticos se refugian en esa parte de sí mismos que parece segura, regresando a un estado cuasi-autista que se asemeja a la sicosis.

En este último Nivel, los Cinco neuróticos se defienden de la realidad separándose inconscientemente de todas las conexiones con ella. O dicho de otra manera, los Cinco neuróticos están tan aterrizados por sus pensamientos, que de algún modo deben deshacerse de ellos. Lo hacen identificándose con el vacío que queda dentro de ellos cuando niegan sus identificaciones restantes. En efecto, se separan de sí mismos, como aquellos padres que, para dejar de atormentarse con los recuerdos de un hijo fallecido, botan todo lo que les recuerda al hijo. El resultado es que los Cinco neuróticos viven en una casa completamente vacía —el sí mismo que ha sido purgado de todo lo que les recuerda sus aterradores y dolorosos lazos con el mundo.

De este modo, los Cinco neuróticos se deterioran hacia un estado de vacío interno y, si siguen viviendo así, muy probablemente hacia una forma de esquizofrenia*. Ha desaparecido toda su anterior intensidad intelectual y capacidad de enfrascamiento. Los Cinco neuróticos en esta etapa están totalmente aislados de su ambiente, de las demás personas y de su vida interior —de su capacidad de pensar, sentir y hacer.

Los Cinco neuróticos finalmente han logrado poner distancia entre ellos y el ambiente, aunque a costa de alejarse completamente de él. Sin embargo, la ironía es que no se han alejado de la realidad, sino de la proyección de sus angustias sobre la realidad. Sólo han conseguido

* Debido a la importancia de la esquizofrenia, deberíamos considerar los vínculos hipotéticos entre esta enfermedad y el Cinco. Parece probable que la esquizofrenia sea uno de los posibles resultados de la forma en que un Cinco neurótico encara el mundo. La tensión causada por el aislamiento social y el agotamiento físico producido por una mente hiperactiva, a la larga pueden ocasionar un cambio en el equilibrio químico del cerebro, resultando en los desórdenes mentales propios de la esquizofrenia. Desde luego, no todo Cinco malsano es esquizofrénico, y no todo esquizofrénico es un Cinco. Pero este tipo de personalidad sí parece ser más propenso a la esquizofrenia que cualquier otro.

Un modo de conceptualizar una posible relación entre el Cinco y la esquizofrenia es considerar estas dos entidades como si estuvieran en rieles mentales paralelos. En cierto punto cuando el cerebro ya no puede funcionar dentro de la situación de vida del Cinco neurótico, se descarrila de la neurosis a la esquizofrenia. Desde una desadaptación fundamentalmente psicológica, la persona salta a un ámbito diferente: a una enfermedad química y física que, desde luego, tiene ramificaciones psicológicas. Esto podría explicar por qué algunos Cinco neuróticos siguen siendo neuróticos mientras otros se convierten en esquizofrénicos, y por qué algunos esquizofrénicos se enferman sin ser ni Cinco ni neuróticos.

alejarse de sus pensamientos y sentimientos. Una vez que los Cinco neuróticos han hecho esto, ya no pueden pedirle ayuda a nadie desde el vacío que han creado dentro de sí mismos. Todo es vacío dentro del abismo del sí mismo purgado.

DINÁMICA DEL CINCO

Dirección de Desintegración: El Cinco Va al Siete

El problema fundamental de los Cinco es moverse del pensar al hacer, del conocimiento a la experiencia. Deben encontrar una fuente de seguridad dentro de sí mismos que les permita actuar con un grado razonable de certeza. Los Cinco esquizoides necesitan restablecer contacto con la realidad (especialmente con sus aspectos positivos), aunque son completamente incapaces de hacerlo ahora. Cuando los Cinco neuróticos se deterioran más hacia el Siete, actúan impulsiva, errática e histéricamente. Expresan la angustia, como un Siete neurótico, maniaco-depresivo.

Los Cinco neuróticos saltan desde un estado paranoide aislado en que están inmovilizados por sus terrores a uno de actividad locamente maniaca. Se sumen en acciones literalmente desquiciadas mediante las cuales sólo consiguen meterse en problemas y conflictos más serios con el ambiente. Tal desarrollo no puede satisfacer sus necesidades reales, porque como aún son neuróticos, son virtualmente incapaces de aprender algo de sus experiencias nuevas. Son irracionales, tienen pésimo criterio y escogen mal las acciones a emprender. Y como aún no se pueden identificar con algo o alguien, no pueden establecer ningún contacto útil con el ambiente. El lanzarse a nuevas experiencias no los ayuda en absoluto.

Otro resultado de un salto al Siete es que los Cinco deteriorados pierden totalmente el control. Algunas de las cosas terribles que han temido pueden de hecho ocurrir como resultado de su conducta errática e irresponsable. Por ejemplo, pueden morir —no porque sean asesinados por la CIA o por marcianos, sino porque, al no mirar por donde van, los atropella un camión. Los Cinco fuera-de-control son imprudentes y propensos a sufrir accidentes: pueden ser envenenados, no por la KGB, sino porque equivocadamente ingieren algo que no debieran. Al temer que han llegado a una especie de horrible callejón sin salida en su vida, pueden impulsivamente hacerse daño irreparable a sí mismos o a otra persona. A medida que la angustia alcanza nuevas alturas, pueden hacer algo irrevocable, como matar a alguien o suicidarse.

Dirección de Integración: El Cinco Va al Ocho

Típicamente, los Cinco no sienten que saben lo suficiente como para actuar: siempre hay algo más que conocer. Siempre se sentirán inseguros hasta haber dominado el mundo real y no ser meros amos de su propia mente. Desde un punto de vista sicoanalítico, su ego típicamente es demasiado débil para su id —sus agresiones y otros impulsos tienden a subyugar a su mente.

Esto ya no le ocurre a los Cinco sanos en vías de integración, porque han incorporado dentro de sí mismos sus percepciones del mundo, identificándose con ellas en lugar de meramente observarlas. Ya no se identifican sólo con sus pensamientos, sino también con los objetos de sus pensamientos. Así, los Cinco en vías de integración han superado su temor al ambiente para aprender a confiar en él. Por lo tanto, su confianza en sí mismos aumenta, a la manera de los Ocho sanos.

Cuando van al Ocho, los Cinco también comprenden que, aunque crean que saben poco, de todas maneras es más de lo que sabe casi cualquier otra persona. También comprenden que no tienen que saber absolutamente todo antes de poder actuar. Aprenderán más cuando hagan más; serán capaces de resolver nuevos problemas a medida que éstos surjan. La certeza absoluta es una ilusión; no se puede lograr.

Los Cinco en vías de integración actúan a partir de una comprensión de su propia capacidad genuina. Si bien no lo saben todo, saben bastante como para conducir a otros con confianza. Lo correcto de sus ideas ha sido tan bien confirmado por la realidad, que ya no temen actuar. Adquieren el valor necesario para poner sus ideas, y por ende a *sí mismos*, en juego. Así, los Cinco en vías de integración comprenden que son capaces de aportar algo valioso a los demás. Como resultado, a sus pensamientos finalmente se les da expresión en la acción y posiblemente en el liderazgo. Los Cinco en vías de integración le muestran a los demás cómo hacer lo que sólo ellos saben hacer. Y como hemos visto, el valor práctico de sus ideas puede ser incalculable.

PRINCIPALES SUBTIPOS DEL CINCO

El Cinco con una Ala Cuatro

Los rasgos del Cinco y los del ala Cuatro a menudo están en conflicto entre sí: los Cinco son cerebrales, manteniendo la experiencia a prudente distancia, mientras que los Cuatro internalizan todo para

intensificar sus sentimientos. A pesar de estas diferencias —o debido a ellas—, estos dos tipos de personalidad constituyen uno de los subtipos más ricos, combinando posibilidades para sobresalientes logros artísticos e intelectuales. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Albert Einstein, D.H. Lawrence, Friedrich Nietzsche, Oriana Fallaci, Hannah Arendt, Emily Dickinson, Italo Calvino, Jean-Paul Sartre, Jacob Bronowski, Glenn Gould, Peter Serkin, Klaus Tennstedt, Elvis Costello y Stanley Kubrick.

En las personas sanas de este subtipo encontramos la unión de intuición y conocimiento, sensibilidad e introversión, apreciación estética y dones intelectuales. Este subtipo es particularmente consciente de —y atento a— lo bello en una fórmula matemática, por ejemplo. Para este subtipo, la belleza es una de las señales de la verdad, porque el orden que representa la belleza es una confirmación de la exactitud objetiva de una idea. Una de las principales fortalezas de los Cinco sanos con un ala Cuatro reside precisamente en su intuición, pues ésta los ayuda a descubrir áreas de conocimiento donde aún no se han aventurado sus pensamientos conscientes. Para ellos, la inspiración es la sirvienta del descubrimiento. Los Cinco con un ala Cuatro también son más humanísticos, artísticos, directos y emocionales que el otro subtipo.

En las personas promedio de este subtipo puede haber un desapego que las aleja del ambiente tanto porque están enfrascadas en sus pensamientos como porque son introvertidas y emocionalmente ensimismadas. El poder analítico se puede utilizar para mantener a la gente a prudente distancia, y no para entenderla mejor. Emocionalmente delicados, los individuos de este subtipo son malhumorados e hipersensibles a la crítica, especialmente con respecto al valor de su trabajo o ideas, pues esto golpea directamente a la autoestima. Ambos tipos componentes tienden a retraerse de la gente y a recluirse. Ya que el Cinco es el tipo básico, las personas de este subtipo son intensas, capaces de concentrarse en su trabajo e ideas. Pero en la medida que el ala Cuatro sea operativa, también se sienten emocionalmente vulnerables, lo cual dificulta su capacidad de trabajo. Una solución típica es encontrar solaz emocional en varias formas de autoindulgencia —alcohol, drogas o escapadas sexuales.

Las personas malsanas de este subtipo pueden caer víctimas de depresiones debilitantes, pero ser perturbadas por impulsos agresivos. La envidia a los demás se mezcla con un desprecio por ellos; el deseo de aislarse del mundo se mezcla con pena de que deba ser así. Los conflictos intelectuales hacen que su vida emocional parezca desesperanzada, mientras que sus conflictos emocionales dificultan el trabajo intelectual. Además, si este subtipo se torna neurótico, es uno

de los más alienados de todos los tipos de personalidad: profundamente desesperanzado, nihilista, autoinhibitorio, aislado de los demás y lleno de odio a sí mismo. El suicidio es una posibilidad real.

El Cinco con un Ala Seis

Los rasgos del Cinco y los del ala Seis se refuerzan mutuamente, combinándose para producir uno de los tipos de personalidad con los cuales es más difícil contactarse en forma íntima o mantener una relación. A las personas de este subtipo les cuesta confiar en los demás, porque son esencialmente Cinco y porque el ala Seis refuerza la angustia, dificultando el correr cualquier tipo de riesgo en las relaciones. Por lo tanto, sus relaciones interpersonales son erráticas y, en general, no forman parte importante de su vida. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Sigmund Freud, Simone Weil, James Joyce, Charles Darwin, Karl Marx, James Watson, Doris Lessing, Cynthia Ozick, Bobby Fischer, B.F. Skinner, Isaac Asimov, Ezra Pound y Stephen Hawking.

Las personas sanas de este subtipo son leales y comprometidas con su familia y creencias. Son extremadamente trabajadoras, preocupándose poco de su propia comodidad y mucho más de su trabajo y la realización de sus deberes. En ellas encontramos una juguetona capacidad intelectual, un buen sentido del humor, así como otras cualidades atractivas y deseables. Si los demás han sido puestos a prueba y se les ha permitido acercarse, descubren que los individuos de este subtipo tienen una profunda capacidad de amistad y compromiso. También hay un elemento cautivador en su deseo de ser aceptados por los demás, e incluso si a veces son socialmente torpes, los demás no pueden evitar verse conmovidos por su ansia de comunicarse con la gente.

Sin embargo, las personas promedio de este subtipo generalmente tienen problemas con las relaciones. Al parecer, no saben qué hacer con sus sentimientos, mucho menos cómo expresarlos directamente. Por lo tanto, encontramos una insensibilidad a sus propios sentimientos y necesidades emocionales, como también a los sentimientos y necesidades emocionales de los demás. No saben comunicarse con los demás. (Son el clásico pánfilo intelectual, el chiflado socialmente inepto). Están totalmente dedicados a búsquedas intelectuales y viven completamente en su mente, enfrascándose en su trabajo con exclusión de todo lo demás. Cuando surgen conflictos interpersonales, los Cinco promedio con un ala Seis evitan resolver los problemas sumergiéndose aún más profundamente en su trabajo intelectual y empleando técnicas pasivo-agresivas, que alejan a la gente y a los problemas antes que

tratarlos directamente. Pueden ser rebeldes y argumentadores sin ninguna razón aparente, aunque quizás algo haya desencadenado asociaciones emocionales inconscientes.

Los neuróticos de este subtipo tienen la tendencia a ser recelosos de los demás y extremadamente temerosos de cualquier tipo de intimidad. El aislamiento y la paranoia que vemos en los Cinco malsanos, se ven reforzados por el recelo, la convicción de ser perseguido y los sentimientos de inferioridad del ala Seis. También vemos una tendencia a sobrerreaccionar, y por lo tanto, a actuar irracionalmente y en formas masoquistas y autoderrotantes.

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Al examinar globalmente al Cinco, podemos ver que ha habido una lucha entre varios pares de opuestos polares: entre el pensar y el hacer, entre una fascinación por el mundo y un temor al mundo, entre la identificación con los demás y un rechazo a ellos, entre el amor y el odio. Este proceso de atracción y repulsión al ambiente como un todo, empezó con su ambivalencia hacia sus padres. Pero, desgraciadamente, lo que ha ocurrido es que los Cinco gradualmente se obsesionan tanto con defenderse de las potenciales amenazas del ambiente —es decir, de todo lo que consideren maligno— que también excluyen lo bueno. A la larga, no hay nada en el mundo con lo cual los Cinco puedan identificarse, nada verdadero o valioso en que puedan creer. El resultado final es el nihilismo: no queda nada a lo cual se puedan apegar.

Como todos los demás tipos de personalidad que se ven atrapados en la espiral descendente de la neurosis, los Cinco causan precisamente lo que más temen: que el mundo es amenazante, impredecible y, por último, sin sentido. La ironía es que ellos mismos han causado la falta de sentido, pues han rechazado el apego a todo. Y al intensificar su enfrascamiento en sus procesos mentales, en lugar de encontrar seguridad o poder, los Cinco han causado su propia inseguridad e impotencia.

Es un fin trágico. Si hay algo perverso y oscuro —incluso demoníaco— respecto a los Cinco, es que para protegerse han rechazado sin piedad al mundo y a los demás seres humanos. ¿Qué queda entonces? Sólo una fascinación por —y una aterradora atracción hacia— la oscuridad.



CAPÍTULO 8

TIPO SEIS: EL LEALISTA

PERFIL DEL SEIS

Sano: Se vuelve autoafirmativo, confiado en sí mismo y en los demás, independiente pero simbióticamente interdependiente y cooperador como un igual. Atrayente, cautivador y adorable, obtiene intensas respuestas emocionales de los demás. Comprometido y leal con aquellos con quienes se ha identificado; la familia y los amigos son importantes. Confiable, responsable y digno de confianza.

Promedio: Se identifica con una figura de autoridad, tornándose obediente a ella. El tradicionalista y “fanático de la organización”: cumplidor, pero también tiende a reaccionar contra la autoridad. Ambivalente, pasivo-agresivo, indeciso, evasivo y cauteloso. Reacciona a la ambivalencia poniéndose defensivo, adoptando una actitud de “hombre recio”: autoritario, altamente parcial, culpando y acusando a los demás para sobrecompensar sus temores.

Malsano: Puede ser inseguro, aferradamente dependiente, menospreciándose, sintiéndose inferior. En extremo angustiado, sobrerreaccionando a la angustia. Paranoide, se siente perseguido. Actúa en forma irracional, causando lo que más teme. Autoderrotante, humillándose para ser rescatado de las consecuencias de sus acciones y de la angustia: tendencias masoquistas.

Motivaciones Claves: Desea seguridad, ser querido y tener la aprobación de los demás, poner a prueba las actitudes de los demás hacia él, luchar contra la angustia y la inseguridad.

Ejemplos: Robert F. Kennedy, Walter Mondale, Phil Donahue, Marilyn Monroe, Diane Keaton, Johnny Carson, Ted Turner, J. Edgar Hoover, Jerry Falwell, Richard Nixon, C. Gordon Liddy, Joseph McCarthy y Archie Bunker.

VISIÓN GENERAL DEL SEIS

Los Seis están llenos de contradicciones. Son emocionalmente dependientes de los demás, pero no revelan mucho de sí mismos. Desean ser íntimos de los demás, pero primero los ponen a prueba para ver si pueden confiar en ellos. Adoran a la autoridad, pero le temen. Son obedientes, pero desobedientes; temerosos de la agresión, pero a veces altamente agresivos. Buscan seguridad, pero se sienten inseguros. Son simpáticos y cautivadores, pero pueden ser ruines y odiosos. Creen en los valores tradicionales, pero pueden subvertirlos. Desean escapar al castigo, pero ellos mismos pueden infligírselo. Los Seis están llenos de contradicciones porque la angustia los hace rebotar de un estado psicológico a otro. Y en respuesta a la angustia, los Seis acuden a una autoridad para aliviar su angustia.

Nuestro sistema de educación nos enseña a tener fe en algo más —una corporación, un matrimonio, un oficio, una profesión, una religión, la política, algo, uno casi podría decir cualquier cosa, que nos ofrezca un conjunto de reglas que podamos obedecer y nos recompense por la obediencia a ellas. Es más seguro ser un animal doméstico que uno salvaje. (Michael Korda, *POWER!* [Poder], 254).

Para los Seis, la seguridad proviene de una lealtad granítica a una autoridad ajena al sí mismo a la cual pueden obedecer. Los Seis desean sentirse protegidos y seguros teniendo algo más grande y poderoso que los guíe. La IBM serviría, pero también el partido comunista, el partido republicano o la Iglesia. Las doctrinas en que creen los Seis son importantes para ellos, pero no tanto como tener alguien en quien creer.

En la Tríada del Hacer

Los Seis son el tipo primario de personalidad en la Tríada del Hacer. Son los que están más fuera de contacto con la capacidad de tomar

decisiones y actuar por su propia cuenta sin consideración a alguien más, especialmente una figura de autoridad en la forma de una persona, una institución o un sistema de creencias. Los Seis acuden a una autoridad para que les dé una dirección en la vida, les diga lo que pueden y no pueden hacer, les ponga límites —en resumen, buscan seguridad, especialmente seguridad emocional. Desde luego, en una forma u otra, todos los tipos de personalidad tienen alguna clase de relación con figuras de autoridad, pero los Seis son los más afectados por esta necesidad.

Los Seis están entre los tipos de personalidad más enigmáticos porque son reactivos, fluctuando de un estado a otro —generalmente el opuesto virtual— en forma muy rápida. Los Seis pueden ser desconcertantes y frustrantes porque se contradicen con tanta frecuencia: pueden ser adorables y cautivadores, luego irritables y negativos; pueden ser decididos y asertivos, luego, casi en el momento siguiente, indecisos y dependientes. Aun citando buscan la aprobación de aquellos que les resultan importantes, se resisten a estar en una posición de inferioridad. Pueden ser obedientes y luego abiertamente desobedientes, desviándose de aquello que la autoridad les ha ordenado hacer. Como resultado, ya que los Seis son el tipo de personalidad más contradictorio, son uno de los más difíciles de comprender. A menudo siguen siendo tan enigmáticos, incluso para la gente más allegada a ellos, que lo máximo que pueden decir los demás sobre ellos es que son “fáciles de querer, pero difíciles de llegar a conocer”.

La clave para entender a los Seis es que son ambivalentes: los dos lados distintos de su personalidad oscilan entre tendencias agresivas y dependientes. Se sienten fuertes y débiles a la vez, dependientes e independientes, pasivos y agresivos. Como con el Dr. Jekyll y Mr. Hyde, es difícil predecir el estado en que los Seis estarán de un momento a otro. En cada Nivel, ellos muestran una personalidad sustancialmente diferente de la anterior y de la posterior.

Para complicar aún más las cosas, los Seis no sólo son ambivalentes hacia los demás sino también hacia sí mismos. Se quieren y luego se menosprecian, sintiéndose inferiores a los demás. Tienen confianza y luego parecen desesperanzados, como si no pudieran hacer nada sin la ayuda de otra persona. Se sienten débiles y cobardes, luego súbitamente se llenan de ira y atacan a los demás. En ellos opera un doble conjunto de impulsos dependientes y agresivos que interactúan constantemente en varias combinaciones complejas, porque los Seis reaccionan en forma ambivalente no sólo a la autoridad externa sino a la autoridad interna, su superego.

El resultado es que los Seis oscilan de un estado emocional a otro. Al cambiar primero de una manera y luego de otra, parecen tener

poca estabilidad emocional o seguridad interpersonal que puedan llamar suya. Por esto es que resulta tan apropiado identificar a los Seis como el tipo de personalidad que tiene “los mayores problemas con el hacer” —no sólo porque acuden a una autoridad externa para que les indique cómo actuar, sino porque las acciones que efectivamente emprenden son a menudo inciertas y tortuosas.

Es imposible entender a los Seis sin entender su naturaleza oscilante. El mantener su sentido del sí mismo requiere que *ambos* lados de su síquis interactúen entre sí. Los Seis no pueden enfatizar un lado de sí mismos e ignorar el otro —por ejemplo, no pueden independizarse suprimiendo su lado dependiente. Para bien o para mal, son una amalgama de ambos lados de sí mismos. Cuando son sanos, ambos lados trabajan de la mano. Sin embargo, si la tensión entre sus dos lados aumenta, también lo hace la angustia, y en eso reside la fuente de muchos de sus problemas.

Problemas con la Angustia y la Inseguridad

Los tres tipos de personalidad de la Tríada del Hacer tienen un problema con la angustia, pero los Seis, como tipo primario, tienen el mayor problema con ella. Son el tipo que está más consciente de la angustia —“angustiados por estar angustiados”— a diferencia de otros tipos de personalidad, que no se percatan de su angustia o que inconscientemente la convierten en otros síntomas. Los Cinco, por ejemplo, desplazan la angustia a tareas intelectuales; los Siete la reprimen mediante una actividad constante. Por otra parte, los Seis están conscientes de que tienen angustia: a veces son capaces de resistirla, y otras sucumben a ella. Sin embargo, debido a su dinámica psicológica, incluso los Seis promedio no siempre pueden mostrar cuán angustiados están en realidad. Hay veces en que quizás no parezcan en absoluto angustiados, ya que cuando reaccionan a la angustia, los Seis promedio pueden ser altamente agresivos y beligerantes. No obstante, la angustia está debajo de todo, ya sea como una expresión de ella o como una reacción a ella.

Junto con la angustia, los Seis promedio a malsanos se sienten inseguros porque sus sentimientos son ambivalentes: no saben qué sienten por los demás. Los Seis desean que la gente los quiera, pero se tornan recelosos de los demás, temiendo no ser queridos. Además, los Seis promedio tampoco saben qué sienten los demás por ellos. Como resultado, ponen a prueba a los demás para descubrir la actitud que tienen hacia ellos, buscando constantemente evidencias de aprobación o desaprobación. Y si los Seis promedio se deterioran hasta la neurosis, se ponen tan recelosos de los demás que se convierten en

individuos paranoides, agobiados por la angustia, y se vuelven tan inseguros que no pueden funcionar.

Los Seis corresponden al tipo de sentimiento introvertido de Jung. Aunque pertenecen a la Tríada del Hacer, los Seis son emocionales porque sus sentimientos se ven afectados por la angustia. Desgraciadamente, la descripción que hace Jung de este tipo no es una de sus descripciones más claras. Posiblemente para explicar su dificultad al describir este tipo, Jung dice:

Es extremadamente difícil ofrecer una relación intelectual del proceso de sentimiento introvertido, o siquiera una descripción aproximada de él, a pesar de que la peculiar naturaleza de esta clase de sentimiento es muy perceptible una vez que uno se ha percatado de ella. (C.C. Jung, *Psychological Types*, 387).

Como acabamos de ver, es difícil describir en términos simples este tipo de personalidad, porque su síquis cambia continuamente. Puede resultar útil pensar en los Seis como “ambivertidos”, una mezcla de sentimientos extravertidos e introvertidos. Por esto es que reaccionan a cualquier cosa que hayan hecho, especialmente si se ha despertado la angustia, haciendo lo opuesto para compensar. Luego reaccionan a este nuevo estado y luego al siguiente, ad infinitum. Por ejemplo, pueden ser afectuosos con alguien; luego, temiendo que se vayan a aprovechar de ellos, se tornan celosos de la misma persona que acaba de ser objeto de su calidez. Pero al angustiarse por sus celos, buscan reafirmación de que la relación aún marcha bien. Tan pronto como reciben reafirmación del otro, los Seis se preguntan si no han sido demasiado congradadores, de modo que sobrecompensan poniéndose defensivos, actuando como si no necesitaran a la otra persona. Y así siguen. Si a usted le cuesta entender a alguien que es una masa de contradicciones, probablemente está ante un Seis.

También es importante comprender que si bien los Seis son emocionales, no muestran sus emociones directamente —como los Dos, por ejemplo— ni siquiera a la gente más allegada a ellos. La ambivalencia hacia sí mismos y hacia los demás los hace emitir señales confusas. O dicho de otra manera, los Seis reaccionan a sus sentimientos —especialmente a la angustia— y comunican sus reacciones más bien que sus sentimientos. Excepto cuando los Seis son muy sanos, los demás rara vez pueden estar seguros de qué cosa realmente los tiene preocupados.

Por esto es que el obtener independencia y estabilidad emocional, especialmente libertad de la angustia, les resulta tan importante. Si son demasiado sumisos, su autoestima sufre: se sienten inferiores a los

demás, como alguien que puede ser vapuleado. Por otra parte, si son demasiado agresivos en su búsqueda de independencia, temen alejar a las mismas personas que les dan seguridad y ser castigados de una manera terrible. El desafío que enfrentan los Seis es encontrar un modo de mantener ambos lados de su personalidad, reduciendo gradualmente las tensiones entre sus lados opuestos hasta que formen una unidad recíproca —ellos mismos como personas sanas.

Orígenes Infantiles

Como resultado de sus experiencias infantiles, los Seis se identifican positivamente con su padre o una figura paterna, tal como un abuelo o un profesor. Cuando niños, los Seis querían la seguridad de ser aprobados por su padre y se sentían angustiados si no la recibían. Al crecer, su identificación positiva con su padre cambió a una identificación con figuras paternas más abstractas, tales como autoridades civiles o sistemas de creencias de los cuales pudieran obtener seguridad.

Cuando niños, los Seis aprendieron a sentirse seguros intentando complacer a su padre de cualquier modo que se los exigiera. Aprendieron a seguir las reglas del hogar y a convertirse en miembros responsables de la sociedad siendo miembros obedientes y aprobados de su primer grupo, su familia. Pero al hacerlo, aprendieron que el valor está fuera de ellos, en la autoridad que los recompensará si hacen lo que se les dice. Si no cumplen con la autoridad, los Seis temen un castigo tanto de la autoridad como de lo que han internalizado de ella, un superego fuerte y activo. Desde luego, los Seis individuales pueden rebelarse o no contra sus figuras de autoridad más adelante en la vida, pero la pauta de orientarse a la vida obteniendo la aprobación de los demás (quienes, de una forma u otra, funcionan como figuras de autoridad) se ha arraigado profundamente en su naturaleza.

De todos los tipos de personalidad, los Seis pueden ser los individuos más atractivos y adorables cuando son sanos. La cualidad reactiva de su síquis los hace deliciosamente juguetones e impredecibles. Desean ser queridos y tienen cualidades cautivadoras e infantiles que no encontramos en ningún otro tipo de personalidad. Si confían en uno, pueden ser los amigos más leales. Si uno goza de su lealtad, lucharán por uno como lo harían por ellos mismos —de hecho, incluso mejor. Sin embargo, los Seis promedio pueden ser demasiado dependientes de la figura de autoridad, mientras que al mismo tiempo reaccionan contra su dependencia y muestran la ambivalencia pasivo-agresiva que hemos visto. Cuando su lado agresivo llega a controlar, los Seis promedio pueden ser los individuos más despreciables y ruines —intolerantes, autoritarios y parciales—, de ningún modo adorables

o cautivadores, como cuando eran sanos. Y si se tornan malsanos, los Seis se sienten dolorosamente inseguros y en extremo angustiados, sobrerreaccionando a todo a medida que sus emociones violentamente fluctuantes les crean graves problemas a ellos mismos y a los demás. Si no pueden resolver sus angustias y conflictos, los Seis se vuelven autoderrotantes, infligiéndose los mismos castigos que tanto temen.

ANALIZANDO AL SEIS SANO

La Persona Autoafirmativa

En su mejor estado, los Seis muy sanos aprenden a afirmarse a sí mismos. Así tienen una base positiva para establecer relaciones equilibradas con los demás y, paradójicamente, consigo mismos. Se sienten seguros, aceptados y cómodos consigo mismos.

La autoafirmación es interna, un acto de fe en uno mismo. Definitivamente no es igual que el alardeo narcisista sobre uno mismo. La autoafirmación de los Seis muy sanos es un acto de confianza en sí mismos que resulta de un darse cuenta de su propio valor sin consideración a nadie más. Su autoafirmación indica un cambio desde ver que todo lo bueno reside en los demás, especialmente en una figura de autoridad, a tener una fe realista en sí mismos. Los Seis muy sanos ya no son reactivos, sino maduros e independientes. Son notablemente más adultos de lo que jamás han sido, hasta tal grado que los demás son capaces de depender de ellos en forma tan plena como probablemente los Seis han dependido de los demás.

En sus relaciones, los Seis muy sanos logran una interdependencia dinámica, una verdadera reciprocidad, que revela lo mejor de ambas partes. Nadie domina la relación y nadie es inferior en ella. Los Seis sanos son capaces de apoyar a los demás y ser apoyados por ellos, amar y ser amados, trabajar por sí mismos y con los demás. Son plenamente cooperadores, socios iguales, capaces de interactuar con los demás sin angustia. Por primera vez en su vida se sienten genuinamente seguros, porque confían en sí mismos, y por lo tanto, son capaces de confiar en aquellos que son dignos de ello.

Sus sentimientos más profundos tienen libertad para surgir porque han abierto las fuentes internas de valentía —la fe en sí mismos. Ya no reaccionan a sus sentimientos y entonces son capaces de expresarse con eficiencia tanto a nivel personal como en su trabajo. Si tienen el talento y la formación, pueden llegar a ser artistas o líderes sobresalientes, porque han adquirido el equipamiento emocional necesario.

Los Seis muy sanos son líderes particularmente eficientes, porque saben cómo es sentirse inseguro y acudir a alguien en busca de ayuda. Son capaces de ayudar a crear una seguridad genuina para los demás. El tornarse valientes es un logro supremo para los Seis, razón por la cual sólo lo vemos en su estado más sano. La valentía de los Seis muy sanos es mucho más loable, porque ha sido ganada no sólo ante dificultades externas, sino ante la duda interna (“La única seguridad es la valentía” —La Rochefoucauld).

Ya que la angustia es parte de la condición humana, incluso para los Seis muy sanos es útil recordar que jamás se librarán completamente de ella. Desde luego, cuanto más integrados son los Seis, menos angustiados se sienten. Pero no pueden esperar no sentir nunca angustia. Los seres humanos no pueden asegurarse contra enfermedades, pérdidas o cualquiera de los miles de accidentes del destino. Por lo tanto, los Seis sanos autoafirmativos no deben exigir sentirse siempre absolutamente seguros, ya que ésta es una meta imposible. Más bien, deben aprender a aprovechar el inevitable grado de angustia que armoniza con el territorio del ser humano para lograr metas más altas.

La Persona Atrayente

Incluso los Seis relativamente sanos no siempre se afirman a sí mismos; tampoco sienten exactamente igual a los demás. Empiezan a buscar seguridad fuera de sí mismos porque, por una u otra razón, temen ser abandonados y estar solos en la vida. Sienten que necesitan a los demás y que su bienestar depende de establecer y mantener relaciones positivas.

La confianza es un asunto importante. Los Seis quieren encontrar a alguien en quien puedan confiar plenamente, para poder establecer vínculos emocionales permanentes que les den la seguridad que desean. Anhelan ser queridos para poder tener la seguridad emocional que proviene de ser aceptado por los demás. Con este fin, los Seis sanos desarrollan la capacidad de atraer emocionalmente a los demás.

Incluso los Seis sanos adultos tienen una cualidad evidentemente cautivadora que atrae en forma inconsciente a la gente. Sin duda, a esta cualidad se refería Jung cuando escribió sobre la dificultad para describir el proceso de sentimiento introvertido.

Si bien los Seis sanos son extremadamente cautivadores, a veces es difícil decir qué los hace así, porque ésta es una cualidad subjetiva: lo que atrae a una persona, puede no atraer a otra. Sin embargo, lo que siempre resulta cierto es que los Seis sanos saben cómo despertar fuertes respuestas emocionales en los demás, comprometiendo inconscientemente sus emociones. Tienen la capacidad de conseguir que la

gente les responda, en parte porque los Seis, junto con los Tres, están entre los tipos de personalidad físicamente más atractivos. Algo de su atractivo puede haber tenido un elemento sexual, seductor. (“Yo quería ser famosa para que todo el mundo me quisiera y así verme rodeada de amor y afecto” —Marilyn Monroe).

Pero es más que eso. La respuesta a qué hace tan atrayentes y adorables a los Seis sanos y qué hace que los demás quieran darles la seguridad emocional que buscan, es que este tipo de interacción ha sido alimentada por los mismos Seis. Su deseo de ser aceptados por los demás lleva a los Seis a comportarse de una manera que anima a los demás a quererlos. Tienen una cualidad incitante y congraciadora que estimula las relaciones. Aun así, su atractivo no siempre es fácil de identificar con exactitud, ya que puede ser muy sutil —asunto de contacto ocular, de sonreír mucho y de claves corporales subliminales—, ni es necesaria y abiertamente seductor o congraciador de un modo lisonjero.

Puede que comprendamos mejor su atractivo observando el mismo proceso en los niños: las cualidades de confianza, expectativa y amor que los niños manifiestan a sus padres, son las cualidades con que los Seis sanos atraen a los demás. Son capaces de comunicar el siguiente mensaje no verbal: “Aquí no hay nada que temer —te puedes acercar a mí, si me dejas acercarme a ti”.

Desde luego, alguna gente es impermeable a esto; considera que el congraciamiento de incluso los Seis sanos es infantil, aunque no necesariamente inmaduro. Si bien hay personas que los ignoran, hay muchas que son susceptibles a su atractivo, y los Seis tienen muchos encantos, ya que intencionalmente tratan de ser queribles. Pueden ser en extremo alegres, juguetones, incluso cándidos, con una encantadora picardía de “niñito”. Tienen una sonrisa contagiosa y un simpático y humilde sentido del humor, embromando a aquellos con quienes desean establecer una relación. La burla bonachona es una señal de afecto por parte de los Seis, una señal de que quieren acercarse más a uno.

Naturalmente, su intento de establecer una relación con otra persona es halagador. A los demás se les pide —más con hechos que con palabras— su amistad, y a cambio se les ofrece confianza y afecto. Una relación con un Seis sano puede ser muy grata y emocionalmente satisfactoria para ambas partes. Nótese, sin embargo, que el deseo de atraer a la otra persona la coloca automáticamente en una posición superior, algo que más adelante tendrá significativas consecuencias.

El Lealista Comprometido

El acto mismo de atraer a otra persona, por lo menos plantea la posibilidad de que el intento sea rechazado o que la relación no marche

bien. Es seguro que el tener que atraer a los demás provocará al menos una pizca de angustia, incluso en los Seis sanos. No pueden sino comprender que, al buscar seguridad fuera de sí mismo, en la buena voluntad y aceptación de los demás, están condenados a sentir algo de inseguridad. Como resultado, los Seis sanos no sólo quieren hacer aparecer los sentimientos protectores de los demás, sino que establecer lazos permanentes. Para estimular esto, se comprometen con los demás, se tornan extremadamente leales y muy confiables.

Los Seis sanos son capaces de comprometerse profundamente con aquellos con quienes han establecido vínculos emocionales especiales. Se entregan a los demás y quieren que éstos les respondan del mismo modo. Por esto es que el pertenecer a alguna clase de familia es tan importante para ellos. La familia es virtualmente un símbolo del tipo de apoyo y estabilidad emocionales que buscan los Seis. Desean tener gente con quien puedan contar, tener una aceptación incondicional, tener un lugar donde pertenezcan. El tener vínculos estrechos con la familia y los amigos les hace sentir que no están solos. El estar comprometidos con los demás disminuye el temor de ser abandonados.

Los Seis encuentran casi imposible romper sus vínculos emocionales, aun si quisieran hacerlo. (“Una vez amigos, siempre amigos”). Si los Seis han entregado su corazón, quizás su amor se convierta más adelante en odio, pero jamás en indiferencia. Para bien o para mal, nunca están completamente libres de sus apegos, ya sea a un individuo, un equipo de fútbol, un país o una creencia. Sus compromisos duran porque no son opciones superficiales, sino profundas identificaciones que se convierten en parte importante de quienes son.

Los Seis sanos expresan su compromiso con los demás siendo extremadamente leales, jamás vacilando en defender a sus amigos y relaciones. Ya sea que los demás tengan o no razón, siempre pueden contar con los Seis. Son el tipo de persona en quien los demás saben que pueden confiar plenamente. En el mundo empresarial, los Seis sanos son muy valorados por su prodigiosamente constante trabajo, diligencia, integridad y capacidad de asumir responsabilidades. Los Seis sanos son trabajadores laboriosos en quienes no encontramos ningún “problema con el hacer”. Son altamente valorados por su confiabilidad, ya sea que trabajen solos o con otra gente. Por estas razones, y porque son tan agradables, los Seis sanos, si están bien dotados intelectualmente, a menudo surgen en su profesión. Tienen éxito como aquella tortuga tenaz que vence a la liebre más rápida.

Algunas de las virtudes de los Seis sanos no están de moda en la sociedad actual del “Yo primero!” y “Buscando el número uno”. Sin embargo, las ventajas de este tipo de personalidad —el compromiso,

la perseverancia, la fidelidad a valores comunitarios, la fe en la lealtad, la familia, la religión, los amigos, y el bienestar del grupo como un todo— hablan por sí solas y no necesitan ninguna apología.

ANALIZANDO AL SEIS PROMEDIO

El Tradicionalista Obediente

Una vez que los Seis se han comprometido con una persona o un grupo, pueden comenzar a temer el responsabilizarse de sí mismos. Desean sentirse seguros adhiriéndose a las reglas del grupo y tener la aprobación de los demás, especialmente de una figura de autoridad, antes de actuar de cualquier manera importante. Los Seis promedio no son independientes ni les interesa serlo. Desean que una autoridad—ya sea ésta una persona (como frecuentemente lo es) o un conjunto impersonal de reglas o creencias— les ponga límites.

La sana lealtad hacia aquellos con quienes están comprometidos, se ha deteriorado en dependencia. Los Seis promedio se sienten cómodos cuando se les dice qué tienen que hacer, y más que cualquier otro tipo de personalidad, intentan encontrar seguridad siendo obedientes a una autoridad global que los guía en todas las áreas importantes de su vida. No cuestionan a la autoridad, ya que ello los haría sentirse independientes y angustiados, sentimientos que preferirían evitar.

A diferencia de lo que vimos en los Seis sanos, es más probable que los Seis promedio sean seguidores antes que líderes. En lugar de tomar decisiones por sí mismos, buscan precedentes y respuestas en documentos o en reglas y reglamentos—en “escrituras” de uno u otro tipo. (Lo más probable es que los Seis promedio que funcionan como líderes lo hagan formando comités y gobernando mediante el consenso antes que tomando decisiones en forma independiente). Las reglas que siguen los Seis promedio están siempre sujetas a la interpretación de una figura de autoridad, desde un sargento que interpreta las reglas del ejército a un sacerdote que interpreta las reglas de la Iglesia, o a la ley misma, que interpreta las reglas de la sociedad. Los Seis sienten que si siguen las reglas, nadie los puede criticar o castigar, no importa qué les ordenen hacer esas reglas. (“Sólo estaba cumpliendo órdenes”, “El sacerdote dijo que estaba bien” y “Yo no hago preguntas, sólo hago lo que me dicen” son declaraciones típicas de su actitud en esta etapa). Pero si bien la obediencia libera a los Seis promedio de mucha angustia, también tiende a arriesgar su propia madurez, ya que dependen de otra persona para que se haga responsable de la toma de decisiones.

Esto no significa que los Seis promedio no puedan tomar decisiones en algunas materias, sino que les cuesta tomar por su propia cuenta decisiones mayores tales como con quién casarse o qué empleo aceptar. Preferirían que otra persona les dijera qué hacer. En un matrimonio, por ejemplo, el peso de tomar decisiones recae en uno de los cónyuges. Esto no quiere decir que la dependencia que encontramos en los Seis promedio sea un desamparo aferrado, sino que los Seis promedio desean seguridad y están dispuestos a subordinarse a otra persona para obtenerla.

Además, los Seis promedio no son blandengues sumisos. Son verdaderos creyentes que, desde su punto de vista, sólo están obedeciendo preceptos legítimos que debieran ser obedecidos porque tienen de su parte el peso de la autoridad y valores tradicionales probados en el tiempo. Por lo tanto, a los Seis promedio no les importa obtener alguna forma de “permiso” antes de hacer cosas, ni les importa seguir reglas y procedimientos oficiales. (De hecho, los Seis promedio son expertos en hacer que las reglas y reglamentos impuestos por la autoridad funcionen a favor de ellos: el tener de su parte a la ley o a la organización, a menudo puede ser muy conveniente).

Así, a los Seis promedio les satisface ser tradicionalistas, fanáticos de la organización y jugadores en equipo, el principal tipo de personalidad que puebla muchas instituciones y burocracias —la espina dorsal de grupos de toda clase. En lugar de verse oprimidos por la autoridad, los Seis promedio se sienten fortalecidos por ella. El pertenecer a un grupo de alguna clase les hace sentir que no están solos, que son más fuertes y seguros precisamente porque son miembros de un grupo. (Una fraternidad, un club o una corporación tiene este atractivo, como también los partidos políticos, los sindicatos y las afiliaciones religiosas). La fortaleza del grupo excede por mucho la fortaleza de cualquier miembro individual, y los grupos son capaces de conseguir muchas cosas que los individuos solos no pueden. Además surgen amistades estrechas (“vínculos” en equipos deportivos o entre las mujeres de una oficina, por ejemplo) que son emocionalmente satisfactorias para los Seis promedio. Sin embargo, hay dos grandes desventajas. Primero, los Seis promedio tienden a hacer cosas porque se les ha ordenado. Quizás la obediencia ciega no sea lo más conveniente para el individuo o, en último término, para el grupo mismo.

En segundo lugar, el poseer una identidad de grupo estimula un modo intolerante de contemplar el mundo, en que todas las personas se dividen en grupos “ellos” versus “nosotros”. Desde luego, el mundo se simplifica enormemente cuando la gente sabe quién piensa igual que ella, quién tiene los mismos valores, quién cree lo mismo acerca

de la religión, el país y la política. Pero la intolerancia también crea divisiones innecesarias entre las personas. E incluso dentro de su propio grupo, los Seis promedio se encargan de descubrir quién está haciendo su parte y quién no. Les desagrade que los demás no tomen a la figura de autoridad o a las reglas tan seriamente como ellos. Si los demás no son tan leales u obedientes, eso no sólo los enfada —los amenaza.

La Persona Ambivalente

Si son demasiado obedientes, los Seis promedio empiezan a preguntarse qué piensa de ellos el resto del grupo. Para mantener su autoestima, los Seis necesitan reaccionar *contra* la gente (incluyendo la autoridad), al menos de vez en cuando. Los Seis promedio no quieren sentir que los demás se están aprovechando de ellos o que no los respetan. De modo que reaccionan contra las personas, tornándose evasivos e impredecibles, a veces en formas humildes, otras siendo cautelosos y abiertamente defensivos.

Recuerde que los Seis pueden ser bastante diferentes de un Nivel a otro a lo largo del Continuum. Ahora estamos comenzando a ver más claramente sus oscilaciones, de la obediencia que acabamos de ver a la ambivalencia, de hacer lo que se les dice a reaccionar contra ello. En esta etapa, los Seis ponen a prueba a los demás (incluyendo a la autoridad) para descubrir qué sienten los demás por ellos. Pero también ponen a prueba a los demás porque los Seis promedio están inseguros de sus propios sentimientos y quieren descubrir qué sienten ellos mismos. Están angustiados respecto a sí mismos y respecto a los demás, a veces reaccionando agresivamente hacia los demás, otras en forma sumisa. A veces, parece, de ambas maneras a la vez. En resumen, sus sentimientos son confusos y contradictorios.

Debido a estas tensiones opuestas dentro de sí mismos y en sus relaciones, los Seis promedio son profundamente ambivalentes. Al emerger los lados opuestos de su *siquis* alternante, los Seis promedio fluctúan entre impulsos sumisos y agresivos, sintiendo que los demás los quieren y luego no. O los Seis sienten que quieren a los demás y luego no. Al conocer su ambivalencia hacia los demás, no pueden sino sentir que los demás son ambivalentes hacia ellos. Y sabiendo cuán rápidamente pueden volverse contra otra persona, los Seis sienten que los demás también se pueden volver contra ellos. Así que se ponen cautelosos y evasivos.

Ya que tampoco están en contacto con sus deseos, a los Seis promedio ahora les cuesta hacer cosas por su cuenta, tomar decisiones solos o conducir a otros si se les pide hacerlo. Dan vueltas en círculos,

incapaces de decidirse, inseguros de sí mismos y de lo que realmente quieren hacer, vacilando y aplazando. Si deben actuar, son en extremo cautos, tomando decisiones tímidamente, cubriéndose de todos los imprevistos con legalismos y precedentes que los guían y protegen. Cuando hay que hacer algo, esperan hasta último momento para comenzar y luego trabajan bajo gran presión para cumplir con sus obligaciones.

La ambivalencia ha sido descrita por los psicólogos probablemente porque la indecisión y la angustia llevan a muchos pacientes a terapia.

La ambivalencia de los pasivo-agresivos se entromete constantemente en su vida cotidiana, resultando en indecisión, actitudes fluctuantes, conductas y emociones opuestas y un generalizado vagabundeo e inconstancia. No pueden decidir si adherirse a los deseos de los demás como un medio de obtener confort y seguridad o dirigirse a ellos mismos para estas ganancias, si ser obedientemente dependientes de los demás o insolentemente resistentes e independientes de ellos, si tomar la iniciativa en gobernar su mundo o quedarse ociosamente sentados por ahí, esperando pasivamente el liderazgo de otros; vacilan, entonces, como el asno proverbial, moviéndose primero en una dirección y luego en otra, sin decidir jamás cuál fardo de paja es mejor. (Theodore Millon, *Disorders of Personality* [Desórdenes de personalidad], 244).

Si bien la ambivalencia permite a los Seis evadir la responsabilidad de su conducta, también genera mucha tensión emocional, haciendo que se pongan tensos y se fatiguen. Es como si simultáneamente tuvieran un pie en el acelerador y otro en el freno. Cada vez que están bajo cualquier tipo de tensión, se quejan mucho y se ponen gruñones y negativos. También pueden ser impotentes o frías cuando la angustia o la tensión obstaculiza su desempeño sexual. Las drogas y el alcohol, en particular, pueden ser utilizados para aliviar las tensiones. Sin embargo, si los Seis abusan de cualquiera de éstos como solución a sus angustias, corren el riesgo de tornarse dependientes, irónicamente canjeando la dependencia de la autoridad por la dependencia de otra cosa, tal vez mucho peor.

En esta etapa llega a ser extremadamente frustrante tratar con los Seis, porque fuerzan a los demás a responsabilizarse de decisiones mientras envían señales confusas respecto a sus propios deseos. El resultado es que nadie puede obtener una respuesta clara de ellos: sí significa no, y viceversa. Pueden decir que les gustaría salir a cenar con alguien, por ejemplo, pero jamás convienen en una fecha. Parecen

ser amistosos pero son defensivos, aferrándose a las personas con una mano mientras con la otra las alejan. Su evasividad obliga a los demás a tomar la delantera en todo, mientras los Seis promedio meramente reaccionan en forma impredecible, ya sea aceptando o rechazando lo que se ha decidido. Si algo sale mal, se quejan ruidosamente al respecto, mientras evitan cualquier responsabilidad por la mala decisión.

Al ser agresivos con los demás indirectamente, los Seis promedio expresan el lado agresivo de su naturaleza pasivo-agresiva. Por ejemplo, un Seis que está enojado con alguien puede dejar “esperando” a esa persona en el teléfono y “olvidarse” de volver a tomar el fono. Un empleado pasivo-agresivo puede frustrar a su superior “olvidando” un fin de plazo o perdiendo material. Debido a su indirección, las agresiones pasivo-agresivas jamás son abiertas, así los Seis pueden evitar la responsabilidad de ellas.

La indirección pasivo-agresiva se manifiesta en todas sus interacciones sociales, incluso en su humor, que ahora es mordaz y sarcástico. El humor pasivo-agresivo permite que los Seis hieran indirectamente a las personas, diciendo lo opuesto de lo que quieren decir. (“Desde luego que te respeto —te trato con todo el respeto que te mereces”). Quizás la gente no entienda cuán cáusticos son sus chistes hasta que el subtexto agresivo sea comprendido más adelante.

Este Nivel es un punto crítico en el deterioro de los Seis promedio. Por primera vez se dan cuenta de que sus actitudes hacia sí mismos y hacia los demás son complejas y confusas. Empiezan a desconfiar de los demás y de sí mismos. No están seguros de la autoridad o qué opina ésta de ellos. No conocen ni sus pensamientos ni sus sentimientos; no están seguros qué hacer o no hacer. En resumen, los asaltan todo tipo de dudas y angustias, y una vez que esto ocurre, son difíciles de aquietar.

El Sujeto Recio Sobrecompensador

Antes que intentar resolver sus dudas y angustias, los Seis promedio reaccionan contra ellas, dando otro vuelco a su conducta. Sobrecompensan la ambivalencia e indecisión, volviéndose muy agresivos consigo mismos y con los demás, en un esfuerzo por demostrar que no están angustiados, ni son indecisos o dependientes. Hacen valer enérgicamente el lado agresivo de su ambivalencia pasivo-agresiva, en un intento por reprimir el lado pasivo.

En esta etapa, los Seis emplean el mecanismo de defensa de “contrafobia” para tratar de dominar sus crecientes angustias, atacando a cualquier cosa que parezca haberlas despertado. En sus formas inocentes, la contrafobia es bien empleada por la gente para dominar

sus temores —por ejemplo, los niños que le temen a la oscuridad, entran adrede a una sala oscura para superar su temor. Pero en este Nivel, los Seis promedio están lejos de ser inocentes. La contrafobia los hace sobrecompensar: atacan en forma demasiado agresiva a todo lo que los amenace. Se vuelven jactanciosos, fanfarrones “tipos recios”, rebeldes y beligerantes, acosando y molestando a los demás de cualquier modo, para demostrar que a ellos no se les puede presionar.

Sus agresiones sobrecompensadas no son una señal de verdadera fortaleza, sino más bien un modo de sentirse superiores a los demás, frustrándolos o dañándolos de alguna manera. En lugar de fortalecerse, los Seis promedio en esta etapa meramente le dificultan la vida a la gente, ya que son ruines y a veces violentos. Son caricaturas de la autoridad, ordenancistas y despreciables tiranos, llenos de bombo y platillos, peligrosos pero débiles —y por lo tanto, especialmente peligrosos.

Ya hemos visto que los Seis promedio se identifican con un grupo, pero ahora son en extremo parciales y autoritarios, dividiendo rigurosamente a las personas en aquellas que están “con nosotros” y aquellas que están “contra nosotros”. Todo el mundo se reduce a meras dicotomías de ellos contra nosotros, no afiliados al grupo versus afiliados, amigos versus enemigos. La lealtad que vimos en los Seis sanos se ha deteriorado en un rancio partidismo militante. Su actitud es “Mi país (mi autoridad, mi líder, mis creencias) tenga o no razón”. Si su grupo se ve amenazado, los Seis promedio consideran que esto es un ataque no sólo a su autoridad y sistemas de creencias, sino a su estilo de vida. Si bien la angustia sigue siendo su problema fundamental, en esta etapa el odio a los demás es su manifestación.

Los Seis autoritarios son extremadamente parciales en la defensa de su propio grupo, reaccionando con mentalidad de sitio a todos los forasteros, a quienes miran con recelo como potenciales enemigos. Como vigilantes, lucharán, a veces en forma bastante fiera, contra los forasteros —e incluso contra miembros de su propio grupo que no les parezcan estar completamente de su parte. Pero debido a la dinámica de la sobrecompensación, irónicamente los Seis a menudo se desvían de las mismas reglas que se les han enseñado. Los Seis que creen tan firmemente en la democracia, se convierten en rabiosos fanáticos, ansiosos de desconocer los derechos civiles de sus conciudadanos. Los cristianos odian, contradiciendo así sus creencias como cristianos. El observante de la ley y el orden público, se transforma en un infractor de la ley en nombre de la ley.

Los Seis que son líderes son especialmente peligrosos en esta etapa. Quizás hayan sido buscados como líderes precisamente por su aparente agresividad y disposición para hacer cualquier cosa con tal

de mantener los “valores tradicionales” del grupo. Desgraciadamente, por lo general resultan ser demagogos, despertando inseguridades en los demás para poder obtener la fortaleza de una turba que los apoya. El estímulo aquí es la inseguridad, el odio, no la valentía.

Si no hay un enemigo claramente definido, los Seis sobrecompensadores encontrarán uno, descargando sus agresiones en un chivo expiatorio de algún tipo. Uno de los aspectos más terribles de los Seis en esta etapa es su necesidad de tener una persona o grupo sobre el cual puedan descargar sus agresiones. Los Seis fanáticos siempre le atribuyen las motivaciones más bajas a sus chivos expiatorios, para sentirse justificados de tratarlos de cualquier modo que satisfaga sus necesidades emocionales. Lo irónico es que la gente a la cual típicamente odian —negros, judíos, homosexuales, extranjeros, “forasteros” de todo tipo— a menudo encarna las mismas debilidades e inseguridades que los Seis temen en sí mismos.

Sería difícil convencer a la gente que no los conoció antes de que se tornaran tan parciales y autoritarios de que son, o una vez fueron, capaces de ser individuos adorables y cautivadores. Ahora son tan ruines y despreciables, que son cualquier cosa menos adorables. Además, ya que la fortaleza de su beligerancia autoritaria se construye sobre un fundamento síquico cambiante, no es un estado permanente. Pero, desgraciadamente, ya que sus agresiones son reales, pueden durar lo suficiente como para que los Seis le hagan malas jugadas, o peores daños, a los demás.

ANALIZANDO AL SEIS MALSANO

La Persona Insegura

Si actúan en forma demasiado agresiva, quizás los Seis empiecen a temer que han puesto en peligro su relación con la autoridad y, como resultado, sufrirán algún tipo de castigo serio. Aunque quizás no se hayan enemistado realmente con la autoridad, ellos temen que sí. Como resultado, llegan a experimentar una intensa angustia, buscando garantías de que, sea lo que sea que hayan hecho en el pasado, su relación con la autoridad aún está intacta. (Debajo de la armadura del autoritario recio hay un niño atemorizado e inseguro).

Los Seis promedio que otrora exhibieron una fortaleza abrumadora, por momentos incluso sintiendo que ya no necesitaban a la autoridad, han cambiado abruptamente. Llorosos y obsequiosos, están disgustados consigo mismos por no haber sido lo suficientemente recios como para valerse por sí mismos, defenderse, ser independientes.

Se sienten cobardes porque no han sido capaces de mantener su conducta agresiva, no porque no lo hayan intentado.

Los Seis se tornan malsanos porque su automenosprecio y colosal inseguridad crean intensos sentimientos de inferioridad y falta de valor. La indecisión y evasividad que vimos en los Seis promedio se han deteriorado en una terrible inseguridad y angustia. Los Seis malsanos están convencidos de que son incompetentes e incapaces de hacer cualquier cosa por su cuenta. Se tornan aferradamente dependientes de la autoridad o, si la autoridad original ya los ha abandonado o rechazado, de alguna nueva autoridad.

Los Seis malsanos se sienten absolutamente sin valor. Gimotean, se quejan y se menosprecian tanto que debilitan cualquier fortaleza restante que tengan y se convierten en una carga emocional para todo el mundo. La gente que los rodea empieza a sentirse insegura y angustiada, porque los Seis tienen la extraña capacidad de traspasar sus angustias, así como otros sentimientos, a los demás. Su desaliento deprime a las personas, virtualmente obligándolas a alejarse. Desde luego, esto sólo hace que los Seis malsanos se aferren mucho más, se pongan más “mórbidamente dependientes”, en palabras de Karen Horney, y más difíciles de tratar.

Se degradan constantemente y de veras se sienten inferiores a todos los demás. (“Cualquier persona que me aprecie debe tener algo que le falla”). Al menospreciarse parecen estar diciendo: “Tú deberías quererme porque yo estoy desvalido y perdido sin ti”. No creen en sí mismos y tampoco creen que alguna otra persona pueda. Si alguien llega a elogiarlos, los Seis malsanos inmediatamente desestiman cualquier cosa positiva que se les haya dicho. No es tanto que estén buscando palabras animadoras, aunque eso ayuda momentáneamente, sino la promesa de que alguien fuerte y sólido se hará cargo de ellos —una figura paterna.

En el trabajo, sus colegas no pueden dejar de notar su inseguridad y angustia. Su desempeño es mediocre porque están demasiado angustiados como para concentrarse, y frecuentemente se ausentan del trabajo debido a misteriosos problemas sicosomáticos, pequeños colapsos físicos que los botan a la cama por uno o dos días, o los hacen “caerse al frasco” por un poco más de tiempo. (Cualquier problema anterior con el alcohol ahora empeora considerablemente, porque los Seis malsanos necesitan el alcohol —o alguna otra droga— para aminorar la angustia y mitigar la inseguridad).

Cuanto más tiempo sigan así los Seis, más desesperanzados e inseguros se sienten y más genuinamente desesperanzados e inseguros se toman. Quizás los demás sospechen que no están realmente interesados en resolver sus problemas, ya que el “tener problemas” y

quejarse de ellos funcionan como modos de obtener reafirmaciones de los demás. En efecto, los Seis malsanos tienen un interés creado en conservar sus problemas, para que alguien venga en su ayuda y les dé la seguridad que añoran.

El Histérico Sobrerreaccionador

Una vez más se hace sentir la naturaleza oscilante de su *siquis*: los Seis malsanos viran del automenosprecio a la angustia sobrerreaccionadora e histérica. En la etapa previa, los Seis malsanos estaban angustiados porque se menospreciaban y se sentían inferiores. Ahora, además, los Seis neuróticos están agobiados por la angustia porque han perdido la capacidad de controlarla. Son irracionales e histéricos cuando reflexionan sobre sí mismos, recelosos y paranoides cuando reflexionan sobre los demás.

La inseguridad se ha intensificado hasta un estado tan grande de angustia flotante, que los Seis neuróticos perciben irracionalmente mal la realidad, convirtiendo todo en una crisis. Los Seis neuróticos inconscientemente proyectan sus propias agresiones en los demás, tornándose paranoides respecto a las agresiones que encuentran. Esto indica otro “vuelco” más en su deterioro, porque los Seis neuróticos ya no ven su propia interioridad como el problema principal, sino la hostilidad que los demás aparentemente tienen hacia ellos. En otras palabras, viran de temerse a sí mismos a temerle a los demás.

En cierto sentido, los temores de los Seis promedio se vuelven a presentar en forma más intensa cuando se tornan neuróticos. Los Seis promedio desean poner a prueba a los demás para descubrir qué opinan de ellos. Los Seis neuróticos están seguros de que el veredicto es negativo y que los demás se disponen a atraparlos. Si su jefe es rudo, los Seis neuróticos sobrerreaccionan en forma irracional, teniendo la certeza de que van a ser despedidos. Si tienen un conflicto con su arrendador, están seguros que los echará o contratará a un matón para vengarse. Ven conspiraciones contra ellos en todas partes; se sienten perseguidos por todo el mundo, especialmente por la autoridad que, están convencidos, está tratando de castigarlos por sus faltas. En efecto, los Seis neuróticos están en un conflicto particularmente terrible respecto a la autoridad: ya que están tan angustiados, necesitan más que nunca a la autoridad; pero, debido a su paranoia, los Seis neuróticos sienten que la autoridad los detesta.

Es importante comprender que los Seis neuróticos son manojos de temores irracionales que buscan razones para tener miedo. Viven bajo una nube de pavor, absolutamente seguros de que algo horrible está a punto de sucederles, aumentando en forma completamente

desproporcionada los incidentes más pequeños. Desde luego, es imposible razonar con ellos. Todo les parece como el fin del mundo, y ya que sin duda tienen problemas genuinamente serios, entran en pánico respecto a todo. Precisamente cuando sus problemas y faltas se están multiplicando, no pueden darse abasto.

Sin embargo, sus sobrerreacciones histéricas pueden ser algo adaptativas. La conducta irracional —el tipo de actuación histérica y exagerada en que caen los Seis neuróticos— les impide confrontar plenamente sus temores. Así, la histeria es una forma de defensa maníaca que les permite alejarse de cualquier cosa que los esté aporalemando. También sigue siendo un medio de tratar de obtener ayuda de los demás, ya que tienen tanto miedo.

El Masoquista Autoderrotante

Si el sobrerreaccionar a sus temores no proporciona la ayuda que desean, quizás los Seis neuróticos induzcan a los demás a castigarlos para mantener una relación con ellos, aunque sea una relación masoquista.

Se tornan autoderrotantes, otro vuelco. En lugar de seguir estando agobiados por la angustia, viviendo con el temor de que les ocurra algo espantoso, los Seis neuróticos se causan la derrota y el castigo. Irónicamente, tal como alguna vez pueden haber perseguido y hecho “pagar el pato” a otros, ahora dirigen sus agresiones contra sí mismos con el mismo odio y deseo de venganza.

Los Seis neuróticos se causan algún tipo de desastre, no para terminar su relación con la autoridad, sino para restablecer una relación protectora. Al causarse la derrota, por lo menos se evitan el ser derrotados por otra persona. Por doloroso y humillante que sea lo que se hacen a sí mismos, ello expía la culpa y modera las autocondenas que podrían empujarlos al suicidio. En cierto sentido, entonces, se derrotan y se humillan para poder ser rescatados de un destino peor.

También es importante entender que los Seis neuróticos son masoquistas no porque les guste sufrir en sí, sino porque esperan que su sufrimiento atraiga a alguien que los salve. El sufrimiento masoquista busca la unión con otro, como para decir: “Castígame porque he sido malo. Luego me puedes amar nuevamente”.

Wilhelm Reich convenía en que tras la conducta del masoquista existía el deseo de provocar a las figuras de autoridad, pero discrepaba en que esto fuera para sobornar al superego o para ejecutar un castigo temido. Más bien, sostenía él, esta grandiosa

provocación representaba una defensa contra el castigo y la angustia al sustituir un castigo más moderado y hacer aparecer a la figura de autoridad provocada bajo tal luz como para justificar el reproche del masoquista: "Mira lo mal que me tratas". Tras tal provocación hay una profunda desilusión del amor, una desilusión de la excesiva demanda de amor del masoquista basada en el temor de ser dejado solo. (Leland E. Hinsie y Robert J. Campbell, *Psychiatric Dictionary* [Diccionario siquiátrico], 452).

Aun cuando los Seis neuróticos logren ser castigados por alguna otra persona, de todas formas conservan un elemento de control. Por lo tanto, su autoestima no está en un cero absoluto. Han obtenido el castigo y la reafirmación que quieren de la autoridad mediante el acto de ser castigados. Para los Seis neuróticos, ser castigados por la autoridad aún es ser amados. Aún le importan a alguien. Así, el masoquismo evita el problema mucho más amenazante de ser rechazados y abandonados, y da a los Seis neuróticos un grado de satisfacción sin el cual probablemente se suicidarían.

DINÁMICA DEL SEIS

Dirección de Desintegración: El Seis Va al Tres

Los Seis que van al Tres ya no dirigen su agresión contra sí mismos en forma masoquista; más bien, la dirigen contra otros para verlos sufrir. El ir al Tres marca la aparición de sus sentimientos sádicos y agresivos en forma concentrada. Las agresiones hacia los demás se han estado acumulando durante un tiempo, pero salvo durante el Nivel de sobrecompensación beligerante, los Seis por lo general reprimen sus agresiones en lo posible, para poder obtener amor y protección de los demás.

Ahora se elimina cualquier restricción interna que previamente ponían a su conducta agresiva, y los Seis se vuelven tan sicopáticos como los Tres malsanos. El odio autoritario que se ve en los Seis promedio retorna en una forma mucho más agresiva y peligrosa. Los Seis deteriorados atacan violentamente a los demás para superar de una vez por todas sus sentimientos de inferioridad. Hieren por venganza a los demás, aun cuando sus víctimas quizás no hayan sido la verdadera causa de su sufrimiento.

Los Seis que van al Tres manifiestan todos los rasgos de los Tres malsanos. Pueden ser sicopáticamente sádicos y destructivos, verse consumidos por el odio y el deseo de destruir a aquellos que no los

aman. Se convierten en mentirosos patológicos por la misma razón que los Tres malsanos —para engañar a los demás y vencerlos. Pueden violar, torturar y matar a sus víctimas.

Pero los Seis en el Tres siguen siendo fundamentalmente Seis, y son ambivalentes hacia el otro odiado: su siquis aún dividida desea obtener amor de la misma persona con la cual quizás sean violentos. La violencia sicopática, al menos en los Seis deteriorados, es sólo otra forma de autoderrota, pero una que exige el castigo más severo. Si han violado la ley, los Seis en el Tres no lograrán suscitar un castigo que los reconcilie con el otro. Más bien, quizás sean encarcelados o ejecutados, o ellos mismos se conviertan en el objeto de odio y venganza.

Dirección de Integración: El Seis Va al Nueve

En términos más sencillos, los Seis necesitan resolver su ambivalencia y su angustia respecto a sí mismos y a los demás. Esto es precisamente lo que ocurre cuando van al Nueve.

Los Seis en el Nueve son emocionalmente mucho más abiertos, receptivos y compasivos con las demás personas, y como resultado, su espectro emocional se amplía mucho más. Los Seis en vías de integración son emocionalmente estables, pacíficos y serenos. Superan plenamente su tendencia a ser dependientes, y se vuelven autónomos e independientes, personas en las cuales se puede confiar. Los Seis en vías de integración son capaces de reafirmar y apoyar a la gente antes que buscar reafirmación y apoyo de los demás, como hemos visto a lo largo de su Continuum.

En efecto, los Seis en el Nueve son bastante diferentes de incluso los Seis sanos. En el Seis en vías de integración ha ocurrido un cambio revolucionario en un sentido positivo: se independiza, y sin embargo, paradójicamente, está más cerca que nunca de los demás.

Un beneficio inesperado de este desarrollo es que los Seis en vías de integración ganan un mayor número de amigos que el que tenían cuando acudían a los demás en busca de protección, o como figuras de autoridad o como miembros de su grupo de pertenencia. Como ya no son reactivos con las personas, pueden establecer vínculos estables con ellas. Los demás los buscan porque son tan sanos, maduros y bien intencionados con la gente. No se han dejado atrás la naturaleza juguetona y el sentido del humor que vimos en los Seis sanos, aunque a estas cualidades se han sumado el carácter alegre, el optimismo y la bondad del Nueve, rasgos que no son propios de los Seis, pero que ahora poseen en abundancia.

Los Seis en vías de integración por fin obtienen no sólo seguridad sino la capacidad de confiar en los demás, algo que siempre los ha eludido. Ya que ahora confían en sí mismos, ellos pueden —y lo hacen— finalmente confiar en los demás.

PRINCIPALES SUBTIPOS DEL SEIS

El Seis con un Ala Cinco

Los rasgos del Seis y los del ala Cinco están en cierto grado de conflicto entre sí. La orientación general de los Seis es hacia la dependencia de los demás, mientras que la orientación de los Cinco es hacia el desapego de la gente para poder evitar que alguien influya en ellos. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Richard Nixon, Robert F. Kennedy, Robert Redford, Peter Ueberroth, Rock Hudson, Paul Newman, Billy Graham, Walter Mondale, Alexander Haig, G. Gordon Liddy, Joseph McCarthy, J. Edgar Hoover, Jerry Falwell, Lyndon La Rouche, Meir Kahane y John Hinckley, Jr.

Los individuos sanos de este subtipo no sólo son cautivadores, también pueden ser muy interesantes. Quizás tengan una fuerte vena intelectual, dependiendo de cuánta ala Cinco haya en su personalidad global. Frecuentemente tienen agudas intovisiones que se basan en conocimientos académicos o prácticos. Por lo general son perspicaces observadores del ambiente, especialmente de la gente, y aprecian más la previsión y el predecir cómo reaccionarán los demás. Sus percepciones son más originales que las de los Seis con un ala Siete, pero ya que el Seis es el tipo básico, se desarrollan no como intelectuales sino como individuos extremadamente competentes e inteligentes.

La angustia que vemos en los Seis promedio también hace que la gente de este subtipo sea más intensa que los Seis con un ala Siete. Los individuos de este subtipo tienden a reprimirse en la expresión de sus emociones, y por lo general son más cínicos, negativos y contenciosos. Los mundos legal y empresarial son ruedos típicos para sus energías. También ven al ambiente como un lugar amenazante; son corrientes la suspicacia, el sigilo, el fanatismo y el ser miembro de organizaciones de protección mutua. También tienden a ser los físicamente más atractivos de los dos principales subtipos del Seis; este grupo incluye algunos de los individuos físicamente más atractivos de todos los tipos de personalidad, según los patrones estadounidenses contemporáneos. Pero quizás el narcisismo (arrogancia, impetuosidad) sea una sobrecompensación por su inseguridad y sentimientos de inferioridad. Los conflictos sexuales pueden ser un problema, ya que existe una mayor desconfianza de los demás.

Los individuos malsanos de este subtipo son extremadamente desconfiados, tendiendo a la paranoia moderada o severa. Quizás abusen del alcohol o las drogas como un medio para manejar la angustia y los delirios paranoides, y soportar sus sentimientos de inferioridad. Pueden haber tendencias sadomasoquistas en las expresiones sexuales. Debido a su naturaleza reclusiva, los demás serán incapaces de ver la magnitud y esencia de su autodestructividad. Este también es un subtipo muy violento. La tensión intensa probablemente llevará a arranques de ira y conductas extremadamente destructivas, acompañados por quiebres con la realidad. El asesinato es más probable que el suicidio.

El Seis con un Ala Siete

Los rasgos del Seis y los del ala Siete se refuerzan entre sí. Este subtipo es más claramente extravertido, está más interesado en pasarlo bien, es más sociable y, para bien o para mal, está menos focalizado en el ambiente o en sí mismo que los Seis con un ala Cinco. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Ted Kennedy, Marilyn Monroe, Johnny Carson, Phil Donahue, Ted Turner, Bruce Springsteen, Sally Field, Diane Keaton, Teri Garr, Elton John, Rob Reiner, Mikhail Baryshnikov, Reggie Jackson, Tom Selleck, Billy Carter, Andy Rooney, Fred Mertz, Archie Bunker y el León Cobarde.

La gente sana de este subtipo no sólo desea sentirse aceptada y segura con los demás sino también feliz, especialmente con respecto al bienestar material. Los individuos de este subtipo son extremadamente simpáticos y sociables, no tomándose ni a sí mismos ni a la vida demasiado en serio, o al menos, no en forma solemne. Si son inteligentes y talentosos, pueden realizarse en una serie de áreas, particularmente en los deportes, la entretenición, la política o las artes —cualquier campo que los ponga en contacto con la gente o el ojo público. Por lo general, las personas de este subtipo son extremadamente juguetonas y graciosas, ya que el sentido del humor es uno de sus medios más sobresalientes para enfrentar la vida y sus tensiones.

Los individuos promedio de este subtipo no manejan bien la angustia, la tensión o las presiones. Reaccionan tornándose ambivalentes e indecisos, así como impulsivos, gruñones y malhumorados. Usan su sentido del humor para apartar a los demás, y su pasivo-agresividad para escaparse de situaciones desagradables. Son cascarrabias, agriando fácilmente a aquellas personas y cosas que les han causado un disgusto y despertado sus agresiones o angustia. Sin embargo, hacen más amenazas que verdadero daño. Cuando sobrecompensan, son menos propensos a destruir a los demás y más

proclives a hacer aquellas cosas que a la larga pueden volverse autodestructivas.

Los individuos malsanos de este subtipo están más dispuestos a tornarse dependientes de los demás y no intentan disimular la profundidad de sus necesidades emocionales. Los sentimientos de inferioridad se combinan con el deseo de escapar de sí mismos. Los Seis malsanos con un ala Siete tienen pocos medios para manejar la angustia, y a medida que ésta empeora, se vuelven cada vez más inestables emocionalmente. Las personas de este subtipo huyen de la angustia, tendiendo a ponerse maníacas antes que paranoides. Expresan sus temores inconscientes en conductas sin inhibiciones, cayendo en sobrerreacciones histéricas con mucha más facilidad que el otro subtipo. Este subtipo también está sujeto a debilitadores ataques de pánico, ya que la angustia, antes que la agresión, lleva la voz cantante. Son probables los intentos de suicidio —como un modo de obtener ayuda.

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Al reflexionar sobre el deterioro de los Seis, podemos ver que han arruinado su deseo de seguridad. Los Seis malsanos son individuos autoderrotantes que resultan ser sus peores enemigos. Si persisten en conductas masoquistas y autoderrotantes, los Seis neuróticos probablemente alejarán a todas las personas de las cuales dependen. Serán abandonados y quedarán solos, precisamente las cosas que más temen.

No hay nada de malo en establecer vínculos con los demás, pero es crucial que los Seis estén enterados del carácter de sus figuras de autoridad, ya que tienen una influencia tan importante sobre ellos. El compromiso con una persona buena sirve de mucho para ayudar a los Seis a ser buenos ellos mismos; el compromiso con una persona que haga aparecer sus agresiones e inseguridades, tendrá verdaderamente muy malos efectos en ellos.

Los Seis temen ser abandonados y quedar solos, porque sin al menos otra persona en su vida, estarían completamente a merced de la angustia. Los demás les ponen límites, gobernando sus fluctuaciones entre la angustia y su respuesta a ella, la agresión. Sin embargo, los Seis necesitan cierta tensión en su siquis para mantener su sentido del sí mismo. Irónicamente, entonces, los Seis interactúan con la gente tanto para controlar la angustia como para estimularla. Pero, desde luego, la angustia es desagradable y la agresión peligrosa, así que los Seis también acuden a los demás para salvarse de las consecuencias de ambos estados si éstos escapan a su control. Así, su siquis presenta un

dilema insoluble a menos que los Seis puedan encontrar un modo de salir completamente de él. Deben aprender que no tienen que reaccionar a la gente o depender de ella si confían en sí mismos. Los Seis pueden confiar en sí mismos sólo si aprenden que tienen una autoridad dentro de ellos mismos. Y al confiar en sí mismos, de verdad aprenden a confiar en los demás, transformando sus agresiones en fuentes de poder constructivo.



CAPÍTULO 9

TIPO SIETE: EL GENERALISTA

PERFIL DEL SIETE

Sano: Se convierte en un individuo reconocido, agradecido, asombrado por las maravillas de la vida: gozoso, extático. Altamente responsivo, entusiasta, vivaz y vital. Práctico, productivo, un “realizador” versado: el individuo de aptitudes y conocimientos variados que hace muy bien muchas cosas distintas. Con frecuencia, asombrosamente multitalentoso.

Promedio: El individuo mundano y conocedor, que se divierte constantemente con cosas y experiencias nuevas. Extravertido, sin inhibiciones e hiperactivo, un “hacedor”, metido en demasiadas cosas en forma superficial: un diletante. Materialista, consumidor conspicuo, codicioso de más, nunca se siente satisfecho. Exigente, egocéntrico, inmoderado pero ahíto.

Malsano: Puede ser duramente ofensivo e insensible respecto a las necesidades ajenas mientras va en busca de lo que desea. Impulsivo, infantil y odioso: no sabe cuándo hay que detenerse. Pervertido, un escapista disipado. Se descontrola, expresando la angustia en conductas sin inhibiciones antes que encararla. Defensas adictivas, compulsivas, maniaco-depresivas. Reacciones “histéricas” de pánico cuando fallan las defensas.

Motivaciones Claves: Desea ser feliz, pasarlo bien y divertirse, hacer y tener más de todo, escapar de la angustia.

Ejemplos: Arthur Rubinstein, Leonard Bernstein, Barbra Streisand, Peter Ustinov, Joan Collins, Joan Rivers, Liberace, John Belushi, Auntie Mame y Marta en *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*

VISIÓN GENERAL DEL SIETE

No es demasiado difícil ver por qué la vida de hedonismo diverso es insatisfactoria aun en sus propios términos. El aburrimiento, su enemigo final, es inevitable... Una vida dedicada a la colección de experiencias agradables o “interesantes” es una vida vacía. No es una vida del espíritu, sino una en que el espíritu desaparece en la multitud de diversiones... Cuando pensamos en ello, todos sabemos que los que están en condiciones de disfrutar las diversiones dulces de la vida, no están en mejor posición, de ningún modo fundamental, que los que no están en esa situación. Sabemos que aquellos que se han entregado a una vida de autoindulgencia a menudo se ven atormentados por el vacío, la soledad, el odio a sí mismos, la nostalgia, y sin embargo, no están dispuestos a cambiar. Pero aunque sepamos todo esto, seríamos renuentes a dejar pasar la oportunidad de una vida así. ¿Por qué? Porque nos convencemos de que seríamos juiciosos en el uso del placer. Practicaríamos la moderación... Una vida de diversiones superficiales tiene gran atractivo, tal como una bandeja de pasteles para un niño. En este último caso, sabemos que es porque el niño no es serio respecto a sus hábitos de alimentación. Lo mismo ocurre con nosotros... El entregarse a la indulgencia es decir: “Todo lo que soy es un potencial para el placer. Cuanto más placer exista, más grande soy”. Por supuesto, nadie puede creer esto en serio, y por ello es que una vida así descansa en el autoengaño. (John Douglas Mullen, *Kierkegaard's Philosophy* [La filosofía de Kierkegaard], 100-101).

Algunos de esos individuos benditos con los placeres más dulces de la vida de hecho no están “atormentados por el vacío, la soledad [y] el odio a sí mismos”. Algunos son verdaderamente felices y saben cuán benditos son. También existen aquellos que parecen ser bastante felices —al menos, creen serlo— pero tan sólo están entretenidos y distraídos, capturando los placeres de la vida antes que vivenciando la felicidad en sus niveles más profundos. Finalmente, existen aquellos que pese a que lo tienen todo, están amargados y decepcionados. Por alguna razón, la posesión de riqueza y todas las cosas buenas de la vida no ha sido suficiente para ellos. ¿Por qué las diferencias entre estas tres clases de personas?

Todos los tipos de personalidad se ven enfrentados al asunto de cómo “usar” el mundo en la forma más ventajosa para ellos, aunque el Siete es el tipo que mejor ejemplifica este problema universal. ¿Cómo disfrutar los placeres sin vivir para el placer? ¿Cómo poseer las cosas buenas de la vida sin ser insensible a las necesidades ajenas? ¿Cómo vivir en el mundo sin perderse en él? Para bien o para mal, el Siete vive de estas preguntas.

En la Tríada del Hacer

Los Siete son uno de los tres tipos de personalidad en la Tríada del Hacer. La naturaleza de su problema potencial con el hacer es que tienden a excederse en todo, circulando fuera de control en la búsqueda de felicidad. Los Siete se excitan con el ambiente: responden intensamente a los estímulos, entregándose por completo al mundo de las experiencias con una enorme vitalidad. Los Siete reaccionan a todo con tal inmediatez, que hagan lo que hagan, ello los conduce rápidamente a más hacer.

La experiencia es su guía en la vida. Los Siete se sienten cómodos entre los sabores, colores, sonidos y texturas del mundo material. Su identidad y autoestima dependen de que ellos obtengan un flujo continuo de sensaciones. Sus rasgos de personalidad, sus mecanismos de defensa y sus motivaciones reflejan el hecho de que para los Siete todo lo deseable existe fuera de sí mismos en el mundo de las cosas y experiencias. Por lo tanto, los Siete tienen muy poco interés en lo que no pueden sentir de inmediato. No son ni introspectivos, ni especialmente orientados hacia las personas. Más bien, son orientados hacia las experiencias —extravertidos, prácticos y materialistas. Sienten que el mundo existe para su placer y que depende de ellos obtener lo que desean para sí mismos.

Cuando son sanos, sus experiencias son una fuente de inmensa satisfacción para ellos, y aprenden a hacer bien muchas cosas, pues el foco de su atención está en producir algo en el ambiente. Sin embargo, el foco de los Siete promedio vira de la productividad a la posesión y consumo de más bienes y experiencias. Se mantienen ocupados para conservar alto su nivel de estímulo. Sin embargo, la hiperactividad hace que a la larga la felicidad los duda, pues no aprecian nada de lo que hacen o tienen. Por esto es que, si se tornan malsanos, los Siete son poco más que escapistas disipados, actuando impulsivamente y cada vez más fuera de control.

Los Siete corresponden al tipo de sensación extravertida de la tipología jungiana:

Como la sensación está fundamentalmente condicionada por el objeto, aquellos objetos que estimulan las sensaciones más intensas, serán decisivos para la psicología del individuo. El resultado es un fuerte vínculo sensual con el objeto... Los objetos son valorados en tanto estimulen las sensaciones, y en tanto esté dentro del poder de la sensación, son plenamente aceptados en la conciencia, sean o no compatibles con juicios racionales. El único criterio de su valor es la intensidad de la sensación producida por sus cualidades objetivas...

Ningún otro tipo humano puede igualar en realismo al tipo de sensación extravertida. Su sentido para los hechos objetivos está extraordinariamente desarrollado. Su vida es una acumulación de experiencias reales de objetos concretos... Lo que experimenta sirve a lo más como una guía de sensaciones nuevas... Para él, la sensación es una expresión concreta de la vida —es simplemente la vida real vivida al máximo. Todo su objetivo es el goce concreto, y su moralidad se orienta conforme a esto. (C.C. Jung, *Psychological Types*, 362-363).

La descripción de Jung del tipo de sensación extravertida se aplica excepcionalmente bien a los Siete. Ningún tipo de personalidad es más práctico o más ampliamente versado que ellos. Su orientación positiva e incluso gozosa hacia el mundo, les produce mucha felicidad a ellos mismos y a los demás. Pero si sus apetitos superan a su capacidad de controlarlos, los Siete promedio consumen más de lo que necesitan y más de lo que posiblemente pueden apreciar. Empiezan a disfrutar menos sus experiencias mientras se angustian por obtener más de todo.

Problemas con la Angustia y la Inseguridad

Al disminuir el goce, los Siete promedio se sienten angustiados e inseguros, los problemas comunes de la Tríada del Hacer, lo que los lleva a excederse mucho más en sus actividades. Pero al tornarse hiperactivos, los Siete promedio a malsanos no sólo no disfrutan lo que hacen, sino que se angustian e insegurizan aún más y se ven tentados a entregarse aún más a los placeres. No comprenden que, al volverse adictos a estar en movimiento, cada vez les costará más salir de este círculo vicioso.

Ya que son tan cabalmente extravertidos, los Siete son completamente intolerantes a la angustia. No desean encargarse de ella o examinar sus causas en su vida, porque el hacerlo los lleva hacia adentro, angustiándolos; la extraversion los tira hacia afuera, hacia el ambiente, reprimiendo automáticamente la angustia. Descubren que

las distracciones que brindan sus actividades reprimen la angustia cada vez que ésta amenaza con salir a la conciencia. Por lo tanto, se entregan a más y más experiencias para no tener que enfrentar la angustia o cualquier sensación de infelicidad.

El defecto de esto es que cuanto más hacen los Siete promedio a malsanos, menos satisfacción pueden brindar sus experiencias. No ven que su felicidad es precaria y fácil de perder, porque ni interiorizan sus experiencias, ni controlan sus apetitos. Finalmente, si invierten poco de sí mismos en sus experiencias, los Siete no pueden estar satisfechos con lo que hacen. Ante su pánico creciente, descubren que nada los hace felices. Entonces se enfurecen y aterrorizan, porque parece que la vida los ha privado cruelmente de la felicidad.

Orígenes Infantiles

Los Siete se desarrollan como lo hacen porque, cuando niños, tuvieron una orientación negativa hacia su madre o hacia un sustituto materno. Por una amplia variedad de posibles razones, los Siete se sienten frustrados por su madre, quien no los hizo sentirse seguros. Como resultado, los Siete intentan compensar el nutrimento que sienten que no recibieron, consiguiendo cosas por ellos mismos.

Es probable que, en la mayoría de los casos, su madre no se haya propuesto frustrarlos cuando niños. Algunas otras privaciones infantiles, tales como las de la pobreza, la guerra, la orfandad o una enfermedad prolongada, pueden haber hecho temblar sus expectativas de que se les brindarían las cosas buenas de la vida. La pobreza, por ejemplo, bastaría para impulsarlos a acumular dinero y así jamás volver a vivenciar las privaciones de la pobreza. De este modo, sea cual sea la razón, el temor a la privación se convierte en la motivación fundamental para este tipo de personalidad. El otro lado de la moneda síquica es que los Siete exigen que todos sus deseos sean satisfechos. El poseer cualquier cosa que crean que los va a hacer felices, se convierte en la simbolización del tener el amor de su madre.

Problemas con los Apetitos y las Agresiones

Los Siete promedio desean satisfacción instantánea. No se ponen ningún límite, ni se niegan nada. Si ven algo que quieren, deben tenerlo. Si se les ocurre hacer algo, deben hacerlo de inmediato. Si algo les da placer, desean más de eso al instante. Sus apetitos son intensos, y los extremos a que llegan para satisfacer sus deseos nos permiten caracterizar a los Siete como personalidades agresivas. Sin embargo,

ya que también son inseguros, el cuadro es confuso: enrolan sus impulsos agresivos para mantener en jaque a sus angustias e inseguridades.

Los Siete típicamente también entran en conflicto con la gente, colocando a los demás en posición de tener que ponerles límites en lugar de hacerlo ellos mismos. Cualquier autocontrol que tengan los Siete promedio, debe venir de afuera de sí mismos, ya sea de los demás que están obligados a decirles no o de la realidad misma, que bien puede frustrar sus deseos. Si están frustrados, los Siete se enfurecen porque ello inconscientemente los hace recordar sus carencias infantiles reales o imaginarias. Es muy probable que aquellos que frustren a los Siete promedio a malsanos jamás vayan a olvidar la ira que despertaron o la profundidad de la necesidad que los Siete inadvertidamente muestran.

Sin embargo, cuando los Siete son sanos, se ocupan de satisfacer sus necesidades genuinas antes que cada deseo. Son productivos, aportando al mundo en lugar de simplemente consumirlo. Se vuelven versados, haciendo que el ambiente entregue más de sus riquezas para ellos y los demás. También son individuos extraordinariamente felices, porque de verdad asimilan sus experiencias, contactándose con sus sentimientos y consigo mismos.

Pero al deteriorarse hacia el estado malsano, los Siete permiten que sus apetitos se disparen y se ponen codiciosos, egoístas e insensibles a las necesidades ajenas. Sólo se preocupan de su propia satisfacción. La ironía terrible es que ya que los Siete malsanos no interiorizan nada, nada los puede satisfacer. Son como drogadictos que necesitan dosis cada vez mayores para mantener sus éxtasis artificiales. A la larga, los Siete malsanos se ponen tan poco discriminatorios en su búsqueda de felicidad que se descontrolan totalmente, tanto en sus acciones como en su capacidad de reprimir su angustia siempre creciente. El pánico los abrumba porque no tienen nada sólido adentro a lo cual anclarse. El tipo que afirma la vida tan completamente cuando es sano, se convierte, cuando es malsano, en el tipo que está más aterrorizado por las condiciones mismas de la vida.

ANALIZANDO AL SIETE SANO

El Apreciador Extático

En su mejor estado, los Siete muy sanos tienen suficiente fe en la realidad como para permitirse hacer contacto con el ambiente sin intentar que éste les suministre algo. Descubren que cualquier cosa

que les brinde la vida, es suficiente para satisfacerlos —si lo asimilan dentro de sí mismos. Además, la realidad vivenciada profundamente los pone no sólo felices sino extáticos, impulsándolos a ir más allá de la mera aceptación de la realidad para afirmar la vida tal como es. (“¡Amo la vida incondicionalmente!” —Arthur Rubinstein).

Al afirmar la vida, los Siete permiten que el misterio y lo precario de la existencia humana les causen impresión. Pero antes que sentirse angustiados por la fragilidad inherente de la existencia, los Siete muy sanos celebran la vida por lo que es. Posiblemente por primera vez son capaces de percibir algo más allá de la superficie externa de la vida hacia la posibilidad de una realidad metafísica que nunca antes habían vislumbrado. Afirmar la realidad en la profundidad de su alma es un logro especial para los Siete, lo cual los lleva hacia algo superior a la mera felicidad psicológica hasta un éxtasis que va más allá de las palabras y los sentimientos. Sienten que la vida tiene algo sagrado que debe ser reverenciado y respetado. Llenos de asombro, absortos en la admiración, caen de rodillas para agradecer y alabar.

Son tremendamente agradecidos de todo, comenzando con el hecho inexplicable de la existencia misma. La vida es tan maravillosa, admirable y asombrosa que los Siete muy sanos pueden encontrarle algo bueno a todo, incluso a aquellas cosas que jamás pensaron que los harían felices. La increíble riqueza de la existencia tiene un profundo efecto en ellos, transformando a los Siete desde adentro. Su vida interior —la vida espiritual— se convierte en una realidad para ellos. Así, incluso el lado oscuro de la vida, y el conocimiento de que va a terminar en la muerte, ya no resulta tan aterrador, porque esto también es parte de la existencia que ahora abrazan. Paradójicamente, justo cuando los Siete son capaces de soltarla, la vida significa más que nunca para ellos.

Ya que comprenden que todo es un regalo, no algo que existe para su satisfacción egoísta, aprenden a apreciar las cosas como son en sí mismas antes que como objetos que deben ser consumidos. Así, los Siete muy sanos adquieren fe en la bondad esencial de la vida. (“Considera los lirios del campo... no labran la tierra, ni tampoco hilan”). Y descubren que, cuando todo está dicho y hecho, no importa lo que tengan, ello basta para hacerlos profundamente felices si lo usan en forma adecuada. No tienen que pugnar para adquirir posesiones, ya que cada momento, si es comprendido, ofrece la posibilidad de satisfacer sus necesidades más profundas. No serán infelices si se focalizan en lo que es verdaderamente mejor en la vida —no los bienes aparentes sino los bienes reales, las cosas de valor que perduran.

Cuando los Siete muy sanos están en este estado de afirmación extática, se ven continuamente sorprendidos por la realidad, ya que

hay dimensiones de ella que jamás han experimentado antes, una ironía maravillosa para aquellos que creen que han vivenciado todo. Su éxtasis, el mayor placer que jamás han tenido, puede ser vivenciado una y otra vez porque la realidad es inagotable. Siempre habrá suficiente para ellos. Es imposible que se sientan carentes.

El Entusiasta Feliz

Incluso los Siete sanos no viven siempre en este alto grado de equilibrio psicológico. Antes que asimilar las experiencias, responden a ellas de inmediato. Su conciencia se hace extravertida, o se vuelca hacia afuera, de modo que cada estímulo trae una respuesta inmediata, preparándolos para ser estimulados otra vez.

Los Siete sanos están abiertos a las experiencias en una forma inigualada por ningún otro tipo de personalidad. El mundo sensorial los excita y desean que su excitación continúe por tanto tiempo y de tantas maneras placenteras como sea posible. Su siquis es cargada por el mundo tangible, cerrando de inmediato el acceso a sus experiencias inconscientes, porque al instante se percata de la realidad e inmediatamente responde a ella.

El “mundo interior” de aun los Siete sanos es difícil de describir porque está compuesto de impresiones de cosas del mundo real. Su vida interior es un catálogo de sus experiencias. De hecho, los Siete no tienen un mundo interior así como poseen un paisaje exterior, una red de actividades e intereses por los cuales se autocrean aún más fuentes de estímulo, que a su vez crean un aura de energía y excitación en torno a ellos, como para decir: “Yo siento, por lo tanto, estoy vivo”.

Los Siete sanos se consideran felices y entusiastas. Les gusta ser felices y crean felicidad psicológica, la sensación de euforia, la meta de su vida. Resultan ser compañía muy agradable, porque casi siempre están de buen humor. Su vitalidad, vivacidad y alegría de vivir son contagiosas, haciendo que la gente se sienta estimulada por su compañía. Es verdaderamente entretenido estar con ellos, ya que son tan alegres y vivaces. Los demás no pueden sino verse contagiados por su buen humor (“La energía es un deleite eterno” —William Blake).

Dada la suficiente inteligencia, los Siete tienen fantásticas destrezas lingüísticas: son expertos en idiomas, ingeniosos y rápidos para responder y están dotados de la capacidad para aprehender la forma y la estructura rápidamente, desde el lenguaje de la música hasta el del ojo —color, forma y diseño. Los Siete tienen excelente memoria, ya que todo se registra en su mente como la luz en una película: basta una breve exposición. Instantánea y fácilmente, recuerdan historias, anécdotas, partituras musicales, frases del cine y cuentos.

Aunque los Siete sanos tienen gustos y aversiones intensos, son extremadamente positivos respecto a todo. "Piensan joven" y poseen una notable jovialidad, aun cuando hayan envejecido. También son extremadamente flexibles, capaces de rebotar de contratiempos y decepciones inevitables como un ave fénix que renace de las cenizas. Los Siete jamás permiten que las cosas los depriman por largo tiempo; parecen tener un modo de sacar el máximo provecho de cualquier situación en que estén ("Si la vida te da limones, haz limonada").

En resumen, los Siete parecen estar benditos con una enorme vitalidad física, con la capacidad de ser recargados por todo lo que les ocurra. Su mismo contacto con el mundo los vigoriza para más; cada experiencia parece aumentar su capacidad para más experiencias.

El Generalista Versado

Más allá de su gran vitalidad y enorme entusiasmo, los Siete sanos aportan algo valioso a los demás, porque son individuos extraordinariamente prácticos y productivos, realizadores que les va bien en cualquier cosa en que se focalicen. Son personas de aptitudes y conocimientos variados, multitalentosas, que gozan de un asombroso despliegue de destrezas. Son tan competentes en lo que hacen, que los Siete se convierten en constructores de puentes desde un área de experiencia a otra. Saben enormemente acerca de una amplia variedad de materias, especialmente prácticas, fecundando por fertilización cruzada sus numerosas áreas de interés.

Los Siete sanos se sienten envidiablemente cómodos en todo: saben varios idiomas, son capaces de tocar una serie de instrumentos musicales, son excepcionalmente competentes en su profesión, pueden cocinar bien, esquiar y son expertos en arte, música, teatro, etc. Muy literalmente, todo el mundo parece estar a su disposición.

Como grupo, los Siete sanos son probablemente el tipo de personalidad más talentoso. Si son excepcionalmente inteligentes, quizás hayan sido niños precoces. Pero estén o no extraordinariamente dotados, por lo general los Siete son mucho más versados de lo que se esperaría para sus años o experiencia. Gran parte de esto es consecuencia de la extraversión de su síquis: virtualmente toda su atención y energía está localizada hacia afuera en el mundo. Los Siete no se distraen con reflexiones introspectivas que podrían hacerlos apartarse de la acción práctica. Al contrario, están ansiosos de sumirse en nuevos proyectos. De hecho, uno de sus distintivos es que no temen probar cosas nuevas. Su deleite con el mundo siempre los lleva de vuelta al mundo. El resultado es que constantemente adquieren nuevos intereses y destrezas.

Cuanto más cosas realizan los Siete sanos, más cosas son capaces de realizar —las destrezas traen consigo más destrezas. El ejercitar una habilidad los lleva a nuevas áreas, y sus capacidades crecen exponencialmente a medida que los Siete hacen más y más con ellas. Por ejemplo, un Siete puede aprender a tocar piano y una cantante podría pedirle que la acompañe. Luego el Siete podría interesarse en preparación vocal y podría surgir la oportunidad de dirigir la compañía de ópera local o una orquesta —y podría comenzar una carrera. Es posible que a otro Siete le guste contarle cuentos a sus hermanos y decida escribir algunos para publicarlos. Dentro de poco, los cuentos se transforman en un libro, luego en novelas o guiones de cine, lo que puede llevarlo a convertirse en libretista o actor. Una cosa siempre lleva a otra, y siempre y cuando los Siete se comprometan con lo que están haciendo, entonces no sólo se deleitan a sí mismos, sino que lo que producen es una fuente de deleite y goce para los demás también.

Una de sus fuentes duraderas de placer comprende el imbuir su entusiasmo a los demás. Ya sea el objeto de su entusiasmo una pintura, una galleta, una obra musical o una idea, a los Siete sanos les gusta compartir su fervor. Los Siete sanos desean que los demás lo pasen bien y aprecien lo que ellos aprecian. Precisamente este rasgo encantador es lo que atrae a mucha gente hacia ellos.

ANALIZANDO AL SIETE PROMEDIO

El Mundano Experimentado

Ya que sus experiencias les resultan tan satisfactorias, los Siete empiezan a temer que si se localizan en sólo una o dos cosas, van a perder otras, así es que comienzan a querer más de esas cosas que los han hecho felices. Este no es un deseo irrazonable, pero en términos coloquiales, “sus ojos se agrandan más que su estómago” y todos sus apetitos aumentan. Como resultado, los Siete promedio literalmente se tornan más experimentados, probando todo al menos una vez para poder ver y hacer todo, y por lo tanto, no vivenciar la angustia que resulta de privarse de cualquier cosa.

La diferencia entre los Siete sanos y los Siete promedio es que éstos son menos productivos y más materialistas, menos genuinamente versados y más adquisitivos. Lanzan su red más ampliamente para tener más sensaciones diferentes. Aumentan sus deseos por cosas siempre nuevas y mejores, desde poseer un abrigo de piel hasta ir a restaurantes caros y tener ropa y joyas finas. En resumen, los Siete

promedio desean más posesiones y más experiencias porque creen que el tener más de todo los hará más felices.

Si cuentan con los fondos suficientes, en esta etapa los Siete promedio pueden convertirse en individuos mundanos y concededores, gente con “clase” y que sabe cómo llevar una vida de glamour y elegancia. Aquellos Siete que tienen menos dinero pueden adquirir menos, pero no son necesariamente menos adquisitivos.

En los niveles inferiores, este tipo es el amante de la realidad tangible, con poca inclinación a la reflexión... Sentir el objeto, tener sensaciones, y si es posible, disfrutarlas —ése es su objetivo constante. De ninguna manera resulta poco querible; al contrario, su vivaz capacidad de disfrutar lo hace muy buena compañía; generalmente es un sujeto alegre y a veces un esteta refinado. En el primer caso, los grandes problemas de la vida penden de una cena buena o regular; en el último, todo es cuestión de buen gusto. Una vez que un objeto le ha dado una sensación, no queda nada más que decir o hacer al respecto. No puede ser nada que no sea concreto y real; las conjeturas que van más allá de lo concreto son admitidas sólo a condición de que aumenten la sensación. La intensificación no tiene que ser necesariamente placentera, pues este tipo no necesita ser un voluptuoso común; simplemente está deseoso de sensaciones más fuertes, y por su propia naturaleza, sólo las puede recibir desde el exterior. Lo que proviene de adentro, le parece mórbido y sospechoso... Si es normal, está visiblemente bien adaptado a la realidad. Ese es su ideal, e incluso lo hace ser considerado con los demás. Como no tiene ideales conectados con ideas, no tiene ninguna razón para actuar de manera contraria a la realidad de las cosas como son (C.C. Jung, *Psychological Types*, 364).

Como señala Jung, los individuos promedio de este tipo de ninguna manera son poco queribles; son *bon vivants* que desvergonzadamente buscan la buena vida. La burla sofisticada, la despreocupación y la alegría están a la orden del día. Los Siete típicamente son excelentes anfitriones; les encanta ofrecer cócteles y cenas, agasajando a sus invitados con un estilo tan fino como puedan solventar. Conocen la buena comida y saben cocinar bien —o cuál banquetero es mejor. Siempre andan a la moda y generalmente elegantes. Los Siete promedio conocen lo mejor y les da placer crear una atmósfera rica y lujosa para sí mismos, su familia y amigos. Su sueño es tener tanto dinero como para no preocuparse más acerca de tenerlo.

Sin embargo, el estilo y nivel de opulencia pueden variar enormemente entre los Siete promedio, dependiendo de cuán refinados sean sus placeres, la cantidad de dinero a su disposición, su grupo socioeconómico, educación e inteligencia. Algunos Siete pueden ser garbosos y chic, imponiendo modas de alta sociedad en los restaurantes más nuevos o en la ópera y los estrenos teatrales. Por otra parte, si sus finanzas no lo permiten, quizás algunos Siete promedio tengan que contentarse con algo menos lujoso, aunque siguen con la costumbre de adquirir todas las posesiones y experiencias que puedan solventar. Quizás vayan al cine en lugar de al teatro, o a Europa sólo una vez al año en lugar de tres o cuatro, como les gustaría. En lugar de ir a clubes nocturnos, quizás vayan a partidos de fútbol y a centros comerciales. En lugar de diamantes, imitaciones de vidrio. Lo importante para los Siete promedio es la adquisición constante de experiencias nuevas y agradables. (“¡Quiero todo!”).

Sin embargo, el peligro para todos los Siete promedio es que a medida que crecen sus apetitos, discriminan menos sus experiencias y se convierten en meros consumidores antes que concedores. Sus apetitos siempre aumentan más rápidamente de lo que pueden ser satisfechos.

El Extravertido Hiperactivo

Cuanto más hacen, menos discriminatorios se ponen los Siete promedio respecto a la variedad y calidad de las experiencias que se permiten a sí mismos. Le temen al más mínimo instante en que nada esté ocurriendo, porque puede que la angustia tenga la oportunidad de registrarse en su mente. Viran de la sofisticación a un entregarse sin inhibiciones a una actividad constante para mantener su estímulo, y por lo tanto, su sentido del sí mismo. Están en perpetuo movimiento, lanzando toda su energía hacia afuera en una fuga centrífuga de sí mismos a medida que buscan experiencias siempre nuevas. Su credo se convierte en “Yo hago, por lo tanto, soy”.

Ya que no se niegan nada, los Siete promedio viven tantas experiencias al día como lo permitan las veinticuatro horas. Desean una variedad constante y siempre están buscando algo nuevo y diferente para divertirse. Cuanto más rápido el tranco, mejor. No tienen el menor interés en meditar sobre su conducta o en detenerse un momento para reflexionar entre el barullo de sus actividades. Literalmente todo lo hacen rápido —comen rápido, hablan rápido, piensan rápido— y así pueden llegar al próximo acontecimiento. Los Siete promedio se acostumbran tanto a vivir a 190 kilómetros por hora, que disminuir a tan sólo 160 sería aburrido.

El principio de placer es su principio guía. Todo tiene que ser divertido! Si no lo es, inmediatamente pierden interés y se van a alguna otra cosa. Los Siete son gregarios, ruidosos y llamativos, personajes públicos a quienes nada les gusta más que estar en una fiesta rodeados de otra "gente divertida". Uno los escucha decir que todo lo que hacen es "¡maravilloso!", "¡fabuloso!" o "¡sensacional!" —tres de sus adjetivos favoritos de uso múltiple ("¡La obra era sensacional, la actuación fabulosa y la escenografía absolutamente maravillosa; luego fuimos a un restaurante fabuloso y lo pasamos sensacional, fabulosa y maravillosamente bien!").

Los Siete poseen una inequívoca cualidad oral y muchas de sus actividades favoritas se centran en la boca. Son típicos el hablar, comer, beber, fumar, reír, hacer chistes, chismear —y por lo general, se hacen todos al mismo tiempo, si es posible. Son, por ejemplo, el tipo de personalidad más hablador, diciendo cualquier cosa que se les ocurra. Su falta de inhibición los hace ser muy divertidos, y ya que generalmente han hecho tantas cosas distintas, tienen montones de historias que relatan en un lenguaje colorido y con gran desplante. Insolentes e irreverentes, no toman nada en serio y todo lo convierten en un chiste como un modo de lidiar con sus angustias y problemas.

Los Siete promedio tienen algo de artista y comediante. Muchos comediantes profesionales son Siete; la fuente de gran parte de su comedia es la inseguridad y angustia subyacente al humor de este tipo de personalidad. Su humor, como su vida, depende de seguir sin inhibiciones y censurarse lo menos posible. No hay nada sutil en los Siete promedio: dejan que los demás sepan exactamente lo que piensan, aun a riesgo de herir los sentimientos ajenos. Si bien puede que ofendan a algunos, otros encuentran refrescantes sus insolencias y excesos.

Aunque sean divertidos y gregarios, los Siete promedio generalmente no son los mejores conversadores, porque no escuchan a nadie. Desean ser el centro de atención, que los demás los escuchen, se rían con sus chistes y estén interesados en lo que a ellos les interesa. Pero no corresponden con interés genuino. ("Oh, qué simpático. Ahora déjame contarte lo que yo hice hoy"). También saltan de un tópico a otro a medida que nuevos pensamientos pasan por su mente, interrumpiendo a los demás para que siga la diversión. Aun el entrar en acaloradas discusiones es un modo de crear excitación, de mantener alto el nivel de estímulo, y de divertirse.

El problema con su hiperactividad es que fomenta la superficialidad y la trivialidad, ya que los Siete promedio hacen demasiadas cosas diferentes como para hacer algo bien. Irónicamente, por todo lo que hacen, los Siete promedio no perciben sus experiencias, porque no reflexionan mucho sobre nada. O están haciendo otra cosa (leyendo el

programa durante una obra) o van en camino del próximo acontecimiento, demasiado ocupados como para reflexionar sobre lo que acaban de hacer. A lo sumo, emiten un breve comentario y eso es todo (“La comida estuvo buena, pero he comido mejor”).

Aunque frecuentemente son talentosos e inteligentes, los Siete promedio desperdician muchas oportunidades de hacer algo útil. Más bien, se quedan en la superficie y tontean. Aunque no les gusta admitirlo, son meramente frívolos y locuaces. La gran capacidad de logro que vimos en los Siete sanos se ha deteriorado hasta un mero ser superficial. Ya no son concedores sino diletantes. (Puede que aún canten, pero no demasiado bien, ya que no practican; aprenden algunas frases en francés y después siguen con el ruso; se dedican al bordado, luego a la pintura, luego a la fotografía, luego al piano. Pero nunca llegan a ser diestros en nada, porque no perseveran lo suficiente). Tan pronto como una actividad requiere concentración o esfuerzo, los Siete promedio se aburren y pasan a algo nuevo. Racionalizan su superficialidad considerándose aprendices de todo, pero, como dice el refrán, en realidad son expertos de nada.

La gente es significativa en su vida, porque los Siete promedio no soportan estar solos. Sin embargo, los amigos y la gente en general son esencialmente incidentales para los Siete: continúan relaciones que contribuyen a su goce y abandonan sin remordimiento aquellas que no. Sus matrimonios pueden durar sólo uno o dos años, las relaciones menos serias, un tiempo considerablemente menor. Una vez que desaparece la novedad, los Siete desean pasar a otra cosa.

Su labor profesional también sufre, porque el realizar un buen trabajo requiere concentración, y los Siete promedio no destinan su tiempo o atención a nada rutinario. Su mente está en otra parte, en actividades más placenteras. O gastan mucho tiempo en almorzar, comprar o ir de vacaciones, porque su torbellino de actividades los tiene exhaustos. Este es un punto crítico en su desarrollo, porque la hiperactividad no es tan productiva como meramente bulliciosa y agitada. No pueden estar quietos; deben tener algo que hacer cada minuto, incluso en vacaciones. (Se volverían locos en una cabaña junto a la playa, a menos que la cabaña estuviera en el centro de Río). Se distraen con facilidad. De hecho, se inventan distracciones para evitar el aburrimiento. No soportan el silencio —la radio y el televisor están siempre encendidos mientras hablan por teléfono.

A los Siete promedio les falta asimilación personal. Lo que hace interesante a la gente es el elemento subjetivo, cómo le afectan sus experiencias. Lo interesante, por ejemplo, no es cuántas películas vemos a la semana, sino qué significan para nosotros. Pero ya que los Siete promedio consumen experiencias sólo para mantener alto su

nivel de estímulo, aprecian muy poco de lo que hacen. Y ya que no asimilan sus experiencias, irónicamente los Siete se vuelven menos interesantes —menos desarrollados y más infantiles— como seres humanos. A menudo surgen conflictos interpersonales porque su compañía es menos satisfactoria para los demás. La actividad incesante se torna cansadora.

El Materialista Inmoderado

En esta etapa les angustia frustrarse de cualquier manera, así que exigen más de todo, especialmente de aquello que otrora les distraía o agradaba. (Ya no contentos con un Cadillac, deben tener un Rolls y un Jaguar; un abrigo de piel no basta, deben tener dos o tres). Ahora se ponen codiciosos y agresivos, insistiendo en que los demás los complazcan para que todos sus apetitos sean satisfechos de inmediato. (“Quiero *más* —¡y lo quiero *ahora!*”). No toleran la incomodidad física o emocional, ni ninguna clase de inconveniente. Exigen satisfacción instantánea de todos sus deseos.

El tener mucho dinero es un valor muy importante para los Siete promedio en este Nivel, a fin de que puedan obtener todo lo que deseen en cualquier momento. Es típico que gasten todo su dinero en sí mismos, por lo general acumulando rápidamente grandes deudas en el proceso. No pueden negarse nada y no ven ninguna razón para dilatar el satisfacerse cuando con las tarjetas de crédito pueden obtener cualquier cosa que deseen. Los Siete que no tienen mucho dinero hacen del adquirirlo su prioridad fundamental, ya sea casándose por dinero o ganando lo suficiente para vivir según el estilo al que se han acostumbrado. El casarse por amor puede ser un ideal fantasioso para ellos, pero los Siete materialistas no permiten que el amor, o su ausencia, sea un impedimento para obtener lo que desean.

Su estilo de vida es francamente materialista, de consumo conspicuo y exhibición ostentosa de riqueza. En esta etapa, los Siete promedio son consumidores voraces. (“Veo lo que deseo y lo persigo hasta obtenerlo”). La codicia es el pecado capital de los Siete y en ninguna parte es más evidente que en un materialismo tan excesivo que llega a ser obsceno. Van demasiado lejos en todo, sobrepasando los límites de la necesidad real y el buen gusto hacia el ámbito del exceso desmedido. (“Si una cosa es buena, dos son mejor”). Irónicamente, el conecedor mundano se vuelve ostentoso y vulgar a medida que se deteriora hasta las formas más burdas de materialismo.

El exceso toca todas las áreas de su vida, incluyendo las medidas que toman los Siete para proteger su salud y jovialidad, que son muy importantes para ellos. (“Jamás se puede ser demasiado rico o

demasiado delgado” —Duquesa de Windsor). Se tuestan hasta que su piel parece cuero y necesitan cirugía cosmética. Comen y beben tanto que deben ir a un campamento para adelgazar, operarse la barriga o secarse en un sanatorio. Las mujeres Siete tienden a vestirse recargadamente y utilizan tanto maquillaje y joyas que se ven vulgares aun cuando hayan gastado una fortuna en su atuendo. Los hombres Siete generalmente se ven como nuevos ricos, luciendo colores y diseños llamativos —todo muy caro, pero que refleja un gusto dudoso.

Desde luego, cualquiera de los tipos de personalidad puede ser inmoderado de vez en cuando, pero el exceso es un distintivo de los Siete en esta etapa, porque conscientemente no se ponen límites, aun cuando su hedonismo bien se merecería un grado de moderación. Todo lo contrario: de adrede son inmoderados y desmedidos. (“Nada tiene tanto éxito como el exceso”). Derrochadores y pródigos, consumen y luego desechan una vez que han obtenido lo que desean. Su actitud es “Yo tengo lo mío, ¿entonces qué me importan los demás?”.

A pesar de todo lo que tienen, son celosos de los que parecen tener más que ellos. También son completamente egocéntricos y totalmente insensibles respecto al bienestar ajeno, excepto si atañe a su propia conveniencia o comodidad. Los Siete en esta etapa no comparten lo que tienen con ninguna otra persona y no desean que los demás dependan de ellos. Piensan que los demás debieran cuidarse a sí mismos igual que ellos. Debajo de cualquier barniz de modales mundanos que pudiera quedar, son tan duros como clavos.

Huelga decir que el anteponer su propia satisfacción a cualquier otra cosa los hace ser muy malos padres, pues son demasiado egocéntricos como para ocuparse de verdad de las necesidades de sus hijos. Los hombres Siete ciertamente no son cariñosos, y las mujeres Siete están lejos de ser el tipo maternal. Antes que permitir que los hijos interfieran con su estilo de vida, pueden optar por un aborto o entregar al niño en adopción. El tener una familia los ata y les pone exigencias, circunstancias que ellos desean evitar.

El problema que los Siete inadvertidamente se crean es que se acostumbran tanto a la inmoderación, que *nada* puede satisfacerlos a menos que sea en una dosis excesiva. Necesitan más y más de todo tipo de estímulos para que cualquier cosa les provoque un impacto. Para llegar al estado de éxtasis que desean pero que son incapaces de conseguir en forma natural, quizás comiencen a ser sexualmente promiscuos, a utilizar drogas (especialmente cocaína y alcohol) o a gastar grandes sumas de dinero en nuevos juguetes más

caros. Pero aquí otra vez se crean problemas, pues son adictivos. Los Siete se tornan fácilmente dependientes de la fuente de estímulo, sea cual sea —televisión, salir de noche, sexo o drogas. Una vez que se acostumbran a algo, están enganchados —y de pronto no pueden funcionar sin ello.

Lo penoso es que los Siete promedio en esta etapa carecen completamente de un sentido de verdadera felicidad. Tienen todo lo que el dinero puede comprar, pero sus experiencias no los engrandecen. En efecto, todo lo contrario: se endurecen emocionalmente y están cada vez más insatisfechos. Desgraciadamente para ellos, también son insaciables. El exceso habitual los ha vuelto literalmente insaciables.

ANALIZANDO AL SIETE MALSANO

El Escapista Impulsivo

Puesto que no reflexionan sobre sus experiencias, los Siete generalmente no saben cómo descubrir por qué son infelices y están insatisfechos, especialmente ya que casi siempre poseen tantas de las cosas buenas de la vida. Pero ellos sólo tienen conciencia de que son infelices, así que empiezan a atacar a cualquier persona o cosa que pareciera haberles negado lo que desean.

Los Siete malsanos siguen estando en movimiento —de hecho, en fuga— como un surfista que va por la cresta de una ola antes de romper. Se convierten en escapistas totalmente disipados. La hiperactividad sin inhibiciones que vimos en los Siete promedio se ha deteriorado en una conducta completamente no discriminatoria, la sensación de que todo vale si promete hacerlos felices o aliviar sus tensiones o angustia. Pueden entregarse a escapadas sexuales y a la bebida o drogas hasta estar completamente envidados. Pueden intentar prácticas sexuales cada vez más depravadas, pues los Siete malsanos siempre están buscando nuevas emociones y una nueva vía de escape de sí mismos. Se vuelven tan disipados que no pueden, y no desean, centrarse o hacer un verdadero contacto con nada.

Acabamos de ver que los Siete son personalidades adictivas, pues se tornan dependientes de cualquier cosa que les haya dado placer o aliviado la angustia. Ahora es muy grande el potencial para la adicción a varias formas de estimulantes (para poder divertirse) y narcóticos (para poder relajarse y perder el conocimiento sin sentirse angustiados). En este punto, es casi seguro que los Siete habrán abusado de

cada tipo de estimulante y tranquilizante que puedan probar en su búsqueda de felicidad, volviéndose gradualmente más infelices a cada paso en el camino.

Si se frustran por el más mínimo instante, se enfadan excesivamente, diciendo y haciendo cosas insultantes, groseras y poco consideradas. Son como niños malcriados, poniéndose rudos y ofensivos si los demás no les brindan lo que desean, diciendo impulsivamente todo lo que se les ocurra, sin importar cuán falso o hiriente sea. Los demás generalmente encuentran molesta y detestable su conducta, aunque no pueden hacer mucho al respecto. A los Siete malsanos les importa un bledo si hieren los sentimientos ajenos o arruinan un momento. Si algo no les gusta, tienen pataletas, empiezan a gritar o hacen otra clase de escena para dar rienda suelta a su ira.

Al no tener la capacidad de reprimir sus impulsos, los expresan en conductas sin inhibiciones, haciendo cualquier cosa que los motive en ese momento. Si tienen rabia, agarrarán algo y lo tirarán por la habitación; si tienen pena, estallarán en llanto. Si sienten deseos de insultar a alguien, lo harán sin vacilación o vergüenza. Los Siete malsanos no reprimen nada, pues su única forma de tratar la angustia, la agresión o cualquier otro sentimiento perturbador, es entregarse a él, descargándolo de inmediato.

Desde luego, al actuar así no sólo obtienen a menudo lo que desean (los demás quedan mudos de vergüenza o choqueados hasta la resignación), sino que consiguen otra forma de satisfacción instantánea al descargar las tensiones. No obstante, al expresar sus sentimientos en conductas sin inhibiciones, los Siete malsanos refuerzan la impulsividad, lo que a la larga empeora las cosas para ellos. Además, la impulsividad revela cuán infantiles y emocionalmente inmaduros son. Como resultado, poca gente puede soportar su compañía durante largo tiempo, lo cual sólo los frustra y enfurece mucho más.

El Maníaco-Compulsivo

Los Siete malsanos se deterioran de la impulsividad a la manía, en una total fuga de sí mismos. Sin embargo, aún son capaces de funcionar, pues todavía no vivencian la angustia directamente. No obstante, los Siete neuróticos causan estragos en el ambiente y en sus relaciones, porque están completamente descontrolados y son en extremo inestables en su conducta y estados de ánimo. Son tan erráticos e impredecibles como el rumbo de un tornado.

La hiperactividad que vimos en los Siete promedio se ha deteriorado en una manía neurótica donde los estados de ánimo, las ideas y las acciones cambian rápidamente. Su estado de ánimo puede oscilar

de una hostilidad beligerante a un remordimiento lloroso o a una sensación de exaltación, todo esto en un lapso de pocos minutos. Naturalmente, los demás encuentran que es muy difícil luchar con este tipo de cosas, y si intentan razonar con los Siete neuróticos o ponerle límites a su “buen humor”, los Siete generalmente reaccionan en una serie de formas impredecibles y peligrosas.

Aunque por lo general su estado de ánimo es bueno, los Siete de hecho están exaltados en forma delirante, teniendo sus estados de ánimo una cualidad característicamente poco natural y compulsiva. Se sienten más arriba que alto, en la cresta de la ola, llenos de excitación. Hablan fuerte y rápido, como si estuvieran tomando anfetaminas. Sienten que pueden hacer cualquier cosa, y así quizás derrochen grandes sumas de dinero o planes grandiosos que de hecho no pueden llevar a cabo. O ya que no se detienen a considerar las consecuencias, quizás utilicen dosis peligrosas de drogas y alcohol para mantener sus sensaciones de exaltación.

También es típico que los Siete maníacos se entreguen compulsivamente a una serie de actividades diferentes, para poder mantener sus defensas contra el deprimirse. Estas actividades compulsivas pueden adoptar muchas formas distintas —desde un compulsivo ir de compras o jugar por dinero, a ininterrumpidos episodios compulsivos de ingesta de alcohol o drogas, comer compulsivo o actividades sexuales compulsivas. Incluso las “manías” formales como la cleptomanía (impulso neurótico de robar) pueden ser parte de este cuadro, dependiendo en qué objetos se hayan focalizado sus impulsos.

Si los Siete neuróticos no se dan cuenta de que se han tornado delirantes, es porque no comprenden hasta qué grado están fuera de control. Desde su punto de vista, su única defensa contra la angustia es expresarla en conductas sin inhibiciones antes de que tenga la oportunidad de grabarse en su mente. Hay cierta lógica en esto, ya que, a través de sus actividades maníacas, los Siete neuróticos son capaces de crear nuevas (aunque delirantes) fuentes de experiencia contra las cuales pueden descargar su angustia. Así, el completar sus planes no es lo verdaderamente importante: el tener vías de escape sí lo es.

Sin embargo, lo que los Siete neuróticos no pueden apreciar es que ahora están en una situación muy peligrosa. Su mente es como una gota de agua que resbala sobre una plancha caliente —el disminuir la velocidad significaría su fin. Si perdieran la capacidad de mantenerse en un constante movimiento disipador de angustia, se deprimirían seriamente, justo lo que su actividad maníaca está impidiendo, y por esto es que se le llama defensa maníaco-depresiva. Además,

lo compulsivo de sus actividades inevitablemente empieza a crearles problemas de uno u otro tipo. Los demás (y la realidad misma) necesariamente deben frustrarlos, eliminando las rutas que pueden tomar para escapar de sí mismos.

El “Histórico” Despavorido

A la larga, los Siete maníacos llegan a un punto en que han “consumido” todo en su ambiente, lo cual no les deja nada en qué apoyarse. La angustia que han sido capaces de reprimir al mantenerse en movimiento, finalmente irrumpe en la conciencia. Pero ya no hay dónde ir, nada a qué aferrarse. El resultado es que se atemorizan histéricamente, como si estuvieran siendo perseguidos por una bestia enfurecida. Son “históricos” en el sentido común de la palabra —están aterrados, temblorosos, incapaces de actuar o hacer algo que los ayude, así de grande es su terror.

Esos individuos endurecidos y mundanos que parecían enteramente capaces de cuidarse a sí mismos, de pronto se ven devastados por un caudal de angustia del que ya no pueden escapar. Sus defensas se desmoronan instantánea y completamente, lo que deja a los Siete neuróticos experimentando una abrumadora cantidad de angustia. Desde luego, cualquier cantidad de angustia es extremadamente amenazante incluso para los Siete promedio, ya que viene de su inconsciente, un territorio que les resulta desconocido. Pero esto es aún más cierto en los Siete neuróticos, que súbitamente sienten como si se los estuvieran tragando. El mundo tangible que otrora les pareció tan sólido, no es lo suficientemente sólido como para salvarlos del innumerable espanto que los circunda a medida que su inconsciente irrumpe en la conciencia.

En momentos de pánico como éstos, los Siete neuróticos vivencian en sus horas de vigilia la clase de terror que la gente normal siente momentáneamente en sus pesadillas, de las cuales afortunadamente despierta. Las personas normales se vuelven a contactar con la realidad al despertar y así son capaces de volver a reprimir su terror. Pero en esta etapa, los Siete neuróticos no pueden hacerlo. Ya están plenamente despiertos y no hay dónde esconderse. Se sienten claustrofómicamente paralizados de temor, aterrorizados de ser aniquilados, de volverse locos y de verse atrapados en interminables tormentos sin salida.

Uno de los aspectos más aterradores de su angustia es que la fuente de su terror aún es innumerable —y por lo tanto, extremadamente difícil de tratar, mucho menos de resolver. La razón es que los Siete se han entregado habitualmente a una vida externalizada, de experiencias y estímulos cada vez mayores, y como resultado, se

convierten en individuos totalmente desequipados para contactarse consigo mismos. A medida que se deterioraban por el Continuum, estaban en cierto sentido “comprando tiempo”, esperando que no hubieran consecuencias negativas por el modo superficial en que estaban viviendo. Ahora se dan cuenta que estaban equivocados.

DINÁMICA DEL SIETE

Dirección de Desintegración: El Siete Va al Uno

Como hemos visto, los Siete neuróticos están en un estado de pánico, temerariamente fuera de control. Cuando van al Uno, lanzan toda su energía en alguna dirección o plan mediante el cual esperan recuperar una sensación de control. Lo que más necesitan es autocontrol —un modo de centrarse y encontrar estabilidad emocional—, y el ir al Uno parece ofrecerlo. Toda la energía que antes invertían en el ambiente en la búsqueda de felicidad, implosiona en un núcleo de odio hacia la realidad y hacia aquellos que los han frustrado.

Súbitamente, los Siete deteriorados depuran su existencia, intensificando su interés por una persona o cosa hasta llegar a una obsesión. Antes vimos que la manía era un modo de crear nuevos lazos con el ambiente como un medio inconsciente de encargarse de la angustia. Ahora las obsesiones cumplen el mismo objetivo. La defensa maníaca se convierte en una defensa obsesiva mediante la cual los Siete neuróticos esperan recuperar el autocontrol y volver a reprimir su angustia. El ir al Uno les suministra la estrategia mediante la cual ellos sádicamente pueden castigar a cualquiera que no les dé lo que desean. Los impulsos punitivos y las condenas más viles de los demás forman parte del cuadro.

Sin embargo, el ir al Uno no funciona, pues el punto de reunión en torno al cual los Siete deteriorados esperan encontrar algún tipo de salvación para sí mismos, está completamente fuera de ellos, actuando irónicamente como una especie de pararrayos psicológico para sus impulsos destructivos. Antes que ayudar a los Siete a reprimir sus impulsos destructivos o tratarlos en forma constructiva, la persona que se ha convertido en el esperado medio de salvación, se transforma más bien en el foco del odio que los Siete sienten hacia aquellos que han frustrado sus deseos en el pasado.

Los Siete deteriorados son peligrosos no sólo porque son impulsivos y violentos, sino porque su pensamiento está perturbado. Ahora, en un ataque de pasión histérica o en un momento de locura temporal, bien puede que maten o hieran gravemente a las mismas

personas a las cuales recurren. Aun cuando no sean homicidas, los Siete deteriorados pueden tornarse violentamente abusivos de sus hijos o cónyuges. Si logran matar o herir a alguien, su defensa maníaca por último puede ser reemplazada por una depresión severa, con el resultado final del suicidio.

Dirección de Integración: El Siete Va al Cinco

Como ya han logrado un equilibrio psicológico, los Siete en vías de integración ya no temen ser despojados de la felicidad. Cuando los Siete sanos van al Cinco, se comprometen a fondo con las cosas. Al internalizar sus experiencias, los Siete en vías de integración crean las anclas que necesitan para encontrar estabilidad y seguridad en su vida.

La gratitud que sienten por la vida cuando son muy sanos, lleva a los Siete en vías de integración a querer saber más sobre lo que los ha hecho tan extraordinariamente felices. Ya no les basta con vivenciar el mundo, desean saber más sobre él. El foco de su atención ha virado de ellos mismos (sus experiencias y su felicidad inmediata) al mundo que los rodea. Los Siete en vías de integración se hacen más respetuosos de la integridad de todas las cosas, entendiendo que el mundo existe para objetivos distintos a su satisfacción personal. Ya no son los consumidores del mundo, sino sus contempladores. Su sentido de gratitud florece en una sensación de admiración y curiosidad por la creación.

Ahora los Siete en vías de integración han progresado mucho desde su tendencia a ser escapistas disipados. Los Siete en el Cinco se concentran en sus experiencias y son recompensados por sus esfuerzos, ganando muchísimo en las satisfacciones que reciben. A medida que se centran, disponen de nuevas profundidades de experiencia. Se vuelven más expertos, penetrando más profundamente la realidad y permitiendo que ésta los penetre a ellos. Los Siete en vías de integración aplican a sus experiencias toda la fuerza de sus considerables destrezas y talentos. No pierden su sano entusiasmo o productividad cuando van al Cinco. Por el contrario, bien puede que los Siete en vías de integración se tornen aún más productivos, aportando algo original al mundo.

PRINCIPALES SUBTIPOS DEL SIETE

El Siete con un Ala Seis

Los rasgos del Siete y los del ala Seis están en cierto grado de tensión entre sí: los Seis están orientados hacia las personas, mientras que los Siete están orientados hacia las cosas y las experiencias, siendo bastante

capaces de satisfacer ellos mismos sus necesidades. Sin embargo, en ambos tipos existen dependencias; los Seis dependen de encontrar aprobación y seguridad de los demás, mientras que los Siete dependen del ambiente para hacerlos felices. Los individuos de este subtipo intentarán encontrar satisfacción para sí mismos, mientras consideran a la gente como fuentes adicionales de estímulo y felicidad. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a John F. Kennedy, Arthur Rubinstein, Leonard Bernstein, Mae West, Elizabeth Taylor, Zsa Zsa Gabor, Bette Midler, Liza Minnelli, Robin Williams, Peter Ustinov, Carol Burnett, Shelley Winters, Liberace, Richard Simmons, Mickey Rooney, Bob Hope, Sid Caesar, Mel Brooks, Zero Mostel, John Belushi y Miss Piggy.

Los individuos sanos de este subtipo son adorables y cautivadores. Pueden ser extremadamente buena compañía debido a su despreocupada naturaleza juguetona, simpleza e ingenio que caracterizan a su sentido del humor. Aunque son esencialmente agresivos, también desean que los demás los quieran y acepten. Si tienen dinero, tienden a ser generosos con los demás, especialmente cuando se dedican a socializarse, ofrecer fiestas y viajar. Los individuos de este subtipo tienen un lado suave, dulce, que puede ser muy atractivo. Son un calidoscopio de rasgos contrastantes: congraciadores e insolentes, vulnerables y flexibles, espontáneos y confiables, adultos e infantiles.

Las personas promedio de este subtipo son defensivas e impulsivas. Desean aprobación y temen angustiarse o estar solas. Desean ser queridas y se enamoran con facilidad. Pero también se desenamoran fácilmente tan pronto como el romance se ha desgastado. El estar enamorado es una sensación intensa que los individuos promedio de este subtipo disfrutan mucho. Aún pueden ser bastante divertidos, pero más cerca de la superficie hay una nota implícita de angustia. Son gregarios pero inseguros respecto a lo que la gente piensa de ellos; impulsivos pero angustiados acerca de sus decisiones; materialistas pero angustiados por el dinero. A medida que aumentan sus angustias, las personas de este subtipo tienden a tomarse cada vez más insensibles a los demás, sin darse cuenta de ello. También se ponen egocéntricas, exigiendo que los demás las ayuden a superar sus ataques de angustia. Así, para bien o para mal, aun cuando el ala Seis suaviza la naturaleza agresiva del Siete, también refuerza su angustia.

Los individuos malsanos de este subtipo tienden a ser inseguros. Desean tener la aprobación y el afecto de los demás, y probablemente vayan a vivenciar agudos problemas con la inferioridad y la angustia, rasgos que son un problema para cada uno de los subtipos componentes. Se dirigirán a los demás exigiéndoles, llorosa pero odiosamente, que resuelvan sus problemas por ellos. Si esto no funciona,

las personas de este subtipo se vuelven histéricas e indefensas, alternativamente dando golpes a diestra y siniestra, alelando a los demás e intentando traerlos de vuelta a su lado. Este subtipo también es muy propenso a tener conductas autodestructivas y episodios dramáticos y masoquistas, tales como intentos de suicidio.

El Siete con un Ala Ocho

Los rasgos del Siete y los del ala Ocho producen una combinación de personalidad muy agresiva, ya que cada tipo componente lo es. Las personas de este subtipo son agresivas de dos maneras: en las exigencias que hacen al ambiente y en la fuerza de su ego para imponer esas exigencias. Nadie frustra a la gente de este subtipo sin enterarse de ello. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Joan Collins, Barbra Streisand, Joan Rivers, la Duquesa de Windsor, Marlene Dietrich, Phyllis Diller, Helen Gurley Brown, George Plimpton, Cary Grant, Noël Coward, Cole Porter, David Niven, Lauren Bacall, Judith Krantz, Jacqueline Susann y Marta en *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*

Los individuos sanos de este subtipo son vivaces y entusiastas, ya que son fundamentalmente Siete. El ala Ocho añade elementos de confianza en sí mismo, fuerza de voluntad y asertividad que los ayudan a sortear obstáculos y resistir cualquier penuria que pudiera surgir en su camino. Este subtipo tiene capacidad de liderazgo. Los individuos de este subtipo que son líderes, son conocidos por su mente rápida y el brillo de su estilo personal. Lo típico es que sean extremadamente diestros, ya que la confianza en sí mismo del ala Ocho capacita a los Siete para abrazar una amplia variedad de actividades, y su ego fuerte les permite ir tras lo que desean hasta que triunfan en lo que han comenzado.

Las personas promedio de este subtipo son más prácticas, mundanas y cosmopolitas que los Siete con un ala Seis. Dan a conocer sus deseos y los persiguen con menos respeto por las necesidades, deseos o sentimientos ajenos, y a veces sin tomar en consideración la ley o la moral. La nota agresiva suministrada por el ala Ocho hace que los individuos de este subtipo sean más enérgicos y egocéntricos en todo lo que hacen. Les interesa tener mucho dinero, y ya que son voluntariosos, hacen lo que sea preciso para obtenerlo. No tratan de evitar los conflictos; de hecho, generalmente es todo lo contrario: se ven estimulados por las confrontaciones debido a la excitación que producen los conflictos. En general, éste es un subtipo más duro, más voluntarioso y más egoísta. Estas personas se interesan principalmente por sí mismas y son mucho más materialistas y hedonistas que los Siete con un ala Seis.

Los individuos malsanos de este subtipo mezclan los rasgos maníacos del Siete con los rasgos antisociales y violentos del Ocho. Pueden ser completamente crueles, en especial si alguien tiene algo que ellos desean, sea una persona o cosa. Ya que los Siete malsanos pierden el control y los Ocho malsanos sobrestiman su fuerza, las personas malsanas de este subtipo son extremadamente imprudentes y peligrosas. Pueden llegar a ser físicamente destructivas cuando se expresan en conductas sin inhibiciones, posiblemente con efectos devastadores para los demás.

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Al reflexionar sobre su deterioro, podemos ver que los Siete malsanos han causado precisamente lo que más temen. Se les priva de la felicidad que buscan, no porque el mundo esté empeñado en frustrarlos, sino porque no han confiado lo suficiente en la vida. Han consumido sus experiencias, degustándolas en forma superficial como si todo existiera para su mero placer. El vivir para su propia satisfacción inmediata no ha causado la felicidad que han estado buscando, sino todo lo contrario.

También vale la pena señalar que si bien los Siete temen ser despojados, es extremadamente raro encontrar Siete que de hecho lo sean, al menos durante largo tiempo. Ya que temen a la privación, hacen todo lo posible para jamás ser víctimas de ella. Como son agresivos, generalmente logran conseguir lo que desean. Pero también precisamente debido a ello, tienden a sobrepasarse, arruinándose a través del exceso y destruyendo la posibilidad de lograr la felicidad.

Si los Siete no “vivencian sus experiencias”, todo lo que hagan será inútil y vano. Las posesiones más exquisitas y las experiencias más potentes no significarán nada si los Siete no las asimilan. Al final, si los Siete no logran superar su temor de ser despojados, continuarán consumiendo, pero seguirán insatisfechos. No hay forma de convencerlos de esta verdad, pues algunas de las experiencias más valiosas de la vida se pueden realizar sólo cuando la gente está psicológica y espiritualmente preparada para ellas. A menos que los Siete internalicen sus experiencias en la profundidad de su alma, siempre se excluirán de las experiencias más sublimes que la vida tiene para ofrecer. Ellos inadvertidamente cambian oro verdadero por plomo.



CAPÍTULO 10

TIPO OCHO: EL LÍDER

PERFIL DEL OCHO

Sano: Se vuelve magnánimo, moderado, valiente, posiblemente heroico e históricamente grandioso. Asertivo, confiado en sí mismo y fuerte. El líder natural, capaz de inspirar a los demás. Decidido, autoritario e imponente. Defensor de las personas, protector y honorable.

Promedio: Emprendedor, el “individualista recio” y negociante, a menudo un empresario. Enérgico, agresivo, expansivo —el agente de poder y constructor de imperios que domina el ambiente. Se torna voluntarioso, combativo, intimidando a los demás para conseguir lo que desea: confrontador, beligerante, creando relaciones conflictivas.

Malsano: Puede ser implacablemente agresivo y despiadado: dictatorial, un tirano y amedrentador. Desarrolla grandiosas ideas delirantes acerca de sí mismo: megalomanía, se siente invulnerable. Puede destruir brutalmente todo lo que no acata su voluntad. Vengativo, violento, bárbaro, asesino.

Motivaciones Claves: Desea ser confiado en sí mismo, guiarse por su propio interés, tener un impacto en el ambiente, triunfar sobre los demás.

Ejemplos: Martin Luther King, Franklin D. Roosevelt, Mijail Gorbachov, Lyndon Johnson, Lee Iacocca, Golda Meir, Indira Gandhi, Frank Sinatra, Pablo Picasso, John DeLorean, Napoleón, Idi Amín, el Reverendo Jim Jones y Don Vito Corleone.

VISIÓN GENERAL DEL OCHO

El lenguaje cotidiano comenta regularmente las razones por las cuales se busca el poder. Si se confina estrechamente al interés de un individuo o grupo, uno dice que está siendo buscado con fines egoístas; si refleja el interés o percepción de un número mucho mayor de personas, aquellos involucrados son considerados líderes o estadistas inspirados...

Mucho menos apreciado es el punto hasta donde el objetivo del poder es el ejercicio del poder en sí mismo. En todas las sociedades, desde las más primitivas hasta las ostensiblemente más civilizadas, se disfruta profundamente el ejercicio del poder. Elaborados rituales de homenaje —multitudes admiradoras, discursos aplaudidos, prioridad en cenas y banquetes, un lugar en el desfile de automóviles, acceso al jet de la compañía, el saludo militar— celebran la posesión del poder. Estos rituales son enormemente gratificantes; también las peticiones e intercesiones de los que buscan influir sobre los demás en el ejercicio del poder; y también, desde luego, los actos del ejercicio —las instrucciones a los subordinados, las órdenes militares, la transmisión de decisiones de la Corte, la declaración al final de la reunión cuando la persona encargada dice: “Bien, esto es lo que haremos”. Un sentido de valor automático deriva tanto del contexto como del ejercicio del poder. No hay ningún otro aspecto de la existencia humana donde la vanidad corra tanto riesgo; como dice William Hazlitt: “El amor al poder es el amor a nosotros mismos”. De esto se deduce que el poder se busca no sólo por el servicio que brinda a los intereses personales, valores o percepciones sociales, sino también por su propio valor, por la retribución emocional y material inherente a su posesión y ejercicio (John Kenneth Galbraith, *The Anatomy of Power* [Anatomía del poder], 9-10).

Es difícil describir el poder sin meterse en asuntos ambiguos —en una reflexión del liderazgo, la autoridad, la voluntad, la valentía, la confianza en sí mismo y la destructividad. ¿Cuál es la diferencia entre la voluntariedad y la asertividad, por ejemplo? La “voluntad” puede ser considerada buena o mala, aunque más por su uso que por lo que es. Cuesta decir qué le da autoridad a un individuo o lo convierte en un líder particularmente capaz. ¿Es adecuado llamar sano al uso del poder con el cual estamos de acuerdo, mientras condenamos su uso por aquellos con quienes discrepamos? Quizás no podamos empezar a hacer justicia aquí a las complejidades del poder,

aunque desde luego nos referiremos a ellas, pues este capítulo versa sobre el tipo de personalidad que mejor ejemplifica el poder.

En el tipo de personalidad Ocho vemos valentía, voluntad, confianza en sí mismo, liderazgo, autoridad, asertividad —y el lado oscuro del poder— la capacidad de destruir lo que el poder ha creado.

En la Tríada del Relacionarse

Los Ocho son uno de los tres tipos en la Tríada del Relacionarse. Los tres tipos de personalidad de esta Tríada intentan adaptar el ambiente a ellos mismos de distintas maneras: los Ocho dominándolo, los Nueve uniéndose a él y los Uno procurando perfeccionarlo. Los Ocho tienden a sobrerrelacionarse con todo en el ambiente para poder dominarlo y prevalecer.

De todos los tipos del Eneagrama, los Ocho son la personalidad más abiertamente agresiva. Son personas que se hacen cargo de todo, que desean imponer su voluntad en el ambiente, incluyendo, desde luego, a la otra gente. Nadie puede ignorar a los Ocho —los demás lo hacen sólo a su propio riesgo. Ya que son tan resueltos y enérgicos, los Ocho están entre los tipos más fáciles de identificar, aunque por la misma razón son los más difíciles de tratar, pues el salirse con la suya es tan importante para ellos. Si son sanos, usan su inmensa confianza en sí mismos y voluntad para rehacer el ambiente en alguna forma constructiva. Pero si son malsanos, cualquier poder que tengan los Ocho se deteriora en el deseo de triunfar sobre los demás a toda costa, aun cuando ello signifique destruir a cualquiera que se interponga en su camino.

La fuente de su problema con el relacionarse es que los Ocho se sienten más fuertes que cualquier otra persona. Ya que se imponen tan fácilmente, y por lo general con resultados tan favorables para ellos, desarrollan un gran sentido de confianza en sus propios poderes. Los Ocho tienen más determinación y perseverancia que cualquier otro tipo de personalidad. Sin embargo, lo que los Ocho no reconocen es que su capacidad para imponerse se puede volver inmensamente destructiva si permiten que su voluntariedad escape a su control. No se dan cuenta de que al imponerse en toda ocasión, dominan a los demás tan cabalmente que a la larga los tratan en forma inhumana —y ellos mismos se vuelven inhumanos.

Los Ocho corresponden al tipo intuitivo extravertido de la tipología jungiana.

El intuitivo [extravertido]... tiene un agudo olfato para todo lo nuevo y en desarrollo. Ya que siempre está buscando nuevas

posibilidades, las condiciones estables lo sofocan... Ni la razón ni el sentimiento pueden restringirlo o atemorizarlo para que se aleje de una nueva posibilidad, aunque vaya en contra de todas sus convicciones previas... El respeto por el bienestar de los demás es débil. El bienestar síquico de ellos cuenta tan poco como el propio. También tiene poca consideración por las convicciones y estilos de vida ajenos, y a causa de esto, con frecuencia es descalificado como un aventurero inmoral e inescrupuloso. Ya que su intuición se ocupa de cosas externas y de indagar sus posibilidades, él fácilmente se dedica a profesiones en que pueda explotar al máximo estas capacidades. Muchos magnates de los negocios, empresarios, especuladores, corredores de la Bolsa, políticos, etc., corresponden a este tipo.

Huelga decir que este tipo es extraordinariamente importante tanto económica como culturalmente. Si sus intenciones son buenas, es decir, si su actitud no es demasiado egocéntrica, él puede brindar un servicio excepcional como iniciador o promotor de nuevas empresas. Es el campeón natural de todas las minorías con un futuro. Ya que es capaz, cuando se orienta más a personas que a cosas, de hacer un diagnóstico intuitivo de sus capacidades y potenciales, él también puede "fabricar" hombres. Su capacidad para inspirar valor o infundir entusiasmo por cualquier cosa nueva es incomparable, aunque quizás mañana ya lo haya abandonado. Cuanto más fuerte es su intuición, más se funde su ego con todas las posibilidades que visualiza. El da vida a su visión, la presenta en forma convincente y con un fuego dramático, la personifica, por así decirlo. Pero ésta no es una actuación, es un tipo de destino (C.C. Jung, *Psychological Types*, 368-369).

Los Ocho confían en poder imponerse hasta lograr sus metas, y como señala Jung, si no son demasiado egocéntricos, sus metas personales serán extremadamente beneficiosas para los demás. Pueden construir rascacielos, ciudades o naciones que, si bien son expresiones personales, también son necesarios para el bienestar ajeno. Los Ocho son los líderes naturales entre los tipos de personalidad e incluso pueden alcanzar cierta grandeza histórica si sus metas se extienden más allá de sí mismos hacia el bienestar común. Su enorme confianza en sí mismos inspira a los demás para que las energías de todos puedan ser aprovechadas en una empresa que valga la pena.

Desgraciadamente, como indica Jung, los Ocho tienden a volverse egocéntricos. Se ven arrastrados por el ímpetu de su ego y los proyectos que han puesto en marcha. Incluso los Ocho promedio empiezan a oponerse contra los demás en una lucha de poder y autoridad,

como si el bienestar ajeno automáticamente significara que su propio bienestar deba sufrir. Los Ocho promedio piensan que sólo puede haber una persona a la cabeza, y ellos se proponen ser esa persona. Sienten que el mundo debe adaptarse a ellos y que los demás deben obedecer para ayudarlos a alcanzar sus metas.

Dada esta disposición, no es sorprendente que si se tornan malsanos, los Ocho puedan ser extremadamente peligrosos. Se vuelven cruelmente agresivos en la prosecución de sus metas, aun cuando ello signifique, como finalmente sucede, sacrificar los derechos y necesidades ajenos para que sólo ellos puedan prevalecer. Así, los dos extremos del espectro de sus rasgos son severamente contrastantes: cuando son sanos, ningún otro tipo de personalidad tiene una capacidad tan grande para ejercer una influencia constructiva en la vida de tanta gente. Pero lo opuesto es que ningún otro tipo de personalidad puede emplear tan completamente mal el poder o tomarse tan totalmente destructivo como los Ocho malsanos.

Problemas con la Agresión y la Represión

Los tres tipos de personalidad de la Tríada del Relacionarse tienen problemas comunes con la agresión y con la falta de desarrollo propio como resultado de la represión. Cada uno de estos tipos tiene impulsos agresivos que son totalmente reprimidos (el Nueve), sublimados en una labor idealista (el Uno) o expresados enérgicamente (el Ocho). Además, cada uno de estos tres tipos reprime algún aspecto del sí mismo, lo que produce un efecto característico sobre su personalidad: en general, ninguno de estos tres tipos piensa que algo anda mal en ellos. Piensan que todos los problemas significativos están fuera de sí mismos en el ambiente, al cual intentan dominar (los Ocho), unirse (los Nueve) o perfeccionar (los Uno). Además, la represión protege a estos tipos de sentir angustia por las consecuencias de sus actos, para que puedan emprender su vida relativamente libres de conflictos emocionales o desconfianza de sí mismos. En suma, tal disposición es agradable para estos tipos, pero puede hacerle muy difícil la vida a los demás.

La represión produce un desequilibrio fundamental en la siquis de los Ocho. Es como si algo les faltara. Se desarrollan unidimensionalmente; en lenguaje freudiano, su ego y su id dominan su siquis a expensas de su superego y, por lo tanto, de su conciencia. En resumen, lo que falta en los Ocho (debido al sobredesarrollo de su ego) es la capacidad de identificarse con los demás, de ver que éstos también tienen necesidades y derechos legítimos. A menos que sean muy sanos, los Ocho jamás desarrollan una capacidad de empatía: no les

importa si tienen razón o no, siempre y cuando se salgan con la suya. Sienten que sus propias necesidades y deseos son los únicos que cuentan —que sólo ellos tienen derechos. Consideran a toda la gente y a todas las cosas en el ambiente como meros bienes muebles para ser utilizados para sus propios fines —para obtener lo que está en su propio interés, para extender su poder y para asegurar su supervivencia.

Debido a la naturaleza enérgica de su *id*, lo que también falta en los Ocho promedio a malsanos es la capacidad de ponerse límites. Son asertivos, emprendedores, agresivos, voluptuosos y confrontadores, siempre saliendo a encontrar nuevas vías, poniéndose a prueba y extendiendo sus límites. El dominar a todo el mundo es esencial, porque los Ocho promedio a malsanos temen que si no prevalecen, serán obligados a someterse a alguna otra persona, y temen someterse a alguien por miedo de ser tratados tan mal como ellos tienden a tratar a los demás. (Como con muchos otros desarrollos, aquí opera una profecía autocumplida: los Ocho no tendrían que temer a los demás si ellos mismos no tendieran a tratarlos con tanta crueldad).

Orígenes Infantiles

Por una serie de posibles razones, los Ocho, cuando niños, se tornaron ambivalentes hacia su madre o una figura materna. Deseaban ser queridos y cuidados por su madre, pero aprendieron que ésta no respondería a sus necesidades a menos que ellos se impusieran agresivamente. Su capacidad para dominar a su madre hizo que los Ocho comprendieran que ellos, meros niños, eran más fuertes que un adulto. Muy temprano en la vida aprendieron que poseían la capacidad de salirse con la suya cuando deseaban algo, que “el que no llora no mama”. Pronto, los Ocho aprendieron a sentirse cómodos dominando a los demás sin culpa o temor al castigo.

Los Ocho, tal como aprendieron a desafiar a su madre, también aprendieron a protegerse del temor y la culpa no admitiendo estos sentimientos. Aprendieron a rechazar el ser blandos o el buscar perdón de alguien. El aprender a no admitir el temor y la culpa los preparó para mayores actos de desafío más tarde en la vida, de modo que estos sentimientos pudieran permanecer reprimidos.

Ya que cada uno de los tipos de personalidad tiende a pensar que los otros son más o menos como él, los Ocho promedio piensan que todos los demás son capaces de defender sus propios intereses tan agresivamente como ellos. Los Ocho piensan que los demás disfrutaban tanto como ellos de la violencia de las confrontaciones y conflictos. Pero, desde luego, los diferentes tipos de personalidad no se asemejan,

y todo el mundo no es tan capaz como los Ocho de imponer su voluntad en el ambiente. Los Ocho no toman en cuenta los sentimientos de los demás, ni sus desventajas físicas, económicas o emocionales.

Más bien, los Ocho promedio ven toda la vida sólo en términos de poder y su ejercicio: antes que ayudar a los que son menos fuertes que ellos, se aprovechan de cualquier debilidad que perciban en los demás. Su postura agresiva hacia el ambiente —especialmente hacia las personas— casi con toda seguridad tendrá consecuencias negativas para los demás. Y a la larga, sus agresiones serán desastrosas incluso para ellos mismos, ya que cuanto más ilegales, inmorales y bárbaros sean sus actos, más amenazada se verá su propia supervivencia.

ANALIZANDO AL OCHO SANO

El Héroe Magnánimo

En su mejor estado, los Ocho sanos reprimen su tendencia a la agresividad. Poseen dominio de sí mismos y de sus pasiones, demostrando la profundidad de su fortaleza genuina al no actuar cuando pudieron actuar enérgicamente contra los demás si optaron por hacerlo. Paradójicamente, los Ocho jamás parecen tan fuertes como cuando actúan con moderación. Se vuelven tolerantes, logrando una cualidad de dominio magnánimo antes que dominación.

La moderación manifiesta gran valentía, y la profundidad de su valor es puesta a prueba, porque lo que hacen, o no hacen, bien puede poner su propia vida en peligro. Los Ocho muy sanos poseen no sólo valentía física sino moral, arriesgándose por aquello en que creen. Así, pueden ser considerados héroes a quienes los demás respeten profundamente.

Los Ocho tienen el potencial psicológico que les permite hacer el mayor bien por el mayor número de personas. Los Ocho muy sanos son invariablemente carismáticos, emanando un aura de absoluto dominio de sí mismos que inspira a los demás a agruparse en torno a ellos en busca de guía, seguridad y protección. Su grandeza de espíritu edifica y ennoblece a todo el mundo. Los Ocho muy sanos están en la mejor posición posible para lograr algo verdaderamente grande, pues han superado su ego llegando a realizar un valor objetivo, tal como la obtención de la paz, la construcción de escuelas o el ayudar a otros en importantes formas concretas.

La esencia de su grandeza reside en su capacidad de encontrar maneras para aliviar las cargas de los demás, mejorando la vida para todos. Los Ocho muy sanos se encargan de resolver los problemas

utilizando cualquier recurso personal que posean por el bienestar común. Por lo tanto, inevitablemente son vistos como benefactores —ante sus círculos inmediatos, ante sus países o ante el mundo. Las personas les están enormemente agradecidas por crear las oportunidades en que puedan mejorar su vida en paz y prosperidad. Como resultado, la gente es extremadamente leal con los Ocho sanos, respondiéndoles con una devoción casi idólatra.

Puede que los Ocho sean considerados grandiosos aun cuando no triunfen personalmente en su búsqueda. Quizás vean poco de su visión volverse realidad, aunque siguen teniendo un tremendo efecto sobre el mundo, pues el ejemplo de su heroísmo y su visión inspira a millones a llevar adelante su obra, logrando grandes cosas en su nombre. Y si algún Ocho de este calibre falleciera antes de completar la obra de su vida, su muerte deja a los demás desolados. La gente siente que le han quitado a sus protectores y que sin ellos está sin un defensor ante las incertidumbres del destino. Ningún otro tipo de personalidad tiene esta clase de efecto elemental y apasionado en los demás, quienes están orgullosos de que se les llame sus seguidores.

Así, los Ocho heroicos logran la inmortalidad ganándose un lugar permanente en los corazones y mentes de sus congéneres. Dejan un tipo de huella muy particular en el mundo —una huella posible sólo para los que son amados y reverenciados.

La Persona Confiada en Sí Misma

Los Ocho sanos no siempre permanecen tan sanos. Si sucumben a su temor a someterse a alguien más, anhelan volverse confiados en sí mismos. Desean abrirse camino en la vida y así imponerse contra el ambiente, creando y reforzando su fuerza de voluntad. Jamás se cuestionan su capacidad de hacer su voluntad, lo que da a los Ocho sanos una enorme confianza en sí mismos.

Su sentido del sí mismo como un individuo fuerte proviene de vivenciar todo el peso de su voluntad dirigida hacia el mundo exterior. Los Ocho sienten que son sólidos y comunican su fortaleza interna a los demás a través de su confianza en sí mismos. Saben que son capaces de superar obstáculos y volver más fuertes. Saben que tienen la capacidad de defender sus propios derechos y necesidades, y la fuerza de voluntad para resistir cualquier presión que se les ponga.

Cuanto más se imponen, más creen los Ocho sanos en sí mismos y en su capacidad de superar dificultades. Tienen el talento de convertir aparentes contratiempos en nuevas oportunidades, prosperando y aprendiendo por la diversidad. Antes que preguntarse por qué algo

no puede hacerse, los Ocho sanos confían en que pueden hacer cualquier cosa que su mente disponga. A diferencia de algunos de los otros tipos de personalidad, los Ocho sanos no padecen de desconfianza de sí mismos, angustia o inseguridad, ni son propensos a la introspección o a ocuparse de su identidad.

A lo largo de todo el espectro de rasgos, veremos su confianza en sí mismos, enorme fuerza de voluntad y capacidad de imponerse. No hay nada sutil o indirecto respecto a los Ocho: ya que su sentido del sí mismo se ve reforzado mientras más superan las resistencias del ambiente, tienen todos los incentivos para imponerse en cada oportunidad posible.

Su confianza en sí mismos también hace que los Ocho sanos sean muy listos. Automotivados, toman la iniciativa cuando hay que hacer cosas. En resumen, confían en que pueden abrirse camino en el mundo. Este es un fundamento psicológico extraordinariamente sólido sobre el cual construir: la percepción de sí mismos como individuos fuertes, confiados, capaces, seguros, provistos de voluntad y ego, y la capacidad de influir en el ambiente. El Ocho es el único tipo de personalidad que tiene tal solidez interna. Y siempre y cuando los Ocho sean sanos, ésta es una disposición muy deseable de poseer.

El Líder Constructivo

Los Ocho sanos se ponen a prueba actuando para demostrar su fortaleza, aunque principalmente a sí mismos. Se convierten en líderes constructivos y autoritarios, mostrándose capaces de enfrentar nuevos desafíos, utilizando su fortaleza para alcanzar metas que valgan la pena.

Si bien las cualidades que constituyen el liderazgo son complejas y difíciles de definir en abstracto, el Ocho es el tipo de personalidad a quien la gente se dirige naturalmente para encontrar personificadas estas cualidades. Los Ocho sanos muestran maestría y autoridad, firmeza y sentido del honor. Se cree en ellos, se confía en ellos y se les respeta —son individuos a quienes se puede apelar para que resuelvan problemas o usen su fortaleza para luchar por los demás. Con toda razón, la gente ve a los Ocho sanos como personificaciones de la figura paterna y como protectores y proveedores que cuidan de las necesidades ajenas.

Cuando los Ocho están presentes, ellos están a cargo. Cuando los Ocho son sanos, a los demás no les importa que estén a cargo, pues son claramente honorables y velan por los intereses de todo el mundo. Si bien los Ocho son resueltos y decididos, sus decisiones también son justas. Además, son líderes muy eficaces porque son extremadamente

persuasivos. Como hemos visto, su enorme confianza en sí mismos y su creencia en la importancia de lo que hacen les permiten motivar a los demás, quienes se someten voluntariamente a su liderazgo. (“El liderazgo es la capacidad de conseguir que los hombres hagan lo que no quieren hacer, y que les guste” —Harry Truman). Los Ocho sanos exudan el aura de los líderes naturales, sintiéndose justificadamente orgullosos de sí mismos y de sus logros genuinos. Los Ocho sanos en este Nivel no están desprovistos de ego, sino que éste está al servicio de algo fuera de ellos mismos, induciendo a los demás a alcanzar metas que serán valiosas para todos.

De hecho, al considerar las características de un buen liderazgo, vemos los rasgos de los Ocho sanos. Los buenos líderes dan a la gente un claro y útil sentido de dirección así como también los medios para alcanzar las metas comunes. Los buenos líderes crean y mantienen un orden social estable a cualquier escala de influencia que tengan, desde una familia a una corporación o una nación. Inspiran a los demás a querer trabajar por algo mayor que ellos, tal como ganar una guerra, lanzar una nave espacial o construir una ciudad. Saben cómo crear una comunidad, o un pueblo, y en raras circunstancias, se convierten en el símbolo y personificación de las aspiraciones de esa comunidad. Ayudan a que los demás desarrollen autoestima, valentía y confianza en sí mismos, inspirándolos a lograr más de lo que pensaban que podían. Y si bien los buenos líderes disfrutan de la preeminencia, están dispuestos a asumir la responsabilidad final por los actos de sus seguidores y a sufrir las consecuencias del fracaso. Siempre y cuando sean buenos líderes, como se les ha calificado por sus efectos en los demás, los Ocho son dignos de lealtad, honor y obediencia.

ANALIZANDO AL OCHO PROMEDIO

El Aventurero Emprendedor

La diferencia entre los Ocho sanos y los Ocho promedio es que el propio interés de los Ocho sanos coincide con los intereses de los demás, mientras que el de los Ocho promedio no. El aspecto agresivo de la asertividad surge en el deseo de los Ocho promedio de guiarse por su propio interés.

Si bien quizás aún representen el rol de algún tipo de líder, el aumento de su propio interés arruina lo positivo de su liderazgo. Los Ocho promedio realmente no merecen llevar el nombre de líderes. Son aventureros y empresarios interesados en sus propios asuntos, especialmente sus intereses financieros, y en conseguir sus propios fines.

Se consideran “individualistas recios” autosuficientes, que creen en el sistema de la libre empresa que les permite ir en busca de sus propios intereses y a los demás hacer lo mismo. Los Ocho promedio no son cooperadores, no tienen espíritu de equipo y no se preocupan demasiado por el bienestar ajeno a menos que los demás contribuyan al éxito de sus esfuerzos. Como empresarios, los Ocho promedio son particularmente abundantes en los mundos empresarial y político como instigadores y agitadores de la sociedad. Probablemente lo que mejor los resume es el self-made-man de Horacio Alger que surge de orígenes humildes a amasar una enorme fortuna para sí mismo.

En esta etapa, los Ocho típicamente son hombres de negocios, potentados de bienes raíces, industriales, financieros o magnates de algún tipo. El ganar dinero es la forma en que se hacen autosuficientes para no tener que depender de o someterse a nadie. La motivación de las utilidades es su propia motivación. El dinero también permite a los Ocho promedio involucrarse en cualquier proyecto que deseen, sin tomar en consideración la lealtad o devoción de los demás. Con fondos suficientes, pueden comprar lo que quieren y a quien quieren (“Yo creo en Rhett Butler. Es la única ‘causa’ que conozco” —del filme *Lo que el viento se llevó* [1939]). A menudo son vendedores en extremo persuasivos, y los individuos más inescrupulosos de este tipo son directamente estafadores.

Aun cuando no comiencen en la vida con mucho dinero, los Ocho promedio son tan emprendedores y tienen tanta motivación, que no es inusual que se enriquezcan bastante rápido. Son eficaces negociantes y hacen buenos tratos, porque persiguen lo que quieren hasta obtenerlo. Pueden soportar las presiones y decirle no a los demás. También pueden transigir cuando les interesa hacerlo. Son *Homo economicus*, siempre listos para comprar, vender, trocar y ganarse un peso. Su línea de trabajo no les importa mucho siempre y cuando estén obteniendo utilidades. Podrían estar fabricando zapatos o computadores, buscando oro o vendiendo pizzas. Lo importante no es lo que hacen, sino la línea fundamental: el ganar dinero.

Los Ocho promedio son competitivos con los demás, aunque hablando en términos estrictos, los Ocho más propiamente son “emprendedores”, una forma de asertividad. Se imponen en el ambiente y preferirían que los demás capitularan en favor de ellos inmediatamente. Si los demás les ceden de inmediato la mejor parte, los Ocho obtienen lo que quieren y no tienen que gastar tiempo y energía compitiendo.

El arriesgarse es un aspecto necesario de la búsqueda de éxito en cualquier proyecto, y los Ocho promedio se arriesgan para poder obtener retribuciones financieras y síquicas. Les encanta el peligro y la excitación, no sólo en el mundo de los negocios, sino en todas sus

actividades. Disfrutan la gran sensación que tienen cuando triunfan en situaciones de desafío. Los Ocho promedio quieren hacer lo imposible, tener éxito donde los demás han fracasado, hacer lo que no se puede. Pueden volar aviones, navegar a vela, bucear o correr en auto por la excitación de ponerse en peligro y triunfar sobre los riesgos.

Por lo general, los Ocho promedio triunfan tanto en los negocios como en sus otras metas porque trabajan constantemente. Disfrutan del trabajo porque éste les ofrece un ruedo donde imponerse, y por lo tanto, mantener el sentido del sí mismo. El hacer tratos y arriesgarse no es sólo un modo de ganar dinero, es un modo de literalmente sacar más provecho de sí mismos.

El Agente de Poder Dominante

Cada acción exitosa da a los Ocho otra razón para creer en ellos, fortaleciendo su confianza en sí mismos y su ego. Los Ocho promedio son como animales sanos que comen más que los demás animales —lo que les permite crecer más, comer más y crecer aún más, expandiéndose hacia el ambiente, dominándolo y ganando cada vez más territorio y extendiéndose aún más allá. Los Ocho quieren tener un impacto personal en el ambiente; desean verse a sí mismos —su voluntad y ego— extendidos en él. El líder sano se ha deteriorado hacia el jefe dominante.

En esta etapa, los Ocho promedio tienen un sentido innato del uso del poder y no trepidan en usarlo. Son “agentes de poder”, que ejercen el poder en cualquier forma que esté a su disposición. Entienden que el poder no es una cosa, sino la capacidad de conseguir que las cosas se hagan, la capacidad de moldear los acontecimientos y hacer que el ambiente se adapte a su visión. El poder no es algo que se pueda disfrutar en abstracto: tiene que ser utilizado constantemente si ha de mantenerse.

Su estilo de poder es expansivo. Los Ocho promedio se mueven enérgicamente para llenar un vacío dondequiera que lo perciban, encargándose de las situaciones porque desean seguir expandiéndose. Los Ocho promedio ven el mundo como los maestros de ajedrez ven un tablero: todo es un mero peón para ser utilizado en favor de sus fines. Quizás se aprovechen de las debilidades ajenas o simplemente promuevan sus propios intereses si alguien titubea en moverse antes. No quieren verse limitados o amarrados de ninguna manera, ya que el expandir su esfera de influencia aumenta su sentido del sí mismo, especialmente el sentido de su propia grandeza. Los Ocho promedio se sentirían angustiados si no estuvieran expandiéndose y causando un impacto en el ambiente, de modo que siempre buscan formas de hacerlo.

Una típica expresión de su expansividad es su complejo de "edificio". La escala épica les resulta atractiva, tanto literal como figurativamente. Les gusta construir, ya sea una casa o un imperio financiero, siempre y cuando los refleje a ellos mismos. En su vida privada, a los Ocho promedio les gustaría ser monarcas que reinen sobre una gran y poderosa dinastía familiar que perpetúe su influencia durante generaciones. Cuanto más amplia sea su influencia, mayor puede ser el impacto que tengan sobre el ambiente y más pueden asegurarse la inmortalidad, una meta que, de varias maneras, los Ocho promedio empiezan a buscar.

En efecto, los Ocho promedio son expansivos en todas las áreas de su vida, incluyendo su vida sexual. Los varones Ocho se consideran a sí mismos extremadamente machos, un hombre de los hombres, aunque los demás quizás los consideren meramente jactanciosos y arrogantes. En términos sicoanalíticos, son exhibicionistas fálicos. ("¡Soy el más grande y el mejor!"), queriendo demostrar su superioridad mediante las cosas y personas a las cuales controlan y dominan. En casa, son los amos y señores indiscutibles de su castillo, haciendo que todo el mundo se percate de que los demás están presentes para satisfacer sus necesidades y no al revés. Los hombres Ocho dominan a las mujeres, viéndolas en forma ambivalente, tal como lo hicieron con su madre, creando con ellas típicamente relaciones amo-esclavo. Ya que la agresión y la sexualidad se correlacionan en su síquis, los Ocho promedio a menudo tienen relaciones tormentosas con el sexo opuesto; frecuentemente son mujeriegos que tratan a las mujeres como prostitutas o Madonas, pero en cualquier caso como posesiones que sólo existen para su placer y para satisfacer a su ego.

Las mujeres Ocho también dominan a sus esposos, ya que son tan agresivas como los hombres Ocho. Sin embargo, a las mujeres Ocho les cuesta más expresarse agresivamente porque la cultura las disuade de hacerlo. Por lo tanto, quizás limiten la expresión de sus impulsos agresivos al frente doméstico, donde dominan a sus maridos, son sexualmente agresivas, controlan las finanzas, exigen satisfacción sexual y psicológica en sus relaciones amo-esclavo, etc. A medida que las conductas agresivas en las mujeres se hagan más aceptables, veremos más de esto, especialmente en el mundo empresarial, ya que las mujeres Ocho se sienten libres para expresarse como son.

A través de su carácter emprendedor, que vimos en la etapa anterior, los Ocho promedio ya han construido una "base de poder" cuya eficacia está en proporción con la cantidad de control que les permite ejercer sobre los demás. Su poder es más eficaz cuando los Ocho promedio se encargan de tener lo que los demás necesitan. Intentan controlar necesidades vitales como comida, techo y seguridad para que la

gente tenga que hacer lo que ellos desean. Desde luego, una de las necesidades básicas de las personas es el dinero, así que el tener mucho se convierte en una prioridad aún más alta para los Ocho promedio, pues consideran al dinero como poder. El dinero se transforma en el patrón mediante el cual se miden a sí mismos y su éxito en la vida. Sobre todo, ya que está en su control, el dinero es lo único de lo cual pueden depender para sentirse autosuficientes. Es la fuente de su seguridad. El amor de su pareja, la devoción de sus hijos, la lealtad de sus amigos y socios son todas cosas poco confiables. Sólo el dinero parece seguro, el único medio confiable por el cual pueden obtener lo que quieren.

Para los Ocho promedio que son poderosos, es una gran tentación empezar a creer en la imagen "más-grande-que-la-vida" que tienen de sí mismos. Empiezan a considerarse personajes importantes, paseándose como jefes de la mafia o generales de cuatro estrellas. Cuanto más dominan a todos y todo, es más posible que surjan conflictos con los demás, porque los Ocho quieren retener todo el poder en sus propias manos. No delegan autoridad; no permiten que ninguna persona amenace su preeminencia y no confían en nadie. Desean obediencia total. Así como les gusta ejercer su voluntad, los Ocho promedio irónicamente no permiten que ninguna otra persona lo haga.

Desgraciadamente, una vez que ha comenzado el proceso de inflación del ego, es difícil controlarlo, ya que es alimentado tan intensamente. Los Ocho promedio son literalmente egocéntricos: su ego es el centro de su vida. Se sumen en el cuidado y alimentación de su ego con toda la atención que un jardinero prodiga a sus flores más preciadas. Al cultivarlo de un modo tan cuidadoso, su ego florece en proporciones grotescas, sofocando al resto de su síquis y bloqueando cualquier posibilidad de identificación con otra persona.

En este punto, los Ocho promedio empiezan a desempeñar el papel de Dios, relacionándose con el ambiente como seres más grandes que cualquier otra persona o cosa. Sin tomar en consideración sus cualidades personales (como ser imparcial u honorable, o incluso recto), los Ocho promedio desean que los demás los obedezcan y respeten en forma incuestionable. Comprensiblemente, el poder se les va a la cabeza: es embriagador influir en el ambiente, hacer su voluntad, verse a sí mismos proyectados en carne o piedra.

Sin embargo, cuanto más grandes son sus sueños de gloria, mayor es la necesidad de cooperación que tienen de los demás para lograrlos. Por lo tanto, los Ocho promedio típicamente apadrinan de alguna forma a sus subordinados, generalmente con dinero o protección. Lo irónico es que los Ocho inadvertidamente se hacen dependientes de los demás para llevar a cabo sus órdenes, precisamente cuando

detestan compartir el poder o la gloria con cualquier otra persona. Esta etapa es un punto crítico en su deterioro, porque el uso del poder para dominar a los demás empieza a deshumanizar a todo el mundo, haciendo mucho más probable la agresión y la destructividad.

El Adversario Confrontador

Una vez que la inflación del ego se pone en marcha, es difícil detenerla. Ahora los Ocho promedio presionan aún más, en confrontaciones contra los demás, buscando salir como triunfadores, la persona superior de voluntad más fuerte.

En esta etapa, los Ocho promedio convierten todo en una relación de adversarios, intentando hacer que los demás se retracten antes que hacerlo ellos mismos. Se consideran luchadores, creando adrede conflictos incluso por las cosas que para ellos tienen muy poca importancia objetiva. Sin embargo, lo que siempre les resulta importante es su ego: los Ocho no se retractan porque el orgullo está en juego.

Todo el mundo, desde los socios en su negocio hasta el verdulero, se transforma en un contrincante. A los Ocho les gusta presionar a la gente, ya no sólo dominándola sino que amenazándola e intimidándola hasta que obtienen lo que desean. En este Nivel, los Ocho son beligerantes, intimidando a las personas si es que con eso logran lo que quieren. Son amedrentadores que no se disculpan, mandando a la gente de un lado a otro, montando en cólera si sus órdenes no son cumplidas de inmediato. Gozan amenazando a la gente para que se someta, haciendo que los demás se acobarden ante ellos. (“¡Lo que yo digo se hace!”).

Los Ocho confrontadores están orgullosos de su combatividad. Su ego está tan involucrado en obtener lo que quieren, que no pueden transigir con nadie. Ningún otro tipo de personalidad es tan voluntarioso. El triunfar en cada contienda de la voluntad se convierte en algo de suma importancia, porque haciéndolo es que los Ocho continúan inflando el sentido del sí mismo.

También es una fuente de orgullo lograr que los demás les concedan lo que desean sin tener que disparar un solo tiro, por así decirlo. Los Ocho generalmente triunfan porque son capaces de ejercer más presión sobre sus contrincantes que éstos sobre ellos. Pueden gritar por más tiempo y más fuerte y amenazar a los demás en forma más convincente, no cediendo nunca hasta que los demás se dan por vencidos. Por esto es que ningún tipo de personalidad es mejor para librar guerras psicológicas que los Ocho promedio. Ningún tipo es mejor para blufear y así conseguir concesiones sin tener que recurrir a la violencia. Sin embargo, siempre existe la amenaza implícita de

violencia si sus órdenes no son cumplidas. La gente teme ser castigada rápidamente si no se somete a lo que los Ocho desean. Con toda razón, los demás sienten que tienen la voluntad y la audacia para sostener sus amenazas.

Los Ocho creen en el ser rudos con toda la gente que los rodea. Detestan la blandura en ellos mismos y aún más en los demás. No sólo sus socios en los negocios y sus rivales reciben un trato enérgico, sino también sus parejas e hijos. Utilizan el temor para motivar a las personas, empleando la zanahoria y el palo, prometiendo retribuciones por la obediencia mientras amenazan con represalias a los que desobedecen. Cuando dicen "Salta", esperan un acatamiento inmediato: el mensaje que dan a los demás es "¡Tómalo o déjalo!". No toleran ninguna desobediencia o deslealtad y prohíben todo cuestionamiento a sus órdenes. Su palabra es ley.

Pero aquí hay una ironía: los Ocho promedio generalmente intimidan sólo a aquella gente a la cual sin duda pueden ganarle. Antes de actuar, encuentran alguna debilidad en su contrincante y atacan el punto más vulnerable. Los Ocho confrontan a alguien cuya fortaleza sea igual o mayor que la suya, sólo si se sienten entre la espada y la pared. Esto no quiere decir que sean puro ruido y pocas nueces. Lejos de ello. Pero los Ocho beligerantes prefieren conseguir lo que desean blufando que arriesgando una derrota. Si en alguna ocasión llegaran a perder, sería catastrófico. No sólo perderían lo que está en juego, sino que se vería aplastado su sentido del sí mismo, su orgullo.

Otra ironía es que al amedrentar tanto a los demás, los Ocho se enemistan con las mismas personas de las cuales dependen para llevar a cabo sus órdenes, creando un vasto contingente de resentimientos en contra suya. Al intimidar a toda la gente que los rodea, los Ocho no pueden dejar de preguntarse qué podrían hacer los demás si es que pudieran actuar libremente. Al haber presionado a la gente, los Ocho deben o prepararse para ser presionados de vuelta o mantener el nivel de intimidación. Jamás pueden relajarse una vez que han tomado una posición adversaria hacia los demás.

Es atemorizante no saber hasta dónde llegarán los Ocho con la intimidación. Los Ocho confrontadores no son sicópatas; reconocen los límites de su conducta, los límites de su propio interés. Presionarán a los demás hasta ver que su propio interés ya no está siendo satisfecho, entonces dejan de presionar. Pero cada situación es diferente, y el grado en que los Ocho intimidan a los demás depende de su percepción de sus contrincantes. Si piensan que éstos son débiles, los Ocho irán mucho más allá que si piensan que son fuertes. Pero, desde luego, quizás se equivoquen. Puede que surja la violencia.

ANALIZANDO AL OCHO MALSANO

El Tirano Despiadado

Si los Ocho han provocado a los demás en forma bastante grave, es probable que éstos se hayan unido contra ellos. El triunfar en lo que se ha convertido en una situación de vida o muerte —quizás literalmente y sin duda en forma figurativa— es lo único que importa.

La diferencia entre los Ocho promedio y los Ocho malsanos es que los primeros necesitan a los demás y están dispuestos a darles algo a cambio de obediencia y cooperación. Por otra parte, los Ocho malsanos son completamente despiadados, despóticos y tiránicos: oprimen a la gente, privándola de sus derechos, libertad y dignidad.

Es esta etapa, se han deteriorado en un poder que hace la filosofía correcta. La ley de la selva y la doctrina de la supervivencia del más apto dan a los Ocho malsanos una justificación para utilizar la fuerza cuando les sirve a sus fines. Ahora son una ley en sí mismos, viviendo cínicamente en el mundo de la *realpolitik* donde lo que importa es tener el poder para triunfar, sin considerar el bien o el mal. La experiencia es todo.

Es imposible intimar con y peligroso confiar en los Ocho malsanos, ya que interpretan cada señal de amistad o cooperación como una señal de debilidad, y por lo tanto, como una invitación a aprovecharse de los demás. Traicioneros e inmorales, los Ocho malsanos no tienen absolutamente ningún escrúpulo en mentir, engañar, robar o renegar de sus promesas. Recurrirán a cualquier ilegalidad o artimaña para obtener lo que desean. (Son los más frecuentes perpetradores de la Gran Mentira, una mentira flagrante y atroz, repetida tantas veces y con tanta vehemencia que comienza a ser aceptada como una verdad).

Lo que es especialmente peligroso en esta etapa es su disposición e incluso ansias de utilizar la violencia con muy poca provocación. La más leve insinuación de agresión proveniente de los demás provocará un alud de represalias por parte de los Ocho malsanos. Si bien algunos de los otros tipos de personalidad también recurren a la violencia, generalmente lo hacen si no hay alternativas para defenderse. Y cuando los otros tipos de personalidad utilizan la violencia, generalmente se sienten culpables y temen el castigo de los demás.

Esto no es así en los Ocho malsanos, quienes no vacilan en utilizar la violencia, haciéndolo sin culpa. Los Ocho son *capaces* de sentir culpa por sus actos, pero no admiten los sentimientos de culpabilidad para no tener que modificar su conducta. Intencionalmente se vuelven despiadados.

El poder como un medio para combatir los sentimientos de culpabilidad es fácilmente comprensible; cuanto más poder posee una persona, menos necesidad tiene de justificar sus actos. Un aumento en la autoestima significa una disminución en los sentimientos de culpabilidad. Tal como la “identificación con el agresor” es de gran ayuda para combatir la angustia, los sentimientos de culpabilidad también pueden ser refutados mediante la “identificación con el perseguidor” enfatizando el punto: “Yo solo decido lo que es bueno y lo que es malo”. Sin embargo, quizás este proceso fracase porque el superego en efecto es parte de la propia personalidad de uno. Por lo tanto, la lucha contra los sentimientos de culpabilidad a través del poder puede iniciar un círculo vicioso, necesitando la adquisición de más y más poder e incluso la ejecución de más y más crímenes por los sentimientos de culpabilidad, para afirmar el poder. Entonces, estos crímenes pueden ser cometidos en un intento de demostrarse a sí mismo que uno los puede cometer sin ser castigado, es decir, en un intento de reprimir los sentimientos de culpabilidad. (Otto Fenichel, *The Psychoanalytic Theory of Neurosis* [Teoría psicoanalítica de la neurosis], 500).

En palabras menos técnicas, el no admitir la culpa y otras emociones tales como la empatía por los demás y el temor al castigo, permite a los Ocho malsanos actuar en forma cada vez más despiadada. Al intensificar el abuso del poder, se vuelven tan inmorales que deben hacer cosas cada vez más inmorales para evitar los sentimientos de culpabilidad. En forma muy simple: cuanto más terribles son, más cosas terribles tienen que hacer para no sentirse culpables de hacerlas.

Los Ocho malsanos cometen algunos de sus peores abusos contra las personas más cercanas a ellos: degradan a los demás, sometiéndolos a abusos verbales y posiblemente físicos. Las violaciones, abusos sexuales de menores y golpizas a la esposa son expresiones corrientes de agresión, lastimando especialmente a los que son incapaces de defenderse. Los Ocho malsanos se la juegan por miras muy altas —por el control de familias, empresas o naciones— literalmente por asuntos de vida o muerte.

Además, una vez que los Ocho malsanos han comenzado a desafiar la ley, la moralidad y la decencia común, casi no hay forma en que puedan detenerse. En efecto, no quieren detenerse porque están demasiado involucrados. Si se detuvieran, se verían aterrorizados por las represalias de parte de los que han sido perjudicados por ellos. Habiendo comenzado a violar a los demás, están desesperados por aferrarse a su poder a toda costa. El hacer lo contrario pondría en peligro no sólo su estilo de vida sino su vida misma.

El Megalómano Omnipotente

Si se siguen saliendo con la suya en todo lo que desean hacer, los Ocho neuróticos desarrollan ideas delirantes acerca de sí mismos y la magnitud de su poder. Se convierten en megalómanos, sintiéndose omnipotentes e invulnerables —parecidos a Dios en el rango de su poder absoluto.

Al ejercer su poder en forma implacable, los Ocho gradualmente se convencen de que las limitaciones humanas no se aplican a ellos. Al no haberse sometido previamente a ningún límite, los Ocho neuróticos se convencen de que el Destino les ha dado privilegios que los demás no tienen. Se consideran superhombres que están más allá de la moralidad y que pueden hacer lo que les venga en gana. Al salirse con la suya siempre, a los Ocho neuróticos les cuesta creer que no sean invencibles. Ya que nadie los ha detenido antes, no hay ninguna razón para que piensen que ahora serán detenidos.

Al no tener ninguna capacidad de moderación, los Ocho neuróticos desempeñan el papel de Dios en formas aún más desorbitadas para la confirmación momentánea de su poder absoluto. En esta etapa se manifiesta una fascinación obscena por la muerte. El temor a la muerte, un reflejo de su temor más básico a someterse a cualquier persona, impulsa a los Ocho malsanos a desafiar la muerte asesinando a otros, si está en su poder hacerlo. Pueden ejecutar a otros no tanto por placer sádico sino como un modo mágico de evitar su propia muerte, sintiendo que serán invencibles si pueden asesinar sin ser asesinados.

Amín afirma creer que es el instrumento de Dios. Pero al observarlo, uno siente que no cree en nada, excepto en su propia supervivencia. Utilizará cualquier cosa —ostentación, payaseo, adulación, promesas tentadoras, amenazas, la Gran Mentira, asesinato— para conservar el control. Pero mientras proclama su invencibilidad, transpira como una bestia acorralada. La amenaza de muerte lo ronda de cerca. Nadie es un individuo para Amín. Todos son víctimas potenciales. (Silvia Feldman, *Psychology Today*, comentario sobre el filme de Barbet Schroeder, *General Idi Amín Dada*).

Los Ocho neuróticos están fuera de contacto con la realidad, especialmente la realidad de su poder. Su ego ha asumido el control absoluto, como un cáncer que los destruye desde adentro. Además, su ego se ha inflado tanto que el sí mismo no tiene ninguna base en la realidad. Se ha socavado el criterio necesario para tomar decisiones

astutas y así garantizar su propia supervivencia. La ironía es que cuanto más delirantes son acerca de su invencibilidad, más se exceden y más temerarios se tornan —sembrando las semillas de su propia destrucción final.

Por lo tanto, los Ocho delirantes están en un conflicto: deben aislarse de un ambiente cada vez más hostil, mientras se convencen ellos mismos, y a aquellos en su entorno, si es que queda alguno, de que son los amos absolutos de su mundo. Quizás intenten resolver este conflicto utilizando cualquier poder que aún conserven para degradar a los demás psicológica o físicamente y para aumentar el nivel de violencia. Pero ya que son temerarios, están predestinados al fracaso, especialmente si se convierten en asesinos. Deben ser detenidos, y a la larga lo serán.

El Destructor Violento

Incluso los Ocho megalómanos comprenden que no pueden resistir eternamente a las fuerzas que se aglutinan en su contra. Por lo tanto, intentarán destruir antes de ser destruidos. Los Ocho neuróticos son el tipo de personalidad más excesivamente destructivo y antisocial de todos, al igual que, si alguna vez fueron sanos, eran el tipo más constructivo de todos.

Ya que ahora lo único que les importa es la supervivencia, sacrificarán a cualquier persona o cosa para sobrevivir: esposa, hijos, amigos, socios y todo lo que han construido o logrado. El lado oscuro del poder es su disposición a destruir, y si el mundo no acata su voluntad, los Ocho neuróticos lo destruirán para que no quede nada en pie. Se vuelven bárbaramente destructivos a una escala tan grande como esté en su poder.

Es como si fueran en un viaje de muerte. Su disposición a sacrificar todo en pos de su propia supervivencia es absurda y obscena, especialmente ya que los Ocho, como todas las demás personas, a la larga igual perderán la vida. La muerte ajena no les asegurará su supervivencia. Al contrario: por el horror de lo que hacen, los Ocho destructivos provocan su propia destrucción. También pierden su oportunidad a la grandeza e inmortalidad, volviéndose seres malditos y, en el mejor de los casos, infames.

Es irónico que aquello que termina en destrucción comenzara como un deseo de autoconservación. Así, la creación y la destrucción son los extremos opuestos del espectro de la personalidad del Ocho. El deseo de crear y el deseo de destruir se originan a partir del mismo impulso; pero cuando el impulso por la vida se define como salvar la propia vida a toda costa, se vuelve corrupto y destructivo.

Los Ocho neuróticos son capaces de destruir porque jamás se han identificado con alguna otra persona. Su egocentrismo les permite verse sólo a sí mismos en el mundo, y si el mundo no los refleja, a la larga lo detestan tanto que quieren destruirlo. ¿Pero qué clase de mundo sería si realmente los reflejara? Como dijera el filósofo Hillel: "Si uno no está de parte de uno mismo, ¿quién lo estará? Pero si estás de parte sólo de ti mismo, ¿qué eres?".

DINÁMICA DEL OCHO

Dirección de Desintegración: El Ocho Va al Cinco

Los Ocho malsanos han abusado en forma tan absoluta de su poder que han convertido a todo el mundo en su enemigo. El mayor aliciente para que los Ocho vayan al Cinco es que ven tal desarrollo como un atrincheramiento táctico desde la acción beligerante hasta la seguridad del pensamiento. Piensan que podrán conservar su poder al ser más astutos y prudentes. En vez de actuar en forma temeraria, intentarán actuar con más prudencia; al ser más sigilosos, podrán atacar sin previo aviso; al ser más arteros, podrán esconderse de sus enemigos hasta estar listos para destruirlos totalmente. En resumen, la tentación de los Ocho neuróticos de ir al Cinco reside en la unión del poder absoluto y la seguridad perfecta, una combinación invencible.

Sin embargo, esto no es lo que verdaderamente ocurre. Cuando los Ocho neuróticos van al Cinco, se tornan en extremo paranoides respecto a su supervivencia continuada. Al ir al Cinco y aislarse de los demás, ya no pueden actuar eficazmente ni para defenderse ni para imponerse. El poder que aún poseen se desmorona rápidamente, dando a los Ocho deteriorados verdaderas razones para al menos algunos de sus temores paranoides.

A medida que aumenta su paranoia, igual cosa sucede con su aislamiento, y éste a su vez alimenta su paranoia, un círculo vicioso. Por primera vez en su vida, los Ocho se angustian en extremo porque sus mecanismos de defensa, especialmente la contrafobia y la negación, ya no los protegen. Les aterroriza ser castigados por sus numerosos crímenes, algunos de los cuales pueden haber sido tan horribles como para justificar su muerte. Si continúa la paranoia, quizás rompan más o menos completamente con la realidad y pierdan cualquier capacidad que tengan de defenderse. (Es difícil decir si todos los Ocho deteriorados se convertirían en verdaderos esquizofrénicos. Probablemente no, aunque si este estado dura mucho tiempo, bien puede resultar una genuina enfermedad esquizofrénica).

Si sus enemigos no han sido capaces de derrotarlos antes, ciertamente ahora tendrán la oportunidad, ya que los Ocho se han deteriorado en una condición extremadamente vulnerable. La ironía es que el individuo que antes era tan poderoso, ahora vive en un estado de terror abyecto —aterrorizado no sólo por la venganza de los demás, sino por la angustia que inunda su mente. Este no es un dios omnipotente sino un monstruo inhumano atormentado.

Dirección de Integración: El Ocho Va al Dos

El crecimiento de los Ocho va en la dirección de un abrirse a los demás antes que dominarlos. Cuando los Ocho sanos van al Dos, aprenden a usar cualquier poder que tengan para nutrir a los demás como individuos. Los Ocho sanos, como hemos visto, son heroicos y magnánimos, pero principalmente con grupos de gente de los cuales se mantienen apartados. Pero cuando los Ocho sanos se integran al Dos, dejan a un lado su posición de superioridad, relacionándose con los demás como individuos e iguales.

Cuando los Ocho sanos se mueven al Dos, se identifican con los demás antes que estar en contra suya, comprendiendo que los demás no son diferentes a ellos, y por lo tanto, merecen los mismos derechos y privilegios. Los Ocho en vías de integración son empáticos y compasivos. Son estimulantes, generosos, serviciales y se preocupan sinceramente del bienestar y las aspiraciones de los demás. Los Ocho en vías de integración ya no se preocupan por el propio interés, sino por las necesidades ajenas como si fueran suyas. Así, su naciente capacidad de amor corona sus otras capacidades de liderazgo. Descubren el poder del amor antes que obsesionarse con el amor al poder.

También descubren una verdad maravillosa: que el amar a los demás va en su propio interés más profundo. Como hemos visto, si su poder no es utilizado en favor de los demás, rápidamente se torna destructivo. Y aun cuando su poder no sea utilizado de manera brutal, el dominar a los demás jamás brindará a los Ocho lo que finalmente más necesitan: ser amados por sí mismos. Por otra parte, al utilizar su poder en favor de los demás, descubren que ello no los disminuye ni los pone en peligro. Crean algo verdaderamente nuevo, extendiéndose en el mundo por esa fuerza más poderosa, el amor mismo.

Los Ocho más nobles y grandes aprenden las lecciones superiores de amor en el Dos, finalmente considerándose sirvientes de los demás. El ponerse en esta posición humilde pero elevada, es un extraordinario acto de heroísmo, especialmente para aquellos cuya orientación ha sido el enorgullecerse de su autosuficiencia. El abrirse a los demás,

identificarse con ellos y asumir sus cargas —en efecto, el sacrificarse por el bien de los demás— son las cosas que requieren más valor y que cuesta más hacer, especialmente para los Ocho. El elevarse a este nivel de heroísmo ciertamente los hará inmortales.

PRINCIPALES SUBTIPOS DEL OCHO

El Ocho con un Ala Siete

Los rasgos del Ocho y los del ala Siete se refuerzan entre sí para producir un subtipo muy agresivo. Los Ocho con un ala Siete son el subtipo más abiertamente agresivo, porque cada uno de los tipos componentes es agresivo: los Ocho en su búsqueda de poder y los Siete en su adquisición de experiencias y posesiones. Este subtipo también es el menos relacionado con los demás y más egocéntrico, lo que lo convierte en uno de los subtipos con el cual cuesta más congeniar. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Mijail Gorbachov, Franklin D. Roosevelt, Lyndon Johnson, Indira Gandhi, Ferdinand Marcos, Lee Iacocca, Henry Kissinger, Richard Burton, Barbara Walters, Billy Jean King, Bella Abzug, Norman Mailer, Frank Sinatra, Mike Wallace, Mohammed Alí, Aristóteles Onassis, J. Pierpont Morgan, John DeLorean, Al Capone, José Stalin, Mao Tse-tung, Howard Hughes, el Sha de Irán, Muammar Qaddafi, Idi Amín, el Reverendo Jim Jones y Don Vito Corleone.

La gente sana de este subtipo es muy extravertida, orientada a la acción y extremadamente enérgica. Toma la iniciativa casi todo el tiempo —desde tratos comerciales a compromisos románticos— con gran placer y confianza en el éxito. El carisma del Ocho sano se combina con la capacidad del Siete sano de disfrutar la vida, produciendo una personalidad extraordinariamente sociable cuya fortaleza interior y vitalidad puede ser tan sobresaliente como para permitir a los Ocho con un ala Siete tener un impacto público y posiblemente histórico. Su magnanimidad tendrá un foco práctico en la preocupación que muestran por el bienestar material de los demás.

Los individuos promedio de este subtipo están muy interesados en el poder y el dinero, dos intereses que se refuerzan entre sí. Tienen un gran olfato para los negocios, son altamente extravertidos y poseen una enorme energía que vierten en su trabajo, intereses y aventuras. Son personas fuertes, mundanas y materialistas cuyos pies están firmemente plantados en el suelo. Dominan fácilmente su ambiente, en especial a la demás gente. Son individuos agresivos que van tras lo que desean como un animal hambriento tras su presa. También

pueden ser extremadamente egocéntricos, egoístas y rapaces. Utilizan el dinero para manipular a los demás, tratándolos como posesiones o como peones en sus juegos de poder. No tienen compasión por los demás y no se sienten culpables por sus actos. Sin embargo, revelan cierta inseguridad acerca del dinero y el poder, ya que jamás sienten que tienen suficiente como para ser plenamente independientes o seguros en la vida.

Los individuos malsanos de este subtipo son crueles e impulsivos: pueden hacer y decir cosas que más tarde serán consideradas como una genialidad o un error fatal. Son ofensivos y tiránicos, verbal y físicamente brutales con los demás, atacando a cualquier persona que los haya frustrado o que haya osado resistirse a su voluntad. Tienen un temperamento explosivamente violento y se enfurecen con rapidez. Sus tendencias maníacas refuerzan sus delirios de omnipotencia: pueden gastar enormes sumas de dinero para alimentar su noción inflada de sí mismos. Tienden a perder el control cuando están angustiados o se sienten amenazados. Ya que son susceptibles a la angustia, se defienden de ella expresando sus impulsos en conductas sin inhibiciones, atacando impulsivamente primero, intentando destruir antes de ser destruidos.

El Ocho con un Ala Nueve

Los rasgos del Ocho y los del ala Nueve están en cierto grado de conflicto entre sí. Dependiendo de la fortaleza del ala Nueve, los individuos de este subtipo son un poco más orientados a las personas y menos a las posesiones que el otro subtipo. También son menos agresivos, exudando un aura de fortaleza quieta y de poder mantenido en reserva. En general, ésta es una pauta global de personalidad menos abiertamente agresiva, aunque ya que el Ocho es el tipo básico, las personas de este subtipo aún pueden ser bastante agresivas, especialmente cuando necesitan serlo. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Martin Luther King, Golda Meir, Charles de Gaulle, Pablo Picasso, John Huston, Johnny Cash, Fidel Castro, Leonid Brezhnev, Darth Vader, Otelo y el rey Lear.

Los individuos sanos de este subtipo son notablemente más relajados consigo mismos y con los demás, no sienten que deben imponerse en todo momento o situación. A veces están más abiertos a preocupaciones que van más allá de su propio interés inmediato, especialmente las que comprometen a miembros de su propia familia. Son los padres de familia más afectuosos, más bondadosos, resueltos pero de modales suaves, que tienen sentimientos más profundos y apreciaciones más sutiles que los Ocho con un ala Siete. Los Ocho con

un ala Nueve son capaces de establecer un vínculo personal casi místico entre ellos y los demás. Pueden estar relacionados con las artes, la naturaleza y los niños.

La gente promedio de este subtipo empieza a mostrar un quiebre definitivo entre los dos lados de sí misma: el lado agresivo (que muestra en público y en situaciones competitivas) y el lado pasivo, más acomodaticio (que revela a muy pocos, principalmente a su pareja). Su expansiva naturaleza enérgica está cimentada en una fortaleza interior de imperturbable solidez que a los demás no se les permite traspasar. Este santuario interno es apacible y está en paz, aunque es dudoso que las personas de este subtipo visiten esa parte interior de sí mismas tanto como debieran. Permanece como un ideal. Ya que el Ocho es el tipo básico de personalidad, los individuos de este subtipo dominan a los demás, aunque con un guante de terciopelo sobre un puño de hierro. Pueden ser amedrentadores y beligerantes, luego acomodaticios y bondadosos, especialmente con la gente cercana a ellos.

Ya que este subtipo es casi inmune a la angustia, los Ocho mal-sanos con un ala Nueve pueden ser despiadadamente destructivos, combinando la crueldad con la indiferencia. Pueden sumirse en un estado de ánimo extrañamente disociado, actuando de una manera despersonalizada, como si fueran algún tipo de fuerza cósmica que hiciera a las personas a un lado, aplastándolas sin que sus sentimientos personales entren en el cuadro. En general, los individuos de este subtipo tienden a ser menos violentos y destructivos que los del otro subtipo. Sin embargo, si es necesario, pueden ser violentos con los demás, lamentando personalmente el sufrimiento que ocasionan, pero sin sentir ninguna empatía ni tener ninguna verdadera comprensión de lo que hacen. Compensan el menor grado de violencia que descargan sobre el ambiente viviendo por lo general más tiempo, así posiblemente ocasionando a la larga más daño a los que tienen la desgracia de vivir con ellos.

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Al reflexionar sobre su deterioro, podemos ver que desde los Niveles promedio en adelante, la autoestima de los Ocho provenía de ser cada vez más destructivos antes que constructivos. ¿Pero la capacidad de destruir es un reflejo de verdadero poder? ¿Quién es genuinamente más poderoso, el individuo que destruye una ciudad o el individuo que construye una ciudad?

También podemos ver que los Ocho han causado precisamente lo que más temen: al haber destruido todo lo que pueden, han agotado

sus recursos y se han vuelto vulnerables a la justa venganza de los demás que —con toda razón, los Ocho temen— quizás los traten sin misericordia. Han logrado crear una profecía autocumplida: temen someterse a los demás y ahora esto es precisamente lo que ocurre.

Cómo detener a un tirano sin convertirse uno mismo en un tirano, es un antiguo problema. ¿Debe uno volverse cruel para combatir la crueldad, injusto para combatir la injusticia? ¿Hasta dónde uno puede llegar para protegerse de los depredadores, de los que destruyen despiadadamente? Al buscar una respuesta, ningún otro tipo de personalidad hace que los demás consideren lo que realmente creen que deben ser los valores supremos de la vida. ¿Es el propio interés el valor supremo? ¿Es que lo único que importa es conseguir lo que uno quiere pisoteando a los demás?

Si Dios no existe, entonces los Ocho son los Individuos más acertados y astutos: el propio interés es realmente lo único que importa. Ya que no podemos estar seguros de Dios o qué formas podría adoptar la justicia divina, al menos esto es cierto: no importa cómo hayan vivido los Ocho, no pueden escapar a la mortalidad. Como todos los demás tendrán que someterse a la muerte y finalmente al juicio de los demás por sus actos.

La última ironía es una de las más punzantes: si han sido destructivos, no habrán rehecho el mundo a su imagen. Finalmente se verán frustrados en uno de sus deseos más profundos.



CAPÍTULO 11

TIPO NUEVE: EL PACIFICADOR

PERFIL DEL NUEVE

Sano: Se convierte en un individuo dueño de sí mismo, sintiéndose autónomo y realizado: con gran ecuanimidad y satisfacción. Profundamente receptivo y poco cohibido, emocionalmente estable y pacífico. Optimista, apaciguador, apoyador de los demás. Paciente, bonachón, modesto, una persona genuinamente agradable.

Promedio: Humilde, se acomoda demasiado a los demás, aceptando roles y expectativas convencionales. Irreflexivo, demasiado indolente, olvidadizo e indiferente. Desligado, pasivo y complaciente. Comienza a minimizar los problemas para apaciguar a los demás, tornándose fatalista y resignado, como si no se pudiera hacer nada para cambiar las cosas.

Malsano: Puede ser demasiado reprimido, poco desarrollado e inútil. Negligente, no quiere ver los problemas: se vuelve obstinado, disociándose de todos los conflictos. A la larga no puede funcionar: se convierte en un individuo desorientado, despersonalizado y catatónico. Posibles personalidades múltiples.

Motivaciones Claves: Desea unión con el otro, mantener las cosas como están, evitar los conflictos y la tensión, ignorar cualquier cosa que lo perturbe, preservar su paz a cualquier precio.

Ejemplos: Ronald Reagan, Corazón Aquino, Walter Cronkite, Rosalynn Carter, Linda Evans, princesa Grace de Mónaco, Ingrid Bergman, Perry Como, Walt Disney, Bing Crosby, Edith Bunker y Mary Hartman.

VISIÓN GENERAL DEL NUEVE

El paisaje interior del Nueve se asemeja a una persona dando un paseo en bicicleta en un día hermoso, disfrutando todo respecto al flujo de la experiencia. El cuadro total, la situación entera, y no alguna parte en especial, es lo agradable y con lo que se identifica. El mundo interior de los Nueve es esta experiencia de unidad sin esfuerzo: su sentido del sí mismo proviene de estar en unión con el otro. Naturalmente, les gustaría preservar en lo posible esta cualidad de unidad con el ambiente.

Su orientación receptiva hacia la vida da a los Nueve una satisfacción tan profunda que no ven ninguna razón para cuestionarla o para desear cambiar algo esencial de ella. Ya que los Nueve se desarrollan psicológicamente así, no debiéramos culparlos si su visión de la vida es abierta y optimista. Pero podemos culpar a los Nueve cuando se niegan a ver que la vida, si bien es dulce, también tiene sus dificultades que hay que encarar. Su negativa a arreglar un neumático cuando se desinfla, por así decirlo, simboliza su problema. Preferirían ignorar lo que anda mal para que la tranquilidad de su paseo no fuera perturbada.

En este tipo de personalidad veremos el costo personal de la filosofía de la paz a cualquier precio. El negarse a encarar los problemas, no los hace desaparecer. Por otra parte, la paz que los Nueve ganan es inevitablemente a expensas de los demás, y finalmente, a expensas de su capacidad de relacionarse con la realidad. Con toda la buena voluntad del mundo, los Nueve aún pueden hacerle un gran daño a los demás mientras pasan de largo, haciendo la vista gorda a lo que no quieren encarar.

En la Tríada del Relacionarse

El Nueve es el tipo primario de personalidad en la Tríada del Relacionarse —el tipo que está más fuera de contacto con su capacidad de relacionarse con el mundo como individuo. Los Nueve se relacionan con el mundo identificándose con otra persona. Como resultado, a menos que sean muy sanos, los Nueve no desarrollan una percepción de sí mismos como individuos o siquiera una percepción bien definida del mundo que los rodea.

Ya que mantienen su sentido del sí mismo subordinándose al otro, sea una persona o una entidad idealizada, los Nueve jamás se exponen al riesgo de convertirse en seres humanos independientes, plenamente operativos con una identidad propia. Desean fundirse con alguien más porque el tener una sensación de unión con el otro le permite a los

Nueve mantener su estabilidad emocional. Por lo tanto, su problema con el relacionarse es doble: al identificarse con otra persona, su sentido del sí mismo a la larga se desdibuja, de modo que no se relacionan con el mundo como individuos. Y segundo, al identificarse con otra persona, los Nueve no desarrollan sus potenciales. El preservar su paz interior se convierte en su motivación más importante.

Sólo los Nueve más sanos adquieren una percatación de sí mismos como personas distintas que pueden escoger activamente lo que necesitan y desean. En cambio, los Nueve promedio tienen una orientación pasiva hacia la vida. Lo que no ven es que no pueden colaborar realmente con los demás, o siquiera amarlos de verdad, si no se desarrollan como personas. Pero esto no les importa porque, para los Nueve promedio, el crecimiento personal, la individualidad y la autodeterminación no son valores, mientras que la humildad, la paz y la adaptación sí lo son.

Problemas con la Represión y la Agresión

Los Nueve, como los Ocho y los Uno, tienen un problema con la represión de alguna parte de su síquis. Estos tres tipos de personalidad sobrecompensan en un área por el subdesarrollo en otra. El problema que tienen los Nueve con el relacionarse es que han reprimido el sí mismo para poder ser más receptivos al otro. A la larga, su sentido del sí mismo puede estar tan reprimido que apenas funcionan como individuos, tanto viven a través de alguna otra persona, o lo que es igual de malo, tanto viven en un mundo de ilusiones nebulosas. Al reprimirse, su percatación de sí mismos, de las demás personas y del mundo gradualmente se nivela para que nada pueda incomodarlos. Se convierten en seres desligados —en paz, pero sin relacionarse con el mundo.

Si bien es indudable que no tiene nada de malo querer estar en paz, el problema es que los Nueve promedio a malsanos tienden a ir demasiado lejos para evitar todo esfuerzo y conflicto. No ven que a veces es necesario imponerse, ya que los Nueve creen que la asertividad es igual a la agresividad, como si el imponerse automáticamente amenazara su unión con los demás. El resultado es que los Nueve reprimen sus impulsos agresivos tan cabalmente, que no se percatan de tenerlos. Sin embargo, sólo porque no se percatan de sus agresiones, ello no significa que estos sentimientos no existen o que estos impulsos no afectan su conducta.

Los Nueve típicamente “resuelven” el problema de tener agresiones ignorándolas como si no existieran. Cuando los Nueve

inadvertidamente actúan en forma agresiva, simplemente lo niegan. En cierta medida, la paz de los Nueve promedio a malsanos es por lo tanto una especie de ilusión, una forma de ceguera voluntaria, un tipo de autoengaño. No captan que para mantener su paz, se han disociado de sí mismos —y de la realidad. Sin embargo, la ironía es que su pasividad y negaciones, su inatención a los demás y su creciente desligadura del ambiente son todas formas negativas de agresión —resistencia pasiva— un retraerse agresivo de la realidad. Los Nueve son mucho más agresivos de lo que creen, y los efectos de sus agresiones negadas y reprimidas pueden ser devastadores para ellos mismos y los demás.

Orígenes Infantiles

Cuando niños, los Nueve se identificaron positivamente con ambos padres o sustitutos paternos. El impulso para diferenciarse de sus padres fue mínimo porque sus necesidades emocionales fueron tan cabalmente satisfechas mediante la identificación con sus padres.

Además, los Nueve típicamente tuvieron una infancia estable, feliz, al menos durante los primeros años en que se formaron las pautas de su personalidad. Su niñez fue una época idílica que recuerdan con cariño, una época que les gustaría recobrar. Quizás haya habido un período posterior en la niñez en que la pobreza, la enfermedad o alguna otra calamidad quebrantó su despreocupada existencia temprana, pero para entonces sus estructuras de personalidad más importantes ya estaban firmemente en su sitio.

Ya que los Nueve se identificaron positivamente con ambos padres, aprendieron a mantener su sentido del sí mismo identificándose profundamente con otras personas. Más adelante en la vida desean unión con los demás y serenidad, que es una forma de unión consigo mismos, tal como gozaron de una unión temprana extremadamente satisfactoria con sus padres. Lo que más temen los Nueve es la separación de aquellos con quienes se han identificado. Por esto es que los Nueve promedio a malsanos hacen todo lo posible para mantener y fortalecer los vínculos emocionales entre ellos y los demás, aun cuando signifique subordinarse demasiado a los demás.

Problemas con la Percatación y la Individualidad

Ya sea que quieran reconocerlo o no, los Nueve son individuos. No pueden ignorarse a sí mismos y permitir que su potencial no se desarrolle sin pagar un alto precio: antes que encontrar unión con los demás, inevitablemente la perderán mientras viven en una

semiconciencia de ensueño en que sus relaciones son poco más que ilusiones idealizadas.

El tipo de personalidad Nueve corresponde al tipo de sensación introvertida de Jung. Jung describe lo que podríamos considerar como Nueve promedio a malsano, gente que mantiene su serenidad y unión con los demás no como son, sino mediante una idealización de ellos. Puede que la otra persona se sienta “desvalorizada”, como dice Jung, por las siguientes razones:

Quizás sea conspicuo por su calma y pasividad, o por su auto-control racional [especialmente, por ejemplo, si el Nueve tiene un ala Uno]. Esta peculiaridad, que a menudo desvía a un juicio superficial, en realidad se debe a su falta de relación con los objetos. Normalmente, el objeto no es desvalorizado conscientemente en lo más mínimo, pero se le quita su estímulo e inmediatamente es reemplazado por una reacción subjetiva que ya no se relaciona con la realidad del objeto. Esto naturalmente tiene el mismo efecto que la desvalorización. Un tipo así fácilmente puede hacer que uno se pregunte por qué uno debiera existir...

Visto desde afuera, parece como si el efecto del objeto no penetrara en absoluto dentro del sujeto. Esta impresión es correcta ya que el contenido subjetivo de hecho interviene desde el inconsciente e intercepta el efecto del objeto. La intervención puede ser tan abrupta que el individuo parece estarse escudando directamente de todas las influencias objetivas... Si el objeto es una persona, se siente completamente desvalorizada, mientras que el sujeto tiene una concepción ilusoria de la realidad, que en los casos patológicos llega tan lejos que ya no es capaz de distinguir entre el objeto real y la percepción subjetiva... Tal acción tiene un carácter ilusorio no relacionado con la realidad objetiva y es en extremo desconcertante. Revela instantáneamente la subjetividad alineante-de-la-realidad de este tipo. Pero cuando la influencia del objeto no irrumpe completamente, es recibida con una neutralidad bien intencionada, mostrando poca simpatía pero constantemente tratando de apaciguar y ajustarse. Lo demasiado bajo es elevado un poco, lo demasiado alto es disminuido, el entusiasmo es aplacado, la extravagancia reprimida y cualquier cosa fuera de lo común es reducida a la fórmula correcta —todo esto para mantener la influencia del objeto dentro de los límites necesarios. Así, el tipo se transforma en una amenaza para su ambiente, porque su inocuidad total no está en conjunto bajo sospecha. En ese caso, se convierte fácilmente en una víctima de la agresividad y del dominio

de los demás. Tales hombres se permiten ser objeto de abusos y luego se vengan en las ocasiones más impropias con una torpeza y obstinación redobladas (C.C. Jung, *Psychological Types*, 396-397).

En el extremo inferior del Continuum, los Nueve son una “amenaza para [su] ambiente” porque, como todas las demás personas, tienen una forma característica de egoísmo, aunque es más difícil de percibir en los Nueve que en otros tipos porque aparentemente son tan acomodaticios a los demás. La forma particular que adopta su egoísmo es su disposición a sacrificar muchísimos valores —en cierto sentido, su disposición a sacrificar toda la realidad para poder mantener su serenidad interna. El estar angustiados o emocionalmente estimulados de cualquier manera, es extraordinariamente amenazante para los Nueve promedio a malsanos porque no están acostumbrados a percatarse de sus sentimientos. Virtualmente cualquier tipo de reacción emocional rompe la plenitud de su represión, ya sea que la reacción sea ocasionada por la angustia, la agresión u otra cosa. El resultado es que los Nueve promedio buscan la paz a cualquier precio, aunque el precio que egoísta pero inadvertidamente pagan es que hacen la vista gorda cada vez más a todas las personas y todas las cosas.

Al aferrarse desesperadamente a la paz “escondiendo la cabeza en la arena”, a la larga se tornan incapaces de encarar las cosas. En su apuro por dejar atrás los problemas, nada es enfrentado derechamente y los problemas jamás se resuelven. Se desorientan, como si fueran caminando dormidos por la vida. Proceden con poco criterio, a veces con resultados trágicos. Además, las consecuencias de su inatención y desligadura no pueden ser ignoradas eternamente, al menos por los demás. Quizás los Nueve malsanos sean obligados a afrontar lo que han hecho, aunque intentarán evitarlo a toda costa. Preferirían dar la espalda completamente a la realidad que enfrentar lo negligentes que han sido.

Sin embargo, los Nueve sanos pueden ser los individuos más contentos y agradables que uno pueda imaginar. Son extraordinariamente receptivos, haciendo que la gente se sienta aceptada tal cual es. Su paz es tan madura que son capaces de admitir en su vida el conflicto y la separación, el crecimiento y la individualidad. Son independientes, sin embargo se deleitan en brindarse. Pero una vez que empiezan a buscar unión con los demás incorrectamente, los Nueve promedio se ponen demasiado humildes, complacientes y temerosos al cambio. No quieren encarar la realidad —ya sea la realidad de ellos mismos o de los demás. Y los Nueve malsanos se oponen totalmente a cualquier cosa que los invada. Viven en un mundo de irrealidad, aferrándose desesperadamente a ilusiones mientras su mundo se cae a pedazos.

ANALIZANDO AL NUEVE SANO

La Persona Dueña de Sí Misma

En su mejor estado, los Nueve muy sanos se permiten convertirse en personas independientes. Al haber superado su temor a la separación de los demás, se tornan dueños de sí mismos y autónomos. Se sienten extraordinariamente realizados y gozan de una profunda satisfacción y firme ecuanimidad porque están en unión con alguien de quien jamás pueden separarse: ellos-mismos. Logran la paz que siempre han estado buscando porque son verdaderamente uno consigo mismos.

A pesar de ser extraordinariamente tranquilos, también son paradójicamente vitales y activos, en contacto con sus pensamientos, sentimientos y deseos. Los Nueve muy sanos se percatan incluso de sus sentimientos agresivos sin verse alarmados por ellos. Comprenden que tener agresiones no es lo mismo que actuar agresivamente o ser destructivos con los demás. Así, el aplomo permite a los Nueve dar más de sí mismos a los demás como nunca antes, y entonces sus relaciones se vuelven más satisfactorias al ir adquiriendo una nueva profundidad.

Respetuosos de sí mismos, poseen una enorme dignidad porque se percatan de su verdadero valor sin la más mínima pizca de egocentrismo o alabanza propia. Están plenamente presentes como individuos. Y ya que pueden verse como realmente son, son capaces de ver a la gente como realmente es. Los demás ya no son idealizados, de modo que por primera vez, se hacen verdaderamente otros para los Nueve —y por esa razón son queridos en forma mucho más realista.

Los Nueve muy sanos están firmemente en su propio centro, siendo enormemente capaces de encarar los problemas debido a la profunda unidad interna que han logrado. Se sienten realizados, si no como personas que han desarrollado completamente todos sus potenciales, entonces como personas que son capaces de entregarse para relacionarse con el mundo, el momento y el otro. Habitan activamente su propia conciencia, por así decirlo, siendo dueños de sí mismos y tomando el control de su vida. Este es un acontecimiento en extremo privado, casi espiritual, difícil de observar directamente o describir. Pero de todas formas es un acontecimiento real, decisivo. Los Nueve muy sanos recién están naciendo psicológicamente como centros de percatación. Una nueva fuerza está entrando al mundo —un nuevo ser, un niño antiguo, un espíritu indómito.

En su mejor estado, por lo tanto, los Nueve muy sanos son un ejemplo para todos los tipos de personalidad de lo que significa ser

uno con el sí mismo y uno con el mundo. Son un ejemplo de la profunda unidad que es posible para los seres humanos —la unidad del sí mismo como también la unidad del sí mismo y el otro. Nos enseñan un aplomo y rendición de sí mismos tan profundos que tienen matices místicos. Son tan fácilmente ellos mismos y tan completamente receptivos que los Nueve muy sanos deben reflejar cómo fueron los seres humanos antes de la Caída a la cohibición y alienación. Son un recordatorio viviente de que, cuando todo está dicho y hecho, cada uno de nosotros es un obsequio para el otro, tal como el otro es un obsequio para nosotros. El ser completamente nosotros mismos y sin embargo estar plenamente relacionados con el otro, es un misterio al cual hay que rendirse en silencio.

La Persona Receptiva

Desgraciadamente, incluso los Nueve sanos no son siempre tan sanos. El aplomo es difícil de mantener, y el temor a separarse de aquellos que les resultan importantes siempre permanece en la penumbra de su mente. Si sucumben a ello, los Nueve desean fundirse con los demás para encontrar unión con ellos en lugar de consigo mismos.

Los Nueve son capaces de identificarse con los demás, entregándose a aquellos que son centrales en su vida. Son extraordinariamente receptivos, capaces de identificarse con los demás en forma tan completa que, para bien o para mal, no se percatan de sí mismos, ni son introspectivos ni vacilantes. Los Nueve sanos no sólo no tienen inconveniente en entregarse a los demás, sino que desean positivamente hacerlo. Debido a su aptitud para identificarse con los demás, los Nueve sanos tienen una gran capacidad de amar y confortar a los demás, tanto físicamente como en su imaginación.

Ya que son aceptantes de un modo tan poco cohibido, hay escasos conflictos en su vida emocional o en sus relaciones. Los Nueve se consideran pacíficos, y siempre y cuando sean sanos, están realmente en paz con el mundo. Tienen una gran tolerancia a la tensión y la irritación; son pacientes, imperturbables, relajados y tranquilos. No pierden los estribos por las pequeñas molestias de la vida. Además, los Nueve sanos poseen una inconfundible inocencia y sencillez. Cuando uno trata con un Nueve sano, está tratando con alguien candoroso, alguien a quien jamás se le ocurriría mentir o aprovecharse de uno. (Les resulta incomprensible cómo los demás pueden ser culpables de esta clase de cosas).

Su receptividad permite a los Nueve sanos ser el tipo de personalidad más confiado. Confían en los demás, confían en sí mismos y confían en la vida. Ya que comunican una sensación de incuestionable

aceptación de los demás, los Nueve sirven de anclas emocionales para la gente; estables y fuertes, siempre están ahí cuando los demás los necesitan. Humildes, suaves y accesibles, son santuarios de paz adonde los demás van a buscar consuelo, descanso y alivio. Incondicionales y poco amenazantes, no tienen normas inalcanzables ni para sí mismos ni para ninguna otra persona. Son fáciles de complacer y poco exigentes. (Sin embargo, los Nueve sanos no son totalmente incondicionales e igualmente receptivos a todo el mundo. Alguna gente les resulta desagradable, desde luego, pero los Nueve sanos son más gentiles con aquellas personas que les disgustan que cualquier otro tipo de personalidad).

Si bien los Nueve sanos se sienten cómodos entre la gente, también les encanta comunicarse con la naturaleza. El navegar, hacer excursiones, salir de camping, jardinear o cuidar animales los hace sentirse muy en paz. La naturaleza —especialmente su lado místico y mitológico— les toca una cuerda receptiva, porque al identificarse con la naturaleza, los Nueve se sienten uno con algo más grande que ellos mismos. Por otra parte, ya que están acostumbrados a identificarse con los demás, al personalizarlos en su mente, la naturaleza, los animales e incluso las ideas abstractas tienen una profunda resonancia emocional para ellos. Por ejemplo, los Nueve no consideran a su país como una abstracción sino como algo vivo; sus mascotas son personas para ellos; el campo está habitado por criaturas mitológicas; las montañas, los árboles y los ríos son fuerzas arquetípicas; duendes, fantasmas y gnomos habitan su sala de estar o lugar preferido a la sombra.

La imaginación arquetípica que encontramos en los Nueve sanos también tiene un profundo atractivo para los demás, ya que toca el deseo de unión con el cosmos que, en algún grado, toda la gente desea y necesita. Los Nueve sanos dan a los otros tipos de personalidad una visión de la magia del mundo. Tienen una forma de mirar el mundo con ojos inocentes. Su imaginación mitológica recuerda la conciencia de la niñez en que todo parecía resplandecer con encantamiento. Los Nueve sanos jamás pierden su lado contemplativo o su capacidad de asombro.

Finalmente, ya que los Nueve se consideran parte de la naturaleza, los procesos físicos del sexo, nacimiento, envejecimiento y la muerte misma les parecen naturales, asuntos que deben ser aceptados como parte de cómo son las cosas. Su aceptación de la naturaleza y aspectos de ella es otra fuente más de su serenidad porque no están enojados con la existencia como muchos otros tipos de personalidad. Los Nueve no desafían al orden natural, sino que están felices de ser parte de él, sometiéndose a él.

El Pacificador que Brinda Apoyo

Ya que su paz se ve amenazada por cualquier tensión entre ellos y los demás, los Nueve sanos desean asegurarse de que la paz reine en todas partes en su vida. El lograr y mantener la paz los motiva a convertirse en pacificadores, resolviendo disputas y conflictos entre las personas cercanas a ellos. Los Nueve desean reconciliar a la gente para que todo el mundo esté en paz, tal como ellos lo están consigo mismos.

También son buenos mediadores porque toman en serio las quejas de los demás. Entienden las verdaderas diferencias entre la gente, por qué los demás están molestos y angustiados por cualquier cosa que les preocupa. Los Nueve sanos también son capaces de ver áreas de terreno común y trabajan para lograr la reconciliación porque sienten que se gana mucho más con la cooperación que con la división.

La lista de sus cualidades positivas es larga: los Nueve sanos tienen un rasgo reconciliador y hacen un esfuerzo extraordinario para calmar los ánimos. Tienen un efecto tranquilizador en los demás porque ellos mismos son tan calmados. Los demás notan que están misteriosamente en paz por el solo hecho de estar en su presencia. También son optimistas y apaciguadores, y cada vez que pueden hacerlo responsablemente, enfatizan lo positivo porque creen que mirar el lado brillante de las cosas es preferible a quedarse pegado en lo negativo. Son capaces de perdonar y olvidar, dejar atrás completamente los conflictos y seguir adelante con sus relaciones y responsabilidades. Son en extremo afables y agradables, la clase de individuos que los demás llaman espontánea (y justamente) “simpáticos” o la “sal de la tierra”. Son joviales y tienen un carácter alegre, un sentido del humor natural y espontáneo, y una risa cálida y fácil. Son modestos, tratando a todo el mundo con la misma sencillez honesta sin importar si la persona es miembro de la realeza o taxista. Son fáciles de tratar y tan suaves como un zapato viejo. Deben ser muy raras las personas a quienes no les guste un Nueve sano.

Sin embargo, los Nueve sanos no son simplemente bonachones. Aportan otras cualidades a la sociedad, especialmente el apoyo que brindan a los demás para que puedan progresar. Cualquiera que sea significativo para los Nueve —pareja, hijos y amigos íntimos— será beneficiario de su amor y generosidad sin límites. Y ya que los Nueve sanos poseen un instinto visceral hacia los demás (como resultado de su identificación con ellos), lo que hacen por la gente es adecuado y valioso para su desarrollo.

Y, cuando los Nueve sienten que hay que decir algo importante, pueden ser extremadamente francos, quizás diciendo más de lo que otros tipos encuentren atinado, aunque los Nueve lo hacen sin querer

herir a nadie. Su franqueza puede ser muy valiosa, ya que se distinguen por su excepcional sentido común, una combinación de sencillez y candor tan genuinos como extraordinarios. No tienen motivos ocultos, ni pretensiones, ni un gran ego que proteger o inflar, no les interesa el status o el prestigio, no desean impresionar o condenar a los demás. Por lo tanto, hablan con la honestidad de los niños y la sabiduría de los adultos.

Finalmente, aun cuando los Nueve sanos sean calmados, pueden llegar a ser extremadamente exitosos en su profesión debido a su capacidad para sacar lo mejor de los demás al crear un ambiente enriquecedor. Pero precisamente porque no son competitivos y nunca llaman la atención sobre sí mismos, los demás tienden a subestimarlos. La gente da por sentado a los Nueve, hasta que se da cuenta de lo mucho que ellos han contribuido al bienestar de todo el mundo.

ANALIZANDO AL NUEVE PROMEDIO

El Jugador de Roles Acomodaticio

Aparentemente, los Nueve promedio no son tan diferentes de los Nueve sanos, aunque se ha producido un cambio, no tanto en sus acciones como en sus actitudes. La diferencia entre los Nueve sanos y los Nueve promedio es que los Nueve sanos están en contacto consigo mismos y con los demás, mientras que los Nueve promedio gradualmente pierden contacto consigo mismos y con los demás al subordinarse demasiado a roles y convenciones sociales, viéndose con los ojos de otra persona.

El problema es que los Nueve promedio empiezan a sentir que su rol en la vida es satisfacer a los demás antes que a sí mismos. Al temer imponerse, se ponen humildes y acomodaticios.

Los Nueve promedio se acomodan gustosamente a los demás porque su sentido del sí mismo depende de ello. Cuanto más se idealiza al otro, más fuertes son los vínculos emocionales y más unidos consigo mismos se sienten los Nueve. Llegan a ser como una madre que vive para sus hijos o una esposa para su marido. Desde luego, es adecuado que una madre se acomode a las necesidades de sus hijos cuando son pequeños y no pueden prescindir de ella. Pero se convierte en un problema si, al ir creciendo, ella sigue con la misma pauta de humildad. El problema esencial es que los Nueve promedio se exceden al identificarse con el otro, perdiendo demasiado de sí mismos en el proceso. Los deseos y pensamientos de los demás se convierten con excesiva facilidad en sus propios deseos y pensamientos.

Se produce un movimiento recíproco: al acomodarse, idealizan al otro. Si el otro es una persona, él o ella no puede hacer nada malo; si es un valor o creencia, jamás se cuestiona. Así, los Nueve promedio caen fácilmente en roles convencionales, definiéndose como personas cuyo deber en la vida es realizar las funciones —pareja, sostén de la familia, padre, ciudadano que les ha asignado otra persona o la cultura en que viven. Se espera que se casen, tengan hijos y conserven un trabajo, entre muchas otras cosas, de modo que se acomodan. Su estilo de vida, sus creencias religiosas y políticas, sus expectativas para ellos mismos y sus hijos están todos definidos por las convenciones que han aceptado.

Por esto es que a los Nueve promedio se les considera tan acertadamente el arquetipo del hombre común. Son el pegamento de la sociedad, que por su misma disposición a amoldarse a cualquier rincón en que se necesite, es valioso para la sociedad, aunque a un costo para los individuos involucrados. Sin pensar en desarrollarse, los Nueve promedio abrazan los valores convencionales y los moderados estilos de pensamiento y de vida del grueso de la sociedad. Por lo tanto, la respetabilidad es muy importante para ellos. A los Nueve no les interesa tanto tener el mismo status que sus vecinos como ser miembros respetables de la sociedad, hacer lo adecuado y no hacer lo que una persona respetable no haría. En este sentido, generalmente los Nueve promedio también son individuos conservadores, comprometidos a preservar los valores tradicionales centrados en la familia, la religión y el trabajo.

Ya que son conservadores, los Nueve promedio también tienden a estar orientados al pasado y ser anticuados. El pasado siempre es más cómodo que el presente o el futuro, puesto que el pasado es una cantidad conocida. Es menos amenazante porque ya ha sido vivido. Además, los Nueve promedio pueden ser nostálgicos del pasado, poniéndose sentimentales o idealizándolo, porque el hacerlo crea una fuente de sensaciones agradables para ellos mismos y los demás.

Cuesta impugnar muchos de los valores particulares de los Nueve promedio. El problema no es tanto con sus valores como con su no pensarlos bien. Simplemente adoptan en forma global su estilo de vida, aceptando ingenuamente todo tal como parece ser.

La Persona Pasivamente Desligada

Ya que su estabilidad emocional depende de mantener su mundo interno de creencias e idealizaciones, los Nueve promedio en esta etapa temen al cambio. No quieren hacer nada que los perturbe, y por ende, desean mantener en lo posible el statu quo. Antes que esforzarse

de cualquier modo profundo, esencial, preferirían que simplemente todo funcionara solo, sin su intervención o respuesta.

La ironía es que los Nueve promedio en realidad deben hacer algo para no hacer nada: tienen que desligarse de cualquier cosa del ambiente que perciban como una amenaza a su paz. Su sana poca cohibición se ha convertido en cierta desconexión irreflexiva, una falta de percatación de gran parte del mundo que los rodea. Siguen teniendo una relación amistosa con la realidad, pero no en forma servil. Se establece una complacencia perezosa, una flojera intelectual y una indolencia emocional. (“Oh, bueno, no tenemos que preocuparnos por eso”). Se tornan pasivos: la vida comienza a ocurrirles a los Nueve promedio.

Hay una vaguedad característica en los Nueve en esta etapa, ya que mantienen una distancia desligada entre ellos mismos y sus actividades, una impasibilidad, que no permite que nada los afecte o perturbe. Son en extremo calmados, pero no se contactan realmente con el ambiente —o con aquellos en él— tornándose inadecuadamente desapasionados, aun respecto a cosas que precisamente requerirían una respuesta más personal. Caen en una actitud indiferente de “Puedo tomarlo o dejarlo”, que les impide excitarse o comprometerse demasiado con cualquier cosa. Van de un asunto a otro, igualmente contentos y neutrales al respecto. En resumen, los Nueve promedio son excesivamente suaves y mansos, el clásico temperamento flemático personificado. Estar “en la nube nueve” cobra un nuevo sentido.

Ya que no se permiten sentir nada en forma muy profunda, sus altas no son altas y sus bajas no son bajas, como señalara Jung. Todo se mantiene equilibrado. Los Nueve promedio ni siquiera se percatan de que sus sensaciones están disminuidas, porque se han desconectado de ellas. En esta etapa, los Nueve promedio empiezan a ser tan vagos e indefinidos que los demás no pueden dejar de advertir que algo les falta, como si no estuvieran totalmente ahí. Están desconcentrados y distantes, a millones de kilómetros de distancia, como si fueran transportados en cierto viaje interior o pensamiento secreto —o en absolutamente nada.

A los Nueve promedio, nada les parece particularmente importante o urgente, y no ponen ninguna energía mental especial en nada a menos que estén absolutamente obligados a hacerlo. Los detalles no les interesan, se olvidan de las cosas y no se concentran en su trabajo por más de algunos minutos antes de derivar mentalmente en otra dirección. Su conversación deambula o cambian de tema abruptamente, revelando su falta de atención a lo que se dice. Los Nueve promedio son soñadores de la vida, que gozan de la contemplación de su visión interna de cualquier persona o cosa que hayan idealizado. Pero,

desgraciadamente, ya que su atención a la contemplación es interna, desatienden el mundo real. Si son inteligentes y cultos, quizás les guste hablar de filosofía, teología, arte o ciencia, aunque aun así gran parte de su pensamiento es francamente poco más que una vaga absorción, cuyo objetivo es pasar el tiempo antes que participar activamente en algo que requiera intenso compromiso o esfuerzo.

Su sana sencillez se ha deteriorado en olvido, una permanente distracción, como si constantemente estuvieran soñando despiertos con nada en particular, percibiendo el mundo como alguien que mira el reloj sin ver la hora. En efecto, la forma en que la mayoría de la gente ha aprendido a ignorar los comerciales de la televisión es como los Nueve promedio vivencian gran parte de la realidad, desconectándose de cualquier cosa que no quieran ver o escuchar hasta que la inadvertencia se torna habitual. Son como sonámbulos, físicamente presentes pero sin percatarse de lo que ocurre a su alrededor.

Su energía se gasta manteniendo su paz, ignorando cualquier cosa que los pudiera excitar o angustiar. El confort físico y emocional es un valor importante, y los Nueve promedio no se esfuerzan intelectual o físicamente con demasiada intensidad por miedo de estimularse o agotarse demasiado. Pasan el tiempo de maneras poco exigentes, ocupándose en fruslerías domésticas, haciendo diligencias, juntando chucherías o mirando despreocupadamente la televisión. En esta etapa, se acostumbran a vivir en un estado de semiconciencia, como la gente que ha tomado tranquilizantes por tanto tiempo que olvida cómo es estar sin ellos.

Sin embargo, es importante entender que la pasividad psicológica no es lo mismo que la completa inactividad, aunque es su precursora. Los Nueve promedio pueden ser presidentes de corporaciones multimillonarias, dirigiendo grandes empresas mientras siguen manteniendo una desconexión interna de sus actividades. Los Nueve son capaces de desligarse porque uno de sus mecanismos de defensa es la compartimentación (aislamiento), que permite que sus experiencias subjetivas se dividan en segmentos no relacionados para que puedan ir de una cosa a otra sin comprometerse. Como resultado, la realidad tiene poco impacto sobre ellos. Pueden estar relativamente ocupados mientras permanecen emocional e intelectualmente desligados de sus actividades.

Ya que se desconectan de sus experiencias, los Nueve promedio no hacen las conexiones causa-y-efecto que uno normalmente podría esperar: causa y efecto simplemente no parecen ir juntos para ellos. No piensan en las consecuencias de sus actos, ni en el hecho de que sus omisiones también tendrán consecuencias. No reflexionan sobre nada, sintiendo absolutamente que todo va a salir bien.

Su falta de autopercepción es la raíz de lo que ocurre aquí. La inatención surge porque, a menos que sean sanos, los Nueve jamás aprenden a concentrarse en algo, incluyendo ellos mismos. Más bien lo opuesto, toda su orientación es tener poca cohibición y ser receptivos al otro, como hemos visto. Ya que son incapaces de sentirse como individuos distintos, se acostumbran a percibir toda la realidad en forma vaga. Cuando surgen problemas prácticos, especialmente con otra gente, su incapacidad para prestar atención a la realidad sólo empeora las cosas. Los Nueve promedio se convierten cada vez más en parte del problema antes que en parte de la solución.

También se desconectan de los conflictos interpersonales compartimentando sus relaciones, dividiendo a las personas en dos grupos principales: aquellas con las cuales se han identificado y todas las demás. El segundo grupo de gente tiene poco significado para los Nueve promedio porque es esencialmente irreal, poco más que una abstracción. Los Nueve promedio pueden ser sorprendentemente insensibles e indiferentes hacia este grupo de personas. Mejor que no existieran.

Los Nueve promedio tampoco ponen mucha energía en sus relaciones, incluso con las del primer grupo con quienes se han identificado. Los Nueve idealizan a estas personas, y luego desplazan su atención desde la gente real hacia su idealización de ella. El resultado es que los demás perciben una falta de atención hacia ellos o hacia sus verdaderas necesidades. Irónicamente, quizás los demás también empiecen a perder interés en los Nueve promedio, ya que hay tan poca energía o correspondencia en la relación. A medida que los Nueve se alejan, los demás también.

El Fatalista Resignado

Si el no hacer nada no resulta bien y deben enfrentar un problema, los Nueve promedio en esta etapa intentan minimizar su importancia. Subestiman la seriedad de las consecuencias de su pasividad y subestiman lo difícil que será que alguien más solucione los problemas que ellos se niegan a encarar. En efecto, subestiman la necesidad de hacer algo.

En un momento de crisis, todos los demás pueden ver que hay que hacer algo, pero los Nueve promedio se enorgullecen de su capacidad de resistir cualquier cosa que ocurra: saben que pueden atravesar los problemas haciendo caso omiso de ellos. Así, antes que esforzarse, se vuelven fatalistas, sintiendo que no se puede hacer nada para cambiar las cosas, y que en cualquier caso, sea cual sea el problema, después de todo no es en realidad un problema. ("Bueno, de todos modos,

realmente no importa”). Su sana receptividad se ha deteriorado en resignación, un rendirse antes que un aflojar maduro. Esto no es optimismo sino egoísmo. (“No quiero saberlo —simplemente no quiero que me perturben”).

El problema es que los Nueve se niegan a ver el problema. En lo que a ellos respecta, sin importar lo que ocurra, están resignados a su destino. No muestran ningún interés ni comprensión de lo que está en juego, ya sea para ellos mismos o para alguna otra persona. Si los demás se enojan con ellos debido a su negativa a actuar, los Nueve rápidamente intentan apaciguarlos. Desean paz a cualquier precio y harán cualquier concesión que sea necesaria para “dejar atrás sus problemas”, una de sus frases típicas. Una vez que han apaciguado a los demás, sienten que la crisis ha pasado y pueden continuar tal como antes. Pero ya que los Nueve no desean encarar nada que los perturbe, cuesta resolver dificultades con ellos. Olvidan cómo se arreglaron los problemas. A la semana siguiente, los problemas aún existen: nada de lo que supuestamente se resolvió, ha penetrado realmente en su cabeza o ha hecho una verdadera diferencia permanente.

En esta etapa están tan ansiosos de evitar conflictos que suavizan las posiciones contrarias, dan una falsa expectativa de esperanza minimizando los asuntos, y le dicen prematuramente a la gente que “se calme —todo estará bien”. Quieren disminuir los problemas para que todo el mundo pueda retornar a una existencia más pacífica, armoniosa, y para que desaparezca cualquier cosa que amenace su tranquilidad.

Pero al hacerlo, pueden ser cuidadosos de las cosas pequeñas y desatentos a las importantes. Su criterio se vuelve extremadamente deficiente. Si se ven forzados a encarar un problema que ellos mismos pueden resolver, sólo llegarán hasta donde sea absolutamente necesario y luego desistirán. Les falta aguante; simplemente no se encargan de un problema hasta el final. Si se ven obligados a actuar, toda su tendencia es pensar que basta con que hayan hecho un pequeño esfuerzo. Así, a menudo anulan lo bueno que pueden haber empezado y decepcionan a los demás que quizás estén contando con ellos.

Por otra parte, los demás se dan cuenta de que tendrán que sufrir las consecuencias del fatalismo y renuencia de los Nueve a esforzarse. Aun así, para los demás es frustrante confrontar a los Nueve fatalistas. Siguen siendo tan agradables que pocas personas están dispuestas a presionarlos o perturbarlos. La gente tiende a dejar en paz a los Nueve porque ellos así lo quieren.

Ahora queda clara la naturaleza de su egoísmo: sin percatarse de ello, los Nueve son capaces de poner su paz por encima de las necesidades más serias de los demás, en efecto, por encima de la realidad

y el daño que ocasionan al ignorarla. Su apaciguamiento de los demás es una defensa contra cambiar cualquier cosa esencial de ellos mismos o la idealización de sus relaciones importantes. Al minimizar la realidad, los Nueve promedio en efecto sacrifican a los demás para continuar la ilusión de unión con ellos, a fin de poder mantener su identidad y tranquilidad. Así son capaces de sacrificar a su pareja, a sus hijos —y a sí mismos— para el dios de la paz.

Hay mucha agresión en esto, pero es tan sutil que generalmente la gente ni siquiera lo nota. Sin embargo, los demás ya no son reales para los Nueve. Les han quitado la vida —no en forma literal, sino psicológicamente. Los Nueve han creado una relación con una fantasía y han dado la espalda a la realidad, especialmente la realidad de los demás. Cuesta concebir una forma más penetrante de agresión.

ANALIZANDO AL NUEVE MALSANO

La Persona Negligente

Los Nueve malsanos se obstinan en no enfrentar conflictos y problemas. Para poder protegerse de la angustia y la culpa y mantener su relación con sus ilusiones, se resisten activamente a ver los problemas que han causado o perpetuado. Como resultado, los Nueve malsanos son tercos, negligentes y absolutamente sordos a las presiones para cambiar. Los problemas incluso pueden tener las soluciones más obvias y relativamente fáciles, pero los Nueve malsanos no hacen nada y *no quieren hacerlo*.

Toda su energía va dirigida a mantener sus defensas contra encarar la realidad para que nada los afecte. Esta defensa, conocida como resistencia de represión, es extraordinariamente frustrante de tratar y hace casi imposible comunicarse con los Nueve malsanos. Es como si hubieran cerrado herméticamente una puerta interior, impidiendo que cualquier persona tenga acceso a ellos. Irónicamente, aquellos que antes eran tan abiertos y receptivos, se han vuelto impenetrables. Están molestos con los demás por tratar de forzarlos a hacer algo, y por lo tanto, por despertar su angustia. Pero la única forma en que los Nueve malsanos pueden expresar ira es resistiendo a los demás y bloqueándolos al máximo. La resistencia pasiva es tan agresiva como llegan a ser los Nueve malsanos, excepto quizás por un ocasional e inadvertido brote de ira cuando la represión fracasa momentáneamente.

Puesto que se resisten absolutamente a emprender cualquier acción, se tornan seriamente negligentes, descuidando no sólo sus responsabilidades para con los demás, sino que incluso para consigo

mismos. No irán al médico si están enfermos, y mucho menos reconocerán los problemas médicos o emocionales de su pareja o hijos. Se niegan a hacer su trabajo en la oficina si los perturba en lo más mínimo. No sólo son extremadamente frustrantes, sino que los que dependen de ellos se dan cuenta con mucha claridad que son completamente poco confiables. El conseguir que los Nueve malsanos hagan siquiera alguna cosa es como chocar contra un muro de piedra.

Ya que los Nueve reprimidos se resisten obstinadamente al contacto con la realidad, se vuelven inadecuados y subdesarrollados como personas, virtualmente inútiles para hacer cualquier cosa por su propia cuenta. Irónicamente, para ser personas que se esfuerzan tan poco, los Nueve malsanos tienen poca energía. Con frecuencia se sienten fatigados porque su energía se invierte en alejar la realidad antes que encararla. No pueden arrostrar ninguna tensión o presión porque todo los perturba (o más bien, piensan que lo hará) o exige más atención y esfuerzo de lo que ellos son capaces de mostrar. Los demás —generalmente aquellos que han sido dañados por su negligencia— tienen que intervenir para salvarlos de ellos mismos, resolviendo los problemas que los Nueve malsanos se han negado a enfrentar.

En este momento es seguro que aparecerán serios conflictos interpersonales, si es que ya no lo han hecho. Cuando estallan las hostilidades, los Nueve malsanos invariablemente se desconciertan por la intensidad de los sentimientos negativos que los demás tienen hacia ellos. No comprenden cuánto les ha costado a los demás su inatención.

El tener que enfrentar el hecho de que con su negligencia han dañado a alguien con quien se han identificado, provocaría extrema angustia y culpa en los Nueve malsanos. Se sumirían en la desesperación y posiblemente llegarían al suicidio. Sin embargo, la represión los salva de percatarse de sus descuidos e inadecuaciones, aunque no de todo el darse cuenta. De vez en cuando tienen momentos de introspección respecto a la irrevocabilidad de sus acciones —o mejor dicho, las consecuencias de su negligencia. Se dan cuenta de que sus omisiones han tenido consecuencias que no se pueden anular. Es demasiado tarde para echar pie atrás. El horror de esto es como una bestia que golpea la puerta de su inconsciente. ¿Cómo impedirle la entrada?

La Persona Disociada

La presión de la realidad y el antagonismo de los demás pueden llegar a ser tan intensos que para protegerse de tener que enfrentar la percatación de lo que han hecho, los Nueve neuróticos se aíslan completamente de todo. Se borran subjetivamente para no contactarse con la realidad y para que ésta no se contacte con ellos. Su temor a la

angustia es tan intenso que los Nueve neuróticos se disocian de la realidad, tornándose despersonalizados. Regresan a un estado infantil de negación, como si quisieran volver al útero. Bloquean tanto que se retraen a una condición atontada, insensible, como si tuvieran amnesia, completamente disociados del sí mismo.

Los Nueve neuróticos son como autómatas: no sienten ni reaccionan a nada. Es como si el sí mismo hubiera sido extirpado del cuerpo que funciona por su propia cuenta. El grado de su negación de la realidad puede ser asombroso. Pueden haber perdido un miembro, pero niegan que ocurrió o creen que el brazo o pierna volverá a crecer. Pueden pensar que no han sido realmente despedidos de su empleo, o que su divorcio o tal o cual muerte no ocurrió de verdad. Por patético que sea este estado, hay cierta adecuación poética a su condición, ya que los Nueve han estado cada vez más ausentes de sí mismos durante un tiempo. Ahora, sin embargo, su disociación de sí mismos se ha vuelto habitual, una forma de vida, o mejor dicho, una forma de no vivir.

Están en la bruma de la disociación, sintiendo que la vida es una pesadilla, una especie de artificio del cual tienen que huir para que la realidad no les ocurra realmente a ellos. Desde luego que en momentos de severa pérdida y trauma, otros tipos de personalidad también reaccionan negando la realidad hasta que pueden empezar a encarar lo que ha ocurrido. Sin embargo, los Nueve neuróticos se disocian porque no quieren encarar nunca más la realidad.

Hay un elemento histérico en su escape de la realidad, aunque cuesta percibirlo porque la histeria es reprimida afuera de la conciencia. Sin embargo, su angustia inconsciente ha alcanzado tal intensidad que los Nueve neuróticos deben seguir huyendo tanto de sí mismos como de la realidad. No tienen donde ir, ni hacia el mundo para encontrar refugio ni hacia adentro para buscar su propio alivio y consejo. La única salida es darle un último empujón a la disociación en la dirección del autoabandono. Al huir tanto de la angustia como de la realidad, los Nueve neuróticos se disocian de sí mismos lo más completamente posible.

La Persona que se Abandona a Sí Misma

Si algo los empuja hasta el borde del abismo (si, por ejemplo, la realidad les coloca presiones de las cuales no pueden huir), es probable que los Nueve neuróticos se dividan en múltiples personalidades. Se desintegran como personas hacia el estado más extremo de disociación a partir de quienes son. Como hemos visto, su orientación receptiva hacia la vida ha facilitado su huida de la autopersecución. Ahora, al partirse en pedacitos, huyen completamente de sí mismos.

Los Nueve neuróticos se abandonan inconscientemente como seres integrales, reinvirtiéndose la conciencia en varios fragmentos de ellos mismos, cada uno de los cuales puede representar un aspecto del sí mismo que ha sido reprimido, negado y subdesarrollado. Los Nueve entonces pueden responder al ambiente bajo el disfraz de una de sus múltiples personalidades, algunas de las cuales probablemente sean más capaces de encarar la realidad de lo que fue el sí mismo entero.

El abandonarse como personas y vivir como uno de sus sí mismos separados es una especie de “solución”, porque entonces no son realmente ellos los que viven, sino alguna otra persona a través de la cual pueden vivir. Hemos visto que los Nueve promedio viven a través del otro; ahora vemos que viven a través del otro-sí mismo, el fragmento del sí mismo que se ha convertido en una especie de “otro”. El sí mismo nuclear ha sido tan traumatizado que es como si estuviera en un sueño sin un soñador. Esto difícilmente se puede llamar vivir. Además, ya que una de las subpersonalidades puede ocasionarle daño a otra persona o a sí misma, esto no es una forma de vivir ni segura ni adaptativa.

El fragmentarse en múltiples personalidades es un resultado irónicamente adecuado para los Nueve neuróticos, porque jamás han mostrado mucho interés en ellos mismos como individuos. Ahora verdaderamente no son individuos: son muchas “personas” diferentes —y nadie a la vez.

DINÁMICA DEL NUEVE

Dirección de Desintegración: El Nueve Va al Seis

Es difícil saber si los Nueve que se deterioran en múltiples personalidades van al Seis, o precisamente qué significaría si una o más de éstas se deterioraran más allá. Lo más probable es que, luego de la fragmentación en múltiples personalidades, se produzca alguna forma de esquizofrenia (posiblemente esquizofrenia paranoide, que puede interpretarse como un salto al Seis). En todo caso, para un Nueve menos malsano es posible ir al Seis, y ya que esto es más típico, es lo que trataremos acá.

Cuando los Nueve malsanos disociados van al Seis, la angustia finalmente atraviesa su represión severa. Todos los sentimientos y comprensiones que han estado evitando, se les vienen encima como un alud. El individuo que antes era tan calmado, se convierte en alguien histérico sobrerreaccionador, agobiado por la angustia, temeroso, perturbado, aprensivo, llorón, dominado por el pánico. Más que

nunca, los Nueve deteriorados necesitan que alguna otra persona los cuide y salve de cualquier situación amenazante en que se hayan metido. Para que los demás los ayuden, pueden humillarse de una manera vil (volverse "morbosamente dependientes", como dice Horney) y autodestruirse en forma masoquista a fin de que los demás tengan que cuidarlos.

Los Nueve deteriorados en el Seis también pueden hacer algo contraproducente y humillante, colocándose en posiciones peores que nunca antes. El móvil detrás de esto es doble: autocastigo para expiar la intensa culpa que sienten por decepcionar a los demás y hacerlos sufrir; y autohumillación para reparar la separación de los demás, atrayendo a la gente de vuelta hacia ellos.

Sin embargo, estas tácticas psicológicas no funcionan, porque además de la angustia, los Nueve deteriorados también han soltado inadvertidamente la agresión hacia ellos mismos y los demás desde la caja de Pandora del inconsciente. Como ya no son capaces de reprimir los sentimientos agresivos, se castigan y se llenan de odio hacia sí mismos. También se tornan intensamente hostiles hacia los demás, atacando a cualquiera que aumente su angustia antes que aliviarla inmediatamente. Si los demás no restauran mágicamente la paz, se convierten en "el enemigo".

Desgraciadamente, los Nueve deteriorados no tienen defensas con las cuales manejar la angustia o la agresión. Ya no pueden reprimir la especialmente aguda angustia de ser rechazados por la gente que ha sido significativa para ellos. Es probable que se entreguen al alcohol y a las drogas para controlar su histeria, o recurran al suicidio si no pueden volver a encontrar algún tipo de paz.

Dirección de Integración: El Nueve Va al Tres

Cuando los Nueve sanos se integran al Tres, se ponen seguros de sí mismos y se interesan en desarrollarse a sí mismos y sus talentos en el mayor grado posible. Se mueven del aplomo a un sacarse más provecho, de una recién nacida presencia en el mundo a una activa fuerza dirigida desde adentro. Como ya son sanos y extremadamente equilibrados, ya no viven a través de alguna otra persona, ni necesitan amoldarse a los roles convencionales como fuentes de autoestima e identidad. Más bien, los Nueve en vías de integración se crean imponiéndose adecuadamente. Ya no temen al cambio, volviéndose más flexibles y adaptables, completamente capaces de encarar la realidad como personas por derecho propio.

Los Nueve en vías de integración se han conectado con su vitalidad. En términos freudianos, se ponen en contacto con el id, el lado

agresivo e instintivo de sí mismos. Los Nueve siempre han temido a sus impulsos agresivos y ahora comprenden que ya no es necesario, pues estos impulsos no son necesariamente destructivos sino más bien pueden llevar al desarrollo propio.

Su paz se torna menos frágil porque los Nueve descubren que pueden imponerse sin ser agresivos con los demás, y por lo tanto, sin arriesgar sus relaciones. Al aumentar su autoestima, sus relaciones se hacen más maduras y satisfactorias. Los Nueve en vías de integración descubren que ya no tienen que ser humildes para encontrar a alguien con quien puedan tener una relación. Al ser (y convertirse en) ellos mismos, atraen a otros que encuentran a los Nueve en vías de integración más interesantes y deseables que nunca antes. Tal vez eso los sorprenda, pero puede que los demás incluso empiecen a identificarse con ellos, a buscarlos, a acomodarse a ellos. Aun cuando los Nueve en vías de integración probablemente disuadirán a los demás de depender de ellos, no obstante les va a agradar, como bien debiera.

PRINCIPALES SUBTIPOS DEL NUEVE

El Nueve con un Ala Ocho

Los rasgos del Nueve y los del ala Ocho están en pugna entre sí: los Nueve son pasivos y desean armonía con los demás, mientras que los Ocho son agresivos, imponiéndose y siguiendo su propio interés. Ya que el Nueve es el tipo básico de personalidad, los individuos de este subtipo tienden a ser fundamentalmente orientados hacia los demás, receptivos, poco cohibidos, pasivos, etc., mientras que una parte de ellos se impone firmemente, por lo menos a veces. Este es uno de los subtipos más difíciles de entender porque los tipos componentes están en tal oposición diametral entre sí. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Dwight Eisenhower, Gerald Ford, Ingrid Bergman, Bing Crosby, Perry Como, George Shultz, Walter Cronkite, Hugh Downs, Lady Bird Johnson y Marc Chagall.

En la gente sana de este subtipo, el ala Ocho agrega al estilo global de la personalidad un elemento de fortaleza interna y fuerza de voluntad, así como también una cualidad expansiva, apasionada. A pesar de su poca cohibición, los individuos sanos de este subtipo son capaces de imponerse eficazmente; a pesar de su afabilidad y preocupación por los demás, pueden ser bastante fuertes y enérgicos; a pesar de su capacidad de subordinarse a los demás y a las metas comunes, pueden ser valientemente independientes; a pesar de su comportamiento

calmado, pueden tener un mal genio formidable, aunque rara vez se valen de él. Así, las personas sanas de este subtipo dan la impresión de fortaleza y bondad, sensualidad y poder.

Los individuos promedio de este subtipo compartimentan completamente sus emociones. Si bien su autoimagen es de serenidad, quizás a veces sean bastante agresivos sin darse cuenta del grado de ello. Pueden ser complacientes, incluso flojos, respecto a lograr éxito en algunas áreas de su vida, mientras son extremadamente competitivos en otras. Si no están dotados intelectualmente, quizás parezcan un poco lerdos —bonachones pero torpes—, ya que ni el Nueve ni el Ocho es un componente especialmente intelectual o racional. Estos individuos tienen fuertes impulsos elementales de unirse psicológica y sexualmente con el otro. Su propio interés está ligado al bienestar material. Cuando se despiertan sus instintos protectores, no desean tanto herir a los demás como protegerse a sí mismos y su propiedad. Las personas promedio de este subtipo pueden volverse beligerantes y confrontadoras hacia los demás, pero con poca animosidad personal duradera. Su mayor ira se despierta contra quienes atacan a su familia, sus creencias o su forma de vida. Pero una vez que ha pasado la crisis, son capaces de pedir la paz, convirtiendo a sus antiguos enemigos en aliados.

Los Nueve malsanos con un ala Ocho pueden ser violentos sin preocuparse mucho por las consecuencias de sus acciones. Las agresiones e impulsos id son fuertes en la gente de este subtipo, y hay poco superego o conciencia que regule estas fuerzas. Sus agresiones pueden ser despertadas especialmente por celos sexuales de su pareja. La separación de un ser querido a través de la alienación de los afectos es devastadora para el sentido del sí mismo del Nueve y enciende la ira del Ocho por su orgullo herido. Como resultado, los Nueve con un ala Ocho pueden ser físicamente peligrosos, repartiendo golpes en forma impulsiva. Pueden ejercer represalias contra quienes han entrado en conflicto con ellos, mientras se disocian emocionalmente del daño que hacen.

El Nueve con un Ala Uno

Los rasgos del Nueve y los del ala Uno tienden a reforzarse entre sí. Los Nueve reprimen sus emociones para mantener su paz, mientras que los Uno reprimen sus emociones para mantener el autocontrol. En este subtipo vemos personas emocionalmente más controladas y serenas que aquellas en el otro subtipo, a pesar de que bien pueden mostrar momentos de ira e indignación moral. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Ronald Reagan, Corazón Aquino, Abraham

Lincoln, reina Isabel II, Rosalynn Carter, Cyrus Vance, Henry Fonda, Gary Cooper, Jimmy Stewart, David Hartman, princesa Grace de Mónaco, Rose Kennedy, Jim Henson, Walt Disney, Norman Rockwell, Dame Joan Sutherland, Ralph Waldo Emerson, Desdémona, Edith Bunker y Mary Hartman.

Las personas sanas de este subtipo poseen una enorme integridad y son extremadamente de principios. Su gran sentido común les ayuda a ser sabias en sus juicios, especialmente sobre los demás. Están alerta a los problemas de equidad y objetividad cuando les corresponde actuar o juzgar una situación. El ala Uno añade un componente racional a este subtipo, equilibrando la orientación poco cohibida y receptiva del Nueve. Aquí los individuos sanos están interesados en compartir lo que saben, y aprecian las ideas y descubrimientos de los demás. Les gusta enseñar y pueden ser líderes morales, enseñando más eficazmente con su ejemplo. La franqueza del Nueve se combina con la objetividad del Uno; el resultado es sencillez y candor hacia los demás, serenidad y moderación hacia ellos mismos.

Los individuos promedio de este subtipo pueden ser cruzados de alguna clase porque tienen un rasgo idealista que los hace desear mejorar el mundo de cualquier manera que les sea posible. Están seguros de sus opiniones y generalmente tienen ideas fijas convencionales y conservadoras acerca de todo lo que toca sus creencias básicas. Los individuos de este subtipo tienden a ser tranquilos y con dominio de sí mismos —en particular, emocionalmente más controlados y menos abiertamente apasionados que los Nueve con un ala Ocho. También pueden estar bastante ocupados organizando el ambiente o planeando su organización por otros, mientras mantienen la desconexión emocional característica de los Nueve promedio. Complacientes y desligados, desean evitar todos los conflictos y antagonismos personales, pero se pueden enojar fácilmente, ya que hay cierta irascibilidad y nerviosismo en este subtipo. Pueden racionalizar, moralizar o recurrir a ideologías políticas, de clase social o religiosas para sostener sus argumentos. También pueden ser sorprendentemente impersonales e insensibles en su descuido por los demás, ya que la gente promedio de este subtipo sustrae del mundo real una buena parte en favor de sus nociones idealistas.

Las personas malsanas de este subtipo pueden ser castigadoras hacia los demás. Pueden enojarse muchísimo, aunque en una forma altamente compartimentada, actuando impulsiva e inesperadamente. Son más resentidas que los Nueve con un ala Ocho, inquietándose por agravios e injusticias. Si actúan, los Nueve malsanos con un ala Uno pueden volverse bastante arbitrarios, contradiciendo su conducta más corriente. Las tendencias obsesivo-compulsivas están entre sus rasgos

neuróticos, y los individuos malsanos de este subtipo pueden obsesionarse por sus aparentes problemas mientras se disocian de sus acciones compulsivas o de sus problemas reales. Por ejemplo, quizás decidan olvidar lo que acaba de ser el foco de su obsesión como si no hubiera ocurrido nada. Ya que sus mecanismos de defensa son menos globales que en el otro subtipo, aquí los neuróticos tenderán a sentir más sus conflictos, y por lo tanto, es más probable que tengan problemas o colapsos emocionales severos si se tornan muy malsanos.

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Al reflexionar sobre el deterioro de los Nueve, podemos ver que los Nueve promedio a malsanos han causado precisamente lo que más temen: el temor a la separación. Ahora que son personalidades fragmentadas, no sólo están separados de los demás sino también de ellos mismos. Están profundamente alienados y aterrorizados de sí mismos. Sólo a duras penas la personalidad nuclear que queda será capaz de empezar a reclamar el sí mismo.

Parece que relativamente pocos Nueve se deterioran hasta este estado de neurosis. Probablemente lo que ocurre en la mayoría de los casos es que se deterioran hacia estados malsanos (negación, disociación) luego de una crisis, pero son capaces de volver a cierto grado de funcionamiento normal. Sus defensas son muy poderosas porque lo abarcan todo, y para bien o para mal, los Nueve son capaces de reprimir la mayoría de los traumas y seguir viviendo. Sin embargo, su capacidad de aguante siempre se consigue a costa de llevar una vida emocional y personalmente empobrecida.

Desde esta perspectiva, también podemos ver que su problema central ha sido cómo despertarse y cómo mantener el aplomo una vez que lo han logrado. La respuesta es que los Nueve deben aprender a aceptar el sufrimiento, especialmente el sufrimiento relacionado con la angustia. El sufrimiento, aceptado conscientemente, tiene la capacidad de catalizar a la gente, choqueándola hasta la percatación. El sufrimiento también nos obliga a elegir qué sentido tiene para nosotros. Cuando escogemos el sentido de nuestras experiencias, nos creamos a nosotros mismos. Cuando los Nueve utilizan activamente el sufrimiento como una fuerza positiva en su vida, no sólo dan un sentido a ésta, sino que mantienen su percatación de sí mismos. La persona que es capaz de dar un sentido a su sufrimiento es tanto el sí mismo que sufre como el que lo trasciende. En ese momento, el sí mismo es poseído.



CAPÍTULO 12

TIPO UNO: EL REFORMADOR

PERFIL DEL UNO

Sano: Se vuelve sabio, juicioso y tolerante. Profundamente realista y equilibrado en sus juicios. Racional, concienzudo, moderado. De elevados principios, siempre tratando de ser justo y objetivo. Muy ético: la verdad y la justicia significan mucho. Integridad personal: un maestro moral.

Promedio: El idealista noble, que se esfuerza por la excelencia en todo: el reformador, abogado, cruzado. Ordenado y eficiente, pero impersonal, demasiado controlado emocionalmente. Se torna muy crítico, enjuiciador y altamente testarudo en sus opiniones: el perfeccionista y "trabajólico". Moralizador, regañón, enojado con indignación y duro con los demás.

Malsano: Puede ser farisaico, intolerante, dogmático e inflexible. Severo en sus juicios y no puede soportar que se demuestre que está equivocado. Pensamientos obsesivos y acciones compulsivas, contradictorias, haciendo hipócritamente lo opuesto de lo que predica. Cruel y condenatorio, castigador hacia los demás. Hay probabilidad de colapso nervioso y súbita depresión severa.

Motivaciones Claves: Desea tener razón, esforzarse al máximo y perfeccionar a los demás, justificar su propia opinión, estar más allá de la crítica para no ser condenado por nadie.

Ejemplos: Papa Juan Pablo II, Margaret Thatcher, Elie Wiesel, Barbara Jordan, Eric Sevareid, Ralph Nader, Sandra Day O'Connor, William F. Buckley, Anita Bryant y Mr. Spock.

VISIÓN GENERAL DEL UNO

Al divulgar el tema común de la conciencia evangélica del sí mismo antes de la regeneración, John Greene, un puritano de Nueva Inglaterra de mediados del siglo XVII, confesó que Dios le había permitido “ver mucho de la ruindad” de su corazón y “pensé, nadie tan vil como yo, ningún corazón tan perverso, tan soberbio, tan terco, tan rebelde, y pensé que Dios jamás demostraría compasión hacia un miserable canalla tan vil como era yo”. Esta visión del sí mismo interno, una visión vivenciada en mayor o menor grado por la mayoría de los evangélicos, era la fuente de la desesperación y desesperanza que tantas veces precedía a las conversiones... Hasta que los individuos no puedan resignarse, o ser conducidos por Dios, a rechazar su propio sí mismo como criaturas despreciables, pecaminosas y justamente condenadas, jamás podrán esperar nacer de nuevo (Philip Greven, *The Protestant Temperament* [El temperamento protestante], 75).

El deseo de autorregeneración de los puritanos al esforzarse por ideales, es una expresión del tipo de personalidad Uno. No contentos de ser como son, Unos y puritanos por igual sienten la obligación de ser mejores. De alguna manera deben subir más alto, más allá de la naturaleza humana hasta el reino de lo Absoluto.

A este tipo de personalidad, el consejo de “Desiderata” le suena tonto y peligroso: “Más allá de una disciplina sana, sé gentil contigo mismo. Tú eres un hijo del universo, no menos que los árboles y las estrellas; tienes derecho a estar aquí. Y te resulte claro o no, es indudable que el universo se está desarrollando como debiera”. Hasta donde los Uno promedio a malsanos pueden decir, el universo enfáticamente no se está desarrollando como debiera. Las personas no se están esforzando lo suficiente para mejorar ya sea el universo o a ellas mismas.

Lo que los Uno típicamente no ven es que, teniendo en cuenta sus premisas fundamentales, están aprisionados en conflictos entre fuerzas opuestas que no se pueden reconciliar ni en ellos mismos ni en el universo. Sienten agudamente la lucha entre el bien y el mal, la carne y el espíritu, lo ideal y lo real. Para los Uno, las líneas de batalla están claramente trazadas entre el lado caótico e irracional de su naturaleza

y la claridad de su mente racional, entre sus oscuros impulsos libidinosos y su dominio de sí mismos, entre sus aspiraciones metafísicas y sus necesidades humanas —entre su cabeza y su corazón.

En la Tríada del Relacionarse

Los Uno parecen ser muy seguros de sí mismos, aunque su confianza en sí mismos reside menos en ellos mismos que en la legitimidad de sus ideales. A pesar de las apariencias, los Uno se relacionan con el mundo considerándose “menos que” un ideal hacia el cual aspiran. Se subordinan a una abstracción —generalmente un valor intangible, universal, como la verdad o la justicia—, esforzándose para ser tan perfectos como ella. A diferencia de los Nueve, que se consideran en unión con otro, los Uno saben que el ideal no es realmente una parte de ellos mismos. El ideal es, por definición, algo por lo cual deben trabajar pero que jamás pueden obtener plenamente. Sin embargo, como veremos, los Uno promedio a malsanos ciertamente se sienten superiores al común de los mortales por el intento de hacerlo.

Aquí es donde los Uno comienzan a tener problemas. Al deteriorarse hacia la neurosis, los Uno promedio empiezan a identificarse tan completamente con el ideal, que los Uno malsanos piensan que lo han logrado y que todos los que no lo han logrado, debieran ser condenados. En un nivel de percatación, incluso los Uno malsanos saben que no son perfectos, pero en otro nivel, piensan y actúan como si ya lo fueran, para evitar ser condenados por su conciencia o por cualquier otra persona. Los Uno promedio a malsanos están convencidos de que cuanto más celosamente se esfuerzen por la perfección, más rectos llegarán a ser por el intento. Piensan que al alinearse con el ideal, siempre tendrán razón, sin importar lo mucho que se equivoquen. El mero acto de identificarse con el ideal, les hace sentir que son mejores que el resto del mundo. Ellos están entre los salvados porque conocen el camino correcto, el modo como todas las cosas debieran ser.

Problemas con la Represión y la Agresión

Como los otros dos tipos de personalidad en la Tríada del Relacionarse, los Uno tienen un problema con la represión de alguna parte de su síquis. Los Uno reprimen sus emociones, intentando sublimarlas en la búsqueda de perfección. Sus emociones gradualmente son reprimidas más y más a medida que los Uno se ven atrapados en conflictos entre esforzarse por ideales e implementarlos en el mundo real. Sin embargo, el cuadro se complica más porque los Uno se relacionan con

el mundo en forma dualista: se consideran menos que el ideal, mientras dan la impresión de que también son superiores al ambiente, el cual están obligados a mejorar. Constantemente miden no sólo la distancia entre ellos mismos y el ideal, sino también la distancia entre su perfección presente y su imperfección pasada.

En efecto, hay una doble dicotomía en los Uno. La primera es la dicotomía externa que acabamos de ver: la presión de vivir a la altura de un ideal versus la convicción de ya ser más perfectos que los demás. La segunda es una dicotomía interna, que es menos obvia: una división entre el lado fríamente controlado y racional de sí mismos que presentan al mundo versus sus sentimientos reprimidos. Aunque los Uno no son lo que se llamaría emocionales o apasionados, sin embargo están agudamente conscientes de sus emociones, especialmente de sus impulsos agresivos y sexuales. A pesar de que intentan mantener reprimidos sus sentimientos en lo posible, nunca tienen tanto éxito en esto como les gustaría.

Debido a estas dicotomías, los Uno promedio a malsanos siempre se sienten atrapados en conflictos: entre la perfección de su ideal y sus propias imperfecciones; entre sentirse virtuosos y sentirse pecaminosos; entre sus acciones y su conciencia; entre su deseo de orden y el desorden que ven en todas partes; entre el bien y el mal; entre Dios y el demonio.

El tipo de personalidad Uno corresponde al tipo de pensamiento extravertido de la tipología jungiana; es una de las descripciones más claras de Jung.

Este tipo de hombre eleva la realidad objetiva, o una fórmula intelectual objetivamente orientada, al principio gobernante no sólo para sí mismo sino para todo su ambiente. Mediante esta fórmula se mide el bien y el mal, y se determina la belleza y la fealdad. Todo lo que concuerde con esta fórmula es correcto, todo lo que la contradiga es incorrecto... Ya que esta fórmula parece abarcar todo el sentido de la vida, se convierte en una ley universal que debe ser puesta en vigor en todas partes y todo el tiempo, tanto individual como colectivamente. Tal como el tipo de pensamiento extravertido se subordina a su fórmula, así, por su propio bien, todos los que lo rodean también deben obedecerla, pues cualquiera que se niegue a obedecerla está equivocado —se está resistiendo a la ley universal, y por lo tanto, es irracional, inmoral y sin conciencia. Su código moral le prohíbe tolerar excepciones; su ideal debe realizarse bajo toda circunstancia... Esto no es por ningún gran amor a su vecino, sino por el superior punto de vista de la justicia y la verdad... Los “debiera” y “tengo

que" cobran importancia en este programa. Si la fórmula es lo suficientemente amplia, este tipo puede jugar un rol muy útil en la vida social como reformador, fiscal o purificador de conciencias... Pero cuanto más rígida sea la fórmula, más se convierte él en un ordenancista, un sofista y un pedante, que le gustaría introducirse a sí mismo y a los demás en un molde. Aquí tenemos los dos extremos en que la mayoría de estos tipos se mueve (C.G. Jung, *Psychological Types*, 347).

Desde nuestra perspectiva, podemos ver que Jung está describiendo varios puntos a lo largo del Continuum de rasgos del Uno: los Uno promedio son reformadores y fiscales, mientras que los Uno malsanos intolerantemente tratan de introducir a los demás en su molde, etc. Como veremos, el espectro completo de rasgos del Uno abarca algunos de los aspectos más nobles y menos admirables de la naturaleza humana. Cuando son sanos, los Uno pueden ser el tipo de personalidad más objetivo, de principios y sabio. En lo humanamente posible, intentan que sus sentimientos personales no se entrometan en el modo de tratar justamente a los demás. Están profundamente interesados en la justicia, no sólo para ellos mismos sino para todo el mundo.

Pero en contraposición a esto, cuando son malsanos, su vida es una implacable aplicación de sus ideales a todas las situaciones concebibles. Los Uno malsanos se tornan extremadamente intolerantes a cualquier persona que esté en desacuerdo con ellos, y ya que están convencidos de que son los únicos que conocen la VERDAD (con mayúsculas), todo sigue a eso. Lo que no, es condenado y severamente castigado. Sin embargo, el problema es que la naturaleza humana continúa aflorando: los Uno malsanos descubren que no pueden controlarse tan perfectamente como sienten que debieran. Sus impulsos pueden ser reprimidos sólo por un tiempo. La carne tendrá su día.

Orígenes Infantiles

Los Uno se desarrollan como lo hacen porque cuando niños se identificaron negativamente con su padre o un sustituto paterno. Su orientación negativa hacia su padre, y lo que éste simbolizaba, fue de central importancia para el desarrollo de su superego: estos niños aprendieron a temer la condenación y a evitarla intentando ser siempre intachables.

El principal mensaje que recibieron de su padre fue "Tú no eres aceptable como eres; debes ser mejor, siempre mejor". Sus propios deseos y sentimientos rara vez fueron aprobados; más bien, estos niños siempre tuvieron que obedecer para evitar ser criticados o condenados

por su padre. Como resultado, sus emociones y otros impulsos fueron reprimidos por fuerzas simbolizadas por un padre castigador. (Los freudianos consideran que el entrenamiento de hábitos de excreción es el área en que se aprendieron los rasgos anales del tipo obsesivo-compulsivo que corresponden al Uno. Aun cuando los rasgos anales freudianos de orden, parsimonia y obstinación se ven en los Uno, especialmente en aquellos con un ala Nueve, no tenemos que restringirnos únicamente al tema de la excreción para entender los orígenes de este tipo de personalidad).

Estos niños pueden haber sido negativos hacia su padre por muchas razones. Quizás el padre haya estado ausente de la familia, haya sido abusivo o haya tratado al niño injustamente. O como resultado de una estricta crianza moral y religiosa y la amenaza del castigo eterno, el niño puede haber temido ofender a Dios Padre y ser condenado. Quizás el niño haya temido ser enviado al infierno por ser impulsivo, amigo de los placeres, egoísta, o por otras acciones que eran, después de todo, simplemente la conducta natural de un niño. En cierto sentido, a los Uno no se les permitió ser niños, sino que se les obligó a convertirse en pequeños adultos antes de tiempo. Debido a estas situaciones, decidieron no ser como su padre. Para evitar ser condenados, tendrían que ser mejores que su padre.

También vale la pena señalar que no se rebelaron contra las censuras sobre ellos; más bien, internalizaron el control en su conciencia sintiéndose culpables por sus transgresiones. Sin embargo, también se sentían enojados de que depositaran en ellos el peso de la perfección, y más enojados aún cuando veían a otros que no estaban sometidos al mismo control de sus sentimientos e impulsos. La libertad de los demás (para los Uno, la licencia que los demás se dan) los enajena y los hace enfadarse bajo el peso de sus propias prohibiciones.

Problemas con la Ira y la Perfección

Irónicamente, los Uno dan rienda suelta más injustamente a su ira contra los demás cuando están enojados fundamentalmente consigo mismos por no ser perfectos. En lugar de resolver sus propios sentimientos trastornados, los Uno promedio a malsanos hallan defectos en todos los demás. Su ira farisaica hace que los Uno sean agresivos; sin embargo, el Uno no es un tipo de personalidad agresivo en sí. En realidad, los Uno son obedientes a sus ideales, ya que el ideal es la vara mediante la cual miden todo, incluyendo a sí mismos. La agresión de su personalidad es una expresión de ira contra sí mismos y los demás por no obrar perfectamente de acuerdo con el ideal.

Por otra parte, su ira indica el hecho de que depositan una carga demasiado grande sobre sí mismos y los demás: la perfección es un peso que la naturaleza humana no puede soportar. Lo que les resulta difícil de aceptar a los Uno es la interdependencia de la carne y el espíritu que es el estado natural del hombre. Por su naturaleza, la parte irracional de sí mismos no puede ser perfeccionada o controlada de la misma manera que su parte racional. Sin embargo, intentan hacerlo negando todo lo que sea vil, es decir, humano, en ellos mismos, para llegar a ser más parecidos al ideal. Finalmente, los Uno se sienten culpables por ser humanos. Temen ser condenados porque no son ángeles.

Sin embargo, cuando los Uno son sanos, su orientación objetiva hacia la vida les permite seguir firmemente en contacto con las realidades humanas, incluyendo la propia. Son el tipo de personalidad más juicioso, moral y razonable, tolerante con los demás y consigo mismo. Reconocen que quizás sus ideales no se ajusten por igual a todo el mundo y en todas las circunstancias. Pero cuando son malsanos, su conducta es una retorcida caricatura de sus virtudes porque su humanidad se ha pervertido. Los Uno malsanos castigan a los demás por sus menores faltas, mientras se absuelven de sus mayores pecados. Son completamente despiadados porque han perdido contacto con la humanidad. Si los ideales no son de utilidad para los seres humanos, ¿de qué sirven?

ANALIZANDO AL UNO SANO

El Realista Sabio

Los Uno muy sanos permiten que su humanidad salga a la superficie, descubriendo que sus impulsos no son tan caóticos ni amenazantes como temían. No reprimen sus sentimientos, excepto hasta el grado necesario para un funcionamiento sano, tal como debe hacerlo todo el mundo. Así, sus sentimientos se equilibran con el resto de su síquis y se integran a su personalidad total. Su lado subjetivo se alinea con la realidad objetiva, y se vuelven excepcionalmente realistas y tolerantes, incluso consigo mismos.

Ya que son tan realistas respecto a sí mismos, los Uno muy sanos generalmente son maduros y equilibrados. Aunque todavía les atraen los ideales, los Uno muy sanos no los consideran sofocantes órdenes unilaterales, sino algo que ellos personalmente encuentran satisfactorio. No sienten la necesidad de hacer todo perfecto ni de volverse ellos mismos absolutamente perfectos: es una empresa perdida, y por lo tanto, no es un imperativo moral adecuado. Convertirse en un ser

humano pleno es suficientemente excitante. Paradójicamente, al convertirse en seres humanos plenos, los Uno llegarán tan cerca de la perfección como es humanamente posible. Cuando son así de sanos, los Uno son “poco menos que ángeles”, personificando una gran nobleza de espíritu.

Los Uno muy sanos son el tipo de personalidad más sabio debido a la extraordinaria precisión de su juicio. Este es magnífico porque los Uno se basan en lo real antes que en lo ideal. Van más allá del razonamiento lógico, para discernir lo mejor que se debe hacer en cualquier circunstancia en que estén. Tal como los Cinco muy sanos tienen la comprensión más aguda del mundo físico, los Uno muy sanos tienen la visión más clara del mundo moral, impulsando a los demás a buscarlos para que los orienten.

Tal como son tolerantes consigo mismos, los Uno muy sanos también son tolerantes con los demás. Cuando la mayoría de las personas usan la palabra tolerante, generalmente quieren decir permisivo, que a la gente se le debiera permitir hacer lo que le plazca. Sin embargo, la tolerancia con los demás no es lo mismo que la permisividad. La verdadera tolerancia es la capacidad de respetar las diferencias de opinión a que han llegado personas bien informadas de buena voluntad. El Uno tolerante que es protestante, permite que el judío y el católico, el musulmán y el hindú tengan la misma libertad que él de adorar a Dios. Esto no significa necesariamente que los Uno tolerantes piensen que las creencias religiosas de los demás son correctas o que las diferencias religiosas no tienen importancia, sino que los Uno permiten que los demás tengan la libertad de descubrir la verdad por su propia cuenta y a su modo. Entienden otros puntos de vista sin aprobarlos y sin imponerle a nadie sus propias opiniones.

Son capaces de ser tan tolerantes porque los Uno muy sanos mantienen valores fundamentales ante su mente. Al tener en cuenta el ámbito trascendental y espiritual, los Uno sanos consiguen una perspectiva más amplia sobre la realidad, lo cual los dota de la capacidad de ver todo en su propio contexto. La profundidad de su discernimiento es tal que los Uno sanos son capaces de focalizarse en lo que es verdaderamente más importante en cualquier situación. Saben virtualmente de un vistazo cuál es el “bien mayor”. (Y si no lo saben, su ignorancia no alarma a los Uno sanos porque son capaces de esperar hasta que la realidad les presente una respuesta).

Están tan convencidos de la realidad de la verdad y de la objetividad de los valores trascendentes, que reconocen el derecho de los demás a equivocarse. La fe que los Uno muy sanos tienen en el orden moral es tan profunda que permiten que los demás, según ellos, se equivoquen toda su vida, porque creen que finalmente el error no

triunfará sobre la verdad. Creen que lo verdadero siempre va a triunfar porque la verdad es de la naturaleza de la realidad misma. Por esto es que ser completamente realista es ser sabio. La sabiduría va más allá de la razón, abarcando lo irracional, tomándolo en cuenta. Es ver el orden real de las cosas y, por lo tanto, saber siempre qué es correcto y bueno.

Así, los Uno muy sanos son realistas trascendentales porque han trascendido su propia comprensión personal de la realidad para ver que, en cierto nivel profundo que no se puede entender o expresar, todo está bien —“el universo se está desarrollando como debiera”.

La Persona Razonable

Desgraciadamente, los Uno sanos no son siempre tan sanos. Quizás sucumban al temor de ser condenados por equivocarse y compensen este temor deseando tener razón en todo. Quieren tener relaciones correctas con el mundo, con los demás y consigo mismos. Su sentido del sí mismo se basa en ser razonables y racionales todo el tiempo.

Los Uno sanos son en efecto la razón personificada. Son extremadamente sensatos y prudentes, modelos de sentido común racional. Y aunque los Uno sanos son algo menos sanos que en la etapa anterior, aún poseen un juicio excepcionalmente bueno, lo que les permite saber qué es más o menos importante en virtualmente todas las circunstancias. Son capaces de clasificar los problemas claramente (problemas morales en particular) porque pueden ver las consecuencias de cualquier decisión que se tome. Además, no temen emitir juicios, decir “Esto es correcto o incorrecto”, “Eso está bien o mal”, y responsabilizarse de sus juicios y de las acciones resultantes de ellos. El describir así su juicio lo hace sonar más lógico de lo que realmente es. El buen juicio llega naturalmente a los Uno sanos, porque ven el mundo en forma objetiva.

Los Uno sanos son tan objetivos que pueden alejarse de sí mismos y juzgar sus propias acciones, actitudes y sentimientos. No desean estar errados y tienen mucho gusto en admitir sus equivocaciones tan pronto como se percatan de ellas. Sienten que no se gana nada con aferrarse a nociones equivocadas. La rectitud y la veracidad son importantes para ellos, el no sostener opiniones erróneas por orgullo.

Los Uno distinguen el bien del mal porque tienen una conciencia fuerte y un gran sentido de obligación moral. Su conciencia los impulsa a hacer lo correcto. Los Uno sanos aborrecen cualquier egoísmo, mezquindad y pasión desbocada que encuentren en ellos mismos, y se sienten obligados a erradicar estas fuentes de desorden. Están en paz

consigo mismos cuando son virtuosos y, desde luego, se sienten culpables cuando fallan.

Al comprender cuán valiosas son la razón, la moderación, la templanza y la imparcialidad en su vida, los Uno sanos no sienten que las restricciones que han internalizado los limitan de alguna manera. En efecto, creen que sin restricciones de conciencia, la sociedad humana no sería posible. Muchos de los logros más valiosos de la civilización resultan de su buena voluntad para posponer recompensas personales en favor de metas superiores.

Los Uno tampoco sienten que cualquier virtud que posean, o siquiera el hecho de que deseen ser buenos, los libra del mal y del sufrimiento en la vida. No han hecho un pacto con Dios para que los bendiga por ser virtuosos; no se sienten exentos de las condiciones de la vida debido a su atracción por el bien. Por ejemplo, los Uno sanos piensan que cualquier cosa que le ocurra a los demás, también puede ocurrirle a ellos. En vez de preguntar “¿Por qué a mí?” cuando el sufrimiento los golpea, es probable que pregunten “¿Por qué no a mí?”. No esperan que la vida sea fácil o libre de preocupaciones, pero por otra parte, los Uno sanos no son pesimistas. Simplemente están siendo realistas.

El Maestro de Principios

El tener conciencia permite a los Uno sanos llevar una vida extraordinariamente moral y útil porque no sólo desean tener razón, desean hacer lo correcto. Quieren poner en práctica valores objetivos y no ser guiados por sus pasiones, de modo que, en lo humanamente posible, puedan hacer lo que es objetivamente correcto.

Mientras que la rectitud era la virtud fundamental en la etapa anterior, ahora cobran importancia la verdad y la justicia. Así, a los Uno sanos les interesa extremadamente que los demás sean tratados en forma justa. Detestan la injusticia dondequiera que la encuentren, ya sean sus amigos, completos extraños o ellos mismos quienes se vean dañados por la injusticia. Los Uno sanos arden por la justicia y la rectitud —éstos no son principios áridos, son sus pasiones. Más que aquellos de cualquier otro tipo de personalidad, los Uno sanos gustosamente se ponen en peligro por sus creencias morales y preferirían sufrir ellos mismos la injusticia que actuar injustamente contra alguien.

Los Uno sanos tienen una enorme integridad y son en extremo éticos: mentir o engañar a alguien es virtualmente inconcebible. Son extremadamente de principios, teniendo normas personales de las cuales no se desvían, tomando decisiones en base a lo que consideran

fundamentos objetivos y racionales, haciendo cosas a pesar de su propio interés inmediato. En la vida cívica, por ejemplo, votan a favor de su conciencia antes que a favor de su billetera. Como padres, toman decisiones en base a lo que ellos creen que es correcto antes que en base a lo que favorecerá a sus propios hijos. Como personas religiosas, se guían por sus principios religiosos, aun cuando ello signifique desobedecer a autoridades civiles. Respecto a esto, los Uno sanos pueden ser extremadamente valientes, subordinándose a sí mismos, sus posesiones, su reputación e incluso su vida en favor de sus principios. No desean sacrificar sus principios porque el hacerlo corrompería su integridad, y al violar su integridad, arruinarían algo esencial, su capacidad de bondad y virtud, fuentes de profunda satisfacción para ellos.

Los Uno en esta etapa defienden lo que es correcto, apelando a la conciencia, buena voluntad y equidad de los demás, expresando valientemente sus creencias, sin importar a quién les agradan o desagradan. Así, el máximo bien que los Uno sanos hacen por la sociedad es ser maestros morales y “testigos de la verdad”, comunicando sus principios y visión moral a los demás. Esta es quizás la forma suprema de enseñanza, no limitada a meramente transmitir un cuerpo de conocimientos, sino que comunicar una visión del modo adecuado de vivir. Sin una clara noción del bien y el mal, y de las consecuencias de actuar correcta o incorrectamente, los seres humanos no tendrían una dirección en la vida y ningún medio para encontrarla.

Pero aun así, su conciencia le habla fundamentalmente a *ellos* —no es una obligación impuesta a todo el mundo. Los Uno sanos enseñan mediante el ejemplo personal, no predicándole a los demás. Confían en que, ya sea que los demás los escuchen o no, la verdad finalmente será escuchada, porque ella le habla al alma con una voz que no se puede ignorar.

ANALIZANDO AL UNO PROMEDIO

El Reformador Idealista

Guiados por su conciencia, los Uno siempre están expuestos a la culpa y la angustia cuando desobedecen. Si por alguna razón temen no estar cumpliendo con sus principios morales tan perfectamente como debieran, empiezan a esforzarse por una norma de excelencia extremadamente alta en todas las cosas. Desean que todo sea mejor. Se convierten en idealistas, reformadores y cruzados, individuos con una misión, exhortándose a sí mismos y a los demás hacia un mejoramiento perpetuo.

La diferencia entre los Uno sanos y los Uno promedio es que éstos desean mejorar el mundo conforme a su interpretación particular del ideal. La conciencia personal ha variado a un sentido de obligación para esforzarse por el ideal en todo. Así, los Uno promedio empiezan a relacionarse con el mundo desde una posición de superioridad moral, como si estuvieran diciendo: “Yo sé cómo deben ser las cosas, así que deberías escucharme”. Son elitistas, poseen un sentido de *noblesse oblige* en virtud de la altura de sus ideales y sus otras demandas de excelencia.

Lo que los Uno promedio definen personalmente como el ideal, se convierte en la norma para todos los demás. Están convencidos de que saben cómo debe ser todo. Se deja sentir el peso de los “debería” y “tengo que” morales: no sólo los Uno debieran hacer o no hacer esto o aquello, sino que también todos los demás. Sienten que depende de ellos corregir los errores, educar a los iletrados, guiar a los desorientados e instruir a los demás sobre la visión “correcta”. El problema es que no confían en que la gente haga lo correcto. (“Si yo no lo hago, ¿quién lo hará?”).

Los Uno promedio adoptan una visión olímpica de la naturaleza humana, presentándose como legisladores de la humanidad, haciendo reglas que todos deben seguir. Nada es demasiado pequeño o personal para escapársele a ellos o a sus juicios de valor. El fumar, el beber, los cinturones de seguridad, la calidad de la televisión, la pornografía y el rock son sólo algunos de los tópicos en que los Uno promedio tratan de ganar prosélitos. (Desde luego, bien pueden tener razón en sus opiniones, pero no permiten que la gente lo descubra por sí misma).

Están siempre atentos a cómo se aproximan a sus ideales, así que el progreso es un concepto importante para ellos: desean muchísimo medir —al menos con su norma moral— su mejoramiento en cualquier esfera que les interese. Así, se caracterizan por tener propósitos determinados, siempre con una meta superior en mente. Jamás debieran ver televisión por diversión, sino sólo para educarse, ya que siempre debieran estar perfeccionándose y haciendo algo que valga la pena. También por esto es que los Uno promedio se asocian con, y a menudo dirigen, causas nobles, ya sea marchando con pancartas en favor de los trabajadores migratorios, organizando al vecindario para un partido político o formando grupos en favor de preocupaciones ambientales.

Como reformadores y cruzados, los Uno promedio saben precisamente dónde están parados en todos los temas y defienden sus posiciones con el celo de un misionero. Generalmente bastante claros para expresarse, les encanta debatir y son capaces de exponer

eficientemente sus opiniones. Y ya que verdaderamente creen que su causa es correcta, tienen una enorme confianza en sí mismos, encargándose del mundo como escultores deseosos de poner las manos sobre una masa informe de arcilla. Desde luego que allí se encuentra el comienzo de sus verdaderas dificultades —y las dificultades de los demás con ellos. El mundo, y especialmente la gente, no son pedazos de arcilla que se puedan moldear conforme a sus impulsos reformadores. La realidad ya tiene su propia forma, a pesar de que los Uno promedio desean darle otra.

La Persona Ordenada

Ya que en esta etapa los Uno han adoptado posiciones públicas como reformadores de algún tipo, ojalá entre familiares o amigos, no desean que haya ninguna contradicción entre sus sentimientos privados y sus posiciones idealistas oficiales. Desean tener control sobre todas las áreas de su vida, especialmente sobre sus emociones.

Su sana autodisciplina se ha deteriorado en una enérgica eficiencia y sentido de orden. Los Uno promedio desean que la mente racional dirija todo. La razón es puesta en contra de la emoción, revelando la naturaleza dualística de su síquis. Ven todo como blanco o negro, correcto o incorrecto, bueno o malo. No caben y no pueden caber las preferencias subjetivas, que ellos consideran una mera auto-indulgencia. La lógica impersonal y el orden se convierten en los modos principales en que los Uno promedio intentan controlarse a sí mismos, a los demás y al ambiente.

Meticulosos y concienzudos, procuran organizar el mundo en ordenadas categorías (tan estrictamente como controlan, o les gustaría controlar, sus emociones). Son rigoristas del detalle, planeando y calculando cada contingencia concebible para que “todo esté bajo control”, una de sus frases favoritas. (Los diagramas de flujo son virtualmente simbólicos de su enfoque de la realidad). Ordenados en todo, hacen listas y planean sus horarios cuidadosamente para no perder el tiempo. El tiempo les resulta extremadamente importante, y los Uno promedio siempre son capaces de explicar su uso de él. Siempre son puntuales e insisten en que los demás también lo sean. Ningún otro tipo de personalidad encarna tan bien la ética laboral protestante, la persona que siente que la vida es una ocupación seria. No puede haber vacaciones de los ideales, jamás un momento en que sientan que pueden relajarse y hacer lo que les plazca.

También su modo de pensar es muy ordenado. Levemente pedantes y siempre precisos, son expertos en hacer distinciones lógicas. Los Uno promedio tienen una mente jerárquica, juzgando todo y

automáticamente asignándole un rango o evaluación, como para decir: “Esto es mejor que aquello” —como si fueran maestros de escuela en vacaciones que no pueden dejar de calificar todo.

En resumen, los Uno promedio en esta etapa son los clasificadores, contadores y taxonomistas de la realidad —el tipo anal según Freud. Todo debe ser pulcro, limpio y ordenado; nada debe estar fuera de lugar y no debe haber cabos sueltos. La precisión de reloj es su meta. Desde luego que el sentido de orden de los Uno tiene muchos efectos positivos, especialmente para las organizaciones en que trabajan y para la sociedad en conjunto. Todo funciona mejor si las cosas están organizadas, desde reuniones de negocios hasta horarios de ferrocarriles y envolver regalos de Navidad. Se harían muy pocas cosas si la gente no pudiera contar con cierto orden en el mundo y con aquellos que lo proporcionan.

Sin embargo, como con cualquier otra cosa, el sentido de orden es cuestión de conveniencia y grado. Sería bueno que los Uno se relajaran. No se permiten ser espontáneos, pero si lo hacen, hay una cualidad afectada y forzada en ello, como si hubieran decidido que era hora de ser espontáneos. En las relaciones interpersonales tienden a ser formales y ceremoniosos de una manera un poco pomposa, cumplida, ateniéndose al decoro y la etiqueta para expresarse. El tener modales adecuados permite que los Uno promedio funcionen socialmente sin consideración a sus sentimientos personales.

Ya que su deseo es el dominio de sí mismos, los Uno promedio se ponen en contra de sus impulsos, haciendo lo opuesto de lo que les gustaría hacer, como si sus inclinaciones personales de alguna manera fueran siempre sospechosas. Si los Uno quieren hacer algo, como ir al cine, renunciarán a ello, precisamente porque lo desean y sienten que deben controlar sus deseos. Por otra parte, si no quieren hacer algo, como trabajar el fin de semana, se forzarán a hacerlo, nuevamente, para disciplinarse. La ironía es que los Uno promedio empiezan a ser más controlados que nunca por sus impulsos debido a su constante percatación de ellos.

Aunque mucho depende de cuál ala tienen, en general hay una cualidad ascética, austera, antiséptica en los Uno promedio, especialmente en asuntos relacionados con el sexo, el placer y la carne. Los impulsos sexuales son particularmente amenazantes, ya que éstos no sólo son irracionales sino que pueden ser de naturaleza “prohibida”, contrarios a su conciencia. Su musculatura con frecuencia está tensa: los labios fruncidos, los dientes apretados, el cuello y la cara rígidos. *Tenso, tirante, tieso y rígido* son palabras que en esta etapa se pueden aplicar a gran parte de su conducta, así como también a su mundo emocional.

A pesar de que poseen dominio de sí mismos, ellos no se consideran así. Los Uno promedio están muy conscientes de que tienen impulsos irracionales y deseos sexuales. Desde su punto de vista, le están haciendo al mundo un favor al ser ordenados y eficientes. Pero no sólo eso, están protegiendo al mundo de sus pasiones —que causarían estragos si ellos alguna vez las soltaran. Temen que si alguna vez se permitieran hacer lo que les place, sus emociones se descontrolarían y ellos serían arrastrados por sus impulsos más desenfrenados, cayendo inevitablemente en los pecados más oscuros del corazón. ¿Quién sabe qué cosa vive en el inconsciente? Los Uno piensan que no es sabio meterse.

Esta etapa es un punto crítico en su deterioro a lo largo del Continuum, porque la vida no es tan ordenada como a los Uno les gustaría, y ellos no son tan ordenados como les gustaría ser. Sus impulsos reprimidos siguen atravesando las barricadas de la represión. Desde esta etapa en adelante, los Uno intentan controlarse a sí mismos y al ambiente cada vez más estrechamente para que sus prohibiciones tengan a raya a sus impulsos más oscuros. Sin decrecer su deseo de un orden interno y externo, el erradicar el desorden en todas partes empieza a obsesionarlos.

El Perfeccionista Enjuiciador

Cuanto más estrechamente intentan controlar sus impulsos, más sienten los Uno promedio que no pueden soltarse. En esta etapa temen tanto relajar el dominio de sí mismos, que se esfuerzan aún más. El mero orden no basta: se requiere perfección.

Los Uno llegan a sentirse extremadamente amenazados si no se materializan el sentido de orden y el dominio de sí mismos que desean para ellos y para el ambiente. Aunque es difícil de percibir, los Uno en esta etapa son tan severos consigo mismos como con los demás. Su superego se ha vuelto exigente y su actitud general puede resumirse como “nada es nunca suficientemente bueno”, un eco de lo que su padre una vez les dijo. Critican constantemente las cosas, sin ser capaces de dejarlas en paz, y al sobrecompensar el temor de ser juzgados por los demás, ellos mismos se convierten en “jueces”. La única emoción que comúnmente se permiten es la ira en sus diversas formas, crítica, irritación, resentimiento e indignación.

Altamente críticos de todo, interfieren en la actuación de los demás, interrumpiéndolos con brusquedad, constantemente diciéndoles lo que deben hacer, mostrándoles sus errores, predicando sobre cómo pueden perfeccionarse. “Te lo dije” y “Si me hubieras hecho caso, esto no habría ocurrido”, son frases que se escuchan frecuentemente en los

Uno enjuiciadores. Son críticos de todo —didácticos, dogmatizando, sermoneando y amonestando. Se enojan fácilmente por trivialidades y son firmes ordenancistas, intolerantes y criticones, rápidos para dar un golpe en la mano, literal o figurativamente. Tienen una opinión acerca de todo lo que presentan como la Verdad, no meramente como una opinión personal. A los Uno enjuiciadores no se les ocurre que podrían estar equivocados. (Por cortesía o falsa modestia, a veces pueden admitir que es posible que estén equivocados, pero en esta etapa los Uno en realidad no creen sus renunciaciones de infalibilidad).

Además, casi nunca cambian sus opiniones, porque éstas se basan en sus ideales, y éstos son fijos, como cuartas que les permiten saber dónde está lo correcto en cualquier materia. Así, la vida se convierte en una aplicación perpetua del ideal a los pormenores, la fijación constante de los errores, el rehacer interminable de lo que primero hizo mal alguna otra persona.

Se indignan y resienten por los errores e imperfección de los demás, como si fueran personalmente ofendidos por la conducta de todo el mundo. Es una afrenta personal si alguien ensucia la calle o si un conocido suyo no paga los impuestos o está teniendo un *affair*. Aun cuando tengan razón en sus críticas de los demás, su comportamiento es tan duro e irritante que prácticamente invita al desafío o a la desobediencia. De una cortesía impersonal se han deteriorado a un dogmatismo acerbo. Pero no importa: a los Uno críticos no les interesa agradar a los demás, sino obligarlos a hacer lo correcto.

En su propia vida son trabajólicos, sintiéndose culpables si no están siendo productivos todo el tiempo. Pero los Uno perfeccionistas están tan ocupados en minucias que, irónicamente, su eficiencia a menudo se ve reducida y frecuentemente logran menos que sus pares menos motivados. Hacen mejoras ostentosas constantemente, no porque algo realmente lo necesite, sino porque tienen que mejorar las cosas para justificar su existencia. Desde luego, su perfeccionismo también saca de sus casillas a los demás, haciendo que sea difícil trabajar para (jamás “con”) los Uno. Son muy susceptibles y no pueden ser criticados. No delegan trabajo ni decisiones en ninguna persona porque sienten que nadie haría una tarea tan bien como ellos. Sienten que les tomaría más tiempo enfrenar a alguna otra persona que hacer bien el trabajo en primer lugar.

Naturalmente, su perfeccionismo acaba con el placer de lo que hacen, ya que nada es nunca suficientemente bueno. Las cosas nunca están terminadas hasta que son perfectas, y toma mucho tiempo tornarlas perfectas, si es que pueden serlo. Así, los Uno trabajólicos se ven atrapados en un conflicto: aunque no se complacen en trabajar, tampoco se complacen en no trabajar.

Los conflictos interpersonales aumentan porque los Uno tienen todas las respuestas y nadie puede decirles nada: el Sr. Sabelotodo sabe más que nadie. Por otra parte, adquieren el irritante hábito de hacer declaraciones acerca de cosas sobre las cuales en realidad saben muy poco, obrando altanera y arrogantemente con los demás, explicando las cosas como si los demás fueran niños que no hicieran nada bien sin asesoramiento. Se toman la libertad de decirle a la gente lo que puede y no puede hacer, imponiéndole prohibiciones como un sacerdote que instruye a las parejas sobre la vida conyugal o un columnista adinerado que alecciona a los pobres acerca de la frugalidad.

Como vimos en la Visión General, los Uno se resienten por tener que ser perfectos. Les parece injusto que el peso de la perfección haya caído sobre sus hombros más que sobre los de los demás. Desde luego, el esforzarse por la perfección y el tener momentos de sentirse perfectos es algo profundamente satisfactorio para ellos porque su sentido del sí mismo depende de sentirse bien y saber dónde está la perfección. Pero, aun así, algo en los Uno se irrita por la libertad que tienen los demás. Ya que ellos no se están divirtiendo, ¿por qué los demás deben divertirse?

ANALIZANDO AL UNO MALSANO

La Persona Intolerante

Los Uno malsanos no pueden permitirse que se demuestre que están equivocados, ni por los hechos objetivos, ni por los argumentos mejores de alguna otra persona. Están totalmente convencidos de que siempre tienen razón acerca de cualquier cosa que digan o hagan. Los ideales se han convertido en absolutos estériles y prohibitivos, y los Uno malsanos son completamente inflexibles respecto a ellos.

Sus ideales son dogmas rígidos de los cuales no se pueden desviar. Ven todo y a todos a la luz de los absolutos —correcto o incorrecto, bueno o malo, salvado o condenado. No hay un punto medio, ni área gris, ni posibilidad de hacer excepciones. Se niegan a considerar cualquier circunstancia que pudiera requerir una concesión con la perfección absoluta. Como ellos lo ven, la más pequeña imperfección arruina el todo, y por lo tanto, debe ser erradicada sin piedad. No obstante, el vivir conforme a los absolutos necesariamente implica la correspondiente negación de su humanidad. Cuanto más ascienden, más humanidad dejan atrás. Se convierten en misántropos que aman a la humanidad pero odian a los individuos.

La diferencia entre los Uno promedio perfeccionistas y los Uno malsanos intolerantes es que los primeros, al menos a veces, se incluyen en sus propias críticas y se sienten culpables cuando no logran la perfección. Este ya no es el caso con los Uno malsanos, que se excluyen de las condenas. Los Uno malsanos son sumamente farisaicos, sintiendo que su adhesión a los ideales más estrictos de perfección los justifica, ya sea que pongan o no en práctica el ideal. (“Yo tengo razón, por lo tanto, todo lo que digo y hago es correcto”).

La ira sigue siendo su emoción más prominente, tal vez la única. A los Uno malsanos les gustaría pensar que son completamente impersonales respecto a administrar justicia a los malhechores, pero un inconfundible elemento de carácter vengativo está empezando a motivarlos, aunque no se lo pueden confesar a sí mismos y mucho menos a alguna otra persona. La imagen que tienen de sí mismos es demasiado excelsa como para que ellos confiesen una motivación que no sea perfecta.

El hecho es que son completamente intolerantes de las creencias y conductas de los demás, considerando inmoral y mala a cualquier persona que esté en desacuerdo con ellos. Al obligar airadamente a los demás a aceptar sus opiniones, los Uno malsanos sienten que a los demás hay que forzarlos a hacer lo correcto, como lo definen ellos, desde luego. La religión, la justicia, la verdad —alguno o todos sus ideales— pueden ser invocados para sostener su posición y hacer que los demás se sientan equivocados o pecaminosos. Pero al hacerlo, los Uno malsanos irónicamente se ponen en posiciones extrañas, planteando doctrinas que sólo se pueden defender mediante la sofistería. Afirmarán que para salvar a una aldea, quizás haya que bombardearla hasta aniquilarla. Para convertir a un pueblo a su propia religión, quizás haya que venderlo como esclavo. Para proteger la vida de los fetos nonatos, quizás haya que quitarle la vida a los adultos. El darse cuenta de que tal vez estén usando la sofistería no refrena ni por un instante a los Uno malsanos, ya que son expertos en racionalizar cualquier cosa que hagan, no importa cuán en pugna estén sus acciones con sus creencias declaradas.

Sin embargo, están tan enfurecidos con los demás que la irracionalidad de su ira perturba incluso a los mismos Uno malsanos, aunque, desde luego, se sienten justificados de estar enojados. Aun así, intentan aumentar el dominio de sí mismos para que su ira no esté fuera de control. No obstante, la ironía es que los Uno malsanos están llegando a tener menos dominio de sí mismos que nunca. Están tan apretadamente tensos que su misma tirantez actúa como un pararrayos para que los sentimientos reprimidos broten inesperadamente.

El Hipócrita Obsesivo

A los Uno malsanos ahora les obsesiona (preocupa neuróticamente) cualquier cosa que se haya convertido en el foco de su furia, pero sobre la cual, debido a su necesidad de controlarse, no pueden actuar directamente. Como resultado, actúan en forma compulsiva, controlados más que nunca por sus impulsos irracionales.

En esta etapa, la doble dicotomía, mencionada en la Visión General, se hace más patente. Por una parte, hay una división entre sus impulsos y el poder de las fuerzas necesarias para mantener la represión de esos impulsos. Por otra parte, hay una división entre su necesidad de controlarse y los momentos en que su control falla. Tanto las obsesiones como las compulsiones son intentos de controlar sus pensamientos y acciones irracionales, respectivamente, y síntomas de que el control que anhelan se está derrumbando.

Los pensamientos obsesivos atraviesan repetidamente su mente. Las obsesiones son en extremo amenazantes para sus creencias sostenidas conscientemente, ya que pueden ser obscenas, sacrílegas o violentas. La intensidad de sus obsesiones puede ser tan perturbadora para los Uno neuróticos que quizás se sientan poseídos por demonios. En cierto sentido, los Uno neuróticos están “poseídos”, aunque sus demonios son los sentimientos e impulsos reprimidos que ellos no se han permitido encarar. Además, los Uno neuróticos son incapaces de resolver sus pensamientos obsesivos porque son incapaces de reconocer lo que realmente los está perturbando: su odio hacia los demás. Como resultado, pasan mucho tiempo tratando de controlar sus pensamientos para que aquellos aún más perturbadores no los abrumen.

Para localizar sus pensamientos en algo distinto a sus problemas reales, puede que los Uno neuróticos se obsesionen con la limpieza o erradicación de otros tipos de “mugre” y desorden asociados con impulsos y sentimientos que han reprimido. Las obsesiones por las sensaciones sexuales y el control del cuerpo se pueden desplazar hacia la alimentación, posiblemente resultando en anorexia o bulimia. O se pueden entregar a un limpiar o contar obsesivo-compulsivo, la naturaleza compulsiva de sus acciones que irónicamente contradice su sentido de orden y dominio de sí mismos normales.

Sin embargo, las obsesiones son extrañamente adaptativas, ya que los Uno neuróticos ni admiten completamente en su conciencia sus impulsos ni se guían enteramente por ellos. Por otra parte, sus obsesiones los perturban profundamente y expresan justo lo suficiente de ellas como para volverse compulsivos y así arbitrarios, contradictorios e hipócritas.

Cuando los Uno neuróticos son controlados inconscientemente por sus impulsos que brotan, quizás actúen en oposición a sus creencias declaradas, por ejemplo, predicando las virtudes de la pureza sexual absoluta mientras caen en las garras de la actividad sexual compulsiva. Hacen precisamente lo que condenan, como un censor que es "obligado" a ver pornografía, o un sexólogo que debe escuchar las espeluznantes historias de violadores, o un juez que es cleptómano. Los Uno compulsivos incluso pueden ponerse en el camino de la tentación para demostrar que su fortaleza moral es tan sólida que puede soportar estas pruebas. Así pueden salir airosos de todos modos: pueden dejarse tentar por y a veces sucumbir al vicio en nombre de la virtud.

La corrupción de cualquier clase siempre es más chocante en el Señor Sumo Protector de la Moral Pública que en la persona corriente. Los Uno neuróticos caen en la depravación porque, al haber reprimido tan cabalmente sus sentimientos, han negado y torcido sus emociones hasta deformarlas. La deformidad de su vida emocional es lo que hace peligrosos a los Uno neuróticos y a sus impulsos, no necesariamente los impulsos originales.

El Vengador Castigador

Alguien o algo ha provocado sentimientos tan inaceptables que los Uno neuróticos no pueden manejarlos en forma directa. Los Uno neuróticos ahora ya ni siquiera están remotamente motivados por ideales, sino por su necesidad imperiosa de restituir el dominio de sí mismos antes de que sus obsesiones y compulsiones estén completamente fuera de control. Pero ellos no pueden resolver las obsesiones siendo obsesivos o las compulsiones siendo compulsivos. Por lo tanto, "solucionan" sus conflictos neuróticos intentando eliminar la causa aparente de sus perturbaciones, enfureciéndose por lo que ellos consideran la maldad de los demás, aunque lo que realmente está en juego es su propia cordura.

Sus hipocresías son tan profundas, sus obsesiones tan intensas y sus compulsiones tan amenazantes, que los Uno neuróticos no pueden dar paso atrás. La posibilidad de que quizás hayan estado equivocados es demasiado para que su orgullo pueda soportarlo. Deben justificarse más que nunca. No sólo hay que demostrar que los demás están equivocados, sino que hay que castigarlos. Y ya que los demás son repugnantes pecadores, pueden ser condenados y destruidos sin culpa.

No se puede mostrar ningún amor, ninguna compasión, ninguna simpatía humana por aquellos que se han convertido en el foco de su justo castigo. Los Uno neuróticos se tornan inhumanamente crueles y, con cualquier poder que tengan, se cercioran de que los demás sufran. "Sólo están recibiendo lo que merecen!" es su grito

de batalla, y ya que el fin justifica los medios, se puede utilizar cualquier medio.

Completamente despiadados e implacables, ponen en marcha injusticias y atrocidades mientras intentan retratarlas como obra de un agente impersonal. Los Uno neuróticos actúan como si la justicia misma fuera responsable del sádico castigo que ellos infligen a los demás. Ya que su moral torcida ahora lo sanciona, son capaces de hacer que los demás sean encarcelados, torturados o quemados en la hoguera.

El tipo de personalidad que teme ser condenado, condena a los demás despiadadamente. El tipo de personalidad que otrora puede haber estado tan interesado en la justicia, se ha convertido en el perpetrador de grandes injusticias. El tipo de personalidad que otrora fuera la razón personificada, ahora es completamente irracional.

DINÁMICA DEL UNO

Dirección de Desintegración: El Uno Va al Cuatro

Cuando los Uno neuróticos van al Cuatro, se desatan sus últimas amarras. Los invade la horridez de sus actitudes y acciones punitivas. Ven su propia corrupción y debidamente se horrorizan. (“Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?”). Temen haberse excedido tan gravemente que no puedan ser perdonados.

Los Uno en el Cuatro caen bajo la influencia de sus procesos inconscientes, a pesar de que no están en absoluto preparados para sumirse en la tempestad del inconsciente. Desconocen ese territorio y lo que descubren respecto a ellos mismos los llena de horror, asco y aversión hacia sí mismos. Con asombrosa claridad, súbitamente ven la magnitud de su caos emocional y el mal que han hecho. Los ideales por los cuales han vivido y se han controlado ya no sirven.

Sus convicciones ahora los condenan. Pero si bien los Uno deteriorados se condenan debidamente por su odio, intolerancia y crueldad, ellos se tiran por la borda y se condenan tan severamente como han condenado a los demás. Desde una posición de no encontrar nada bueno en los demás, ahora no encuentran nada bueno en ellos mismos.

Se deprimen profundamente, se desesperanzan y se perturban emocionalmente. Los Uno deteriorados experimentan una extrema culpa, odio a sí mismos y tormento emocional de los cuales es difícil resurgir. Parece que no hubiera nada que valga la pena afuera de ellos mismos a lo cual puedan reapegarse, ningún ideal con el cual se sientan dignos de asociarse. Finalmente descubren que ellos mismos son la verdadera causa de sus problemas —sus hipocresías y odios, sus contradicciones y pasiones torcidas. Ahora el único modo de resolver

lo que está torturándolos es deshacerse del sí mismo. Un colapso incapacitador y el suicidio se convierten en posibilidades muy reales.

Dirección de Integración: El Uno Va al Siete

Como hemos visto, los Uno ejercen demasiado control sobre sus sentimientos e impulsos. La esencia del movimiento al Siete es que los Uno en vías de integración se relajan y aprenden a encontrar deleite en la vida. Aprenden a confiar en sí mismos y en la realidad, tornándose afirmativos de la vida antes que controlados y tensos. Descubren que la vida no siempre es desagradable y seria: la felicidad es una respuesta legítima a la existencia. Se puede encontrar placer sin hundirse en la ciénaga de la sensualidad; la gente puede satisfacerse y realizarse sin volverse irresponsable o egoísta.

Los Uno en vías de integración ya no sienten que deben hacer todo perfecto. Así, progresan de la obligación al entusiasmo, de la represión a la libertad de acción. Son más relajados y productivos y son capaces de expresar sus sentimientos espontáneamente. Los Uno en vías de integración son más sensibles al mundo, más juguetones y mucho más felices.

Les han quitado un gran peso de encima, el peso de la perfección innecesaria. Se dan cuenta de que pueden disfrutar de las cosas buenas de la vida sin sentirse constantemente obligados a mejorarlas, especialmente en las áreas en que la perfección no es el punto. Las cosas no tienen que ser perfectas para ser buenas. ("Esto es bueno, pero aquello también"). Se dan cuenta de que en la vida muchas cosas ya son muy buenas, incluso maravillosas. Los Uno en vías de integración se maravillan de la naturaleza, la belleza de las artes o los logros extraordinarios de los demás que, como ellos, son imperfectos, pero han sido capaces de hacer contribuciones valiosas.

Además, descubren que con frecuencia pueden ser flexibles sin comprometer valores genuinos. El viejo adagio "Lo bueno no es enemigo de lo mejor" cobra sentido. Dejan de predicar desde lo abstracto y vivencian la vida tal como es. Los Uno en vías de integración han descendido del Olimpo para unirse a la raza humana.

PRINCIPALES SUBTIPOS DEL UNO

El Uno con un Ala Nueve

Los rasgos del Uno y los del ala Nueve tienden a reforzarse entre sí. Ambos tipos componentes tienden a estar alejados del ambiente:

el Uno porque se relaciona con ideales y el Nueve porque se relaciona con idealizaciones de personas antes que con las personas mismas. El resultado es que los Uno con un ala Nueve están algo desconectados de los demás, son impersonales y emocionalmente más fríos que los Uno con un ala Dos. Ejemplos notables de este subtipo incluyen a Margaret Thatcher, Ralph Nader, Sandra Day O'Connor, Katharine Hepburn, William F. Buckley, Peter Jennings, Jeane J. Kirkpatrick, Diane Feinstein, Joyce Brothers, David Stockman, Walter Lippmann, Eric Sevareid, C.S. Lewis, Elliot Richardson, Thomas Jefferson, Cotton Mather, San Ignacio de Loyola y Mr. Spock.

Cuando es sana, la gente de este subtipo es extraordinariamente objetiva y moderada en sus juicios y relaciones con los demás, ya que tiene especial interés en permanecer imparcialmente comprometida. En las personas de este subtipo hay un lado espiritual, místico, y una atracción por la naturaleza, el arte y los animales antes que por los humanos. Ya que el Uno es el tipo componente principal, son racionales, imparciales, se interesan por la justicia y la verdad. Incluso en los individuos sanos de este subtipo hay menos calidez personal y expresividad emocional. Sin embargo, a menudo lo compensan con brillo intelectual y una gran devoción a los principios.

Los individuos promedio de este subtipo combinan la *noblesse oblige* de los Uno con el conservadurismo de los Nueve para producir elitistas aristocráticos, típicos niñitos bien del Establishment. Las nociones de clase, privilegio y responsabilidad pública son importantes para ellos. Sus ideales pueden llevarlos a causas a favor o en contra de su medio social. La gente promedio de este subtipo está notablemente menos relacionada con las personas que con las ideas abstractas. Además, lo impersonal de los Uno y lo desconectado de los Nueve producen individuos que le predicán a los demás casi exclusivamente desde nociones abstractas, mientras tratan de excluir cualquier cosa personal de su conducta. Sus emociones son moderadas, y ellos tienen la tendencia a ser indiferentes, e incluso obtusos, respecto a las motivaciones humanas y la naturaleza humana en general. Por brillante que pueda ser la gente de este subtipo, su mundo mental está compartimentado: se manifiestan áreas de interés y desinterés, convicción e indiferencia, disciplina y desorden, consistencia e inconsistencia.

Los individuos malsanos de este subtipo están casi completamente disociados de sus emociones y contradicciones. Se resisten a ver lo que no calza en su cosmovisión. Tienden a ser emocional e intelectualmente inaccesibles, encerrándose con barricadas tras opiniones sostenidas obstinadamente. Pueden ser muy severos porque sus tendencias punitivas no son refrenadas por ninguna verdadera compasión por o identificación con otros seres humanos. Los Uno malsanos con un ala

Nueve son en extremo intolerantes y farisaicos. Se obsesionan fácilmente con lo que consideran la maldad de los demás y se ponen compulsivos respecto a tomar medidas para rectificarla, mientras se disocian de las contradicciones en su propia conducta. Ocasionan mucho daño a los demás porque no entienden la naturaleza o magnitud del sufrimiento que sin titubear causan a los demás.

El Uno con un Ala Dos

Los rasgos del Uno y los del ala Dos están en cierto grado de conflicto entre sí. Los Uno son racionales e impersonales, mientras que los Dos son emocionales y comprometidos con la gente. A pesar de que el Uno es el tipo básico de personalidad, en los individuos de este subtipo hay un notable grado de calidez y un foco interpersonal que compensan el control emocional del Uno. Ejemplos notables de este subtipo incluyen al Papa Juan Pablo II, Mario Cuomo, Jane Fonda, Tom Brokaw, John Chancellor, Shana Alexander, Barbara Jordan, Gene Siskel, Alistair Cooke, Bill Moyers, Edwin Newman, Santo Tomás Moro, Anita Bryant y Jean Harris.

El ala Dos suaviza la tendencia del Uno a ser excesivamente severo y enjuiciador. En la medida que la atención y el amor al prójimo estén entre sus ideales, los Uno con un ala Dos intentarán ser solícitos y personales; tratan de templar el rigor de sus ideales para poder tomar en consideración las necesidades de los individuos. Las personas sanas de este subtipo mezclan la tolerancia con la compasión, la integridad con la preocupación por los demás, la objetividad con la empatía. Pueden ser generosas, serviciales, afectuosas y bastante joviales, compensando notablemente el comportamiento más frío del Uno. Con frecuencia se encuentran en muchas de las profesiones de ayuda (como la enseñanza y la medicina), ya que su idealismo es mucho más eficiente cuando tiene un foco interpersonal.

Los individuos promedio de este subtipo son bien intencionados y tratan de convertir en prosélitos a los demás tanto por un sentido de obligación idealista como por un deseo de ejercer una influencia personal sobre ellos. No sólo están convencidos de que tienen razón, sino de que son bien intencionados. Frecuentemente se comprometen en causas públicas idealistas y reformas de uno u otro tipo por un sentido de responsabilidad personal por el bienestar de los demás. Los Uno promedio desean controlarse a sí mismos, mientras que los Dos promedio desean controlar a los demás: estos motivos se refuerzan entre sí, haciendo que, para los que rodean a los Uno con un ala Dos, sea difícil escapar de su influencia. Los individuos de este subtipo se permiten desfuegos emocionales, claramente definidos, como una

reacción a su dominio de sí mismos. Las tendencias al perfeccionismo, una conciencia estricta, la satisfacción vanidosa con su propia bondad y el engreimiento también son posibilidades aquí. Tienden a sermonear y regañar a la gente más que los Uno con un ala Nueve, ya que las demás personas, antes que las abstracciones, son el foco de su atención. Son propensos a la ira y al resentimiento cuando los demás no siguen sus "sugerencias". Pero son susceptibles y no les gusta que sus ideales, sus motivos o su vida sean cuestionados.

Los Uno malsanos con un ala Dos pueden ser intolerantes y arrogantes con la gente que está en desacuerdo con ellos. Pueden intentar manipular a los demás emocionalmente, haciéndolos sentirse culpables por ser menos perfectos de lo que debieran ser. Estos individuos tienen la tendencia al autoengaño respecto a sus propios motivos, y al fariseísmo cuando sus motivos o acciones son cuestionados. Pueden ser arbitrarios e hipócritas, culpables de las mismas faltas que condenan en los demás. El autoengaño y los sentimientos de tener derecho hacen que sus defensas sean especialmente difíciles de romper. Hay una tremenda agresión encubierta en las personas de este subtipo, tanto por la agresión reprimida del Uno como por la agresión indirecta del Dos. Los Uno malsanos con un ala Dos pueden tener problemas físicos (reacciones de conversión), hábitos compulsivos o colapsos nerviosos como resultado de la angustia generada por sus contradicciones.

ALGUNOS PENSAMIENTOS FINALES

Al reflexionar sobre su deterioro, podemos ver que los Uno neuróticos han causado precisamente lo que más temen. Son tan inhumanamente crueles, que están seguros de que serán condenados por los demás e incluso por su propia conciencia. Han hecho algo tan opuesto a sus principios, que ya no pueden racionalizar sus acciones. Ahora la justicia obra en contra de ellos antes que a favor de ellos.

También podemos ver que muchas de las proposiciones que los Uno promedio a malsanos predicaban como verdades objetivas eran al menos parcialmente predilecciones personales. La verdad de muchos de sus dogmas generalmente no es tan patente como los Uno piensan que es. Esto no significa que no debieran guiarse por lo que creen, sino que debieran reconocer el rol que juegan en su vida lo subjetivo y lo irracional. Después de todo, la razón no es la única facultad que poseen los seres humanos, y cuando los Uno oponen a la razón contra sus sentimientos, empiezan a meterse en líos. La razón sola es una trampa que lleva a una conducta irracional, porque no toma en cuenta otras partes de la naturaleza humana.

A menos que sean muy sanos, los Uno están motivados por un temor implícito de que, a no ser que se adhieran constantemente a los ideales más estrictos, caerán precipitada y desastrosamente en los abismos de la depravación. Para ellos, la vida es como caminar en una cuerda floja sobre un precipicio: un resbalón y están definitivamente perdidos. Hay tan poca alegría en esta visión de la vida, que los Uno no se debieran sorprender si los demás no los siguen con mayor prontitud. Si sus ideales fueran genuinos, y su forma de vivirlos sana, sus ideales serían atractivos para los demás sin que los Uno tuvieran que persuadir a la gente con lisonjas para que se someta a ellos. Los verdaderos ideales no necesitan abogados molestos. Su legitimidad es la fuente de su atracción.

Parte III

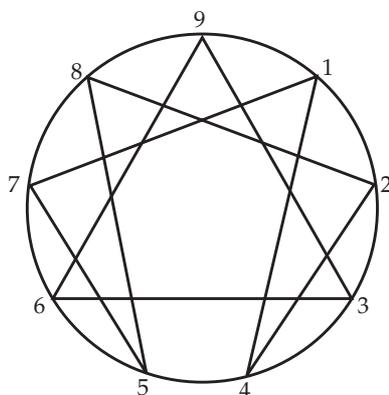
CAPÍTULO 13

PAUTAS AVANZADAS

En este capítulo espero responder las preguntas restantes que usted pueda tener acerca de cómo funciona el Eneagrama. Voy a entrar en más detalles sobre la mayoría de los tópicos que ya cubrimos en las Pautas. Ahora que ha leído al menos algunas de las descripciones, probablemente tenga un buen sentido funcional del Eneagrama, de modo que los refinamientos tendrán más significado para usted. Vamos a examinar tres áreas principales con cierto detalle: las Direcciones de Integración y Desintegración, las Alas y el Continuum de Rasgos.

DIRECCIONES DE INTEGRACIÓN Y DESINTEGRACIÓN

Como usted sabe por las descripciones, cada tipo de personalidad tiene una Dirección de Integración y una Dirección de Desintegración, como se indica en el Eneagrama a continuación. El *ala* de cada tipo también tiene una Dirección de Integración y Desintegración. Las direcciones del ala siguen las mismas pautas que hemos visto. Por ejemplo, en un Nueve con un ala Uno, la Dirección de Integración del ala Uno es al Siete, y su Dirección de Desintegración es al Cuatro. Lo mismo para todas las alas de todos los subtipos.

**Dirección de Integración**

1-7-5-8-2-4-1

9-3-6-9

Dirección de Desintegración

1-4-2-8-5-7-1

9-6-3-9

A veces surge un punto de confusión respecto a cuatro subtipos en particular —el Uno con un ala Dos, el Dos con un ala Uno, el Siete con un ala Ocho y el Ocho con un ala Siete— porque el mismo tipo parece ser la Dirección tanto de Integración como de Desintegración para ese subtipo. Por ejemplo, para una persona que es un Uno con un ala Dos, es malsano ir al Cuatro. Sin embargo, el Cuatro también es la Dirección de Integración del ala Dos. Así parece contradictorio que alguien esté yendo al Cuatro tanto en integración como en desintegración.

La confusión surge porque el Cuatro representa tendencias malsanas en el Uno y tendencias sanas en el ala Dos del Uno. La solución a esta aparente contradicción radica en recordar que si una persona es sana, sus tendencias malsanas no están activas. Así, mientras el Cuatro representa la dirección malsana de un Uno, un Uno sano que se está integrando se moverá al Siete, y sólo el ala Dos se integrará al Cuatro.

Recuerde que tanto el tipo básico de personalidad como el ala se mueven en sus respectivas Direcciones de Integración y Desintegración. Volviendo al ejemplo, el Uno se integraría al Siete, y el ala Dos se integraría al Cuatro. Si la persona es malsana, el Uno se desintegraría al Cuatro, y el ala Dos al Ocho.

Si reflexiona sobre usted mismo, verá que su ala en efecto se integra o desintegra tal como lo hace su tipo básico. Sin embargo, no es factible dar una descripción del desarrollo o deterioro del ala para todos los tipos de personalidad, ya que hay demasiados estados posibles en que esto ocurre. Cuando usted se haya acostumbrado a ver

cómo su tipo básico de personalidad se integra o desintegra, también será capaz de reconocer el movimiento de su ala.

Es importante comprender que el tipo de personalidad en la Dirección de Desintegración no es malsano en ningún sentido absoluto, ya que es, después de todo, otro tipo de personalidad —y ningún tipo es fundamentalmente malsano. El tipo que está en la Dirección de Desintegración es considerado “malsano” sólo porque encarna lo que más necesitamos para nuestro desarrollo personal, pero que por una razón inherente a la estructura de carácter de nuestro tipo básico, aún no podemos asumir. Por lo tanto, el tipo que está en la Dirección de Desintegración sólo es *relativamente* malsano porque no podemos integrar inmediatamente en nosotros mismos las capacidades psicológicas que simboliza. El tipo malsano representa aquellos aspectos de nosotros mismos que nos cuesta más encarar.

El Ocho, por ejemplo, está en la Dirección de Desintegración del Dos. No hay nada inherentemente malsano respecto al Ocho, aunque el ir inmediatamente al Ocho es malsano para los Dos porque primero deben resolver sus agresiones. El moverse al Ocho simboliza el brote de impulsos peligrosamente agresivos en la conducta de un Dos neurótico.

De igual manera, para el resto de los tipos de personalidad, podemos ver por qué es malsano moverse en la Dirección de Desintegración. En resumen, lo que más necesitan los Tres es tratar con la disociación de sus sentimientos, simbolizada por el Nueve. Lo que más necesitan los Cuatro es tratar con sus sentimientos de tener derecho, simbolizados por el Dos. Lo que más necesitan los Cinco es tratar con la impulsividad, simbolizada por el Siete. Lo que más necesitan los Seis es tratar con la hostilidad hacia aquellos a quienes temen, simbolizada por el Tres. Lo que más necesitan los Siete es tratar con la obsesividad, simbolizada por el Uno. Lo que más necesitan los Ocho es tratar con su temor negado a los demás (paranoia), simbolizado por el Cinco. Lo que más necesitan los Nueve es tratar con la angustia negada (histeria), simbolizada por el Seis. Y lo que más necesitan los Uno es tratar con las autoinhibiciones, simbolizadas por el Cuatro.

Con frecuencia nos vemos tentados a movemos en nuestra Dirección de Desintegración porque los conflictos normales y neuróticos en que nos sumimos nos impulsan a encontrar una solución rápida a nuestras necesidades emocionales. El tipo que está en la Dirección de Desintegración parece ofrecer la promesa de ser exactamente la solución, aunque jamás lo es. Volviendo por un momento al ejemplo de arriba, moverse al Ocho es tentador porque, a medida que los Dos se tornan cada vez más malsanos, se resienten más con la gente que,

según su opinión, ha sido malagradecida con ellos y ha ignorado sus necesidades. Una “solución” para sus sentimientos agresivos hacia los demás es atacar a las personas, obligando a que respondan mediante una conducta abiertamente agresiva. Pero si los Dos malsanos sucumben a la tentación de ir al Ocho, su ira ciertamente hará más daño que bien, alejando a las mismas personas cuyo amor desean, al destruir la relación. El moverse en la Dirección de Desintegración jamás resuelve nada; sólo empeora las cosas.

Veamos otro refinamiento acerca de las Direcciones de Integración y Desintegración.

Quizás usted haya notado que los Tres, Seis y Nueve tienen que moverse sólo dos lugares en su Dirección de Integración antes de retornar a su tipo básico. Los tipos restantes tienen que moverse seis lugares en la Dirección de Integración antes de volver a su tipo básico. Puede parecer injusto que seis tipos tengan que recorrer el doble en el Eneagrama que el Tres, el Seis y el Nueve.

Ya he utilizado los términos tipos “primarios” y “secundarios” en las descripciones. Los tipos primarios de personalidad —Tres, Seis y Nueve— están más seriamente afectados por —más fuera de contacto con— el problema característico de sus Tríadas. Como usted recordará, el Tres es el tipo primario de la Tríada del Sentir, el Seis de la Tríada del Hacer y el Nueve de la Tríada del Relacionarse. Los tipos secundarios son los seis tipos de personalidad restantes: Uno, Cuatro, Dos, Ocho, Cinco y Siete. Están menos afectados por los problemas correspondientes de sus Tríadas. Ellos sienten, hacen o se relacionan demasiado o poco, dependiendo de su Tríada.

Puede parecer que existe una ventaja en ser uno de los tipos primarios, ya que hay menos distancia que recorrer en el Eneagrama para integrarse. Un Tres, por ejemplo, tiene que integrarse únicamente al Seis y luego al Nueve antes de retornar al Tres. Pero ya que la meta del desarrollo psicológico es convertirse en una persona plenamente operativa, el ser un tipo primario o secundario no es una ventaja ni una desventaja. El programa psicológico tanto de los tipos primarios como de los secundarios llega a lo mismo: desarrollar todos sus potenciales de una manera equilibrada.

Sin embargo, existe una importante diferencia entre los tipos de personalidad primarios y secundarios: a los tipos primarios les cuesta más integrarse porque están más seriamente bloqueados por el problema fundamental de sus Tríadas respectivas. Los tipos primarios, aunque no tienen que recorrer tanto, encuentran más difícil superar sus problemas característicos. Pero cuando lo hacen, su desarrollo es revolucionario —hacen un cambio abrupto para mejorar. El desarrollo

de los tipos secundarios es más gradual, o evolutivo, a medida que se mueven por el Eneagrama. Los tipos secundarios tienen que recorrer más, pero cambian menos abruptamente al integrarse de un tipo al otro en su Dirección de Integración.

Así, desde un punto de vista, existe una ventaja en ser uno de los tipos primarios, ya que potencialmente pueden integrarse con mayor rapidez que los tipos secundarios. Pero desde otro punto de vista, existe una ventaja en ser un tipo secundario, porque la integración es más gradual y por lo tanto menos atemorizante. Sin embargo, no importa cómo uno lo vea, no hay ninguna ventaja absoluta en ser un tipo primario o secundario, ya que la meta de todo el mundo es la misma: integrar todos sus potenciales sanos. No tiene importancia en qué lugar del Eneagrama usted comience este proceso.

El proceso de integración jamás termina: el Eneagrama es tan abierto como la naturaleza humana misma. Somos capaces de crecer constantemente en una espiral ascendente de autotransformación sin alcanzar jamás un punto final de perfección o totalidad completa, algo que esta interpretación del Eneagrama ciertamente no promete. La perfección y la totalidad son ideales que nos hacen avanzar; no son estados que podamos alcanzar plenamente.

Por otra parte, si bien podemos seguir integrándonos mientras estemos vivos, parece que nadie pasa por todas las etapas de deterioro en la Dirección de Desintegración. Antes que un individuo pudiera hacerlo, habría tenido un colapso tan completo que probablemente se habría producido primero una profunda ruptura sicótica con la realidad, o la muerte. En otras palabras, el deterioro es autolimitativo porque cuando la gente se desintegra psicológica y por lo general también físicamente, simplemente no puede seguir empeorando sin cesar. Los esquizofrénicos finalmente se cansan, agotándose mental y físicamente; es posible que los depresivos se suiciden; los histéricos pueden tener accidentes graves. De diferentes maneras y por diferentes razones, todos ellos llegan a callejones sin salida, y si no reciben la ayuda que necesitan, languidecen en el vacío de la sicosis o mueren.

El potencial para el desarrollo sano no es tan limitado: mientras estemos vivos podemos convertirnos en personas más integradas. Si bien jamás nos liberaremos totalmente de las limitaciones de la naturaleza humana, podemos llegar a estar menos oprimidos por ellas.

EL ALA

Hemos visto que nadie es un tipo de personalidad puro. Todo el mundo es una mezcla de dos tipos —el tipo básico y el ala— que son

adyacentes en la circunferencia del Eneagrama. La influencia del ala explica la gran variedad que vemos en la vida cotidiana entre diferentes personas.

Quizás usted también recuerde que el ala es sólo *uno* de los dos tipos a cada lado de su tipo básico de personalidad. Por ejemplo, un Cinco tiene un ala Seis o un ala Cuatro, pero no ambas. Un Tres tiene un ala Cuatro o un ala Dos, pero, reitero, no ambas. Cuando usted haya determinado su tipo básico de personalidad (o el de alguna otra persona), el paso siguiente es determinar qué ala tiene usted. Puede hacerlo mediante el proceso de eliminación: una de las dos alas posibles encajará mejor que la otra.

Hay varios refinamientos que ahora podemos hacer acerca del ala. El ala es uno de los dos tipos de personalidad *adyacentes* al tipo principal —el ala no está en ninguna otra parte del Eneagrama. Una persona no puede ser un Nueve con un ala Cuatro, o un Siete con un ala Dos. En la vida real, las personas no son una combinación arbitraria de componentes psicológicos. Si lo fueran, no habría ninguna pauta global para sus personalidades. Serían como personajes de una novela mal escrita cuyos rasgos pugnan en formas absurdas. (Los rasgos pueden estar, y están, en pugna entre sí, pero no pueden ser mutuamente exclusivos, como ser un hombre honesto y un ladrón al mismo tiempo). Por ejemplo, una combinación de los rasgos de un Siete y un Tres en la misma persona es contradictoria, como tener vista y ser ciego simultáneamente. Tales mezclas aleatorias de rasgos y tipos no ocurren en los seres humanos, así que no ocurren en los tipos de personalidad del Eneagrama.

Nuestro tipo básico de personalidad y el ala resultan de nuestra orientación hacia nuestros padres y representan varias posibles identificaciones con la madre, el padre o ambos padres. Estas combinaciones no pueden ser contradictorias, pero lo serían si el tipo básico y el ala fueran una combinación arbitraria de los tipos del Eneagrama. Por ejemplo, nadie puede ser un Siete con un ala Tres, porque tal combinación tendría actitudes contradictorias hacia la madre. El Siete es negativo hacia la madre; el Tres es positivo hacia la madre. Sus motivaciones básicas son diferentes: los Siete desean alcanzar la felicidad teniendo una amplia gama de posesiones y experiencias. Los Siete no están fundamentalmente orientados hacia las personas. Los Tres, por otra parte, están orientados hacia las personas y desean que sus méritos sean confirmados por los demás. Uno simplemente no encuentra a alguien que esté tanto relacionado como no relacionado con la gente. Además, el espectro completo de rasgos de los Siete y los Tres es bastante diferente, y en la literatura psiquiátrica no se puede encontrar una descripción de esta combinación. Tampoco se puede

encontrar una persona así en la vida diaria, porque la mezcla de los rasgos del Siete y el Tres no existe en la gente real. Por otra parte, esto no se aplica a un Siete con un ala Seis, o a un Siete con un ala Ocho. El Siete materialista puede tener una motivación secundaria de querer estar seguro (el ala Seis) o un deseo de poder e independencia (el ala Ocho). Los Siete con un ala Seis son negativos hacia su madre y positivos hacia su padre; los Siete con un ala Ocho son negativos hacia su madre y ambivalentes hacia su padre —orientaciones que son consecuentes entre sí.

Ya que una explicación completa de las orientaciones parentales de los dieciocho subtipos es extremadamente complicada, no nos adentraremos más en ellas aquí. Sobre este punto, sin embargo, el Eneagrama indica las principales pautas de personalidad categorizando a la gente como realmente es. La estructura del Eneagrama mismo, los nueve tipos de personalidad y las interrelaciones de los tipos de personalidad no son arbitrarios. Están unificados en un sistema de asombrosa complejidad y simplicidad.

Hay otro punto acerca de las alas que vale la pena analizar con cierto detalle. Una observación minuciosa indica que entre las personas del *mismo tipo básico y ala*, la proporción de ala con respecto al tipo básico varía significativamente. Al analizar a alguien, es necesario identificar el ala y estimar la proporción de ésta con respecto al tipo básico. Por ejemplo, dos individuos que son Ocho con un ala Nueve tendrán personalidades similares, pero, sin embargo, habrán notables diferencias entre ellos. Estas diferencias son parcialmente atribuibles a la “cantidad” de Nueve que cada uno de los Ocho tenga en su personalidad global. Uno de los Ocho con un ala Nueve puede tener virtualmente 51 por ciento de Ocho y 49 por ciento de Nueve (hablando en crudos términos numéricos), lo que significa que la persona tiene una proporción muy alta de ala con respecto al tipo básico. El otro Ocho puede tener muy poca ala Nueve, digamos 15 por ciento, en cuyo caso, el componente Nueve, aun cuando sea perceptible, no es una parte muy significativa de la personalidad global.

Probablemente sea imposible medir en forma objetiva la proporción exacta de ala con respecto al tipo básico. No obstante, es posible hacer estimaciones gruesas de la proporción de ala con respecto al tipo básico de esta manera: si un individuo tiene una alta proporción de ala con respecto al tipo básico, podemos decir que él o ella tiene un ala “pesada”. Si el ala es perceptible pero el tipo básico domina marcadamente a la personalidad global, podemos decir que la persona tiene un ala “moderada”. Y si el tipo básico domina tanto a la personalidad global que el ala es insignificante, podemos decir que la

persona tiene un ala “liviana”. Nótese que en cada caso, el tipo básico debe, por definición, constituir al menos el 51 por ciento de la personalidad global. Uno de los dos tipos siempre domina a la personalidad en conjunto. No hay tal cosa en las personalidades como un verdadero porcentaje cincuenta-cincuenta entre el ala y el tipo básico, ya que no habría forma de distinguir cuál es el tipo básico.

Vale la pena hacer estas clases de distinciones acerca del ala, porque cuando uno mira los dieciocho subtipos principales del Eneagrama —los nueve tipos básicos con dos alas por tipo—, puede ver que en efecto ya no estamos hablando de dieciocho subtipos, sino de cincuenta y cuatro subtipos cuando consideramos las proporciones de ala pesada, moderada y liviana con respecto al tipo básico. Y si uno toma en consideración la influencia precisa del ala —99 a 1 por ciento, 98 a 2 por ciento, 97 a 3 por ciento, etc.—, puede ver que el Eneagrama puede dar cuenta de literalmente cientos de subtipos, mucho más que en cualquier otra tipología.

Teóricamente, la forma más precisa de describir los tipos de personalidad sería describir cada subtipo principal como una categoría separada. En lugar de los nueve capítulos descriptivos de este libro, habrían dieciocho, porque no hay tal cosa como, por ejemplo, un Uno puro. Sólo hay Unos con un ala Dos y Unos con un ala Nueve, etc. Pero ya que la proporción de ala con respecto al tipo básico puede variar tanto, describir todos los subtipos sería casi imposible. Ningún libro puede considerar todas las variaciones. De ahí la enorme importancia de que usted mismo personalice las descripciones.

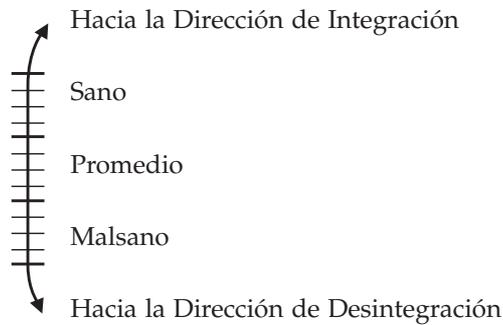
EL CONTINUUM DE RASGOS

Como se indicó en las Pautas y en las descripciones, hay una estructura global para cada tipo de personalidad. El análisis de cada tipo empezaba con una descripción de sus rasgos sanos, luego iba a sus rasgos promedio y después a sus rasgos malsanos. Esa estructura es el Continuum de Rasgos que forma a cada tipo. La gran fluidez de la naturaleza humana —el modo como la gente cambia de día en día, e incluso de momento en momento— se puede atribuir, por lo menos en parte, al hecho de que constantemente nos movemos a lo largo del Continuum de rasgos de nuestra personalidad.

A pesar de que los psicólogos han pensado que los rasgos de personalidad se podrían disponer a lo largo de un Continuum de alguna especie, ya que los tipos básicos de personalidad en sí mismos no estaban claros, era imposible saber dónde asignar la mayoría de los rasgos. Con la ayuda del Eneagrama, ahora estamos en condiciones de

hacerlo con cierta precisión. Ahora haremos algunos refinamientos acerca del Continuum.

Usted recordará que el Continuum para cada uno de los tipos básicos de personalidad se ve así:



El Continuum de Rasgos

Los nueve diferentes Niveles no están numerados en las descripciones, pero si usted vuelve a esos capítulos, verá que están claramente señalados y que sirven de indicadores para lo que le está ocurriendo al tipo de personalidad a medida que se deteriora a lo largo del Continuum. Si usted cuenta desde el comienzo del análisis, encontrará nueve Niveles de Desarrollo, a saber, Niveles 1 al 3 en la parte sana del análisis, Niveles 4 al 6 en la parte promedio y Niveles 7 al 9 en la parte malsana. La capacidad para especificar en qué Nivel está alguien, es útil por una serie de razones.

Primero, la precisión que es posible lograr con los Niveles de Desarrollo nos permite distinguir otros subtipos dentro de cada tipo de personalidad. Las personas del mismo tipo de personalidad (y ala y proporción de ala) aún pueden ser bastante diferentes porque están en diferentes Niveles. Por ejemplo, un Cinco pendeñero, reduccionista (el Cinco en el Nivel 6) es bastante distinto del Cinco sano, perceptivo (en el Nivel 2). O un Dos dominante (en el Nivel 8) es bastante distinto del Dos nutriente (en el Nivel Tres).

Cada uno de los nueve Niveles de Desarrollo produce nueve subtipos distintos que están estrechamente interrelacionados, ya que abarcan el tipo de personalidad en conjunto. Como veremos en el capítulo Teoría, otras tipologías de personalidad describen muchos de los mismos subtipos de personalidad que los del Eneagrama. Pero debido a las semejanzas entre los distintos subtipos, otros teóricos a

menudo los han confundido. Por ejemplo, Karen Horney describe un tipo de personalidad como un "tipo resignado", y otro como el "autómata bien adaptado". Desde el punto de vista del Eneagrama, podemos ver que éstos en realidad no son dos tipos de personalidad distintos, sino dos subtipos del tipo de personalidad Nueve: el "autómata bien adaptado" es el Nueve promedio ("la persona pasivamente desligada" en el Nivel 5), mientras que el "tipo resignado" también es el Nueve promedio ("el fatalista resignado" en el Nivel 6). Muchas de las categorías utilizadas por los psicólogos son en realidad descripciones de uno o dos Niveles de un tipo de personalidad antes que el tipo en conjunto. Así, por ejemplo, el "desorden de personalidad depresiva" es realmente el Cuatro en los Niveles 7 y 8, "el depresivo alienado" y "la persona emocionalmente atormentada".

En segundo lugar, el tener presente el Continuum nos ayuda a comprender y describir a la gente con mayor precisión. Las personas están cambiando constantemente a lo largo del Continuum. En cada uno de los Niveles de Desarrollo pasan diferentes cosas; diferentes rasgos y mecanismos de defensa surgen y se combinan con los rasgos que ya existen. Cada tipo de personalidad está cambiando constantemente a medida que desciende en espiral por el Continuum hacia la neurosis o asciende hacia la salud y la mayor integración. Y, como usted podría esperar, hay una simetría interna entre los rasgos de cada tipo. Cada tipo de personalidad no es una colección arbitraria de rasgos, sino un todo dinámico que tiene una estructura interna con muchas partes interrelacionadas.

Por ejemplo, en los Cuatro sanos, la autopercepción surge en el Nivel 2. Pero ya en el Nivel 5, la autopercepción se ha deteriorado en ensimismamiento, y en el Nivel 8, el ensimismamiento se ha deteriorado en odio a sí mismo. O, para dar otro ejemplo de los Cuatro, podemos rastrear su sensibilidad sana hasta la vulnerabilidad de los Cuatro promedio y finalmente al tormento emocional de los Cuatro neuróticos. Estos son sólo dos de los muchos rasgos de los Cuatro que podemos seguir al descender por el Continuum, rastreándolos a medida que se deterioran hasta formas relacionadas pero diferentes. Y, desde luego, podemos hacer esto para todos los tipos de personalidad.

Es importante comprender que los tipos de personalidad no están constituidos por un grupo estático de rasgos arbitrarios. Hay mucha coherencia interna dentro de cada tipo, y esa coherencia la da el hecho de que los rasgos se metamorfosean entre sí a medida que la persona asciende y desciende por los Niveles de Desarrollo en respuesta a los temores y deseos, a la angustia y los mecanismos de defensa.

Además, hay tantas interrelaciones dentro de cada tipo, así como simetrías e interrelaciones entre los nueve tipos de personalidad, que sería imposible proporcionar un comentario adecuado sobre ellas aquí. Sin embargo, para darle una mejor idea de algunas de las actividades más importantes en cada Nivel, he incluido la siguiente explicación breve. Si revisa cualquiera de las secciones analíticas de las descripciones, verá cómo calzan en las pautas que siguen.

En los Niveles **Sanos**

En el Nivel 1: El tipo en su estado más sano, un estado de equilibrio psicológico, libertad, y la aparición de capacidades o virtudes espirituales especiales. El estado ideal del tipo antes de pasar a la Dirección de Integración.

En el Nivel 2: El tipo aún es sano, pero el ego y sus defensas empiezan a surgir en respuesta a angustias básicas de la niñez. Surgen los temores y deseos más profundos, el resultado de las relaciones con sus padres. Se manifiestan el sentido del sí mismo y el estilo cognitivo del tipo en conjunto.

En el Nivel 3: Aún sano pero menos. El ego es más activo, produciendo una personalidad característica. Aparecen las características sociales sanas que el tipo presenta a los demás y a la sociedad.

En los Niveles **Promedio**

En el Nivel 4: El tipo ha empezado a desequilibrarse sutilmente al recurrir a su fuente característica de energía síquica, que es distinta para cada tipo. Surge el callejón sin salida psicológico inconsciente de cada tipo, que, si se sigue, creará crecientes conflictos intrasíquicos e interpersonales.

En el Nivel 5: El ego se infla a medida que el tipo trata de controlar el ambiente en formas características. Los mecanismos de defensa se agravan más. Un marcado punto crítico en el deterioro del tipo; rasgos notablemente menos sanos, más negativos. Aumentan los conflictos con los demás.

En el Nivel 6: La persona empieza a sobrecompensar conflictos y crecientes angustias. Surgen formas características de egocentrismo. Los conflictos con los demás son inevitables a medida que influyen varias formas de egoísmo.

En los Niveles **Malsanos**

En el Nivel 7: La persona emplea una táctica malsana de supervivencia, diferente para cada tipo, en un intento desesperado de auxiliar al ego, que es atacado por una creciente angustia. Ahora hay serios conflictos interpersonales.

En el Nivel 8: Serios conflictos intrasíquicos y se emplean las resultantes defensas delirantes. Intentos de rehacer la realidad antes que sucumbir a ella y a la angustia. Un estado neurótico: la persona está perdiendo contacto con la realidad de alguna manera, diferente para cada tipo.

En el Nivel 9: Un estado completamente neurótico. La persona está fuera de contacto con la realidad, dispuesta a destruir al sí mismo y a los demás, para salvar ilusiones y ahorrarle al sí mismo la angustia de darse cuenta de lo que ella ha hecho. Se manifiestan diferentes formas de autodestructividad inmediata o remota, resultando en violencia grave, colapso o muerte.

Esta breve descripción de lo que ocurre en cada uno de los nueve Niveles de Desarrollo no alcanza ni con mucho a hacerles justicia. Podríamos tomar un ejemplo de los tipos de personalidad para ilustrar cómo el tipo fluye de Nivel en Nivel. Si usted revisa el tipo de personalidad Ocho, verá que el Ocho en su mejor estado es el héroe magnánimo, luego se convierte en la persona confiada en sí misma, el líder constructivo, el aventurero emprendedor, el agente de poder dominante, el adversario confrontador, el tirano despiadado, el megalómano omnipotente y finalmente el destructor violento. Usted puede ver cómo la confianza en sí mismo se deteriora en la campaña por el poder y luego en la megalomanía delirante. También puede ver que, en su mejor estado, el Ocho tiene un enorme efecto positivo sobre un gran número de personas, y que, cuando el Ocho es malsano, tiene precisamente el efecto opuesto. Estas y muchas otras interrelaciones son discernibles cuando uno revisa las descripciones teniendo en mente estas clases de ideas estructurales.

Puede ser absolutamente fascinante seguir a cada tipo de personalidad desde su Nivel más sano hacia abajo a medida que sucumbe a la influencia de sus temores y deseos, conflictos y defensas, cayendo en espiral hacia las garras de la neurosis. Como una moralidad, la disolución de cada tipo tiene en sí cierta inevitabilidad. Si cada tipo no es sabio y afortunado a la vez, intencional e inadvertidamente cae en manos de sus temores e ilusiones hasta que termina en desastre. Así, el Continuum nos ayuda a tener una claridad acerca de la naturaleza humana que no siempre tenemos en la vida. La precisión de sus predicciones es, sin embargo, algo que todos podemos reconocer a partir de nuestra propia experiencia.

Los Niveles de Desarrollo están entre los aspectos más significativos de los tipos de personalidad. Cuanto más aprecie usted la fluidez y el movimiento dentro y entre cada uno de los tipos, mayor será su

sentido del Eneagrama como un símbolo dinámico y como un reflejo de la naturaleza humana misma.

También es necesario tomar en consideración los Niveles de Desarrollo porque al hacerlo podemos apreciar exactamente cuán refinado y matizado es el Eneagrama como tipología. Como usted recordará, somos capaces de delinear 18 subtipos a partir de los nueve tipos básicos de personalidad y las dos alas. Al agregar los tres grados de proporción de ala —pesada, moderada y liviana— a aquellos subtipos, tenemos 54 subtipos (18 x 3). Cuando agregamos los nueve Niveles de Desarrollo, es claro que el Eneagrama puede dar cuenta de 486 subtipos (los nueve tipos puros por las dos alas por las proporciones de ala pesada, moderada y liviana por los nueve Niveles de Desarrollo). Es probable que las diferencias entre los 486 subtipos sean demasiado sutiles como para describirlas con precisión, a pesar de que existen. Usted será capaz de percibir las intuitivamente a medida que reconozca las vastas combinaciones de rasgos que constituyen estos subtipos.

Como puede ver, el Eneagrama es un todo unificado. Cada una de sus partes —los nueve tipos de personalidad— modifica y equilibra a las otras de maneras altamente complejas. La visión de la naturaleza humana presentada aquí no es estática. Los seres humanos son infinitamente variables, y el Eneagrama toma en cuenta este hecho tanto como puede hacerlo cualquier sistema intelectual.

La experiencia ha demostrado que... las personalidades... se pueden agrupar en varias categorías mayores, y con el objetivo de estudiarlas, éste es un procedimiento útil. Las clasificaciones nunca deben tomarse muy en serio —arruinan muchos pensamientos—, pero el temor a usarlas ha impedido muchos más pensamientos.

—Karl A. Menninger, *The Human Mind*
(La mente humana)

CAPÍTULO 14

LA TEORÍA DEL ENEAGRAMA

El Eneagrama no es de ninguna manera la primera tipología de personalidad. Durante miles de años se ha buscado una tipología precisa, empezando con los filósofos griegos, si no antes. A Galeno (130?-200?) se le atribuye el mérito de popularizar la teoría de Hipócrates de los cuatro humores corporales: los temperamentos melancólico, colérico, flemático y sanguíneo, dependiendo de la predominancia de uno de los principales fluidos del cuerpo, la bilis negra, la bilis amarilla, la flema y la sangre, respectivamente. La teoría de los cuatro temperamentos fue utilizada durante mil quinientos años, hasta que las investigaciones científicas de la Ilustración gradualmente la desacreditaron. Sin embargo, este antiguo sistema sigue desempeñando un rol en nuestro lenguaje y cultura porque transmite una útil introversión de la naturaleza humana.

La intuición popular y un consenso informal entre los psicólogos siempre han sostenido que los tipos de personalidad existen en alguna forma. El problema para los psicólogos ha sido descubrir las categorías adecuadas para cada tipo fundamental, por muchas que hayan, de modo que cada una sea distinta, significativa, útil y completa. Los rasgos de un tipo no debieran superponerse con los rasgos de otro, pero obviamente entre los tipos hay semejanzas que se deben explicar. Cada tipo básico de personalidad debe describir a las personas de maneras significativas para ellas, o al menos significativas para los especialistas, y donde sea posible, debiera ser científicamente verificable. Una

tipología útil de personalidad sería una que legos y profesionales pudieran usar en la vida cotidiana y en situaciones terapéuticas. Una tipología completa explicaría en lo posible la variedad de la personalidad humana, desde los estados sanos a promedio, neuróticos y sicóticos.

Las notables cualidades del Eneagrama sugieren que este símbolo nos presenta categorías fundamentales distintas, significativas, útiles y completas. El Eneagrama parece dividir a los tipos de personalidad en las categorías que encontramos en la vida diaria. Es tan completo que puede actuar como estructura para otras tipologías, y en muchos casos, completarlas. Los fundamentos del Eneagrama como sistema son fáciles de comprender y significativos: la gente se ve a sí misma y a sus amigos en él. Y el Eneagrama es útil porque ayuda a profundizar nuestra comprensión de nosotros mismos y nuestra comprensión de los demás.

En resumen, el Eneagrama suena verdadero. Cuanto más precisa es una tipología, más se justifica nuestro sentimiento de que las categorías que emplea no están impuestas artificialmente en la naturaleza humana, sino que reflejan algo real en ésta misma. Sentimos que las categorías han sido descubiertas antes que inventadas.

Si esto es así, ¿qué explicación tenemos para el Eneagrama? ¿Cómo podemos explicar su precisión? ¿Es realmente la tipología que ha estado buscando la psicología? Ya que las respuestas a estas preguntas son abstractas y complejas, he esperado hasta ahora para examinar con cierto detalle la teoría del Eneagrama.

Abordaremos la teoría del Eneagrama en dos partes: primero, comparar el Eneagrama con otras tipologías, y segundo, examinar las razones abstractas del porqué el Eneagrama funciona como lo hace.

EL ENEAGRAMA Y OTRAS TIPOLOGÍAS

Las numerosas y notables cualidades del Eneagrama se evidenciarán aún más cuando lo comparemos con las tipologías de Karen Horney, Sigmund Freud, Carl Jung y las categorías patológicas empleadas en psiquiatría. Aunque estas comparaciones sean necesariamente breves, espero indicar que el Eneagrama no sólo es consecuente con los sistemas psicológicos modernos, sino que sugiere modos para esclarecer algunas de los puntos oscuros en esos sistemas.

Karen Horney y el Eneagrama

En base a sus observaciones clínicas, la psicoanalista Karen Horney (1885-1952) sugirió que hay tres “soluciones” neuróticas generales: “el apartarse de la gente” (los tipos *retraídos*), “el oponerse a la gente” (los

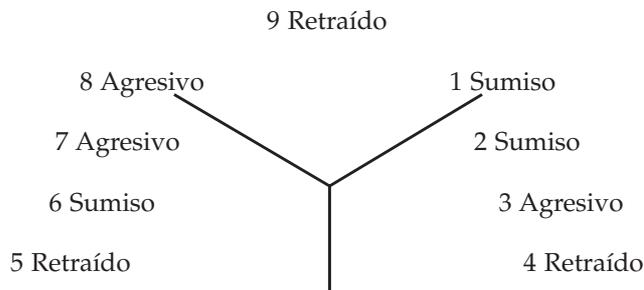
tipos *agresivos*) y “el acercarse a la gente” (los tipos *sumisos*). Estas soluciones neuróticas generales son un modo útil de categorizar a los tipos de personalidad en una forma muy amplia pero precisa*.

Hemos visto que las Tríadas se relacionan dialécticamente entre sí como áreas de problemas del sentir, el hacer y el relacionarse. Existe otra relación dialéctica a nivel del análisis introducido por los conceptos interpersonales de Horney. Podemos correlacionar sus tres soluciones con los nueve tipos de personalidad del Eneagrama. Si colocamos sus tres denominaciones en el Eneagrama, vemos que cada Tríada es un conjunto mixto de tipos de personalidad. Cada Tríada es una “Tríada mixta” en que aparecen representadas las tres soluciones de Horney. Cada Tríada está compuesta por un tipo agresivo (es decir, que “se opone a los demás”), un tipo sumiso (es decir, que “se acerca a los demás”) y un tipo retraído (es decir, que “se aparta de los demás”), como se ilustra a continuación.

En cada Tríada, podemos interpretar estas denominaciones de la siguiente manera:

En la Tríada del Sentir

Los Dos son sumisos a su autoimagen de ser totalmente buenos.
 Los Tres son agresivos (es decir, competitivos) hacia los demás.
 Los Cuatro son retraídos, no expresan sus sentimientos directamente.



Las Soluciones Neuróticas de Horney y el Eneagrama

* Véase Karen Horney, *Our Inner Conflicts* (Nuestros conflictos interiores), 14-18. Horney destina un capítulo a cada solución. También recomiendo altamente su libro *Neurosis and Human Growth*, donde desarrolla estos tres estilos bajo los títulos “las soluciones expansivas” (correspondientes al “oponerse”, o tipos agresivos), “la solución humilde” (correspondiente al “acercarse”, o tipos sumisos) y “resignación” (correspondiente al “apartarse”, o tipos retraídos).

En la Tríada del Hacer

Los Cinco son retraídos, están apartados de la acción, sumidos en el mundo del pensamiento.

Los Seis son sumisos a (es decir, dependientes de) una figura de autoridad.

Los Siete son agresivos respecto a satisfacer sus apetitos.

En la Tríada del Relacionarse

Los Ocho son agresivamente enérgicos respecto a salirse con la suya. Los Nueve son retraídos (es decir, humildes) respecto al desarrollo propio.

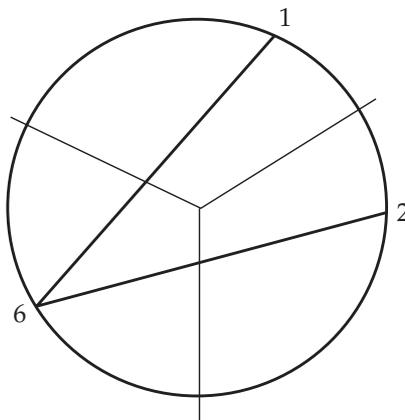
Los Uno son sumisos a los ideales que persiguen.

Al contemplar los nueve tipos de personalidad del Eneagrama, podemos ver que tres son *retraídos*: los Cuatro, Cinco y Nueve. Tres son *sumisos*: los Uno, Dos y Seis. Y tres son *agresivos*: los Tres, Siete y Ocho. Al agrupar así los nueve tipos de personalidad, se revela *un nuevo conjunto de simetrías*, nuevos grupos de a tres, que tienen cualidades en común. Lo significativo de esto es que las Tríadas del Sentir, del Hacer y del Relacionarse no son las únicas relaciones “triádicas” en el Eneagrama. Hay otras, que empezaremos a descubrir, como se ilustra a continuación.

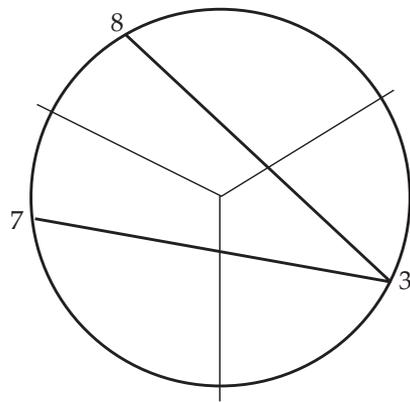
Más adelante en este capítulo veremos estos nuevos grupos en distintos contextos. Vale la pena señalar de pasada que aun cuando Horney no elaboró nueve tipos de personalidad, sus observaciones clínicas la llevaron muy cerca de ello. Describió brevemente los tres subtipos en la “solución expansiva” (los tipos agresivos que “se oponen” a los demás y al ambiente) como los tipos “narcisista”, “perfeccionista” y “arrogante-vengativo”^{*}.

Horney no elaboró los subtipos de la solución “humilde” (los tipos sumisos que “se acercan” a los demás, esencialmente buscando amor). Sin embargo, su análisis incluye elementos de lo que nosotros podríamos considerar los tipos Dos, Seis y Nueve del Eneagrama. Si bien concuerdo en que el Dos y el Seis son tipos sumisos, el Nueve se concibe más exactamente como un tipo retraído antes que sumiso, a pesar de que en el Nueve hay elementos superficiales de aparente sumisión a los demás, como lo indica mi descripción de este tipo.

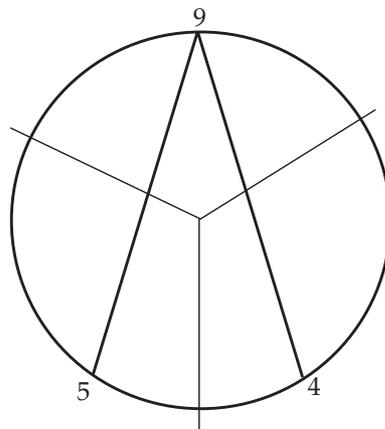
* Véase Horney, *Neurosis and Human Growth*, 193 ff. Estos tres tipos corresponden al Tres, Uno y Ocho del Eneagrama, respectivamente. Yo discrepo con la inclusión en la lista de Horney del tipo “perfeccionista” (el Uno) como agresivo. Si bien el tipo perfeccionista tiene elementos agresivos su sumisión a ideales forma la base de su motivación, no el engrandecimiento de su ego o su conducta agresiva como tal.



Los Tipos Sumisos
Uno, Dos y Seis



Los Tipos Agresivos
Tres, Siete y Ocho



Los Tipos Retraídos
Cuatro, Cinco y Nueve

Otras Relaciones Triádicas

Horney también intentó elaborar los subtipos de la solución “resignada” (los tipos retraídos que “se apartan” de los demás en busca de libertad interna). Ella analiza lo que podríamos considerar el tipo de personalidad Nueve (el subtipo “persistentemente resignado”), el Cinco (“el grupo rebelde”) y el Cuatro (el grupo “de vida superficial”). Ella subdivide este último grupo en otras tres formas: una con “el énfasis en la diversión” (correspondiente al tipo Siete del Eneagrama), otra donde “el énfasis está en el prestigio o en el éxito oportunista” (que corresponde al tipo Tres del Eneagrama) y una tercera forma llamada “el autómatas bien adaptado” (que corresponde al Nueve promedio a malsano)*.

Requeriría un análisis mucho más largo comparar y contrastar cabalmente los tipos de Horney con los del Eneagrama. Ya que el espacio no lo permite, sólo repetiré mi creencia de que Horney se acercó en forma independiente a descubrir una tipología de personalidad tres-por-tres. Desgraciadamente, no fue consecuente respecto al número de subcategorías que empleó, y creó categorías separadas para lo que en realidad es el mismo tipo de personalidad en diferentes Niveles de Desarrollo. Sin embargo, creo que vale la pena reparar en la correspondencia entre los tipos del Eneagrama y sus tipos “retraídos”, “sumisos” y “agresivos”, ya que revela útiles introspecciones.

Freud y el Eneagrama

Los nueve tipos de personalidad del Eneagrama se correlacionan con las categorías freudianas y con los tipos de carácter basados en conceptos freudianos. Naturalmente, un análisis completo de las ideas de Freud, y las de sus numerosos seguidores, está más allá del objetivo de este libro. Sin embargo, ya que Freud es tan importante para la psicología y la psiquiatría, vale la pena examinar con cierto detalle dos enfoques del Eneagrama basados en conceptos freudianos.

Freud teorizaba que hay tres áreas de fijación de la libido —energía síquica de naturaleza específicamente sexual— durante nuestro desarrollo infantil, que él denominó las tres etapas “sicosexuales”. El sostenía que la libido se podía fijar en torno a la boca (etapa “oral”), en torno al ano durante el entrenamiento de hábitos de excreción (etapa “anal”) o en torno a los genitales (etapa “fálica”). Lo que ocurre en estas etapas no se ha elucidado completamente, y el lenguaje utilizado para describir cada “tipo de carácter” resultante varía de autor en autor. También hay cierta inconsecuencia en las categorías básicas.

* Véase *ibid.*, 281 ff.

Algunas autoridades presentan sólo dos subtipos en la etapa oral, mientras que otras describen tres subtipos en las etapas anal y fálica. Algunas hablan del tipo “oral-dependiente” para los que están fijados con el chupar, y el tipo “oral-sádico” para los que están en la etapa oral de morder. Así, se nos presentan tipos orales dependiente y sádico, pero no tipos anal-dependiente o anal-sádico. Entre los tipos anales están el “anal-expulsivo” y el “anal-retentivo” —pero no hay un tipo “anal-receptivo”, etc. Esto se pone muy confuso.

El problema es que si bien Freud y otros concordaron en las tres etapas sicosexuales (oral, anal y fálica), no fueron consecuentes respecto a las otras variables involucradas. No había ninguna consecuencia respecto a si los puntos de fijación oral, anal o fálica eran modificados por rasgos dependientes, retentivos, expulsivos, receptivos o sádicos. Quizás las categorías freudianas se puedan aclarar de la siguiente manera. En términos freudianos, hay tres disposiciones generales de energía síquica en cada una de las etapas libidinales: receptiva, retentiva y expulsiva —es decir, podemos considerarlas una dialéctica de tres disposiciones de energía. Los puntos oral, anal y fálico de fijación libidinal también forman una dialéctica entre ellos. Así, tenemos dos grupos dialécticos de a tres, que producen nueve tipos de carácter “freudianos”. Si se hubieran elaborado así, estas dialécticas sicosexuales neofreudianas consistirían en las categorías indicadas en la Tabla 14.1.

Orales		Receptivas
Anales	X	Retentivas
Fálicas		Expulsivas

Tabla 14.1. Las Categorías Sicosexuales Neofreudianas

Si examinamos las permutaciones, los nueve tipos de personalidad resultantes son el oral-receptivo (correspondiente al Nueve), el oral-retentivo (correspondiente al Cuatro) y el oral-expulsivo (correspondiente al Cinco); el anal-receptivo (correspondiente al Seis), el anal-retentivo (correspondiente al Uno) y el anal-expulsivo (correspondiente al Dos); el fálico-receptivo (correspondiente al Tres), el fálico-retentivo (correspondiente al Siete) y el fálico-expulsivo (correspondiente al Ocho). Si los disponemos en el orden del Eneagrama, como abajo, podemos ver las pautas que surgen.



Las Fijaciones Neofreudianas y el Eneagrama

Es difícil ver cómo estas denominaciones se pueden tomar como algo más que un lenguaje vagamente simbólico de los procesos psicológicos y no como fijaciones literales de la libido en torno a la boca, el ano o el pene. No obstante, muchos freudianos ortodoxos toman estas denominaciones en forma literal, lo cual puede explicar el porqué les resulta tan difícil aplicarlas a la vida real. Pero si tomamos estas denominaciones como *metáforas*, entonces sí ofrecen pistas acerca de los rasgos de los tipos de personalidad involucrados. Además, si consideramos la terminología freudiana en forma metafórica, no nos metemos en el problema de aplicar la terminología fálica a las mujeres, ni tampoco tenemos que encontrar un significado literal para una denominación peculiar como el tipo fálico-receptivo.

Para dar algunos ejemplos, mi así llamado tipo fálico-receptivo en realidad corresponde a un tipo de carácter (el carácter uretral*) propuesto por Ernest Jones —un colaborador cercano de Freud— y al tipo de personalidad Tres del Eneagrama. Este tipo de varón invita narcisistamente a los demás a admirar su cuerpo (falo), y con frecuencia es sexualmente exhibicionista. Para las mujeres o para cualquier persona cuyos problemas involucren narcisismo antes que una fijación de la libido en torno a los genitales, es claramente preferible usar la denominación del Eneagrama, tipo de personalidad Tres, antes que el tipo fálico-receptivo o incluso el carácter uretral. ¿El narcisismo se entiende mejor como el deseo inconsciente de que los demás admiren los genitales de uno o de que uno mismo sea el admirado? Aun cuando se pudiera demostrar que una interpretación estrictamente freudiana es la verdad final, tal interpretación generalmente está tan fuera de los límites de

* Otto Fenichel, *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, 492.

conciencia y conducta normales como para que sea casi insensata. Parece que es mejor trabajar en superar la egolatría inflada de uno, por ejemplo, que reducir el narcisismo al deseo de que los demás admiren los genitales de uno.

El tipo anal freudiano clásico (o mejor dicho, el tipo anal-retentivo) se caracteriza por la frugalidad, la obstinación y el orden, que describen apropiadamente elementos del tipo de personalidad Uno, aunque más exactamente son rasgos de un Uno con un ala Nueve. Sin embargo, en el Seis —otro tipo anal— también se encuentran ciertos elementos de frugalidad resultantes de su cautela e inseguridad. El Seis también es obstinado —bloqueando en forma negativa y pasivo-agresiva a los demás—, aunque, de un modo diferente, el Nueve también lo es —negándose tercamente a encarar la realidad. Así, hay una serie de tipos de personalidad en que se pueden distinguir los rasgos anales clásicos.

Para dar un último ejemplo, el tipo oral-receptivo corresponde al Nueve, el tipo que optimistamente cree que el ambiente le va a satisfacer sus necesidades como la leche que fluye del seno de su madre sin mucho esfuerzo de su parte. Los freudianos llaman a éste el tipo oral-dependiente, aunque los Nueve son tan humildes y acomodaticios a los demás que, más que “depende” de los demás, virtualmente viven a través de ellos —así que “receptivo” es una denominación más precisa.

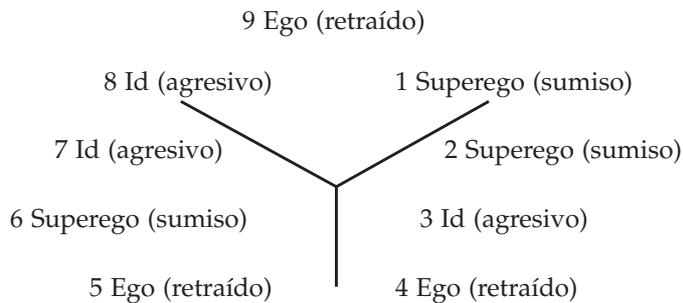
Estas y otras distinciones sutiles pero útiles pueden ayudar a clarificar las categorías freudianas tan corrientemente utilizadas en psicología y psiquiatría. Se pueden descubrir otros significados útiles si uno considera las denominaciones sicosexuales freudianas como una taquigrafía simbólica del estilo global de los tipos de personalidad antes que como categorías que resultan de puntos de fijación libidinal que ocurren durante la niñez temprana. Si usted revisa las descripciones de los tipos de personalidad teniendo esto en mente, verá cómo mi reelaboración de las denominaciones sicosexuales freudianas se aplica a los otros tipos del Eneagrama.

También notará que las nuevas relaciones triádicas que indiqué entre los tipos de Horney se correlacionan con mis tipos libidinales neofreudianos. Los tres tipos orales (el Cuatro, Cinco y Nueve del Eneagrama) de mi sistema neofreudiano son los tipos retraídos según mi modificación de la tipología de Horney. Los tipos anales (el Uno, Dos y Seis del Eneagrama) de mi sistema neofreudiano son los tipos sumisos en la tipología de Horney, y los tipos fálicos (el Tres, Siete y Ocho del Eneagrama) del sistema freudiano son los tipos agresivos en la tipología de Horney.

Conceptos Estructurales Freudianos

La terminología “estructural” freudiana también se puede aplicar a los tipos del Eneagrama, dependiendo de si el ego, el id o el superego en cada uno de los nueve tipos básicos de personalidad es el foco de su área de problemas. En la ilustración que aparece a continuación, he agregado los términos de Horney a los términos estructurales freudianos.

Observe que los tipos cuyo desequilibrio principal está en su ego también corresponden a los tipos retraídos de Horney, que los tipos cuyo desequilibrio está en su id son los tipos agresivos, y que los tipos cuyo desequilibrio está en su superego son los tipos sumisos. Estas denominaciones son significativas incluso desde un punto de vista del sentido común. Por ejemplo, la gente agresiva está dominada en cierta forma por las energías instintivas del id. Estas interrelaciones se pueden interpretar más allá, de la siguiente manera.



Los Conceptos Estructurales y el Eneagrama

Los Cuatro, Cinco y Nueve están *retraídos* de la expresión directa de su ego, compensando de maneras características: los Cuatro disociándose de la realidad a través de su imaginación, los Cinco disociándose de la realidad a través de sus procesos de pensamiento totalmente absorbentes, y los Nueve disociándose de la realidad a través de una intensa identificación con el otro.

Los Uno, Dos y Seis son *sumisos* a una internalización de alguien o algo en su superego que ejerce una influencia dominante en su conducta. Los Uno son *sumisos* a sus obligaciones idealistas que les inculca su superego. Los Dos son sumisos a la exigencia de su superego de que siempre sean amorosos. Y los Seis son sumisos a una figura de autoridad que han internalizado a través de su superego.

Los Tres, Siete y Ocho son *agresivos*, es decir, su id está orientado agresivamente hacia varios aspectos de su ambiente. Los Tres son

agresivos (competitivos) hacia los demás, a quienes buscan para compararse en forma favorable. Los Siete son agresivos (codiciosos) hacia su ambiente, del cual tratan de obtener más satisfacciones para sí mismos. Y los Ocho son agresivos (asertivos) hacia su ambiente, intentando constantemente proyectarse en el ambiente para que éste se convierta en un reflejo de ellos.

Veremos estos conceptos estructurales freudianos (ego, id, superego) en la próxima sección de este capítulo, cuando analicemos por qué el Eneagrama funciona.

Jung y el Eneagrama

Los nueve tipos de personalidad del Eneagrama también se pueden correlacionar con los ocho “tipos psicológicos” de la tipología jungiana. En las descripciones de cada tipo de personalidad, correlacioné un tipo jungiano con el tipo del Eneagrama y presenté una cita relevante de Jung.

Revisando por un momento el sistema de Jung, éste postuló que hay dos *actitudes* psicológicas generales (extraversión e introversión) y cuatro *funciones* psicológicas (pensamiento, sentimiento, intuición y sensación). Este esquema dos-por-cuatro produce ocho tipos psicológicos: el tipo de pensamiento extravertido, el tipo de pensamiento introvertido, el tipo de sentimiento extravertido, el tipo de sentimiento introvertido, etc.

Como usted puede ver, el problema de correlacionar los ocho tipos jungianos con los nueve tipos del Eneagrama es que el Eneagrama tiene un tipo de personalidad más que la tipología jungiana, así que no podría existir una equivalencia uno-a-uno entre estos dos sistemas. Sin embargo, una detenida lectura de las descripciones de Jung indica que estos dos sistemas se corresponden, a veces muy estrechamente y otras sólo en parte. En términos muy generales:

- El Uno corresponde al tipo de pensamiento extravertido.
- El Dos corresponde al tipo de sentimiento extravertido.
- El Tres no corresponde a ningún tipo jungiano.
- El Cuatro corresponde al tipo intuitivo introvertido.
- El Cinco corresponde al tipo de pensamiento introvertido.
- El Seis corresponde al tipo de sentimiento introvertido.
- El Siete corresponde al tipo de sensación extravertida.
- El Ocho corresponde al tipo intuitivo extravertido.
- El Nueve corresponde al tipo de sensación introvertida.

Tabla 14.2. Las Correlaciones Jungianas

Si usted consulta el libro *Psychological Types* de Jung, verá que sus ocho tipos corresponden a mis descripciones de los tipos del Eneagrama, salvo el Tres. Sin embargo, una detenida lectura de Jung revelará que las secciones de las descripciones de varios de sus tipos en efecto corresponden al tipo Tres del Eneagrama. Si bien Jung no tuvo una categoría separada para el Tres, debe haber estado consciente de este tipo de personalidad por su experiencia clínica y personal. En cierto sentido, entonces, Jung inadvertidamente describió algunos elementos del Tres sin considerar a este tipo como una entidad psicológica separada, algo que habría descartado la simetría de su sistema teórico dos-por-cuatro.

También hay cierta conveniencia poética en el hecho de que el Tres (cuya personalidad es tan poco fija y cambiante) no corresponda a ninguno de los tipos jungianos. Siendo el tipo de personalidad más adaptable de todos, el Tres es tratado en varios de los tipos jungianos sin tener una categoría propia.

Además de no ser suficientemente completas, hay varios otros problemas con las descripciones de Jung, que sólo puedo mencionar en forma breve aquí. Desgraciadamente, no todas las descripciones de Jung son igualmente lúcidas, y no siempre es fácil comprender lo que él está tratando de describir. Es un truismo paradójico decir que cuando uno entiende lo que Jung quiere decir, uno sabe lo que quiere decir. Hay que "meterse" en cada una de sus descripciones para saber de qué está hablando. Aquí nuevamente el Eneagrama puede ayudar.

Desde el punto de vista del Eneagrama, podemos ver que Jung por lo general describe algunos de los rasgos de la persona promedio de cada tipo psicológico, moviéndose libremente en torno a lo que nosotros podríamos considerar los Niveles de Desarrollo. Intuitivamente vira hacia la Dirección de Desintegración al final de cada una de sus descripciones cuando menciona los desarrollos neurótico y sicótico. A veces, sin embargo, confunde los rasgos de un tipo con los de otro, como cuando, por ejemplo, describe los elementos del tipo Nueve del Eneagrama como si correspondieran al tipo de sentimiento introvertido (el tipo Seis del Eneagrama). También hay confusiones entre otros tipos, por ejemplo, entre los elementos de los tipos de pensamiento extravertido e introvertido (tipos Uno y Cinco del Eneagrama, respectivamente). También hay otras confusiones.

Estas son disquisiciones bastante finas pero significativas. Si bien las personas han intuido que las descripciones de Jung apuntan hacia algo verdadero, también han encontrado difícil traducir sus descripciones en relatos más completos de cada tipo, lo que no es sorprendente, ya que el mismo Jung fue poco claro respecto a varias de ellas.

Las Denominaciones Siquiátricas y el Eneagrama

Los tipos de personalidad del Eneagrama también se correlacionan con los desórdenes de personalidad de la tercera edición del *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (Manual diagnóstico y estadístico de desórdenes mentales), llamado informalmente el DSM-III. Este libro altamente técnico es considerado la principal obra de consulta para siquiátras y otros en el área de la salud mental, al reunir el estado actual del arte respecto a los síndromes de personalidad desde el punto de vista clínico. Como se podría esperar, la terminología adoptada en el DSM-III está orientada hacia la patología, y, como *no* se podría esperar, a veces parece bastante arbitraria. Ha habido mucho desacuerdo dentro de la comunidad siquiátrica respecto a las categorías del DSM-III para los desórdenes de personalidad, aunque hay poco acuerdo sobre cómo pueden corregirse. Quizás el Eneagrama pueda esclarecer los desórdenes siquiátricos de personalidad al clasificar los tipos básicos de personalidad, que, después de todo, son los que se trastornan cuando las personas se ponen neuróticas.

Uno de los principales problemas con el DSM-III es que sus compiladores errónea, aunque comprensiblemente, combinan rasgos de un tipo de personalidad con otro, con el resultado de que las breves y esquemáticas descripciones que ofrecen a veces son confusas. Por ejemplo, el DSM-III designa un tipo "histriónico" para alejarse de la antigua denominación del tipo "histérico". Sin embargo, la descripción que ofrece el DSM-III del desorden de personalidad "histriónica" combina elementos de los tipos Dos y Siete del Eneagrama, ambos claramente histriónicos, aunque de diferentes maneras y por diferentes razones. El Dos se puede considerar mejor como histriónico en el sentido corriente de la palabra, porque muestra sus emociones en forma teatral. Si se torna neurótico, el Dos se deteriora a reacciones de conversión histérica en que la angustia se traduce directamente en síntomas y enfermedades físicas. Por otra parte, el Siete es histriónico en el sentido de que es ostentoso e impulsivo, expresando desinhibidamente sus emociones antes que controlarlas. El Siete también se torna histérico, pero como resultado de reacciones de pánico a ataques de angustia. Así, si bien hay semejanzas genuinas entre estos dos tipos, una revisión de las descripciones de ellos en este libro indica que son dos tipos de personalidad distintos. Sus rasgos no debieran agruparse en el solo tipo histriónico del DSM-III.

Limitaciones de espacio me impiden presentar una comparación detallada entre los tipos siquiátricos oficiales del DSM-III y los tipos de personalidad del Eneagrama. Sin embargo, para completar e indicar desde otro punto de vista más cómo los tipos de personalidad del

Eneagrama no sólo son reforzados por la siquiatria moderna, sino cómo el Eneagrama puede ayudar a la siquiatria, simplemente daré un listado de las correspondencias generales entre los desórdenes de personalidad del DSM-III y los tipos de personalidad del Eneagrama. Lo siguiente debe tomarse sólo como una aproximación muy general, ya que habría que hacer muchas distinciones para clasificar las correspondencias de una manera bien definida.

- El tipo Uno corresponde al Desorden de Personalidad Compulsiva.
- El tipo Dos corresponde parcialmente al Desorden de Personalidad Histriónica.
- El tipo Tres corresponde al Desorden de Personalidad Narcisista.
- El tipo Cuatro corresponde al Desorden de Personalidad Evitadora.
- El tipo Cinco corresponde parcialmente al Desorden de Personalidad Paranoide, y parcialmente al Desorden de Personalidad Esquizoide.
- El tipo Seis corresponde parcialmente al Desorden de Personalidad Pasivo-Agresiva, y parcialmente al Desorden de Personalidad Dependiente.
- El tipo Siete corresponde parcialmente al Desorden de Personalidad Maníaco-Depresiva, y parcialmente al Desorden de Personalidad Histriónica.
- El tipo Ocho corresponde al Desorden de Personalidad Antisocial.
- El tipo Nueve corresponde parcialmente al Desorden de Personalidad Dependiente, y parcialmente al Desorden de Personalidad Pasivo-Agresiva.

Tabla 14.3. **Correlaciones del DSM-III**

ANALIZANDO EL ENEAGRAMA

¿Cuál es, entonces, la base teórica del Eneagrama como sistema psicológico? ¿Por qué, por ejemplo, hay nueve tipos básicos de personalidad y no ocho, diez, doce u otro número? ¿Cuál es la base de cada uno de los tipos de personalidad individuales? ¿El Eneagrama es una antigua tipología precursora de las ideas esencialmente freudianas? ¿O es en realidad una tipología jungiana u otra que prefigura las ideas de Karen Horney o de algún otro psicólogo? Un análisis completo de estas preguntas es tan complejo y abstracto, que sólo puedo ofrecer algunas respuestas preliminares.

Primero permítame dar mi conclusión. Aunque presentaré varias explicaciones del Eneagrama, parece que, en un último análisis, no hay una sola explicación teórica del porqué el Eneagrama funciona como lo hace. No hay una teoría fundamental que sea la base única del

Eneagrama. No se puede reducir solamente a conceptos freudianos, jungianos o hornevianos. Si uno enfoca el Eneagrama desde un punto de vista freudiano, encontrará que puede acomodar ideas freudianas. Si uno considera el Eneagrama desde un punto de vista jungiano o horneviano, encontrará que también se puede utilizar para representar esas ideas. Esto en sí sugiere que el Eneagrama es un símbolo psicológico universal, uno que puede acomodar muchas interpretaciones diferentes mientras conserva su carácter único y peculiar.

Pero también es cierto que no todas las cosas de los otros sistemas psicológicos se pueden colocar en el Eneagrama, y algunos aspectos de los sistemas psicológicos modernos se contradicen entre sí y no se pueden reconciliar. Sin embargo, el Eneagrama es capaz de organizar muchos descubrimientos comunes porque opera en una serie de niveles de abstracción, mientras permite una gran especificidad. Podemos enfocar el Eneagrama en muchos niveles diferentes, y cada enfoque que hagamos brinda alguna nueva introyisión.

Los seres humanos pueden ser analizados desde un amplio espectro de puntos de vista, cada cual revelando e iluminando una faceta del todo. Los seres humanos pueden ser interpretados biológica, psicológica, sociológica, históricamente, como objetos físicos por los físicos y como seres espirituales por los teólogos. Pero tal como no hay una explicación de la naturaleza humana que lo abarque todo, tampoco hay una explicación del Eneagrama que lo abarque todo. No podemos decir que el Eneagrama es un sistema freudiano, porque explica más cosas que las ideas freudianas. Tampoco es un sistema jungiano o horneviano o un sistema perteneciente a cualquier otra escuela de pensamiento. Es él mismo: un símbolo amplio y dinámico de la siquis humana.

Ya que no podemos reducir el Eneagrama a una sola explicación psicológica, examinaremos varios enfoques diferentes mediante los cuales podamos comprenderlo mejor. Voy a interpretar el Eneagrama desde un enfoque dialéctico, un enfoque del desarrollo y un enfoque freudiano dinámico.

Un Enfoque Dialéctico

La razón del porqué hay nueve tipos de personalidad en el Eneagrama es que su estructura es resultado de una disposición tres-por-tres, o dos grupos de a tres relacionados dialécticamente. No importa cuál nivel de análisis queramos tomar con respecto al Eneagrama, encontramos que los factores relacionados dialécticamente producen nueve categorías distintas de personalidad.

Si hay una sola explicación de por qué el Eneagrama funciona como lo hace, y por qué es un sistema tan completo, es porque el

Eneagrama es un sistema dialéctico, y como tal se puede utilizar para analizar dialécticamente diferentes aspectos de la naturaleza humana.

Sobre esto, el nivel más básico de análisis —el que se ha visto en las Pautas y a lo largo de las descripciones—, el Eneagrama puede ser considerado una disposición de tres Tríadas que contienen tres tipos diferentes de personalidad. Cada Tríada es una dialéctica del problema de esa Tríada. En cada Tríada, un tipo ha sobredesarrollado la facultad característica de la Tríada, otro ha subdesarrollado la facultad, y un tercero está más fuera de contacto con la facultad.

Cuando aplicamos esta pauta a los tipos de la Tríada del Sentir, vemos que los Dos sobredesarrollan sus sentimientos, expresando sólo sus emociones positivas mientras reprimen las negativas. Los Tres están más fuera de contacto con sus sentimientos, proyectando como sustituto una imagen a los demás. Los Cuatro subdesarrollan la expresión de sus sentimientos, revelándose a través de alguna forma de arte o de vida estética.

En la Tríada del Hacer, los Cinco subdesarrollan su capacidad de hacer. Sustituyen el hacer con el pensar. Los Seis son los que están más fuera de contacto con su capacidad de actuar independientemente sin la aprobación de alguna clase de autoridad. Los Siete sobredesarrollan su capacidad de hacer, volviéndose hiperactivos y cada vez más maníacos.

En la Tríada del Relacionarse, los Ocho sobredesarrollan su capacidad de verse a sí mismos en relación con su ambiente. Se consideran más grandes que todos y todo lo demás. Los Nueve son los que están más fuera de contacto con su capacidad de relacionarse con su ambiente, ya que se identifican con otra persona, viviendo a través del otro antes que desarrollarse a sí mismos. Los Uno subdesarrollan su capacidad de relacionarse con el ambiente en el sentido de que se sienten inferiores al ideal que constantemente procuran alcanzar.

Cuando consideramos las pautas dialécticas (de tesis, antítesis y síntesis), siempre estamos considerando grupos interrelacionados de a tres. En la comparación de los tipos del Eneagrama con los de Horney y Freud, vimos varios grupos dialécticos diferentes: los tipos retraídos, sumisos y agresivos de Horney, el ego, id y superego de Freud y sus tipos orales, anales y fálicos. Parece que la naturaleza de la pauta dialéctica refleja algo en las pautas de la mente misma. Si hay una sola razón del porqué el Eneagrama funciona, ésta es.

Un Enfoque del Desarrollo

Podemos entender por qué hay nueve tipos básicos de personalidad en el Eneagrama si los consideramos desde otro punto de vista más, el de las relaciones de un niño con sus padres.

Desde un punto de vista del desarrollo, el Eneagrama es una tipología universal que se aplica a todas las personas en todos los tiempos y en todas las culturas, porque describe las nueve posibles relaciones que cada uno puede tener con sus padres. Todo el mundo, sin excepción, tiene dos padres, ya sea que esos padres estén vivos o muertos, presentes o ausentes, sean buenos o malos. Hay nueve tipos básicos de personalidad porque hay sólo nueve orientaciones fundamentales que cada niño puede adoptar hacia sus padres. Debido a la suma total de experiencias infantiles, incluyendo las predisposiciones genéticas y los factores ambientales, todo el mundo a la larga adopta una de las siguientes nueve orientaciones generales y por lo tanto se desarrolla en uno de los nueve tipos básicos de personalidad.

El tipo básico de personalidad de toda la gente es resultado de haber tenido una orientación primaria hacia su *madre*, una orientación primaria hacia su *padre* o una orientación primaria por igual hacia su *madre y su padre*. (Nótese que este conjunto de tres orientaciones forma una dialéctica). En segundo lugar, la orientación primaria puede haber sido esencialmente *positiva*, *negativa* o *ambivalente*. (Nótese que este conjunto de tres actitudes es otra dialéctica más). Dependiendo de con cuál padre se relacione el niño y la cualidad de esa orientación, se generan nueve distintos tipos de personalidad.

Si adoptamos este enfoque del desarrollo, tenemos otra pauta tres-por-tres que resulta en nueve tipos básicos de personalidad. Por ejemplo, un niño puede haber tenido una orientación positiva hacia su madre, mientras que otro niño puede haber tenido una relación ambivalente con su madre, y un tercer niño puede haber tenido una orientación negativa hacia su madre (quien, desde luego, puede ser la misma persona en los tres casos). El primer niño se desarrollaría en un tipo de personalidad Tres, el segundo en un Ocho y el tercero en un Siete. Estas relaciones se pueden ver más claramente en la Tabla 14.4.

<i>Padre</i>	<i>Tipo de Orientación</i>		
	Positiva	Ambivalente	Negativa
Tipos orientados hacia la madre	3	8	7
Tipos orientados hacia el padre	6	2	1
Tipos orientados hacia la madre y el padre	9	5	4

Tabla 14.4. Orígenes Infantiles

Lo que resulta de este agrupamiento de los tipos de personalidad es extremadamente revelador. Si lee la tabla en forma horizontal, notará semejanzas con el sistema de Horney, que ya hemos visto. El grupo Tres-Ocho-Siete (los tipos orientados hacia la madre) son los tipos de personalidad que se defienden agresivamente (los tipos de Horney que “se oponen”). Es muy sugerente reflexionar sobre las ramificaciones culturales de este hallazgo —a saber, que los miembros más agresivos de la sociedad son los que se relacionaron primordialmente con su madre durante su niñez. Una de las razones del aumento de la violencia en nuestra cultura se puede hallar en los altos índices de divorcio y en el hecho de que muchos niños son criados exclusivamente por sus madres. Este y otros factores culturales resultan en un aumento en el número de tipos de personalidad agresivos en la sociedad —sicópatas narcisistas (los Tres malsanos), materialistas maníaco-depresivos (los Siete malsanos) y matones antisociales beligerantes (los Ocho malsanos). Estos tres tipos son infantiles de diferentes maneras y tienen un id activo en términos freudianos.

Por otra parte, el grupo Seis-Dos-Uno (los tipos orientados hacia el padre) son los tipos de personalidad que se defienden siendo sumisos (los tipos de Horney que “se acercan”). En general, éstos son los tipos de personalidad ley-y-orden. Si bien la sumisión domina el cuadro global, ellos son de hecho una mezcla de tendencias agresivas y sumisas. Bajo presión ya sea de los demás o de la angustia, los tipos ley-y-orden tienden a explotar en conductas destructivas. La influencia del padre y de prohibiciones internalizadas simbolizadas por el padre crea la personalidad recelosa, autoritaria (el Seis malsano), el carácter farisaico castigador (el Uno malsano) y el tipo manipulador que infunde culpa (el Dos malsano). Estos tres tipos adoptan el rol de figuras de autoridad de diferentes maneras, ya que han internalizado las costumbres de la sociedad; en términos freudianos, también tienen un superego muy activo.

Finalmente, el grupo Nueve-Cinco-Cuatro (los tipos orientados hacia la madre y el padre) son los tipos de personalidad que se defienden retrayéndose (los tipos de Horney que “se apartan”). Son los solitarios, intelectuales y soñadores de la sociedad. Ya que su niñez produjo una orientación hacia ambos padres, tienen problemas para interactuar con los demás, pues tienden a abrumarse por fuerzas ya sea dentro o fuera de ellos mismos. Vemos al tipo emocionalmente atormentado que se odia a sí mismo (el Cuatro malsano), al paranoico aislado (el Cinco malsano) y a la persona traumatizada, disociada (el Nueve malsano). Estos tres tipos tienden a disociarse de la realidad de diferentes maneras. En términos freudianos, tienen problemas con su ego.

No puede ser sorprendente que la orientación de un niño hacia sus padres sea una de las principales causas determinantes de la personalidad y que los tipos de personalidad finalmente influyan en los cambios culturales, que, a su vez, influyen en cómo los padres crían a sus hijos, perpetuando así el ciclo. La persona, la familia y la cultura son interdependientes: no puede existir una sin las otras. Quizás las escuelas freudianas y las escuelas interpersonales no estén tan separadas con respecto a la interrelación entre el individuo y la sociedad: simplemente operan en diferentes niveles de análisis.

Un Enfoque Freudiano Dinámico

Freud representó la dinámica de la mente como la interacción del id, el ego y el superego. Esto se ha denominado su “hipótesis estructural”, que fue ilustrada en la página 308. Estos tipos de carácter jamás fueron enteramente descritos ni por Freud ni por sus seguidores, tal vez por la siguiente razón.

Sería ventajoso si la caracterología sicoanalítica nos diera una clasificación dinámica. Sin embargo, ninguno de los intentos hechos hasta ahora parecen haber sido exitosos. El escoger un aspecto como criterio de la división necesariamente descuida otros aspectos.

Los intentos más importantes fueron instituidos por Freud mismo. Luego de haber subdividido la mente en las categorías de id, ego y superego, él preguntó si acaso no sería posible distinguir tipos de caracteres humanos según cuál de estas tres autoridades es la dominante. Puede haber tipos “eróticos” cuya vida está gobernada por las exigencias instintivas de su id; tipos “narcisistas” que se sienten tan dominados por su sentido de ego que ni las demás personas ni las exigencias del id o del superego pueden afectarlos mucho; y puede haber tipos “compulsivos” cuya vida entera está regulada por un estricto superego que domina la personalidad. Freud también describió tipos “mixtos” en que una combinación de dos fuerzas superan a una tercera...

Además del asunto de si acaso las descripciones de Freud de un tipo “erótico” y un tipo “narcisista” corresponden a personas cuyo id o ego está acentuado, hay una objeción más importante a su tipología sugerida: el sicoanálisis es esencialmente una disciplina dinámica. Evalúa fenómenos dados como resultado de conflictos... Una categorización de “personas id”, “personas ego” y “personas superego” no es un concepto dinámico. Lo característico de los tipos dinámicos no sería ni el id, ni el ego, ni el super-

ego, sino las diversas interrelaciones del id, el ego y el superego. Por eso es que la tipología de Freud no se ha utilizado mucho en la comprensión de los desórdenes de carácter neurótico (Fenichel, *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, 525-526).

Pero por esto precisamente es que el Eneagrama es capaz de representar la gama completa de tipos de carácter o de personalidad. Los tipos del Eneagrama representan una interrelación dinámica del id, el ego y el superego. En cada uno de los nueve tipos resultantes, las tres funciones freudianas de la mente interactúan entre sí. No es necesario escoger "un aspecto como criterio de la división", como señala Fenichel, para descuidar otros aspectos. Los tres aspectos de la mente se toman en cuenta simultáneamente en cada tipo de personalidad y en el Eneagrama en conjunto.

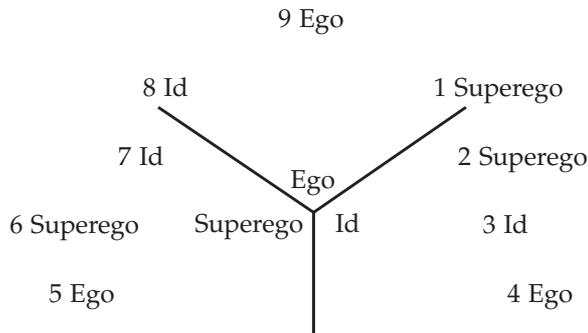
Cada Tríada está dominada por una de las tres categorías freudianas de la mente, razón por la cual las Tríadas se caracterizan por tener problemas con el sentir (los tipos dominados por el id), el hacer (los tipos dominados por el superego) o el relacionarse (los tipos dominados por el ego). En otras palabras, hay un problema nuclear en cada Tríada: los tipos de la Tríada del Sentir tienen problemas comunes que derivan de su id, los tipos de la Tríada del Hacer tienen problemas comunes que derivan de su superego, y los tipos de la Tríada del Relacionarse tienen problemas comunes que derivan de su ego. Las denominaciones freudianas se indican al centro de la ilustración que aparece un poco más adelante, dentro de sus respectivas Tríadas.

Además del problema nuclear en cada Tríada, descubrimos que cada tipo de personalidad está dominado por una de las funciones freudianas de la mente que está en conflicto con el problema nuclear de la Tríada. Por ejemplo, el tipo de personalidad Dos está dominado por su superego. Si usted recuerda, la autoestima del Dos dependía de sentirse amado por los demás por sus buenas obras e intenciones. El Dos se siente culpable cuando es hosco, egoísta, agresivo, etc. Su superego domina su vida mental, y su id (sus impulsos agresivos, sexuales) también es una parte importante del cuadro.

Así, para interpretar la dinámica freudiana, podríamos decir que el superego y el id del Dos están en una especie de conflicto potencial entre sí. El Dos necesita equilibrar su ego con su superego e id, yendo al Cuatro (donde aparece "ego" en la circunferencia de la ilustración). Por otra parte, si el Dos se torna neurótico, y se mueve en su Dirección de Desintegración, se va al Ocho, agregando más fuerzas id a su id ya fuerte, con el resultado de que sus impulsos agresivos se tornan abrumadores y destructivos.

El colocar estas relaciones en el Eneagrama las ilustra con mayor claridad.

Hay varios otros ejemplos breves que podrían clarificar la utilidad de esta interpretación. El ego del Cinco está en conflicto con su superego y necesita ir al Ocho para equilibrar su síquis con la ayuda del id. Pero, desde luego, si el Cinco se va al Siete, también se pone en contacto con el id —de modo que parece haber un problema con las fuerzas id en las Direcciones de Integración y Desintegración del Cinco. Esto es exacto porque el id es precisamente lo que el Cinco tiene que conseguir dominar. Cuando un Cinco sano se integra al Ocho, su id se equilibra con su ego y superego, principalmente al sublimarse (transformarse) en un trabajo genuinamente productivo. Pero cuando el Cinco se deteriora y va al Siete, se torna cada vez más agresivo e impulsivo hasta que virtualmente se rompe en mil pedazos. Este análisis indica que el id es aquello en lo cual más tiene que trabajar el Cinco en cualquier dirección del Eneagrama.



La Dinámica Freudiana del Eneagrama

Finalmente, usted puede ver que el problema particular en cada Tríada es reforzado por el Tres, Seis y Nueve. Estos tipos primarios tienen el mayor número de problemas con el sentir, el hacer o el relacionarse, y por lo tanto, con el id, el superego o el ego, respectivamente. Por ejemplo, el Tres se puede caracterizar por tener alguna clase de problema especial con su id, el Seis con su superego y el Nueve con su ego. Por ejemplo, los problemas del Tres con su id resultan en que está más fuera de contacto con sus sentimientos, volviéndose maliciosamente hostil cuando es malsano. Los problemas del

Seis con su superego resultan del internalizar las agresiones de figuras de autoridad, volcándolas afuera hacia los demás con beligerancia y adentro hacia sí mismo con masoquismo. Los problemas del Nueve con su ego resultan en que está más fuera de contacto consigo mismo como individuo, a la larga tornándose inadecuado y disociándose de la realidad.

Examinemos más detenidamente el Tres. Como usted sabe, el Tres es el tipo de personalidad en la Tríada del Sentir que está “más fuera de contacto” con sus sentimientos. El Tres necesita ir primero al Seis y luego al Nueve para equilibrar su *siquis* con la ayuda del superego (en el Seis) y el ego (en el Nueve). El ego del Tres tiende a ser sobredesarrollado (narcisista y exhibicionista), así que un salto al Nueve agravaría todo esto. Claramente, el Tres necesita activar su superego (y desarrollar su conciencia) primero, antes de poder equilibrar su ego con el resto de su *siquis*.

Esta interpretación del Eneagrama explica varias cosas: por qué cada tipo es diferente, por qué las Direcciones de Integración y Desintegración son como son y por qué el Eneagrama en conjunto es un símbolo de cada uno de nosotros. El Eneagrama es un símbolo universal porque nuestros problemas fundamentales pueden considerarse como problemas relacionados con el *id*, problemas relacionados con el ego y problemas relacionados con el superego. Todos los seres humanos están afectados por estas tres áreas de problemas, ya sea que las denominemos por sus nombres freudianos o por los nombres del Eneagrama del sentir, relacionarse y hacer.

Hay mucho más que decir acerca de todo esto —más acerca de las descripciones y más acerca de la teoría. Sin embargo, aun con esta breve exposición, usted puede ver que podemos enfocar los tipos del Eneagrama desde una serie de perspectivas distintas.

La razón del porqué el Eneagrama abarca tantos y diferentes puntos de vista psicológicos es que opera simultáneamente en varios niveles de abstracción —las etapas sicosexuales de fijación, las áreas estructurales dentro de la *siquis*, la teoría de las relaciones objetales, los orígenes del desarrollo, los estilos interpersonales, etc. No parece haber una sola explicación teórica del porqué el Eneagrama funciona como lo hace. Las abarca todas.

El Eneagrama es un extraordinario sistema para comprendernos más a nosotros mismos. No importa desde qué punto de vista lo enfoquemos, descubrimos conexiones frescas de ideas nuevas y antiguas. Como lo mencioné al principio de este capítulo, esto es muy sugerente de que el Eneagrama es un símbolo psicológico universal, algo descubierto antes que inventado. Lo que la tabla periódica de

Mendeleyev es a la química, el Eneagrama puede ser a la psicología —un modo de organizar vastas complejidades de maneras más comprensibles.

Tal como las interrelaciones entre las familias de átomos son demasiado complejas para haber sido diseñadas por alguien, el Eneagrama es demasiado complejo para haber sido diseñado por la mente humana. Su inmensa intrincación y poder sugerente —y su paradójica simplicidad— no pueden haber sido diseñados a partir de una lista de verificación de elementos necesarios para una tipología. Más bien, el Eneagrama parece ser un símbolo que refleja las simetrías e irregularidades de la mente misma.

CAPÍTULO 15

EPÍLOGO: UNA NOTA PERSONAL

Enfrentar el mundo y la aterradora inseguridad de la existencia humana, indefensos y desamparados, es una situación abrumadora para cualquier persona. Cada uno de los tipos de personalidad intenta defenderse de distintos modos del pleno darse cuenta de la inseguridad de su existencia. Cada tipo adopta diferentes estrategias para inflar el ego como defensa en contra de la inseguridad y la soledad.

La paradoja es que no podemos hacer otra cosa sino defendernos de la plena percatación de nuestra existencia. Los seres humanos están en peligro por el misterio de su existencia ya sea que lo afirmen con esperanza o lo nieguen con desesperación. Y sin embargo, como hemos visto en las descripciones, si cada uno de los tipos de personalidad infla su ego y lleva sus defensas al extremo, se busca su propia destrucción. Demasiada apertura a la vida y corremos el riesgo de ser inmolados; muy poca y nos destruimos desde adentro. Demasiada libertad es tan amenazante como nada de libertad. Cuando todo se ha dicho y hecho, la angustia existencial puede ser la respuesta adecuada para los seres que se percatan de su propia mortalidad. Como Moisés ante la zarza ardiente, temblamos con terror al darnos cuenta de que finalmente estamos parados ante el abismo del ser.

Parece que hay una sola salida a este acertijo: esperar encontrar un sentido para nuestra vida, un sentido que se conecte con algo real más allá de nosotros mismos.

No obstante, estamos en la insoluble posición de tratar de encontrar un sentido para nuestra vida sin ser capaces de conocer nuestra vida en conjunto. No hay forma de saber con certeza cuál es ese sentido sin ser capaces de salirnos de nuestra vida para encontrar su contexto final. Pero el salirnos de nuestra existencia sólo puede ocurrir en el momento de la muerte, cuando esta vida ha llegado a su fin. En ese momento seremos aniquilados o nos daremos cuenta de que aún existimos. Si aún existimos, sabremos si nuestra vida ha tenido sentido —y cuál es ese sentido. Gran parte del misterio y tragedia de la existencia ocurre porque quizás no podamos saber con certeza qué significa nuestra vida antes de ese momento decisivo.

A pesar de que el sentido último de la vida es misterioso, afecta todos los momentos que vivimos. Lo que creemos acerca del sentido de la vida influye en lo que valoramos y en cada elección que hacemos. Al considerar estas realidades, nos movemos de lo psicológico a lo metafísico, donde el contexto humano finalmente tendrá o no sentido. Quizás la existencia humana sea absurda porque no hay ningún contexto personal final, sólo el interminable reciclaje de materia y energía en un universo impersonal. O quizás el último contexto de la vida humana sea personal, quizás haya un Dios cuya existencia sea la razón de la nuestra. Esto es así o no lo es, y no hay forma de saber cuál es la verdad mientras aún estemos vivos. Por esto es que el sentido de la vida siempre implica “fe”, sea que lo llamemos así o no.

No podemos vivir sin algún tipo de creencias. Si no tenemos fe en Dios, debemos tener fe en alguna otra cosa. Ya que no podemos vivir sin un sentido, sin consideración a algo fuera de nosotros mismos, inevitablemente creamos ídolos como sustitutos de la fe en lo trascendental y en el sentido que ello suple. Desde luego, el supremo ídolo universal es el orgullo, el ego inflándose a sí mismo, intentando ser la causa de su propio ser, tratando de encontrar su propio sentido dentro de sus propios recursos. Cada uno de los tipos de personalidad se ve tentado hacia una forma particular de orgullo como un modo de defenderse de las angustias involucradas en su existencia. La tentación del Nueve es creer que su tranquilidad es un valor último, la del Ocho es creer en su propio poder, la del Siete es creer que encontrará satisfacción en las posesiones materiales, la del Seis es creer en la seguridad proporcionada por los demás, la del Cinco es creer en el conocimiento como un fin en sí mismo, la del Cuatro es creer en su libertad de hacer lo que le plazca, la del Tres es creer en su propia excelencia, la del Dos es creer en su propia importancia, y la del Uno es creer en su propia rectitud. Si bien estas tentaciones son características de cada uno de los tipos de personalidad, también son todas nuestras propias tentaciones.

Si hay un tema en este libro, o una lección que aprender mediante el estudio de los tipos de personalidad, es que mientras buscamos legítimamente la felicidad yendo tras nuestra satisfacción personal, con frecuencia la buscamos equivocadamente. Cada tipo de personalidad crea una profecía autocumplida, causando precisamente lo que más teme mientras pierde lo que más desea al buscar la felicidad. Si, cuando vamos en busca de la felicidad, inflamamos nuestro ego a costa de valores más profundos, podemos estar seguros de fracasar en nuestra búsqueda. La inflación del ego a expensas de lo genuinamente bueno es una tontería, llevándonos a un laberinto de bienes aparentes, bienes falsos e ídolos. Cada tipo de personalidad contiene dentro de sí mismo una fuente de autoengaño que, si se emplea, invariablemente nos desvía de la dirección de nuestra verdadera satisfacción y más profunda felicidad. Esta es una ley irrevocable de la siquis, algo de lo cual debemos convencernos si es que vamos a tener la valentía de buscar la felicidad en el lugar adecuado y de la manera adecuada.

El examinar cada uno de los tipos de personalidad en conjunto nos enseña lo que podemos esperar si inflamamos nuestro ego a expensas de otros valores. Al obligar a los demás a amarlos, los Dos terminan siendo odiados. Al engrandecerse, los Tres terminan siendo rechazados. Al seguir exclusivamente sus sentimientos, los Cuatro terminan malgastando su vida. Al imponer sus ideas en la realidad, los Cinco terminan estando fuera de contacto con la realidad. Al ser demasiado dependientes de los demás, los Seis terminan siendo abandonados. Al vivir para el placer, los Siete terminan estando frustrados e insatisfechos. Al dominar a los demás para obtener lo que desean, los Ocho terminan destruyendo todo. Al acomodarse demasiado a los demás, los Nueve terminan como cáscaras subdesarrolladas, fragmentadas. Al intentar ser perfectos sin humanidad, los Uno terminan pervirtiendo su humanidad. La salida de estas inexorables conclusiones es convencerse de que sólo trascendiendo el ego podemos esperar encontrar la felicidad. Como siempre lo ha reconocido la sabiduría, sólo muriéndonos encontramos la vida.

Así, se puede sacar una lección relacionada de estas páginas, una que yo llamo la ley de la retribución síquica. No tenemos que esperar el castigo de manos de un Dios iracundo por nuestras maldades. Al contrario, debido a la naturaleza de la siquis, nos acarreamos algún tipo de castigo porque inevitablemente pagamos un precio por cada elección que hacemos. El precio que pagamos bien puede no ser inmediatamente aparente, razón por la cual nos engañamos tan fácilmente en pensar que no habrá consecuencias por nuestras acciones. Pero el costo para nosotros siempre se paga en la clase de persona que

llegamos a ser. Por nuestras elecciones, nos creamos a nosotros mismos y forjamos nuestro futuro, sea que ese futuro resulte finalmente de felicidad o infelicidad.

¿Cómo, entonces, podemos empezar a trascender el ego? ¿Qué nos podría motivar a hacerlo? ¿Cómo podemos saber lo que realmente nos hará felices?

La gente siempre busca lo que cree que será bueno para ella, aun cuando resulte que se ha equivocado en su elección. Algunas personas buscan riqueza, otras fama, otras seguridad, a medida que cada una desea poseer aquello que cree le traerá felicidad. Pero a menos que encontremos lo verdaderamente bueno buscando lo que realmente necesitamos, nos desviaremos hacia la búsqueda de lo que deseamos hasta distraernos por meros bienes superficiales. Si las personas se contentan con superficialidades, convierten a los objetos de sus deseos en ídolos que no pueden satisfacer. Entonces sufren y se preguntan por qué.

Lo extraño es que, como con nuestra búsqueda del sentido de la vida, estamos en la difícil posición de buscar lo verdaderamente bueno para nosotros sin tener un claro entendimiento de qué es. Cada uno de los tipos de personalidad tiende a buscar en los lugares equivocados o de las maneras equivocadas, o ambos, lo que cree que será bueno para él. El Dos cree que será feliz si es amado (o adorado) por los demás; el Tres si es admirado por los demás; el Cuatro si puede ser totalmente libre para ser él mismo; el Cinco si puede tener certeza intelectual; el Seis si tiene seguridad absoluta; el Siete si puede poseer todo lo que desea; el Ocho si puede salirse con la suya; el Nueve si puede fusionarse con alguna otra persona; y el Uno si es perfecto. Todas estas estrategias fracasan porque sólo son bienes parciales que han sido elevados al status de bien primordial en la vida.

¿Cómo, entonces, puede el Eneagrama ayudarnos a saber lo que es realmente bueno para nosotros? La respuesta es sencilla: indicando que lo que cada tipo de personalidad necesita genuinamente, se encuentra en su Dirección de Integración.

La dificultad es que antes de poder movernos en la Dirección de Integración, primero debemos ser capaces de trascendernos a nosotros mismos. Debemos estar dispuestos y ser capaces de ir más allá del ego para alcanzar algo más, algún valor fuera de nosotros mismos.

La autotranscendencia es difícil y atemorizante porque exige meterse en un territorio desconocido, el sentir, el hacer y el relacionarse, de maneras ajenas a nuestra personalidad, contrarias a nuestros hábitos pasados, reñidas con nuestras antiguas actitudes e identidad, al haber empezado a superar las desventajas de nuestra niñez. En cierto

sentido, es una especie de renacimiento, el entrar a ser una nueva persona que está aprendiendo a dejar atrás los antiguos caminos y lanzarse a un mundo nuevo.

Pero esto es precisamente lo que cada tipo de personalidad debe hacer si ha de encontrar la verdadera felicidad. El Dos necesita superar su tendencia al autoengaño moviéndose hacia el autoconocimiento del Cuatro sano. El Tres necesita superar su envidia maliciosa de los demás moviéndose hacia la lealtad y el compromiso del Seis sano. El Cuatro necesita superar su subjetividad autodestructiva moviéndose hacia la objetividad y autodisciplina del Uno sano. El Cinco necesita superar su nihilismo moviéndose hacia la valentía del Ocho sano. El Seis necesita superar su recelo de los demás moviéndose hacia la receptividad del Nueve sano. El Siete necesita superar su impulsividad moviéndose hacia el enfriamiento del Cinco sano. El Ocho necesita superar su egocentrismo moviéndose hacia la preocupación por los demás del Dos sano. El Nueve necesita superar su complacencia moviéndose hacia la ambición del Tres sano. Y el Uno necesita superar su inflexibilidad moviéndose hacia la productividad del Siete sano.

En un último análisis, el aprender a trascender el ego es nada menos que aprender a amar. Sólo el amor tiene el poder de salvarnos de nosotros mismos. Hasta que aprendamos a amarnos verdaderamente a nosotros mismos y a los demás, no puede haber esperanza de felicidad, paz o redención duraderas. Porque no nos amamos adecuadamente es que nos perdemos tan fácilmente en las numerosas ilusiones que el ego nos presenta.

Esto es lo que la psicología debe tomar en cuenta si ha de ser menos estéril. Después de todo, la propia meta que Freud tenía en la terapia era ayudar a una persona a "trabajar y amar". La psicología moderna parece haber perdido de vista cómo lograr esto, porque ha abjurado lo trascendente, ha dejado de considerar los valores, no ha tomado una posición frente al bien y el mal, y ha abandonado la esperanza de enseñarle a los demás a vivir. A menos que el adquirir la capacidad de trabajar (y por lo tanto, de recrear el mundo) y de amar (y por lo tanto, de recrear el sí mismo) se convierta en una de las principales metas de la psicología, finalmente resultará ser una empresa vana. Las técnicas terapéuticas pueden hacer poco bien duradero a menos que nos ayuden a reconocer dónde se encuentra realmente la satisfacción humana. Respecto a eso, el testimonio de los más grandes seres humanos que jamás hayan vivido, atestigua que la satisfacción estriba en buscar el bien más allá de uno mismo.

Esto es tan fácil de decir como difícil de practicar. Parece ser parte de la condición humana el que aprendamos en forma complicada las lecciones más valiosas de la vida. Sin embargo, sólo sufriendo por

nuestros errores es que el conocimiento se convierte en algo propio. ¿Quién creería que la felicidad se encuentra en la dirección de la autotrascendencia a menos que lo descubriera por sí mismo? Parece que necesitamos olvidar lo que requerimos para la felicidad hasta descubrir la verdad por nosotros mismos.

Según el proverbio, el camino más largo alrededor es el camino más corto a casa. Parece ser necesario tratar de descubrir el secreto yendo a alguna parte para aprender que [uno ya lo posee]. El sendero siempre te hace dar vueltas en círculo, de regreso al lugar donde uno está parado. (Alan Watts, *The Meaning of Happiness* [El sentido de la felicidad], 119-120).

Poniendo esto en términos del Eneagrama, el movimiento que hacemos en la Dirección de Integración nos hace dar una vuelta completa de regreso a nosotros mismos —“el camino más largo alrededor es el camino más corto a casa”. Nuestra satisfacción no está en la dirección de un sí mismo celosamente protegido, sino en la dirección de la autotrascendencia a medida que aprendemos a hacer sitio dentro de nosotros mismos para el otro. Alan Watts se explaya sobre esto. Dice que incluso después de haber aplicado todas las técnicas psicológicas a nuestra disposición, aún quedamos insatisfechos porque hemos estado buscando la felicidad en el lugar equivocado.

Siempre hay algo que [la técnica psicológica] deja sin resolver, pues queda un descontento interno sutil, indefinible y evasivo...

Este es verdaderamente un “descontento divino”, porque creo que es aquello que los místicos describen como el anhelo del alma para Dios; como dice San Agustín: “Tú nos has hecho para Ti Mismo, por lo tanto, no podemos descansar en ninguna parte salvo en Ti”. Mediante cientos de técnicas distintas podemos ajustar los detalles de nuestra vida y hacernos felices en el sentido superficial de no tener nada específico por lo cual ser infeliz. Pero las técnicas sólo pueden tratar con detalles, con partes separadas; se requiere algo diferente para transformar nuestra actitud hacia la vida en conjunto y transformar la totalidad de nuestra vida. Sin esta transformación, la verdadera infelicidad permanece, expresándose en toda clase de disfraces, encontrando innumerables sustitutos de Dios que no funcionan porque siempre son cosas parciales. Son, por decirlo así, las partes de Dios, pero no la totalidad de El. Las técnicas pueden encontrar estas partes; pueden encontrar aceptación, riqueza, placer, experiencia, conocimiento y todos los... ámbitos desconocidos del alma. Pero aunque todas

estas numerosas partes se reúnan, aún hay algo que ningún truco o mecanismo técnico puede descubrir, y ésta es la totalidad que es mayor que la suma de sus partes (Ibid, 120-121).

La sicología, los libros de autoayuda y el Eneagrama no pueden salvarnos. No nos pueden hacer genuinamente felices o, en todo caso, felices por mucho tiempo, porque presentan visiones parciales de la naturaleza humana, cada una buscando a tientas la verdad a su modo limitado. Desde luego, las introversiones psicológicas pueden ayudarnos a ser más perceptivos respecto a aquello que le tememos y a las fuentes habituales de nuestra infelicidad. La sicología puede ayudarnos a aclarar cómo nos comportamos, qué es lo que típicamente deseamos y cuánto de lo que deseamos nos lleva a conflictos e ilusiones poco productivos.

A pesar de que son complicados y sutiles, los tipos de personalidad descritos por el Eneagrama siguen siendo sólo crudos reflejos de la naturaleza humana. Si bien es valioso reflexionar sobre ellos para entendernos más objetivamente, el uso del Eneagrama no puede darnos respuestas finales acerca de nosotros mismos, ya que eso pertenece a otro ámbito. No puede hacer magia, ni nos puede transformar en seres perfectamente realizados.

Pero al ayudarnos a comprendernos tal como somos, en lo mejor y en lo peor, a partir de otra tradición más, el Eneagrama reafirma algunas antiquísimas introversiones de la naturaleza humana. A la larga, sin embargo, el Eneagrama es meramente una herramienta, algo útil hasta cierto punto, después de lo cual debería ser dejado a un lado en favor de lo que no se puede expresar acerca de la naturaleza humana.

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

ÍNDICE

BIBLIOGRAFÍA

Debido a la transmisión histórica única del Eneagrama y la naturaleza de los tipos de personalidad, hubo muy pocas fuentes a las cuales pude ir en busca de material para este libro. Ya que quería cimentar los tipos de personalidad del Eneagrama en la psicología moderna, consulté libros sobre psicología psicoanalítica y psiquiatría. De muchas maneras, este cuerpo de literatura ha sido el más útil, ya que está basado no sólo en teorías sino en observaciones clínicas.

También he consultado libros populares de autoayuda para ver cómo otros autores han enfocado el problema de describir los tipos de personalidad desde distintos puntos de vista. En lugar de ser una bibliografía exhaustiva de todas estas fuentes, lo que sigue es una lista seleccionada de libros que he encontrado de interés. Se los recomiendo a cualquier lector que desee saber más sobre los tipos de personalidad y las áreas relacionadas. En cierta medida, estoy en deuda con todos ellos.

Becker, Ernest. *Eclipse de la muerte*. México: FCE, 1977.

Beesing, Maria, O.P., Robert J. Nogosek., C.S.C. y Patrick H. O'Leary, S.J. *The Enneagram: A Journey of Self-Discovery* (El E.: un viaje de autodescubrimiento). Denville, N.J.: Dimension Books, 1984.

Bennett, J.G. *Enneagram Studies* (Estudios del E.). York Beach, Me.: Samuel Weiser, 1983.

———. *Gurdjieff: Making a New World* (C.: construyendo un mundo nuevo). Nueva York: Harper and Row, Colophon Books, 1973.

Cameron, Norman. *Desarrollo y psicopatología de la personalidad: Un enfoque dinámico*. México: Trillas.

DeChristopher, Dorothy. Reimpreso de *The Movement Newspaper* (mayo 1981) en *Interviews with Oscar Ichazo* (Entrevistas con O.I.). Nueva York: Arica Institute Press, 1982.

- Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders* (Manual diagnóstico y estadístico de desórdenes mentales), 3ª ed. Washington, D.C.: American Psychiatric Association, 1980.
- Feldman, Silvia. Comentario sobre el filme de Barbet Schroeder, *General Idi Amin Dada*. *Psychology Today* (diciembre 1976).
- Fenichel, Otto. *The Psychoanalytic Theory of Neurosis* (Teoría psicoanalítica de la neurosis). Nueva York: W.W. Norton, 1945.
- Fine, Reuben. *Historia del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, Sigmund. *Character and Culture* (Carácter y cultura). Nueva York: Collier Books, 1963. Colección de artículos originalmente publicados entre 1907 y 1937.
- . *The Ego and the Id* (El ego y el id). Nueva York: W.W. Norton, 1960. Publicado originalmente en 1923.
- . *Introducción al psicoanálisis*. Madrid: Alianza. Publicado originalmente entre 1915 y 1917.
- . *Interpretación de los sueños*. Madrid: Alianza. Publicado originalmente en 1900.
- Fromm, Erich. *Man for Himself* (Hombre para sí mismo). Nueva York: Fawcett, 1965. Publicado originalmente en 1947.
- Galbraith, John Kenneth. *Anatomía del poder*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Goldenson, Robert M. *The Encyclopedia of Human Behavior* (Enciclopedia de la conducta humana). Nueva York: Dell, 1970.
- Greenberg, Jay R. y Stephen A. Mitchell. *Object Relations and Psychoanalytic Theory* (Relaciones objetales y teoría psicoanalítica). Cambridge: Harvard University Press, 1983.
- Greven, Philip. *The Protestant Temperament* (El temperamento protestante). Nueva York: New American Library, 1977.
- Hinsie, Leland E. y Robert J. Campbell. *Psychiatric Dictionary* (Diccionario psiquiátrico), 4ª ed. Nueva York: Oxford University Press, 1970.
- Horney, Karen. *Neurosis and Human Growth* (Neurosis y crecimiento humano). Nueva York: W.W. Norton, 1950.
- . *The Neurotic Personality of Our Time* (La personalidad neurótica de nuestro tiempo). Nueva York: W.W. Norton, 1937.
- . *Nuestros conflictos interiores*. Buenos Aires: Psique.
- Jung, Carl. *Psychological Types* (Tipos psicológicos). Princeton: Princeton University Press, 1971. Publicado originalmente en 1921.
- Keen, Sam. Reimpreso de *Psychology Today* (julio 1973) en *Interviews with Oscar Ichazo*. Nueva York: Arica Institute Press, 1982.
- Keirse, David y Marilyn Bates. *Please Understand Me* (Por favor, comprendanme). Del Mar, Calif.: Prometheus Nemesis Books, 1978.
- Kernberg, Otto. *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*. Buenos Aires: Paidós.
- Korda, Michael. *Poder: Cómo obtenerlo y cómo emplearlo*. Buenos Aires: Emecé, 1987.
- Leary, Timothy. *Interpersonal Diagnosis of Personality* (Diagnóstico interpersonal de la personalidad). Nueva York: Ronald Press, 1957.
- Lilly, John C. *The Center of the Cyclone* (El centro del ciclón). Nueva York: Bantam Books, 1972.
- Lilly, John C. y Joseph E. Hart. "The Arica Training" (El entrenamiento A.), en *Transpersonal Psychologies* (Sicologías transpersonales), ed. Charles T. Tart. Nueva York: Harper and Row, 1975.
- Lowen, Alexander. *Narcisismo o la negación del yo*. México: Pax México, 1988.
- Maccoby, Michael. *The Gamesman* (El maestro en juegos). Nueva York: Simon and Schuster, 1976.

- Maddi, Salvatore R. *Personality Theories* (Teorías de la personalidad). Homewood, Ill.: Dorsey Press, 1968.
- Malone, Michael. *Psychotypes* (Sicotipos). Nueva York: E.P. Dutton, 1977.
- Meisser, W.W. *The Borderline Spectrum* (El espectro fronterizo). Nueva York: Jason Aronson, 1984.
- Metzner, Ralph. *Know Your Type* (Conozca su tipo). Nueva York: Doubleday, 1979.
- Millon, Theodore. *Disorders of Personality* (Desórdenes de personalidad). Nueva York: John Wiley, 1981.
- Mullen, John Douglas. *Kierkegaard's Philosophy* (La filosofía de K.). Nueva York: New American Library, 1981.
- Myers, Isabel Briggs y Peter B. Myers. *Gifts Differing* (Diferenciación de dones). Palo Alto: Consulting Psychologists Press, 1980.
- Nicholi, Armand M., ed. *The Harvard Guide to Modern Psychiatry* (Guía H. de psiquiatría moderna). Cambridge: Harvard University Press, 1978.
- Nicoll, Maurice. *Comentarios psicológicos sobre las enseñanzas de Gurdjieff y Ouspensky*. Buenos Aires: Kier, 1982.
- Offit, Avodah. *El yo sexual*. Barcelona: Grijalbo.
- Ouspensky, P.D. *In Search of the Miraculous* (En busca de lo milagroso). Nueva York: Harcourt, Brace and World, 1949.
- Rycroft, Charles. *A Critical Dictionary of Psychoanalysis* (Diccionario crítico de psicoanálisis). Harmondsworth: Penguin Books, 1972.
- Shapiro, David. *Estilos neuróticos*. Buenos Aires: Psique.
- Speeth, Kathleen Riordan. *The Gurdjieff Work* (La obra de G.). Berkeley: And/Or Press, 1976.
- Speeth, Kathleen Riordan e Ira Friedlander. *Gurdjieff, Seeker of the Truth* (G., buscador de la verdad). Nueva York: Harper and Row, 1980.
- Stone, Michael H. *The Borderline Syndromes* (Síndromes fronterizos). Nueva York: McGraw-Hill, 1980.
- Storr, Anthony. *The Art of Psychotherapy* (El arte de la psicoterapia). Nueva York: Methuen, 1979.
- . *The Dynamics of Creation* (La dinámica de la creación). Nueva York: Atheneum, 1985.
- Tart, Charles, ed. *Transpersonal Psychologies*. Nueva York: Harper and Row, 1975.
- Waldberg, Michel. *Gurdjieff, An Approach to His Ideas* (G., un enfoque de sus ideas). Londres: Routledge and Kegan Paul, 1981.
- Watts, Alan. *The Meaning of Happiness: The Quest for Freedom of the Spirit in Modern Psychology and the Wisdom of the East* (El sentido de la felicidad: la búsqueda de felicidad del espíritu en la psicología moderna y la sabiduría de Oriente). Nueva York: Harper and Row, 1979.
- Webb, James. *The Harmonious Circle: The Lives and Work of G.I. Gurdjieff, P.D. Ouspensky, and Their Followers* (El círculo armonioso: vida y obra de G.I.G., P.D.O. y sus seguidores). Nueva York: G.P. Putnam, 1980.

CRÉDITOS

El autor agradece la autorización para citar de las siguientes fuentes:

- Enneagram Studies*, por J.G. Bennett. Copyright (C) 1983, J.C. Bennett. Reimpreso con autorización de Samuel Weiser, Inc., York Beach, Me. 03910.
- Gurdjieff. Making a New World*, por J.C. Bennett. Copyright (C) 1973. Reimpreso con autorización de Harper & Row Publishers.
- “Desiderata”. Copyright (C) 1927, Max Ehrmann. Todos los derechos reservados. Copyright renovado en 1954 por Bertha K. Ehrmann. Reimpreso con autorización de Robert L. Bell, Melrose, Mass. 02176.
- The Psychoanalytic Theory of Neurosis*, por Otto Fenichel, M.D., con autorización de W.W. Norton & Company, Inc. Copyright (C) 1945, W.W. Norton & Company, Inc. Copyright renovado en 1972 por Hanna Fenichel.
- Man for Himself*, por Erich Fromm. Copyright (C) 1947, Erich Fromm. Reimpreso con autorización de Henry Holt and Company, Inc.
- The Anatomy of Power (Anatomía del poder)*, por John Kenneth Galbraith. Copyright (C) 1983, John Kenneth Galbraith. Reimpreso con autorización de Houghton Mifflin Company. Para los derechos británicos, reimpreso con autorización de Hamish Hamilton, Ltd.
- The Protestant Temperament: Patterns of Child Rearing, Religious Experience, and the Self in Early America*, por Philip Greven. Copyright (C) 1977, Philip Greven. Reimpreso con autorización de Alfred A. Knopf, Inc.
- Neurosis and Human Growth*, por Karen Horney, M.D., con autorización de W.W. Norton & Company, Inc. Copyright renovado en 1973.
- The Collected Works of C.G. Jung*, trad. R.F.C. Hull. Bollingen Series XX, vol. 6: *Psychological Types*. Copyright (C) 1971, Princeton University Press. Extractos reimpresos con autorización de Princeton University Press. Para los derechos británicos, reimpreso con autorización de Routledge & Kegan Paul, Ltd.

Disorders of Personality, por Theodore Millon. Copyright (C) 1981, Theodore Millon, Ph.D. Reimpreso con autorización de John Wiley & Sons, Inc.

Kierkegaard's Philosophy: Self-Deception and Cowardice in the Present Age, por John Douglas Mullen. Copyright (C) 1981, John Douglas Mullen. Reimpreso por acuerdo con NAL Penguin, Inc. New York, N.Y.

The Dynamics of Creation, por Anthony Storr. Copyright (C) 1972, Anthony Storr. Reimpreso con autorización de Charles Scribner's Sons. Para los derechos británicos y canadienses, copyright (C) 1985, Anthony Storr. Reimpreso con autorización de Literistic, Ltd.

The Meaning of Happiness, por Alan Watts. Copyright (C) 1979. Reimpreso con autorización de Harper & Row Publishers.

The Harmonious Circle, por James Webb, reimpreso con autorización del Putnam Publishing Group. Copyright (C) 1980, James Webb. Para los derechos británicos, reimpreso con autorización de Thames & Hudson, Ltd.

Los libros de los cuales se han citado párrafos o que aparecen mencionados en el texto, se reconocen en las notas y referencias.

ÍNDICE

- Abzug, Bella, 227
Actitudes psicológicas (Jung), 6, 309
Agustín, San, 328
Ala, el, 34, 289-92
 y el Continuum de Rasgos, 39, 41
 Direcciones de Integración y
 Desintegración del, 285-87
 orientaciones parentales, 290-91
 proporción de, 291-92
 y subtipos, 291-92, 297
Alda, Alan, 69
Alexander, Shana, 280
Alger, Horacio, 215
Alí, Muhammed, 227
Amín, Idi, 205, 223, 227
Amor, 326-27
Anatomía del poder (Galbraith), 206
Andrés, príncipe (de Inglaterra), 95
Animales, uso simbólico de, 19-20
Aptitud psicológica, 42
Aquino, Corazón, 231, 253
Arendt, Hannah, 149
Aritmología (Kircher), 14, 15
Artista, rasgos del, 7, 29
 y tipo de personalidad Cuatro,
 99-125
Asimov, Isaac, 150
Autoconocimiento (o “autocom-
 prensión”), 3-5, 9-10, 26, 43, 320,
 327-28
Autoengaño (como tentación para ale-
 jarse de lo verdaderamente bueno),
 324
Autotrascendencia, 43, 324, 325, 326,
 327
 y Dirección de Integración, 326-27
Ayudador, rasgos del, 7, 29
 y tipo de personalidad Dos, 47-71
Babilonia, 11, 19
Bacall, Lauren, 202
Baryshnikov, Mikhail, 176
Beesing, Maria, O.P., 19n
Belushi, John, 180, 201
Bennett, J.G., 12, 13, 14
Bergman, Ingmar, 100, 123
Bergman, Ingrid, 231, 252
Bernstein, Leonard, 180, 201
Bien, el, 324-26
Blake, William, 123, 186
Bokhara, 11
Boone, Fat, 70
Brezhnev, Leonid, 228
Brodie, Jean, 69

- Brokaw, Tom, 280
 Bronowski, Jacob, 128, 149
 Brooks, Mel, 201
 Brothers, Joyce, 279
 Brown, Helen Gurley, 202
 Bryant, Anita, 258, 280
 Buckley, William F., 258, 279
 Bundy, Ted, 74, 95
 Bunker, Archie, 154, 176
 Bunker, Edith, 231, 254
 Burnett, Carol, 201
 Burton, Richard, 227
 Buscador de Status, rasgos del, 7, 29
 y tipo de personalidad Tres, 73-98
 Buscaglia, Leo, 47, 70
 Butler, Rhett, 215
- Caesar, Sid, 201
 Callas, María, 100, 122
 Calvino, Italo, 149
 Campbell, Robert J., 173
 Camus, Albert, 122
 Capone, Al, 227
 Capote, Truman, 74, 96
 Carácter uretral, el, 306
 Carroll, Lewis, 69
 Carson, Johnny, 154, 176
 Carter, Billy, 176
 Carter, Jimmy, 74, 96
 Carter, Lillian, 70
 Carter, Rosalynn, 231, 254
 Casas de retiro, 18
 Cash, Johnny, 228
 Castro, Fidel, 228
 Categorías sicosexuales neofreudianas, 304-7
 Cavett, Dick, 96
Center of the Cyclone, The (Lilly), 16n
 Cinco, tipo de personalidad, 7, 25, 29, 31, 32, 35-36, 127-51, 287, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 312, 314, 316, 319, 323, 324, 325, 326
 aislamiento en el, 143-44
 con un ala Cuatro, 148-50
 desintegración del, 147, 287
 especialista analítico, 136-38
 esquizofrenia en el, 146
 experto erudito, 135-36
 genio en el, 128, 133
 integración del, 148
 observador perceptivo, 133-35
 orígenes infantiles, 131
 paranoia en el, 129, 130, 131-32, 144-45
 perfil del tipo, 127-28
 problemas con el desapego y la paranoia, 131-32
 problemas con el hacer, 128-29
 problemas con la seguridad y la angustia, 129-30
 reduccionista, 141-42
 con un ala Seis, 150-51
 sentido del sí mismo, 129, 139, 142, 144
 temor a ser controlado, 129
 tendencias esquizoides, 145-47
 teórico enfrascado, 138-41
 tipo de pensamiento introvertido, 130
 como visionario pionero, 132-33
- Collins, Joan, 180, 202
 Colores, uso simbólico de, 19-20
Contentarios psicológicos sobre las enseñanzas de Gurdjieff y Ouspensky (Nicoll), 14n
 Como, Perry, 231, 252
 Comprender a los demás, 3-5
 Conocimiento y virtud, 9-10
 Continuum de Rasgos, 20, 38-40, 292-97
 como estructura de rasgos, 40
 movimiento a lo largo del, 294-96
 Niveles de Desarrollo, 39-40, 293
 refinamientos sobre el, 292-97
 simetría entre rasgos, 294
- Cooke, Alistair, 280
 Cooper, Gary, 254
 Corleone, Don Vito, 205, 227
 Cosby, Bill, 47, 69
 Costello, Elvis, 149
 Coward, Noël, 202
 Cronkite, Walter, 231, 252
 Crosby, Bing, 231, 252
 Cuatro, tipo de personalidad, 7, 25, 29, 30, 31., 35-36, 99-125, 287, 294, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 312, 314, 316, 323, 324, 325, 326
 artista, 100, 109-11
 autodestructividad (suicidio), 103, 104, 105, 118-19, 120, 123
 autopercatación, 101, 107, 121

- búsqueda del sí mismo (autoconocimiento, autodescubrimiento, etc.), 103-4, 105, 115, 125
 con un ala Cinco, 123-24
 cohibición, 101-2, 104, 105, 107, 111-12, 122
 creatividad en el, 100, 105-6, 121, 123
 depresivo alienado, 116-17
 desintegración del, 119-20, 287
 duda de sí mismo, 103, 104, 112
 ensimismamiento, 101-2, 103, 112, 115, 116, 118, 120-21, 122, 123
 esteta autoindulgente, 113-15
 imaginación, uso de la, 102, 103, 109-11, 114, 115, 119
 individualidad del, 108-9
 integración del, 120-21
 introvertido ensimismado, 111-13
 intuición introvertida, 107-8
 odio a sí mismo, 101, 103, 117, 118, 119, 124
 orígenes infantiles, 103-4
 perfil del tipo, 99-100
 problemas con la hostilidad y la desesperación, 103, 104-5, 118
 problemas con la identidad, 103, 106
 problemas con los sentimientos, 101-3, 104, 124
 relaciones con el, 110-11, 113, 115, 116-17, 120
 retraimiento, 102, 104, 105, 111, 112, 113, 116, 119-20, 121, 122, 123
 sentido del sí mismo, 107
 temor a propia defectuosidad, 104, 118, 124
 tormento emocional en el, 117-18
 con un ala Tres, 121-23
 Cultura y personalidad, 317
 Cuomo, Mario, 280
- Chagall, Marc, 252
 Chancellor, John, 280
 Chopin, Frédéric, 122
- Darwin, Charles, 150
 Davis, Sammy, Jr., 47, 70
 De Gaulle, Charles, 228
 DeChristopher, Dorothy, 16n
 Decimal recurrente, 12
- DeLorean, John, 205, 227
 DeNiro, Robert, 122
 Denominaciones siquiátricas, 311-12
 Denver, John, 70
 Descartes, René, 138
 Descripciones, organización de las, 40-41
 Desdémona, 254
Desiderata, 258, 265
 Desintegración, Dirección de, 34-38, 41, 285-89, 319-20; *véase también cada tipo de personalidad*
 y ala, 285-87
 para más rasgos, 38
 moverse hacia la, antes de la neurosis, 37-38
 moverse hacia la, desde el Continuum, 39-40
 por qué el malsano se mueve hacia la, 287-88
 como un proceso, 40, 289
 tipo, en la dirección de, 287
 tipo, en la personalidad total, 37
- Desorden de personalidad antisocial, 312
 Desorden de personalidad compulsiva, 312
 Desorden de personalidad dependiente, 312
 Desorden de personalidad esquizoide, 312
 Desorden de personalidad evitadora, 312
 Desorden de personalidad histriónica, 312
 Desorden de personalidad maníaco-depresiva, 312
 Desorden de personalidad narcisista, 312
 Desorden de personalidad paranoide, 312
 Desorden de personalidad pasivo-agresiva, 312
Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (American Psychiatric Association), 311-12
 Dialéctica, en el Eneagrama, 24-25, 3045, 313-14
 Dickinson, Emily, 127, 149
 Dietrich, Marlene, 202
 Diller, Phyllis, 202

- Dios, 141, 142, 144, 218, 223, 230, 258, 260, 324, 325, 328
- Direcciones de Integración y Desintegración. *Véase* Desintegración, Dirección de; Integración, Dirección de
- Disney, Walt, 231, 254
- Disorders of Personality* (Millon), 166
- Donahue, Phil, 154, 176
- Dos, tipo de personalidad, 7, 24, 25, 29, 30, 31, 35-36, 37, 42, 47-71, 287-88, 301, 302, 303, 305, 306, 307, 308, 309, 311, 312, 314, 316, 318, 323, 324, 325, 326
- abnegación, 48, 58, 59, 60
- agresiones en el, 48-49, 50-51, 62-63, 64-65, 67-68, 70
- altruismo desinteresado, 52-54
- amistad efusiva, 48, 56-58
- amor en el, 48, 49, 50, 51, 52-53, 55, 56-57, 60, 63, 64, 71
- autoengaño en el, 49, 50, 52, 60, 62-64, 65, 70, 71
- ayuda a los demás, 55-56
- buenas intenciones, 56, 57, 63, 64, 65
- cariño por los demás en el, 54-55
- coerción en el, 64-66
- desintegración del, 67-68, 287-88
- egocentrismo, 51, 57, 61, 70
- empatía, 54, 56
- engreimiento en el, 61-62
- integración del, 68-69, 326
- intrusión, 58-59
- manipulación en el, 48, 49, 51, 62-64, 70, 71
- orígenes infantiles, 51-52
- perfil del tipo, 47-48
- posesividad en el, 58-61, 64
- problemas con la hostilidad y la identidad, 50-51
- problemas con los sentimientos, 48-50
- problemas sicosomáticos, 51, 66-67
- sentido del sí mismo, 48-49, 51, 52, 54
- sufrimiento del, 66-67
- temor a no ser amado, 50-51
- tener derecho, 64, 71
- tipo de sentimiento extravertido, 49
- con un ala Tres, 70-71
- con un ala Uno, 69-70
- Downs, Hugh, 252
- DSM-III, 311-12
- DuBois, Blanche, 100, 122
- Dylan, Bob, 123
- Dynamics of Creation, The* (Storr), 100
- Ego, 6, 308, 314, 316-20
- inflación del, 323-25
- trascendencia del, 324, 325, 326; *véase también* Autotrascendencia
- Einstein, Albert, 127, 149
- Eisenhower, Dwight, 252
- Emerson, Ralph Waldo, 254
- Eneagrama
- alas, 34, 289-92
- para autocomprensión, 3-6, 9-10, 320
- y capacidad de predecir rasgos, 28, 38, 296
- y categorías neofreudianas, 305-7
- demostración científica, 20-21
- y denominaciones siquiátricas, 311-12
- derivación de la palabra, 12
- estructura de Kircher, 15
- estructura dialéctica, 24-25, 305, 313-14
- estructura, 23-24
- y Freud, 6, 8, 300, 304-7, 316-20
- y Horney, 7, 8, 300-4
- y Jung, 6-7, 8, 300, 309-10
- limitaciones del, 288-89, 327-28
- líneas del, significado de las, 34-38, 285-86
- metas finales, 29, 38, 42-43
- y movimiento de la Nueva Era, 18
- movimiento y cambio en el, 8, 38, 296-97
- niveles de abstracción, 8, 313, 320
- números del, 34-36
- orígenes, 6, 11-21
- pautas del, 23-43, 285-97
- predicción con el, 8, 28, 38, 296
- propiedades numéricas, 12, 14n
- relaciones triádicas, 301-2
- y sicología, 18, 299-313, 320-21
- como símbolo universal, 26, 313, 320
- subtipos, 292, 297
- teoría, 299-321
- como tipología, 6-8, 312-13, 299-300, 320

- como todo unificado, 291, 297, 320
 - tradiciones, 18-20
 - transmisión, 18-20
 - Triadas, 24-26
 - usos del, 9-10
- Enfoque del desarrollo (orígenes infantiles de los tipos de personalidad), 26-27, 314-17, 320
- Enfoque parental (orígenes de los tipos de personalidad), 290-91, 314-17
- Enneagram Studies* (Bennett), 12, 14n
- Ennea gram: *A Journey of Self-Discovery, The* (Beesing, Nogosek, O'Leary), 19n
- Estereotipo de madre judía, 47, 58
- Etapas anal, 304
- Etapas fálica, 304
- Etapas oral, 304
- Etapas sicosexuales (Freud), 304-7
- Evans, Linda, 231

- Fallaci, Oriana, 149
- Falwefl, Jerry, 154, 175
- Famosa, gente (fundamento para usarla), 41
- Fe, tipos de, 10, 324
- Feinstein, Diane, 279
- Feldman, Silvia, 223
- Felicidad
 - en la autotranscendencia, 326-27
 - para cada tipo de personalidad, 326
 - como meta de vida, 324, 325, 328
- Fenichel, Otto, 222, 306n, 317-18
- Field, Sally, 176
- Fijaciones (orales, anales, fálicas), 304-7, 320
- Fijaciones del ego, 16
- Fine, Reuben, 106
- Fischer, Bobby, 127, 150
- Fonda, Henry, 254
- Fonda, Jane, 280
- Ford, Gerald, 252
- Forster, E.M., 122
- Freud, Sigmund, 6, 127, 150, 300, 304-9, 312, 313, 314, 316-17, 317-21
 - conceptos estructurales, 308-9, 317-21
 - etapas sicosexuales, 304-7
 - meta de la terapia, 327
- Fromm, Erich, 84
- Funciones psicológicas (Jung), 6-7, 309
- Gabblers, Hedda, 95
- Gabor, Zsa Zsa, 201
- Galbraith, John Kenneth, 206
- Galeno, 299
- Gandhi, Indira, 205, 227
- Gandhi, Mahatma, 47, 69
- Garr, Ten, 176
- General Idi Amín Dada* (Schroeder), 223
- Generalista, rasgos del, 7, 29
 - y tipo de personalidad Siete, 179-203
- Genética, rol de la, 27, 315
- Gere, Richard, 95
- Gilmore, Gary, 95
- Gorbachov, Mijail, 205, 227
- Gould, Glenn, 149
- Grace, princesa (de Mónaco), 231, 254
- Graham, Billy, 175
- Graham, Martha, 122
- Grant, Cary, 202
- Greven, Philip, 258
- Gumbel, Bryant, 96
- Gurdjieff, George Ivanovitch, 13
 - carácter, 13
 - interpretación del Eneagrama, 14-15
 - maestros sufíes de, 12-14
 - sobre sistemas esotéricos, 21
 - transmisión del Eneagrama, 19
- Gurdjieff. Making a New World* (Bennett), 13
- Gurdjieff, Seeker of the Truth* (Speeth y Friedlander), 14n
- Gurdjieff Work, The* (Speeth), 14n, 15n

- Haig, Alexander, 175
- Hamlet*, 109
- Hamlet, 123
- Harmonious Circle, The* (Webb), 13, 14n, 15n, 21
- Harris, Jean, 280
- Hart, Gary, 96
- Hart, John, 16n
- Hartman, David, 254
- Hartman, Mary, 231, 254
- Hawking, Stephen, 150
- Hazlitt, William, 206
- Henning, Doug, 70
- Henson, Jim, 254
- Hepburn, Katharine, 279
- Hermandad Sarmán (Sarmoun), 12, 13

- Hesse, Hermann, 123
 Hillel, 225
 Hinckley, John, Jr., 175
 Hinsie, Leland E., 173
 Hipócrates, 6, 299
 Hipótesis estructural (Freud), 308-9, 317-20
Historia del psicoanálisis (Fine), 106
 Hoover, J. Edgar, 154, 175
 Hope, Bob, 201
 Horney, Karen, tipología de, 7, 8, 67, 92, 170, 251, 294, 300, 300-4, 307, 308, 312, 313, 314, 316
 y tipología tres-por-tres, 7, 303
 tres soluciones neuróticas, 7, 300-4
 y Tríadas mixtas, 301
 Hudson, Rock, 175
 Hughes, Howard, 227
Human Mind, The (Menninger), 299
 Huston, John, 228
- Iacocca, Lee, 205, 227
 Iago, 74, 96
 Ichazo, Oscar, 15-16
 transmisión del Eneagrama, 19
 Id, 6, 308, 314, 316-20
 Iluminación, 43
In Search of the Miraculous (Ouspensky), 14n
 Instituto Arica, 15-16, 19
 Instituto de Psicología Aplicada, 16
 Instituto Esalen, 16
 Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre, 13
 Integración, Dirección de, 34-38, 41, 285-89, 319-20; *véase también cada tipo de personalidad*
 y ala, 285-87
 y autotranscendencia, 326-27
 para más rasgos de, 38
 moverse hacia la, desde el Continuum, 39-40
 en la personalidad total, 37
 como un proceso progresivo, 40, 289
Interviews with Oscar Ichazo (De Christopher), 16n
 Intuición Extravertida, 207-8, 309; *véase también* Ocho, tipo de personalidad
 Intuición Introversa, 107-8, 309; *véase también* Cuatro, tipo de personalidad
- Isabel II, reina, 254
 Ives, Charles, 128
- Jackson, Reggie, 176
 Jagger, Mick, 96
 James, William, 106
 Jefferson, Thomas, 279
 Jenner, Bruce, 74, 95
 Jennings, Peter, 279
 Jesuitas, 14, 15, 17, 18, 19
 John, Elton, 176
 Johnson, Lady Bird, 252
 Johnson, Lyndon, 205, 227
 Jones, Ernest, 306
 Jones, Reverendo Jim, 205, 227
 Jordan, Barbara, 258, 280
 Joyce, James, 128, 150
 Juan Pablo II, Papa, 258, 280
 Jung, Carl G., tipología de, 6-7, 8, 49, 108, 130, 157, 182, 189, 208, 236, 261, 300, 312, 313
 críticas a, 310
 intuición extravertida (Ocho), 207-8, 309
 intuición introversa (Cuatro), 107-8, 309
 pensamiento extravertido (Uno), 260-61, 309
 pensamiento introverso (Cinco), 130, 309
 sensación extravertida (Siete), 181-82, 189, 309
 sensación introversa (Nueve), 235-36, 309
 sentimiento extravertido (Dos), 49, 309
 sentimiento introverso (Seis), 157, 309
 y los tipos del Eneagrama, 309-10
- Kafka, Franz, 100, 123
 Kahane, Meir, 175
 Keaton, Diane, 154, 176
 Kemp, Jack, 95
 Kennedy, John F., 201
 Kennedy, Robert F., 154, 175
 Kennedy, Rose, 254
 Kennedy, Ted, 176
 Kierkegaard, Søren, 4, 10, 123
Kierkegaard's Philosophy (Mullen), 180
 King, Billy Jean, 227

- King, Martin Luther, Jr., 205, 228
 Kircher, Athanasius, S.J., 14, 17
 Kirkpatrick, Jeane J., 279
 Kissinger, Henry, 227
 Korda, Michael, 154
 Krantz, Judith, 202
 Kubrick, Stanley, 149
- Landers, Ann, 69
 La Rochefoucauld, 65, 160
 La Rouche, Lyndon, 175
 Lawrence, D.H., 127, 149
 Lealista, rasgos del, 7, 29
 y tipo de personalidad Seis, 153-78
 Lear, rey, 228
 Lessing, Doris, 150
 Lewis, C.S., 279
 Liberace, 180, 201
 Libido, 304, 306
 Libros de autoayuda, 9, 329
 Liddy, G. Gordon, 154, 175
 Líder, rasgos del, 7, 29
 y tipo de personalidad Ocho, 205-30
 Lilly, John, M.D., 16
 Lincoln, Abraham, 253-54
 Lippmann, Walter, 279
Lo que el viento se llevó, 215
 Loyola, San Ignacio de, 279
- Macbeth*, 91
 Macbeth, Lady, 95
 Mahler, Gustav, 122
 Mailer, Norman, 227
 Mame, Auntie, 180
Man for Himself (Fromm), 84
 Mao Tse-tung, 227
 Marcos, Ferdinand, 227
 Marta (¿Quién le teme a Virginia Woolf?), 180, 202
 Marx, Karl, 150
 Mather, Cotton, 279
 Maugham, Somerset, 96
 McCarthy, Joseph, 154, 175
 McLuhan, Marshall, 74
Meaning of Happiness, The (Watts), 328
 Meir, Golda, 205, 228
 Mendeleev, 321
 Menninger, Karl, 299
 Mertz, Fred, 176
 Midler, Bette, 201
- Millon, Theodore, 166
 Minnelli, Liza, 201
 Moisés, 323
 Mondale, Walter, 154, 175
 Monroe, Marilyn, 154, 161, 176
 Morgan, J. Pierpont, 227
 Moro, Santo Tomás, 280
 Mostel, Zero, 201
 Moyers, Bill, 280
 Mullen, John Douglas, 180
- Nader, Ralph, 258, 279
 Napoleón, 205
 Naranjo, Claudio, M.D., 15, 16, 17, 19
 Neoplatonismo, 12
Neurosis and Human Growth (Horney), 67, 92, 301n, 302n
 Newman, Edwin, 280
 Newman, Paul, 175
 Nicoll, Maurice, 14n
 Nietzsche, Friedrich, 127, 149
 Nightingale, Florence, 69
 Niveles de Desarrollo, 38-40, 41, 293-97, 304, 310
 breve explicación sobre cada uno de los nueve Niveles, 295-96
 movimiento y fluidez con los, 296-97
 precisión posible con los, 293
 subtipos y otras tipologías, 293
 Niven, David, 202
 Nixon, Richard, 154, 175
 Nogosek, Robert J., C.S.C., 19n
Nuestros conflictos interiores (Horney), 301n
 Nueve, tipo de personalidad, 7, 25, 26, 29, 32, 33, 3536, 37, 209, 231-55, 287, 288, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 312, 314, 316, 319-20, 323, 324, 325, 326
 autoabandono, 249-50
 desintegración del, 250-51, 287
 desligadura en el, 236, 242-45
 disociación en el, 248-49
 egoísmo en el, 236, 246
 fatalista resignado, 245-47
 integración del, 251-52
 jugador de roles acomodaticio, 241-42
 múltiples personalidades, 249-50
 negligencia en el, 247-48

- obstinación en el, 247-48
 con un ala Ocho, 252-53
 orientado al pasado, 242
 orígenes infantiles, 234
 pacificador que brinda apoyo, 240-41
 pasividad en el, 242-45
 perfil del tipo, 231
 persona dueña de sí misma, 237-38
 problemas con el relacionarse, 232-33
 problemas con la paz, 232, 234, 236
 problemas con la percatación y la individualidad, 234-36, 243
 problemas con la represión y la agresión, 233-34
 receptividad del, 232, 238-39
 sensación introvertida, 235-36
 sentido del sí mismo, 232-33, 241
 serenidad, aspectos positivos de la, 237, 238-39
 temor a la separación, 238
 con un ala Uno, 235, 253-55
- Números sufíes, 17, 18
 Números, secuencia de (1-4-2-8-5-7 y 9-6-3), 12, 14n, 35-36, 286
 uso de la, del Eneagrama, 28
 Nureyev, Rudolf, 100, 122
- O'Connor, Sandra Day, 258, 279
 O'Leary, Patrick H., S.J., 19n
 Ocho, tipo de personalidad, 7, 25, 26, 29, 32, 33, 35-36, 42, 205-30, 233, 287-88, 296, 301, 302, 302n, 303, 305, 306, 307, 308, 309, 312, 314, 316, 319, 323, 324, 325, 326
 adversario confrontador, 219-20
 agente de poder dominante, 216-19
 aventurero emprendedor, 214-16
 confianza en sí mismo en el, 212-13
 desintegración del, 216-26, 287-88
 destructor violento, 224-25
 dinero, rol del, 215-16, 218
 héroe magnánimo, 211-12
 inflación del ego del, 218, 219, 223, 324
 integración del, 226-27
 intuición extravertida, 207-8
 liderazgo, cualidades de, 213-14
 megalómano omnipotente, 223-24
 moderación en el, 211, 223
 el no admitir en, 221-22
 con un ala Nueve, 228-29
 orígenes infantiles, 210-11
 perfil del tipo, 205
 problemas con el relacionarse, 207-8
 problemas con la agresión y la represión, 209-10
 sentido del sí mismo, 212, 213, 218
 con un ala Siete, 227-28
 temor a someterse a los demás, 212
 tirano despiadado, 221-22
- Ochs, Robert, S.J., 17
 Olivier, Lawrence, 122
 Onassis, Aristóteles, 227
 Orgullo, diferentes formas de, en cada tipo de personalidad, 323, 324
 Orientación de mercado, 84
 Orígenes infantiles, 27, 304, 314-17;
véase también listado de cada tipo de personalidad
 Otelo, 228
 Ouspensky, P.D., 14n
 Ozick, Cynthia, 150
- Pacificador, rasgos del, 7, 29
 y tipo de personalidad Nueve, 231-55
 Pauley, Jane, 74, 95
 Pavarotti, Luciano, 47, 70
 Pensador, rasgos del, 7, 29
 y tipo de personalidad Cinco, 127-51
 Pensamiento Extravertido, 260-61, 309; *véase también* Uno, tipo de personalidad
 Pensamiento Introvertido, 130, 309; *véase también* Cinco, tipo de personalidad
 Personalidad
 y cultura, 317
 descripciones,
 usos de, 8-9
 desórdenes de, 311-12
 Picasso, Pablo, 205, 228
 Piggy, Miss, 201
 Pinter, Harold, 122
 Pitágoras, 11
 Plimpton, George, 202
Poder (Korda), 154
 Porter, Cole, 202
 Pound, Ezra, 128, 150

- Predicción, con el Eneagrama, 8, 28, 38
 Presley, Elvis, 95
Protestant Temperament, The (Greven), 258
 Proust, Marcel, 100, 122
Psychiatric Dictionary (Hinsie y Campbell), 173
Psychoanalytic Theory of Neurosis, The (Fenichel), 222, 306, 317-18
Psychological Types (Jung), 49, 108, 130, 157, 182, 189, 207-8, 235-36, 260-61, 310
Psychology Today, 223
- Qaddafi, Muammar, 227
- Rasgos, Continuum de. *Véase* Continuum de Rasgos
 Reagan, Ronald, 231, 253
 Redford, Robert, 175
 Reeve, Christopher, 95
 Reformador, rasgos del, 7, 29
 y tipo de personalidad Uno, 257-82
 Reiner, Rob, 176
 Retribución síquica, ley de la, 325
 Retton, Mary Lou, 74, 95
 Reynolds, Burt, 95
 Richardson, Elliot, 279
 Rivers, Joan, 180, 202
 Rockwell, Norman, 254
 Rogers, Mr., 47
 Rooney, Andy, 176
 Rooney, Mickey, 201
 Roosevelt, Eleanor, 47, 69
 Roosevelt, Franklin Delano, 205, 227
 Rubinstein, Arthur, 180, 185, 201
 Ryder, Charles, 122
- Salinger, J.D., 100, 123
 Samarkand, 12, 13
 Sartre, Jean-Paul, 127, 149
 Schroeder, Barbet, 223
 Schwarzenegger, Arnold, 95
 Seis, tipo de personalidad, 7, 25, 29, 31, 32, 35-36, 37, 42, 153-78, 287, 301, 302, 303, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 312, 314, 316, 319-20, 323, 324, 325, 326
 agresión pasiva, 166, 167
 ambivalencia, 165-67
 atraer, capacidad de, 160-61
 autoafirmación en el, 159-60
 autoridad, rol de la, 163-64
 autoritarismo, 168-69
 con un ala Cinco, 175-76
 contradicciones en el, 154, 155, 157
 desintegración del, 173-74, 287
 estados oscilantes, 155-56, 165
 grupos, rol de los, 164-65, 168
 histeria en el, 171-72
 inseguridad en el, 169-71
 integración del, 174-75
 lealista, 161-63
 obediencia, 163-65
 orígenes infantiles, 158-59
 perfil del tipo, 153-54
 problemas con el hacer, 154-56
 problemas con la angustia y la inseguridad, 156-58, 169-71
 sentido del sí mismo, 156, 160-61, 177
 con un ala Siete, 176-77
 sobrecompensación, 167-69
 temor a ser abandonado, 160
 tendencias masoquistas, 172-73
 tipo de sentimiento introvertido, 157
 tradicionalista, 164
- Selleck, Tom, 176
 Sensación Extravertida, 181-82, 189, 309; *véase también* Siete, tipo de personalidad
 Sensación Introvertida, 235-36, 309; *véase también* Nueve, tipo de personalidad
 Sentido, búsqueda de, 323
 Sentimiento Extravertido, 49, 309; *véase también* Dos, tipo de personalidad
 Sentimiento Introvertido, 157, 309; *véase también* Seis, tipo de personalidad
 Serkin, Peter, 149
 Sevard, Eric, 258, 279
 Sha de Irán, 227
 Shepherd, Cybill, 95
 Shields, Brooke, 74, 95
 Shultz, George, 252
 Sicología, 6, 9-10, 18, 21, 327
 Siete, tipo de personalidad, 7, 24, 25-26, 29, 31-32, 35-36, 42, 179-203, 290-91, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 311, 312, 314, 316, 319, 323, 324, 325, 326

- afirmación en el, 184-86
- desintegración del, 199-200, 287
- entusiasmo en el, 186-87
- escapista impulsivo, 195-96
- extravertido hiperactivo, 190-93
- felicidad en el, 180, 186-87
- generalista, 187-88
- integración del, 200
- maníaco-compulsivo, 196-98
- materialista, 193-95
- con un ala Ocho, 202-3
- orígenes infantiles, 183
- pánico histérico (angustia), 198-99
- perfil del tipo, 179-80
- problemas con el hacer, 181-82
- problemas con la angustia y la inseguridad, 182-83
- problemas con los apetitos y las agresiones, 183-84
- con un ala Seis, 200-2
- sensación extravertida, 181-82, 189
- sentido del sí mismo, 186
- sofisticación, 188-90
- temor a la privación, 183
- tendencias adictivas, 195
- Simmons, Richard, 201
- Simon, Paul, 122
- Sinatra, Frank, 205, 227
- Siskel, Gene, 280
- Skinner, B.F., 150
- Speeth, Kathleen Riordan, 14n, 15n
- Speeth y Friedlander, 14n
- Spitz, Mark, 95
- Spock, Mr., 258, 279
- Springsteen, Bruce, 176
- Stallone, Sylvester, 74, 96
- Steinberg, Saul, 123
- Stewart, Jimmy, 254
- Sting, 96
- Stockman, David, 279
- Storr, Anthony, 100
- Streisand, Barbra, 180, 202
- Sufíes, 11, 13, 14, 19
 - Hermandad Naqshbandi, 12, 14n
- Superego, 6, 308, 314, 316-20
- Susann, Jacqueline, 202
- Sutherland, Dame Joan, 254

- Tabla periódica, 320
- Taylor, Elizabeth, 201
- Tchaikovsky, Peter Ilich, 122

- Temperamento flemático, 243
- Tennstedt, Klaus, 149
- Teoría del Eneagrama, 299-321
- Teresa, Madre (de Calcuta), 47, 69
- Thatcher, Margaret, 258, 279
- Thomas, Danny, 69
- Thomas, Michael Tilson, 96
- Thomas, Philip Michael, 95
- Tipificar a la gente, pautas para, 41-42
- Tipo anal (freudiano), 307
- Tipo de carácter oral-dependiente, 307
- Tipo histérico, el, 311
- Tipo histriónico, el, 311
- Tipo(s) de personalidad
 - básico(s), 26-29
 - búsqueda de lo bueno en cada uno, 325
 - cada uno como aspecto del sí mismo total, 38, 324
 - factores genéticos, 27, 315
 - identificación de, 29-33
 - y mayor integración, 34-38
 - y números, 28, 312
 - orígenes infantiles, 27, 290, 314-17
 - primario(s), 26
 - razones para estudiar, 3-5, 9-10
 - y roles sexuales, 27
 - secundario(s), 26
 - terminología psiquiátrica, 28
 - Véase también cada tipo de personalidad*
- Tipologías diferentes, 6-7, 299-312
 - categorías adecuadas para, 299-300
 - teoría de los cuatro humores, 299
- Tipos agresivos (Horney), 300-3, 307, 308-9, 316
- Tipos anales (neofreudianos), 305-6, 307
- Tipos expulsivos (neofreudianos), 305
- Tipos fálicos, 307
- Tipos orales (neofreudianos), 305-6, 307
- Tipos orientados hacia el padre, 315-16
- Tipos orientados hacia la madre y el padre, 315-16
- Tipos orientados hacia la madre, 315-16
 - Tipos primarios de personalidad, 288-89
- Tipos receptivos (neofreudianos), 305, 306
- Tipos retentivos (neofreudianos), 305, 306

- Tipos retraídos (Horney), 300-3, 307, 308
- Tipos secundarios de personalidad, 288-89
- Tipos sumisos (Horney), 301-3, 307, 308, 316
- Transpersonal Psychologies* (Tart), 16n
- Trascender el ego. *Véase* Autotranscendencia
- Tres, tipo de personalidad, 7, 25, 29, 30, 31, 35-36, 37, 73-98, 287, 288, 290-91, 301, 302, 302n, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309-10, 312, 314, 316, 319-20, 323, 324, 325, 326
- afirmación del sí mismo, 74, 77
- ambición, 81, 92
- arrogancia, 87-89
- atractivo, 80, 81, 87-88, 97
- autenticidad en el, 78-79
- autoaceptación, 78-79
- autopromoción, 86-89
- buscador de status, 82, 83, 94
- competitividad, 75, 82-83
- con un ala Cuatro, 96-97
- desafecto, 86
- desintegración del, 93-94, 287
- con un ala Dos, 95-96
- ejemplo sobresaliente, 80-81
- engaño del, 91-92
- éxito (prestigio), 82, 83, 94, 96
- explotación, 78, 89-90, 97, 98
- falta de conciencia, 77-78, 86, 92
- hostilidad, 75-76, 77, 88, 89-90, 91, 93, 96
- imagen en el, 74, 75, 76, 83-86, 94
- importancia cultural, 74, 81
- integración del, 94
- malicia, 75-76, 91-92, 96, 98
- narcisismo, 76-77, 86-89, 93, 95, 96, 97, 98, 306-7, 320
- oportunista, 89-90
- orígenes infantiles, 77-78
- perfil del tipo, 73-74
- pragmatismo, 75, 86, 89
- pretensión, 88, 97
- problemas con la hostilidad y el narcisismo, 75-77
- problemas con la identidad, 75
- problemas con los sentimientos, 75, 85, 93
- relaciones con el, 76, 82, 90, 94, 95
- seguridad en sí mismo, 79-80
- sentido del sí mismo, 80
- sicopático, 76, 92-93, 96
- superioridad, sentido de, 75, 76, 77, 87, 89, 92
- temor a ser rechazado, 79, 94
- vacío en el, 74, 78, 83-84
- vengatividad, 92-93
- Tríada del Hacer, La, 7, 24-26, 31-32, 302, 314, 318; *véase también* tipos de personalidad Cinco, Seis y Siete, 127-203
- Tríada del Relacionarse, La, 7, 24-26, 32-33, 302, 314, 318; *véase también* tipos de personalidad Ocho, Nueve y Uno, 205-82
- Tríada del Sentir, La, 7, 24-26, 30-31, 301, 314, 318; *véase también* tipos de personalidad Dos, Tres y Cuatro, 47-125
- Tríadas del Eneagrama, 7, 24-26
- como categorías estructurales freudianas, 317-20
- estructura dialéctica, 24, 301, 314
- como facultad enfatizada, 26
- como "Tríada mixta", 301
- Tune, Tommy, 70
- Turner, Ted, 154, 176
- Tutu, Obispo Desmond, 69
- Ueberroth, Peter, 175
- Uno, tipo de personalidad, 7, 25, 26, 32-33, 35-36, 42, 209, 233, 257-82, 287, 288, 301, 302, 302n, 303, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 312, 314, 316, 323, 324, 325, 326
- conflictos típicos, 259-60
- desintegración del, 277-78, 287
- dicotomías en el, 259-60, 275
- con un ala Dos, 280-81
- hipócrita obsesivo, 275-76
- integración del, 278
- intolerancia en el, 273-74
- maestro de principios, 266-67
- con un ala Nueve, 278-80
- orígenes infantiles, 261-62
- pensamiento extravertido, 260-61
- perfeccionista enjuiciador, 271-73
- perfil del tipo, 257-58
- problemas con el relacionarse, 259
- problemas con la ira y la perfección, 262-63

- problemas con la represión y la agresión, 259-61
- rasgos anales en el, 262
- realista sabio, 263-65
- reformador idealista, 261, 267-69
- sentido del orden, 269-71
- sentido del sí mismo, 258-59, 265-66
- temor a la condenación, 259, 261-62
- tendencias punitivas, 276-77
- tolerancia en el, 263-64
- Ustinov, Peter, 180, 201

- Vader, Darth, 228
- Vance, Cyrus, 254
- Verdad, objetividad acerca del sí mismo, 10
- Virtud y conocimiento, 9-10
- Visión General, definición de, 40

- Wallace, Chris, 96
- Wallace, Mike, 227

- Walters, Barbara, 227
- Warhol, Andy, 96
- Watson, James, 150
- Watts, Alan, 328
- Webb, James, 13, 14, 15n, 21
- Weil, Simone, 127, 150
- West, Mae, 201
- White, Vanna, 95
- Whitman, Walt, 122
- Wiesel, Elie, 258
- Wilkes, Melanie Hamilton, 69
- Williams, Robin, 201
- Williams, Tennessee, 100, 122
- Windsor, duquesa de, 194, 202
- Wingfield, Laura, 100
- Winkler, Henry, 96
- Winnicott, D.W., 100
- Winters, Shelley, 201
- Woolf, Virginia, 100, 123

- Zoroastro, 11

Esta edición (2.000 ejemplares)
se terminó de imprimir en octubre de 2009
en los talleres de
Andros Impresores
www.androsimpresores.cl

